

**THINKING BIOPOLITICS: REFLECTIONS ON FRANCO'S DICTATORSHIP
THROUGH CONTEMPORARY FICTION**

By

Eduardo Matos-Martín

A dissertation submitted in partial fulfillment
of the requirements for the degree of
Doctor of Philosophy
(Romance Languages and Literatures: Spanish)
in the University of Michigan
2010

Doctoral Committee:

Associate Professor Cristina Moreiras-Menor, Chair
Associate Professor Catherine Brown
Associate Professor Juli A. Highfill
Associate Professor Gareth Williams
Assistant Professor Luis Martín-Cabrera, University of California

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría expresar aquí mi gratitud a todos mis compañeros y profesores del doctorado en Ann Arbor, así como reconocer el apoyo institucional de la Universidad de Michigan y, en particular, del Departamento de Romance Languages and Literatures. Y también quiero agradecer la concesión de dos becas que me ayudaron enormemente en el proceso de escritura de esta tesis –la beca Humanities, recibida en 2006, y la beca One-term, utilizada en 2009 –así como numerosas ayudas económicas durante los veranos.

Mi sincera gratitud a mis compañeros del doctorado Marcelino Viera, Cristina Míguez, Megan Saltzman, Mónica López, Julen Etxabe y Federico Pous, por su gran compañerismo y amistad. Y de manera muy especial, gracias a Roberto Robles y a Javier Entrambasguas, amigos casi hermanos, por toda la ayuda que me brindaron aún en la distancia, por su hospitalidad y apoyo en los últimos momentos del doctorado, y por supuesto, durante los años que pasé en Michigan, por todas las lecturas, conversaciones, risas y compañerismo incondicional en los problemas y experiencias de la vida cotidiana. Todo mi agradecimiento, también, a mis queridos amigos Joaquín Florido, Juan Arnau, Daniel Noemí, Carlos de los Santos, José Luis Fernández, Sergio Méndez, Alberto Caballero y Miguel Ángel del Arco, por tantos momentos inolvidables en Ann Arbor –cenas, viajes, risas, cervezas o partidas de raquet –y más allá del ámbito privado, asimismo por el intercambio intelectual y profesional mantenido con todos ellos en las oficinas/pasillos del Modern Languages Building y en los cafés circundantes. Igualmente, no quiero dejar de mencionar a mis amigos en Vancouver: a Ofelia Ros y a Rafa Wainer, por nuestras horas de estudio en el Blenz, entre otras muchas cosas. Adicionalmente, también me gustaría recordar aquí a mi amigo Santiago Elizalde, por nuestras vidas compartidas en tantos lugares del mundo y, en lo que aquí se refiere, también por haber sido uno de mis primeros lectores en los cursos de doctorado.

A la directora de esta tesis, Cristina Moreiras-Menor, le debo mucho: sus clases, sus consejos siempre acertados, su generoso apoyo académico y su aportación crítica a este proyecto. Tanto en los inicios del doctorado, en los que me orientó intelectualmente, como su ayuda por correo electrónico y por teléfono durante mi estancia en Vancouver y en Tucson, quiero expresar aquí mi sincero agradecimiento y profunda admiración hacia ella.

A los otros cuatro miembros de mi comité también quiero darles las gracias: a Juli Highfill, por su ayuda, comentarios y excelentes sugerencias literarias e historiográficas. A Gareth Williams, por su apoyo y por adentrarme, a través de sus cursos, en el campo de la biopolítica. A Catherine Brown, por los dos cursos que tomé con ella y por haber

aceptado generosamente ser *cognado* de mi comité. Y a Luis Martín-Cabrera, por partida doble: por haber enriquecido enormemente mi mirada hacia el franquismo con sus comentarios y con su estimulante diálogo y, lo más importante, por su gran amistad.

A mi hermano Jaime y a mi hermana Natalia (Nena), a los que siempre echo de menos, por su importante presencia de fondo a pesar de vivir, ahora, en lugares tan distantes. Distantes pero no insalvables, ya que muy pronto volveremos a reunirnos los tres, espero, en su próxima visita a Arizona.

A mis padres, Adolfo y Natalia, por su ayuda siempre incondicional en todo, y además, en lo concerniente a este manuscrito, por haberme transmitido una forma de pensar, por haberme inculcado la pasión por la literatura y por los libros y por haber sido lectores de estas páginas. Esta tesis doctoral también está dedicada a ellos.

Por último, a Asli, quien ha estado en diálogo crítico con las ideas desarrolladas aquí desde el comienzo y ha sido fuente constante de motivación para seguir adelante en este trabajo. Sin su inteligencia, complicidad, ternura y amor, todo habría sido muy difícil. Lo mejor que pueda haber en esta tesis está dedicado a ella.

TABLE OF CONTENTS

AGRADECIMIENTOS	ii
INTRODUCCIÓN	1
Breve recorrido por algunas de las definiciones conceptuales del franquismo	2
El concepto de “biopolítica:” sus diferentes concepciones, usos, aplicaciones	6
Breve descripción de la estructura, objetivos y contenidos de los capítulos	9
Las obras analizadas en el marco de la producción cultural sobre la dictadura	17
CAPÍTULO I: Tanatopolítica del régimen franquista. Representaciones literarias de las víctimas de la dictadura	22
La represión durante el franquismo en el contexto de la narrativa contemporánea	23
La doble dimensión de la biopolítica del franquismo. Función tanatopolítica.	40
Poder tanatopolítico y estado de excepción en <u>Los girasoles ciegos</u> de Alberto Méndez	62

El fenómeno represivo en el mundo rural: <u>Luna de lobos</u> de Julio Llamazares	88
Crítica biopolítica de la violencia en <u>El vano ayer</u> de Isaac Rosa	100
CAPÍTULO II: Biopolítica del régimen franquista. Representaciones literarias de la sociedad y del sujeto producido por la dictadura	115
La formación de una “nueva” comunidad nacional: tendencias Ideológicas en la producción biopolítica durante el franquismo.	123
Formas biopolíticas del franquismo: disciplina, biopoder, control tecnológico	143
El poder disciplinario en <u>Ardor guerrero</u> de Antonio Muñoz Molina: el cuartel como representación del encierro franquista	153
Una interpretación biopolítica de <u>Cinco horas con Mario</u> de Miguel Delibes	167
<u>La Gallina Ciega</u> : los efectos del franquismo en la sociedad española según el diario de Max Aub	181
CAPÍTULO III: La biopolítica como resistencia: la vida contra el poder durante la dictadura franquista	196
Formas de resistencia: de la posguerra a la conflictividad de la transición	209
Guillermo del Toro y Rafael Chirbes en el contexto de la producción literaria y cinematográfica sobre la resistencia al régimen de Franco.	225

Formas de resistencia la represión franquista durante la posguerra española: de la fantasía infantil a la utopía guerrillera en <u>El laberinto del fauno</u> de Guillermo del Toro.	228
Formas de resistencia bajo en <u>La larga marcha</u> de Rafael Chirbes: de la posguerra a los años del tardofranquismo.	243
CONCLUSIÓN	264
BIBLIOGRAFÍA	272

INTRODUCCIÓN

El propósito de este trabajo de investigación es hacer una exploración del régimen dictatorial español a partir de la perspectiva de los estudios biopolíticos contemporáneos, tomando como objeto de estudio un corpus narrativo que abarca desde novelas publicadas durante la dictadura y la primera etapa democrática hasta la reciente producción cultural enmarcada en el actual movimiento de recuperación de la memoria histórica. En líneas generales, la intención es analizar el franquismo a partir de la doble matriz biopolítica y tanatopolítica sobre la que, desde mi punto de vista, fue construido y sostenido, sin dejar de examinar finalmente los movimientos de ruptura que surgieron contra tal dominación.

Debido a la diversidad ideológica de sus estructuras de poder, así como a las fases históricas por las que atravesó durante su dilatada existencia, la definición conceptual del franquismo como sistema de gobierno y como modelo de dominación ha sido objeto de arduos debates académicos. Prueba de ello, sin duda, es la diversidad terminológica con que ha sido definido desde la historiografía y desde las ciencias políticas: caudillismo, autoritarismo, bonapartismo, teocracia, dictadura militar, totalitarismo, fascismo, etc. En este respecto, sin desestimar todos estos acercamientos, antes bien incorporando algunos de ellos a la presente reflexión, creo que el enfoque de la biopolítica ofrece una nueva posibilidad a la hora de interpretar el modelo de gobierno y de dominación implantado en España desde el año 1936 hasta la muerte de Franco (y, en verdad, más allá de 1975). A mi modo de entender, analizar el Estado fascista español desde una doble coordenada

biopolítica/tanatopolítica –tanto constructiva como destructiva –permite: 1) examinar la evolución histórica de sus arquitecturas de poder y de sus aparatos ideológicos sin minimizar por eso la centralidad de la represión durante todas sus etapas históricas; y 2) inversamente, explicarlo como un Estado terrorista/excluyente sin olvidar que adicionalmente puso en marcha una formidable maquinaria productiva/incluyente que, adaptada a cada coyuntura histórica, buscaba administrar y controlar la vida de todos los españoles –los no-exiliados y los no-eliminados –regulando sus costumbres, manipulando sus conciencias, en suma, fabricando sus subjetividades. Desde esta perspectiva, como se verá a lo largo de este estudio, cabe decir que frente al entramado tanatopolítico-represor, que mantuvo una notable uniformidad durante sus cuatro décadas, los aparatos biopolíticos “afirmativos” fueron modificados con arreglo a las diversas tendencias ideológicas y necesidades del régimen.

Desde otra perspectiva, finalmente, la hipótesis biopolítica defendida por Antonio Negri, que reivindica la potencia inmanente de la vida (la vida contra el poder) sirve para reivindicar el hecho de que, a pesar de las infinitas dificultades impuestas por la opresión biopolítica/tanatopolítica del franquismo, también hubo terreno para la articulación de la resistencia.

Breve recorrido por algunas de las definiciones conceptuales del franquismo

En la medida en que uno de los cometidos del presente trabajo es la interpretación del Estado franquista –como régimen biopolítico/tanatopolítico –a continuación repaso sucintamente algunas de las muchas teorías que han sido propuestas para explicar su

naturaleza política. Varias de ellas, claro está, provienen del pensamiento conservador y de la propia nomenclatura de la dictadura: los conceptos de *autoritarismo*, *bonapartismo*, *caudillismo* o *régimen militar*, en general, suelen ocultar un posicionamiento reaccionario o legitimador de la dictadura española. Por ejemplo, así ocurre con la noción de “régimen autoritario,” inicialmente fabricada por el sociólogo conservador Juan José Linz y después seguida por otros historiadores/politólogos vinculados políticamente al centro o a la derecha política (Stanley Payne, Javier Tusell, etcétera). Según esta hipótesis, el sistema político franquista estaría conceptualmente desvinculado de los otros fascismos europeos coetáneos en cuanto que la convivencia de las distintas familias ideológicas del Estado franquista –falangismo, Iglesia, ejército –es interpretada como si fuera pluralidad política y, además, se percibe una evolución de sus estructuras hacia lo que a menudo se ha entendido como dictadura moderada o simplemente régimen autoritario (o, según la famosa expresión, como una “dictablanda”). Paralelamente a la idea de autoritarismo, con el concepto de “régimen militar” (aún siendo innegable el papel central del ejército) se tiende a argüir que el golpe militar y el subsiguiente orden político dirigido por el ejército habría sido el resultado de una “necesaria” intervención ante un contexto sociopolítico de inestabilidad –un mal menor ante el posible “mal” del comunismo –y que, a posteriori, ese mismo régimen se habría transformado y habría evolucionado hasta allanar *incluso* el camino hacia la futura democratización del país. Pese a la falsedad y a la manipulación intrínseca de estas y de otras teorías similares, ampliamente echadas por tierra por la historiografía contemporánea, son ideas que continúan arraigadas entre los sectores de la derecha política (actualmente también de la mano de ideólogos pro-franquistas como Pío Moa o César Vidal) y por ende, asentados en buena parte de la sociedad española.

Posiciones pro-franquistas aparte, otra línea interpretativa es la de historiadores contemporáneos –entre muchos otros, por citar a algunos de los que son citados en esta tesis, Santos Juliá, Julio Aróstegui, Enrique Moradiellos o Antonio Cazorla –que por lo general hablan de una “dictadura” cambiante, pero sin encubrir su aspecto represivo-clasista, y sin introducir conceptos que legitimen expresiones fascistas. Así, por ejemplo, Santos Juliá resalta la coalición de los componentes que se dieron cita en el franquismo (militares, católicos y fascistas) para interpretarlo como “una dictadura militar sostenida por la Iglesia católica como gran agencia legitimadora y Falange Española como partido único” (“*De guerra contra el invasor a guerra fratricida*” 26). Antonio Cazorla, por su parte, argumenta que la dictadura franquista adoptó diversos rostros a lo largo de su dilatada trayectoria: primero como aliado del “invencible fascismo” de Italia y de Alemania, después como régimen “basado en los principios cristianos y en el anticomunismo” y finalmente, durante los desarrollistas años sesenta y setenta, como un “gestor técnico del desarrollo económico que por entonces se estaba produciendo en España” (11). Otra propuesta novedosa es la del concepto de “dictadura fascistizada” que propone Ismael Saz, quien destaca el componente totalitario-fascista que existió dentro del marco ideológico del franquismo: el proyecto ultranacionalista y “revolucionario” de la Falange Española, basado en el mito de la muerte y resurrección de la patria. Y ese componente totalitario, cuyo apogeo tuvo lugar hasta la derrota de los fascismos en la Segunda Guerra Mundial, se inmiscuyó posteriormente, según Saz, en la otra gran tendencia ideológica del franquismo: un pensamiento tradicionalista reaccionario, el nacional-catolicismo, que se constituyó en hegemónico a lo largo de la década de los cuarenta –principalmente a partir de la derrota aliada en 1945 – y que instaló en el país un

Estado integrista católico (51-56). Así, si bien el imaginario de la Falange anhelaba “un Estado totalitario, como el alemán, con un partido totalitario, la propia Falange, encaramado en el poder” (299), tuvo que integrarse debido a las circunstancias, en el “otro nacionalismo católico, reaccionario, complaciente y de <<puertas hacia dentro>>” (316).

Finalmente, desde un punto de vista más crítico y más comprometido con la causa antifascista, otras posiciones han reclamado el carácter totalizador y fascista que caracterizó al régimen durante toda su existencia, así como su esencia brutalmente represiva (uno de los más crueles y sangrientos de la historia reciente europea) y clasista (erigido en verdad como una defensa de los intereses de los sectores dominantes – oligarquías, terratenientes, Iglesia –ante las reformas llevadas a cabo por el gobierno democrático). Un sistema represivo que fue construido, por consiguiente, sobre la victoria de las clases pudientes y la derrota de las clases populares, y que, a pesar de los cambios discursivos (obligados por las circunstancias), en esencia siempre mantuvo su particularidad represiva y fascista-totalitaria. Esta idea, que a mi modo de ver es la que más concuerda con la conceptualización del franquismo propuesta en este estudio –como régimen biopolítico/tanatopolítico –es la que ha sido defendida por varios historiadores y politólogos progresistas como Paul Preston, Julián Casanova, Nicolás Sartorius, Javier Alfaya o Vicenç Navarro, entre otros. Para Sartorius y Alfaya, la totalidad del período franquista debe calificarse, con todo rigor, de totalitario y fascista, aunque con un rasgo propio que lo distingue de los casos italiano y alemán, “el carácter cuasiteocrático que adoptó desde sus inicios” (16). Para estos autores, pues, el Estado erigido por Franco fue un “entramado totalitario con vocación de permanencia,” que esencialmente se mantuvo a

base de encuadrar ideológicamente a toda la sociedad en organizaciones y usar el terror de forma sistemática y permanente (15-16). De manera similar, Vicenç Navarro escribe en su artículo “Franquismo o fascismo,” publicado en el periódico *El País*, que “fue una dictadura de clase que intentó imponer a toda la sociedad una ideología totalizante, que conjugaba un nacionalismo españolista extremo y un catolicismo profundamente reaccionario, invadiendo todas las esferas del ser humano –desde la lengua hablada al sexo practicado –, todas ellas normatizadas, cuya desviación era brutalmente reprimida.”¹ Por su parte, para Julián Casanova, el franquismo puede definirse como un estado de sitio del propio capitalismo: la “expresión violenta y extrema de un movimiento de reacción” cuyo objetivo esencial “fue estabilizar y fortalecer las relaciones de propiedad capitalistas y asegurar el dominio social y económico de la clase capitalista” (“La sombra del franquismo; ignorar la historia y huir del pasado” 219).

El concepto de “biopolítica:” sus diferentes concepciones, usos, aplicaciones

En los últimos tiempos, la categoría de biopolítica se ha instalado en el centro del debate político-filosófico como aproximación teórica a la producción de la vida, es decir, a la idea de que la subjetividad (individual y colectiva) no es fija, sino que, al contrario, es social y políticamente creada y modulada. Sin embargo, tal como ha afirmado uno de sus principales seguidores, el filósofo Roberto Espósito, dicha categoría contiene dentro de sí una indeterminación conceptual que hasta ahora ha impedido cualquier definición estable (Bíos: biopolítica y filosofía 16). Así pues, no ha habido un consenso general en torno a su significado, produciéndose múltiples interpretaciones del mismo, algunas de

¹ Este artículo, publicado el 22 de septiembre de 2005, puede leerse electrónicamente en la siguiente dirección: http://www.elpais.com/articulo/elpepiau/20050922elpecat_6/Tes/

las cuales incluso confrontadas entre sí. Dicho esto, y a modo de simplificar, me parece que pueden distinguirse dos grandes bloques epistemológicos en cuanto a su objeto empírico: 1) la biopolítica como análisis de las tecnologías de dominación impuestas sobre la vida por el poder estatal; 2) la biopolítica como el estudio de las posibles formas de emancipación y resistencia que la propia vida desarrolla contra tal poder. Asimismo, dentro de la primera tendencia interpretativa, sin duda la más extendida, existen dos dimensiones o vertientes superpuestas: una “afirmativa,” dirigida hacia la productividad de la vida, y una negativa, basada en la represión y en la muerte. Dos vectores de poder coexistentes, uno incluyente y otro excluyente, que configuran la mecánica biopolítica como si fueran las dos caras de una misma moneda.

Estos dos vectores, de hecho, son el centro de la reflexión que desarrollo en los dos primeros capítulos, dedicados al estado de dominación que implementó el Estado de Franco sobre todos los españoles: una dominación represiva (asesinatos, torturas, abusos de todo tipo, depuraciones, confiscaciones, etc.) y una dominación productiva (disciplina, normalización, subjetivación, control, etc.). En cambio, la perspectiva planteada en el segundo bloque interpretativo, que inversamente piensa la vida como *lugar* que resiste y altera los dispositivos estatales –entendiendo dicha resistencia como consustancial a las relaciones de poder –, evita dejar afuera del presente análisis a las formas de lucha y de oposición política contra el régimen. Dicho de otra manera, impide presentar un cuerpo social o una población completamente subsumida bajo el poder tanatopolítico/biopolítico del franquismo. Esta versión de la biopolítica sirve, en este sentido, de marco teórico para el tercer y último capítulo, dedicado al fenómeno de la disidencia y de los movimientos revolucionarios antifascistas.

En general, la perspectiva que adopta la presente investigación en relación a la diversidad semántica de la “biopolítica” es que sus diversos sentidos no tienen por qué ser excluyentes. De hecho, dichos sentidos son conjuntamente articulados para dilucidar las tres categorías histórico-temáticas que vertebran este estudio: la represión violenta, la subjetivación y la resistencia. Con todo, dado que la noción de biopolítica puede ser contradictoria (según lo acabo de exponer), a modo de mantener la coherencia reservaré el registro originario –el inaugurado por Foucault – de biopolítica (con sus diferentes variables: disciplina, biopoder, seguridad, tanatopolítica) para abordar la opresión llevada a cabo por el Estado franquista, y en cambio, hablaré simplemente de “resistencia” a la hora de examinar la capacidad productiva de la vida y sus procesos propios de producción de la subjetividad.²

² Quisiera detenerme un poco más en estos parámetros teóricos que, en esencia, guían los tres capítulos de este trabajo. Para empezar, la versión inaugurada por Foucault es la que concibe la biopolítica como un poder productivo dirigido a crear y administrar un determinado modelo de vida y de sujeto. Más allá de la concepción del poder (soberano) como fuerza/violencia que reprime lo que le perjudica, este otro poder “afirmativo,” cuyo origen se ubica en la revolución industrial capitalista, se ocupa de fabricar aquello que le conviene. Constituido según Foucault en dos estadios de desarrollo –la disciplina o anatomopolítica (aplicada al cuerpo y mente individual) y el biopoder (ejecutado sobre la población en su conjunto), este modo de poder busca fabricar personas y constituir poblaciones conforme a las ideologías y necesidades dominantes. Entre muchas otras obras dedicadas a la teoría del poder, véase, por ejemplo, Michel Foucault, La voluntad de saber. Historia de la sexualidad i. (México: Siglo Veintiuno Editores 1993) 180-82. Posteriormente a Foucault, siguiendo su propuesta biopolítica, pensadores como Gilles Deleuze o Maurizio Lazzarato, entre otros, la han actualizado en el contexto de la sociedad contemporánea, y así, por ejemplo, Deleuze explora el paso de la sociedad disciplinaria a las sociedades de control, en las cuales la captura y el dominio se ejerce a distancia por medio de los aparatos mediático-tecnológicos (véase Gilles Deleuze, “Postscript on control societies,” Negotiations (New York: Columbia University Press, 1995).); y, de modo similar, Lazzarato desarrolla el concepto de “noopolítica:” dominio tecnológico de las mentes entendidas como “público” (véase Maurizio Lazzarato, Por una política menor. Acontecimiento y política en las sociedades de control (Madrid: Traficantes de sueños, 2006) 83-98. Frente a estas teorías que conciben la biopolítica como un poder “afirmativo,” hay otra versión que interpreta el poder de prohibición y de muerte, excluido por Foucault del campo productivo, como parte inherente a la productividad de la vida. Así pues, Giorgio Agamben, por ejemplo, explica que la formación de una comunidad biopolítica nacional constituye la aportación originaria del poder soberano, pero esa formación, basada en la inclusión biopolítica de sus nuevos ciudadanos, sólo puede ocurrir mediante el abandono o la eliminación de los calificados no-aptos por dicho soberano (véase Giorgio Agamben, Homo sacer : El poder soberano y la nuda vida i (Valencia : Pre-Textos, 1998) 173.). En una línea parecida, otro italiano, Roberto Espósito, desarrolla el paradigma de la inmunización, según el cual la muerte se entiende como una forma de producir la vida negativamente, es decir, la eliminación de una parte de la población potencia a la otra parte, como si se tratara de los anticuerpos inoculados para curar una enfermedad (véase Roberto Espósito,

Breve descripción de la estructura, objetivos y contenidos de los capítulos

El **primer capítulo** comienza con un comentario acerca del imperativo ético que exige rescatar del ostracismo las memorias oprimidas de los perdedores republicanos. Al reflexionar acerca de esta necesaria desubjugación, la teorización de los “conocimientos subyugados” delineada por Foucault, que reclama una insurrección de esos contenidos históricos ocluidos por las instituciones y discursos dominantes, resulta sumamente útil (Hay que defender la sociedad 16-19). Esa insurrección de las historias silenciadas, para la cual la praxis intelectual es un instrumento primordial, parece en efecto haberse producido en España en los últimos tiempos (según se ha podido observar en sus librerías o en sus medios de información desde mediada la década de los noventa).³ Sin embargo, dentro de esa insurrección se observan, paralelamente, dos tendencias que en mi opinión la debilitan: 1) un excesivo énfasis puesto en las víctimas (en sus experiencias personales de sufrimiento) que, en última instancia, puede acabar por obstaculizar el desenmascaramiento de las estructuras políticas subyacentes; 2) una tendencia hacia la

Bíos: Biopolítica y filosofía (Buenos Aires : Amorrortu, 2007) 73-78.). Finalmente, hay otro sentido puramente afirmativo de la biopolítica, una manera radicalmente distinta de pensarla que ve en la propia vida una capacidad productiva: una capacidad de subvertir la opresión y de construir subjetividad por fuera de los aparatos del Estado. Su máximo exponente, Antonio Negri (aunque hay entre otros autores: Paolo Virno, Michael Hardt, el mismo Maurizio Lazzarato) cree que ya no se trata de interpretar la existencia humana como modelada por los aparatos del poder, sino, al contrario, estudiarla a partir de su posibilidad de articular identidades y formas alternativas de estar en el mundo. Esto es: la producción de subjetividad no es sólo una cuestión que emana del poder sino, al mismo tiempo, del propio sujeto o de la propia colectividad (véase Antonio Negri, La fábrica de porcelana: Una nueva gramática de la política (Barcelona: Paidós, 2006) 37-57.).

³ En este capítulo, me refiero fundamentalmente a los productos culturales (historiografía, novelística, cine) pero, por supuesto, ha habido otras muchas formas de desubjugar el pasado histórico, como por ejemplo la importante iniciativa de grupos políticos y asociaciones humanitarias que luchan contra el olvido, que están llevando a cabo la exhumación de las fosas comunes, que tratan de incentivar medidas que hagan justicia a las víctimas, etc. Entre estas organizaciones estaca la A.R.M.H dirigida por Emilio Silva (Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica) que, entre otras labores, trabaja desde el 2000 con los familiares de los desaparecidos para desenterrar sus restos de las fosas comunes.

mercantilización de lo histórico que, dentro del contexto de la cultura postmoderna, deviene en un discurso entregado a lo sentimental, lo heroico, lo nostálgico, lo utópico, etc. Partiendo pues de esta doble crítica a la producción contemporánea de la memoria histórica, la discusión planteada en este capítulo propone lo siguiente: por un lado, no centrarse tanto en la descripción de los crímenes y de las atrocidades sangrientas cometidas por el fascismo, sino, antes bien, en la evaluación crítica de la esencia política que realmente estuvo detrás de esa violencia y de ese terror; y, por otro lado, usar narrativas literarias que contengan una actitud crítica e ideológica (más adelante, en este prólogo, comento brevemente esta producción cultural) y que, de algún modo, escapen a las modas editoriales. Por lo tanto, dos de las obras escogidas para analizar la tanatopolítica franquista, Los girasoles ciegos (2004) de Alberto Méndez y El vano ayer (2005) de Isaac Rosa (no así la otra, Luna de lobos de Julio Llamazares, que data de 1985, pero que tampoco es una novela acrítica y complaciente) se enmarcan en lo que podemos pensar como una corriente rupturista de escritura de la memoria.

En virtud de la reconstrucción histórica que proponen los tres textos comentados, el objetivo fundamental de este capítulo es la conceptualización del régimen franquista como un Estado tanatopolítico. Y tal conceptualización implica las siguientes consideraciones: 1) definirlo como un sistema de gobierno erigido y consolidado sobre la violencia y sobre la muerte; 2) poner de relieve que el terror, utilizado como método para borrar del mapa al adversario y para atemorizar al conjunto de la población, fue un rasgo estructural que se mantuvo incólume a lo largo de toda la dictadura (no sólo en el tiempo de la guerra/posguerra); 3) constatar que ese terror formaba parte de un corpus ideológico

cuyo objetivo ulterior era la fundación y la construcción de una nueva España (fascista, imperial, homogénea, católica, etc.).

En efecto, según se observa en numerosos discursos y declaraciones oficiales de la posguerra, la represión y la muerte se configuraron como elementos básicos del nuevo orden político cuya intencionalidad –doblegar y arrasar por completo a los vencidos y a la oposición – estaba intrínsecamente vinculada a la producción de la vida. De igual modo a como ocurrió en la Alemania nazi, los dirigentes franquistas interpretaron las tareas de represión como si se tratara de una misión médica/científica: curar el cuerpo “enfermo” de la nación española, afectado por un grave virus, mediante la extirpación meticulosa de la parte infectada. Y esa misión represiva-médica, que a sus ojos tenía el carácter de una exhaustiva purificación o limpieza, estaba sustentada por un discurso racial (no étnico-biológica como en el caso de los nazis, sino de tipo cultural-ideológico) que promovía la superioridad de la *estirpe hispana* y que tenía en su punto de mira a la *raza* de los republicanos (comunistas, marxistas, masones, demócratas, ateos y agnósticos, liberales ilustrados, nacionalistas periféricos, etc.). Así pues, los vencidos en el conflicto bélico, patologizados racialmente por los “psiquiatras” franquistas y disociados de la categoría de *españoles* (vistos como el Otro en el que recaían todas las culpas), fueron de manera sistemática sometidos a los mecanismos de represión: fusilados, torturados, encarcelados, depurados, regenerados, etc. En este sentido, adoptando la idea de Roberto Espósito, la muerte como tal se utilizó como instrumento de ingeniería social: la vida de una parte era negativamente producida y potenciada a partir de la eliminación de la otra parte, la considerada nociva (Bíos: biopolítica y filosofía 73-78). A este lenguaje médico hay que sumar, claro está, la retórica nacionalista y religiosa/evangélica que lo recubría, como si

el exterminio en sí mismo hubiera sido dictado por lo divino para salvar a la patria de la *anti-España*. Como escribe Julián Casanova, Franco veía la eliminación de los vencidos como “un castigo espiritual, castigo que Dios impone a una vida torcida, a una historia no limpia” (11).

Tanto los cuatro relatos que integran Los girasoles ciegos como la novela Luna de lobos presentan una variedad de personajes perseguidos y reprimidos por aquél régimen racista/ terrorista –fusilados, topes, huidos, prisioneros –que ilustran a la perfección el universo de muerte y violencia instaurado en la posguerra: el estado de excepción (no levantado oficialmente hasta 1948), la metáfora de la nación como un cementerio o como cárcel gigantesca, la violencia de los aparatos policiales, los discursos tanatopolíticos, la propagación de la figura del *homo sacer* o de la vida desnuda, etc. Finalmente, El vano ayer, centrándose particularmente en las torturas y desapariciones de los estudiantes en los años sesenta, pone de manifiesto que la represión mantuvo su plena operatividad y fue una constante durante todo el período en que duró el régimen; consiguientemente, al descubrir la verdadera relación de continuidad entre el terror de la posguerra y el de fases posteriores, al mismo tiempo rompe la distinción entre un primer franquismo represivo y un ulterior franquismo aperturista.

Con una estructura similar al primer capítulo, el **segundo capítulo** comienza con una reflexión acerca de la producción literaria que puede servir como marco para estudiar la modelación biopolítica de la vida. Y en la medida en que se incluyen dos obras escritas durante la dictadura, propongo adicionalmente un breve recorrido por la narrativa de este período histórico. Analizada la dimensión represiva y coercitiva del régimen, este capítulo parte del siguiente razonamiento: si el franquismo consiguió perpetuarse durante

cuatro décadas no fue exclusivamente merced a las formas de control negativas, sino, en verdad, a la equilibrada imbricación de los dos vectores de poder: destructivo y productivo. En efecto, tal y como apunta Foucault en su explicación biopolítica del fascismo, lo que precisamente caracteriza a un orden fascista es, al margen de ejercicio del poder soberano de muerte y prohibición, su implementación paroxística de los mecanismos disciplinarios y biopolíticos (Hay que defender la sociedad 223). Así las cosas, el objetivo primordial en este capítulo es identificar a la dictadura como un sistema biopolítico que empleó masivamente las tecnologías afirmativas del poder (disciplina, biopoder, seguridad) con el propósito de constituir y mantener una nueva comunidad nacional y un nuevo sujeto normativo (conforme al ideal patriótico-épico-religioso confeccionado por los ideólogos y psiquiatras franquistas). Porque, en rigor, incluso durante la primera fase del franquismo, caracterizada discursivamente por su ruidosa retórica anticapitalista y antiliberal, fueron ampliamente usadas las fórmulas biopolíticas (propias del liberalismo y del capitalismo).⁴ Más adelante, sobre todo desde la apertura de la economía a comienzos de los sesenta que puso fin a la autarquía, cuando el régimen ingresó definitivamente en el orden internacional neoliberal, los mecanismos biopolíticos

⁴ El franquismo utilizó los mecanismos inherentes a los sistemas liberales (contra los cuales se había alzado en parte) aún cuando su objetivo era implementar un proyecto abiertamente no-liberal: por una parte, los valores ultraconservadores tradicionalistas del Antiguo Régimen y, por la otra, los principios nacionalistas y “revolucionarios” del falangismo. En este sentido, la perspectiva biopolítica, desde mi punto de vista, permite desenmascarar la relación existente entre el régimen fascista español y sistema liberal capitalista de dos maneras paralelas: 1) por un lado, el franquismo mismo se apropió ampliamente de los mecanismos biopolíticos propios del liberalismo y del capitalismo (incluso cuando su primera retórica era violentamente antiliberal y anticapitalista); 2) por otro lado, el espectro del franquismo ha pervivido dentro de las formas biopolíticas contemporáneas (y dentro de la sociedad española en general). En el primer caso, la utilización de las prácticas biopolíticas (que según Foucault son consustanciales al liberalismo) por el franquismo es comentada en el capítulo segundo de este trabajo, viendo cómo fueron implementadas hasta el paroxismo. En el segundo caso, hay elementos importantes de aquella ideología fascista que se extienden hasta el presente y siguen latentes en ciertos sectores mediáticos/educativos/políticos/etc. (generalmente afines al conservador Partido Popular). Precisamente, no olvidemos que este partido político siempre se ha opuesto a condenar explícitamente la dictadura franquista.

siguieron siendo obviamente básicos, cada vez más modernizados hacia las formas de control propias de las sociedades del espectáculo.⁵

En base a estos hechos, y habida cuenta la larga duración de la dictadura, una buena parte de este segundo capítulo está dedicada a determinar críticamente las diferentes virtualidades que se produjeron en la biopolítica franquista: 1) los distintos mecanismos que dominaron en cada etapa histórica, desde el modelo disciplinario, hegemónico en los inicios, hasta los dispositivos propios de las sociedades consumistas/espectaculares que emergieron con fuerza hacia el final; 2) las variadas estrategias e ideologías que estuvieron detrás de los aparatos biopolíticos, tales como la creación del sujeto activamente ideologizado hacia el dogma falangista, dominante en los años de la autarquía, o bien la despolitización de la conciencia, inducida primero por la doctrina católico-integrista y posteriormente por el desarrollismo tecnócrata de los sesenta/setenta; 3) los múltiples órganos y organizaciones biopolíticos que fueron empleados con el objetivo de diseminar la ideología hegemónica: las escuelas y orfanatos, la Sección Femenina, el Auxilio Social, los sindicatos verticales, el No-do, el Frente de Juventudes, los medios de información, los púlpitos de las iglesias, las culturas de evasión y, hacia el final, también la publicidad o las formas de ocio como la televisión o el deporte-espectáculo, etc.); 4) las diversas intensidades de captación conseguidas por la maquinaria biopolítica, desde su escasa productividad en la posguerra hasta la más incisiva penetración ideológica del tradicionalismo católico y, más adelante, del discurso

⁵ Hablar de evolución no quiere decir que no hubiera una base común. A pesar de sus cambios internos, a ojos de la sociedad española, el Estado franquista siempre se presentó como un bloque unitario y estable dentro del cual existía un acuerdo básico respecto de las peculiaridades que supuestamente conformaban el cuerpo nacional español. Es decir, las diferentes familias ideológicas del franquismo eran compatibles en lo esencial, compartiendo unos valores y rasgos comunes que se consideraban inquebrantables.

del “milagro económico” o de la propaganda de los veinticinco años de la “paz de Franco.”

A mi juicio, las tres novelas examinadas descubren tres momentos diferentes de la biopolítica puesta en marcha por el franquismo. En primer lugar, Ardor guerrero, de Antonio Muñoz Molina, refleja el poder disciplinario ejercido durante el franquismo en un cuartel militar (el cual puede extrapolarse a otras instituciones de encierro). Aunque la trama se desarrolla durante la época de la transición, el servicio militar obligatorio se presenta como una representación metonímica de la tecnología disciplinaria que, aunque fue hegemónica durante la posguerra, estuvo presente en todas las etapas del régimen. En segundo lugar, Cinco horas con Mario, de Miguel Delibes introduce al lector en el mundo interior de una mujer socializada en los preceptos ideológicos dominantes. En este respecto, esta novela muestra cómo el biopoder nacional-católico y falangista penetró las subjetividades y, por ende, el subconsciente colectivo español. Finalmente, La gallina ciega presenta una demoledora crítica de la sociedad tecnócrata-desarrollista (una sociedad anestesiada, conformista, despolitizada) a partir del viaje de regreso de su autor, Max Aub, tras treinta años de exilio. En esta crónica de la vida y de la España de los años sesenta ya no son dominantes las disciplinas ni el sustrato nacional-católico/fascista (aunque sigan existiendo), sino la lógica espectacular y consumista de las sociedades neoliberales postmodernas.

En el **tercer capítulo**, una vez examinada la sociedad franquista como resultado de las tecnologías de dominación (tanatopolíticas y biopolíticas), el objetivo es explorar los movimientos de resistencia individuales y colectivos que fueron articulados contra la dictadura. Porque, aunque las circunstancias (la omnipresencia de violencia represiva y la

hegemonía ideológica lograda por los aparatos biopolíticos) dificultaban enormemente la aparición de modelos alternativos de vida, hubo espacios para expresar la heterogeneidad y la discrepancia. Partiendo de las técnicas de sí delineadas por Foucault,⁶ y en particular con el apoyo de la teoría biopolítica de Antonio Negri, la argumentación que estructura este último capítulo es que se pueden identificar dos polos o estadios de desarrollo de los procesos de resistencia: 1) resistencia en el ámbito privado (negación de la identidad asignada por los mecanismos biopolíticos, desidentificación con los principios fascistas y nacional-católicos, etc.); 2) articulación colectiva de movimientos de oposición y protesta (movimientos de emancipación, proyectos revolucionarios, etcétera). Es decir, el tercer capítulo explora los modos por medio de los cuales la propia vida también emergió como contrapoder para, por una parte, articular la disidencia autónomamente (manifestando la disconformidad, no haciendo aquello que dictaban las autoridades, etc.) y, por otra parte, generar movimientos revolucionarios colectivos que se alzaron contra la dictadura y que en muchas ocasiones funcionaron también como fábricas alternativas de subjetividad.

Como en los dos capítulos iniciales, la primera parte consiste en una discusión teórico-histórica en la cual se presenta un breve esbozo de la concepción afirmativa de la biopolítica (siguiendo las teorías de Foucault, Deleuze o Negri) y un breve recorrido histórico por las experiencias y las organizaciones disidentes contra el franquismo. A grandes rasgos, distingo dos etapas diferentes: 1) en la primera mitad de la dictadura, dada la brutalidad de las circunstancias, el fenómeno de la resistencia al poder resultó

⁶ Sin contradecir todo lo anterior (la teoría del poder biopolítico desarrollado en sus trabajos centrales) las últimas investigaciones de Foucault denotan una evolución desde las técnicas disciplinarias y estatales o gubernamentales hasta una interpretación del sujeto no tanto como un ente pasivo, diseñado desde las esferas del poder en base a unos discursos institucionalizados y construido biopolíticamente por agencias exteriores, sino constituido interiormente por otras tecnologías –las tecnologías del yo– no ejercidas sobre el individuo desde afuera, sino aplicadas interiormente por sí sobre sí mismo.

prácticamente imposible y quedó abocado al más estricto silencio. Sin embargo, hubo colectivos que siguieron luchando, principalmente la guerrilla del maquis, así como una multiplicidad de prácticas cotidianas que, a pesar de la precariedad, se desarrollaban por fuera del Estado; 2) Desde comienzos de la década del sesenta, los movimientos antifranquistas fueron reactivados, incluso cuando la represión no cedió en estos años y las nuevas estrategias de control lograron instalar en el imaginario colectivo un conformismo generalizado. Los grupos que se movilizaron contra la dictadura (estudiantes, obreros, intelectuales, nacionalistas periféricos) no dejaron de ser una minoría, pero finalmente lograron desestabilizar las estructuras del régimen.

Para esta reflexión sobre los modos de resistencia contra el franquismo, examino una obra cinematográfica, El laberinto del fauno de Guillermo del Toro, y una novela de Rafael Chirbes, La larga marcha. En primer lugar, la película nos traslada al mundo rural durante el franquismo, dentro del cual, por un lado, los últimos focos de la guerrilla del maquis luchan contra las fuerzas represoras franquistas y, por el otro, una niña escapa a la opresión, constituyendo su identidad a través de su particular mundo de fantasía y magia. En segundo lugar, la obra de Chirbes presenta una diversidad de personajes divididos en dos generaciones: la primera, la de los padres que viven la posguerra, supervivientes a un tiempo de miseria y de terror –y por lo tanto, de obligada resignación –y la segunda, la de los hijos que viven el tardofranquismo, caracterizada por el desapego hacia el franquismo y por el compromiso revolucionario.

Las obras analizadas en el marco de la producción cultural sobre la dictadura

Siendo consciente de la evidente simplificación que ello supone, en los capítulos de este estudio me refiero panorámicamente a tres grandes etapas en el panorama de la producción literaria y fílmica centrada en la guerra y en el franquismo. Dentro de este marco, encuadro las obras examinadas en este estudio: la época de la dictadura, las primeras décadas de la democracia y la etapa contemporánea.

Primero, en el período dictatorial, la cultura española, y en particular la narrativa, se constituyó como uno de los escasos instrumentos de denuncia y de resistencia cultural. A contrapelo de los discursos hegemónicos, los escritores e intelectuales que se quedaron en territorio español mostraron en sus obras la verdadera realidad social de país y, a duras penas, con la censura siempre a sus espaldas, en ocasiones desvelaron también algunos retazos de la memoria vencida. De acuerdo a David K. Herzberger en su estudio sobre el panorama literario español durante la época dictatorial, pueden apreciarse dos estrategias narrativas generales que subvirtieron la cultura ortodoxa del franquismo: el realismo social durante las primeras fases y el vanguardismo estilístico en las últimas décadas (2). Así pues, dentro del contexto de un período tan extenso, en el que ciertamente hubo otras corrientes artísticas, podemos destacar esas dos tendencias: el realismo social de los cuarenta y de los cincuenta, primero en autores como Carmen Laforet, Camilo José Cela, Ignacio Aldecoa o Jesús Fernández Santos, y después en la novela neorrealista de autores más radicalizados y politizados como Antonio Ferrés, Jesús López Pacheco, Armando López Salinas, Alfonso Grosso o las primeras obras de Juan Goytisolo; y, más adelante, en los años sesenta y setenta, el radicalismo estético y vanguardista, como método de rechazo al régimen, de narradores como Juan y Luis Goytisolo, Juan Benet, Luís Martín

Santos, Antonio Rabinad, Carmen Martín Gaité, Juan Marsé, Miguel Delibes, Rafael Sánchez Ferlosio, o Miguel Espinosa (entre tantos otros).

Dicho esto, sin embargo, en líneas generales, debido al miedo y al férreo control, las cuestiones más espinosas de la dictadura, tales como la represión o la resistencia a la barbarie fascista, no aparecen o se presentan de una manera encubierta, solapadamente. Por esta razón, sólo el segundo capítulo, dedicado a la biopolítica productiva franquista, incorpora una novela publicada durante el tiempo dictatorial: Cinco horas con Mario de Miguel Delibes. Por otro lado, como se sabe, mientras los escritores del interior fueron silenciados, aquellos que habían salido al exilio siguieron publicando en sus países de acogida, pero, si bien se salvaron de la censura, la imposibilidad de volver y la distancia temporal-espacial hacía que su representación de España quedara reducida a la República y a la guerra. Una excepción, sin embargo, fue uno de los libros publicados por Max Aub (analizado en el segundo capítulo): su testimonio de la vida española en La gallina ciega, escrito a partir de su viaje de regreso en 1969, que plasma el brutal cambio percibido tras treinta años de fascismo.

Segundo, a partir de la muerte de Franco, a lo largo de las primeras décadas del período democrático, cuando ya era posible hablar del pasado sin miedo y sin límites de tipo ideológico o político (dentro del espacio abierto por el nuevo régimen de libertades), el silenciamiento generado estratégicamente desde los poderes fácticos se trasladó al campo de la cultura y de la sociedad civil y, en consecuencia, no se desencadenó la producción de artefactos culturales que cabría esperarse de un período de tal magnitud y longevidad.⁷ Sin embargo, frente al silenciamiento hegemónico del pasado se alzaron

⁷ Pese a la inclusión de dos obras escritas durante la década de los ochenta, queda fuera del alcance de este estudio una discusión en detalle acerca de la producción narrativa durante la transición. Para una crítica de

algunas voces literarias y fílmicas, involucradas con la causa antifascista, cuyo compromiso político les impidió aceptar la consigna de la amnesia, subvirtiendo ese vacío y luchando con su obra contra el concepto oficial de *borrón y cuenta nueva*. Entre estos escritores y cineastas, por citar a algunos, estarían Juan Marsé, Lidia Falcón, Antonio Muñoz Molina, Manuel Vázquez Montalbán, Julio Llamazares, Jorge Semprún, Juan y Luis Goytisolo, Víctor Erice, Basilio Martín Patino, Carlos Saura, Mario Camus, Manuel Gutiérrez Aragón, etc. Dos de las obras examinadas en esta tesis, Ardor guerrero y Luna de lobos, forman parte de esa producción alternativa.

Tercero, mediada la década del noventa se produce un punto de inflexión y se desata un auténtico resurgimiento de esa memoria durante tanto tiempo silenciada, con gran proliferación de publicaciones y de obras fílmicas que evocan el pasado (no sólo circunscritas a la ficción, sino incluyendo además testimonios, documentales, libros de memorias, reportajes periodísticos, biografías, etc.). Sin embargo, en buena parte de estas películas y narraciones se advierte una clara tendencia a la despolitización de la memoria, sacrificando la reflexión histórica/ideológica en aras de tramas nostálgicas y románticas, orientadas hacia lo sentimental, con personajes heroicos y utópicos, etc. En definitiva, son obras que forman parte, en el fondo, de una estrategia editorial en la cual la historia termina por ser comodificada. En esta línea, como ha indicado el crítico José F. Colmeiro (en referencia a la cinematografía, pero aplicable a la literatura): “la abundancia de miradas sobre el pasado no equivale necesariamente a un panorama enriquecedor de la memoria histórica colectiva, sino más bien con harta frecuencia a la reiteración de un pasado repetido, a la constatación de lo ya sabido, cuando no a un simulacro de pasado o

la transición desde una perspectiva cultural, así como de sus consecuencias negativas, véanse los trabajos de Cristina Moreiras-Menor, Eduardo Subirats, Alberto Medina, Teresa Vilarós, o Gregorio Morán, entre otros.

pastiche con carácter postmoderno” (188).⁸ Paradigmáticas de esta corriente posmoderna, de esta suerte de memoria espectacularizada, serían por ejemplo, desde mi punto de vista, narrativas como Soldados de Salamina de Javier Cercas (2001) o La voz dormida (2002) de Dulce Chacón, así como filmes del tipo El viaje de Carol (2002) de Imanol Uribe, La lengua de las mariposas (1999) de José Luís Cuerda o más recientemente Las trece rosas (2007) de Emilio M. Lázaro. Ahora bien, es obvio que no todos los escritores y directores han sucumbido a este modo hegemónico de producción cultural y así, paralelamente, se han producido también un buen número de obras con miradas críticas alternativas. Es decir, se aprecia también la existencia de una postura ideológica mucho reivindicativa que escapa a las modas editoriales y que propone abordar el pasado con más profundidad. Entre los autores que se pueden enmarcar en este marco de “ruptura,” para utilizar las palabras de José Carlos-Mainer, estarían, en mi opinión, Ramiro Pinilla, Alberto Méndez, Isaac Rosa, Rafael Chirbes, Benjamín Prado, Carme Riera, Alfons Cervera, Guillermo del Toro, Ignacio Martínez de Pisón, etc. En definitiva, en esta tendencia se enmarcan, me parece, el grueso de obras analizadas en esta tesis: El vano ayer, Los girasoles ciegos, El laberinto del fauno y La larga marcha.

⁸ Además del trabajo de José F. Colmeiro, para una reflexión en torno a este fenómeno véanse, entre otros muchos: Sebastiaan Faber, "Entre el respeto y la crítica. Reflexiones sobre la memoria histórica en España." Migraciones y exilios 4 (2004), Antonio Gómez López-Quiñones, La guerra persistente: Memoria, violencia y utopía : Representaciones contemporáneas de la guerra civil española (Madrid: Iberoamericana 2006), José Carlos Mainer, "Para un mapa de lecturas de la guerra civil," Memoria de la guerra y del franquismo (Madrid: Taurus, 2006).

CAPÍTULO I

Tanatopolítica del régimen franquista. Representaciones literarias de las víctimas de la dictadura

En los últimos años, la categoría de biopolítica se ha instalado en el centro del debate político-filosófico como aproximación teórica a la creciente politización de la vida en las sociedades contemporáneas. Sin embargo, esta politización de lo biológico y de lo psicológico no es un fenómeno nuevo, sino un proceso históricamente determinado, aún cuando no parece haber consenso en cuanto a su fecha de nacimiento. Así, para Michel Foucault, su origen se localiza en la formación de los discursos racionalistas y científicos a finales del siglo XVIII (La voluntad de saber. Historia de la sexualidad I. 181-82); para Giorgio Agamben, ya había estado presente en el mundo antiguo, ya que considera que la creación de un cuerpo biopolítico es una operación transhistórica del poder soberano (Homo Sacer : el poder soberano y la nuda vida I 16); para Roberto Espósito, su génesis se enmarca específicamente en la modernidad o, más concretamente, en su vínculo a los dispositivos inmunitarios en los que se fundamentan nuestras sociedades actuales (Bíos: biopolítica y filosofía 84-91). En cualquier caso, independientemente del momento en que se localice su origen, la actual biopolitización de la vida ha tenido, sin lugar a dudas, un triste antecedente en los regímenes fascistas y totalitarios del siglo XX, y prueba de ello es la centralidad que el nazismo y sus campos de concentración han tenido en los

estudios biopolíticos de autores como Agamben o Espósito. Consecuentemente, las novelas que analizaré en este primer capítulo, que exploran el fenómeno represivo del franquismo –uno de los regímenes fascistas europeos –serán interrogadas a partir de una perspectiva biopolítica o, más concretamente, tanatopolítica.

En términos generales, el franquismo es interpretado en este estudio como un régimen tanto biopolítico (productivo) como tanatopolítico (destructivo). Dejando para más adelante el estudio de las técnicas biopolíticas productivas (que abordaré en el segundo capítulo), en lo que sigue me centraré en la función represiva tanatopolítica o, dicho de otra forma, en el análisis de la naturaleza biopolítica de la violencia franquista (la cual, como veremos, también tiene una función productiva).⁹ Para ello, utilizaré tres narrativas ficcionales que reflexionan sobre fenómeno de la represión y que han sido publicadas durante el período democrático –una de ellas en los años ochenta, Luna de lobos (1985) de Julio Llamazares, y las otras dos en fechas recientes, Los girasoles ciegos (2003) de Alberto Méndez y El vano ayer (2004) de Isaac Rosa.

La represión durante el franquismo en el contexto de la narrativa contemporánea

A pesar de que cualquier proceso histórico origina una infinidad de memorias diferentes, que se corresponden con las múltiples experiencias heterogéneas de cada individuo, tomaré como punto de partida la tradicional división de la memoria de la guerra civil en dos paradigmas básicos: la memoria de los vencedores y la memoria de

⁹ En la medida en que este capítulo se centrará en la dimensión represiva de la dictadura totalitaria franquista, las referencias teóricas que guiarán este trabajo serán, principalmente, las de aquellos pensadores que han investigado los dispositivos destructivos de los regímenes biopolíticos: Michel Foucault, Giorgio Agamben, Roberto Espósito o Javier Ugarte, entre otros.

los vencidos. En primer lugar, la memoria de los vencedores, difundida hasta el paroxismo durante los cuarenta años de dictadura, fue construida como memoria colectiva por medio de los aparatos ideológicos del Estado franquista: la manipulación informativa de los medios de comunicación, las conmemoraciones de los “mártires” de la guerra, las escuelas controladas por el poder eclesiástico, los púlpitos de las iglesias, las organizaciones falangistas como el Frente de las Juventudes o la Sección Femenina, el No-do, etcétera. Esta memoria de los vencedores estaba sostenida por una retórica de legitimación y glorificación de una guerra que los sublevados declararon “necesaria” para salvar a España de los enemigos rojos, para reinstaurar el orden de la patria a modo de cruzada, o para recuperar la grandeza imperial después de siglos de decadencia. En segundo lugar, la memoria de los vencidos, suprimida durante el régimen franquista, y posteriormente *olvidada* durante las primeras etapas democráticas, sólo ha podido comenzar a organizarse y proyectarse como memoria colectiva a partir de las manifestaciones culturales. Siguiendo la hipótesis sobre los *conocimientos subyugados* enunciada por Foucault (Hay que defender la sociedad 16-19), esta memoria de los vencidos, compuesta por un conjunto de contenidos históricamente oprimidos, que estaban presentes pero no legitimados, ha venido a reaparecer (a cuentagotas durante los comienzos del período democrático y de forma generalizada desde mediados los años noventa) por medio del dominio de la producción intelectual: la historiografía, la novelística, la cinematografía.

Recordemos que Foucault, en Hay que defender la sociedad, exige una insurrección de los *conocimientos subyugados* mediante su articulación en la praxis intelectual, entendiendo por estos *conocimientos* los “contenidos históricos que fueron

sepultados” (16) y sometidos dentro de “un discurso teórico unitario, formal y científico” (19). En el caso que nos ocupa –la guerra civil y el franquismo –las memorias de los vencidos republicanos vienen a ser paradigmas de esos *conocimientos* que deben ser rescatados del ostracismo, y los artefactos literarios y cinematográficos constituyen los dispositivos culturales privilegiados a través de los cuales los pasados oprimidos acceden a las tecnologías del conocimiento y son desplegados contra los efectos de los discursos dominantes. Así pues, aquellas obras que en los últimos años han recuperado la memoria de los vencidos republicanos han venido cumpliendo con la función de *desubyuigar* los saberes silenciados desde las instituciones, constituyéndose tanto en vehículo de transmisión de su memoria como en instrumento de oposición contra el silenciamiento hegemónico durante las primeras décadas democráticas. Sin embargo, esto no quiere decir que el reciente reconocimiento facilitado a las víctimas por el mundo de la cultura haya sido proporcional a su reparación jurídico-institucional. Algunas propuestas parecen haber invertido algo en esta dirección, como el intento de investigar las desapariciones registradas durante la guerra y los primeros años de la dictadura, finalmente paralizado, por parte del juez Garzón, o la “Ley de la memoria histórica” promovida por el gobierno socialista de Rodríguez Zapatero, que llegó demasiado tarde y se quedó a medio camino al no demandar responsabilidades a los genocidas fascistas o al no anular las sentencias pronunciadas por los tribunales franquistas. A destacar aquí también, por supuesto, la ingente labor llevada a cabo por asociaciones y movimientos sociales por los derechos humanos, como la A.R.M.H, que han luchado sin tregua y contra toda adversidad por los derechos de los vencidos y de las víctimas.

Los textos literarios y fílmicos que versan sobre la guerra y sobre la dictadura funcionan, entonces, como espacios desde donde reconstruir la memoria derrotada y desde donde recuperar los *conocimientos subyugados* de los represaliados políticos del franquismo. Según han puesto de relieve varios críticos culturales (Ulrich Winter, Joan Ramón Resina, Jo Labanyi o Christina Duplaá, entre otros), estas narrativas se pueden entender como *lieux de mémoire* en el sentido de Pierre Nora, es decir, como prácticas discursivas que rehistorizan aquellos lugares simbólicos que forman parte de la memoria colectiva.¹⁰ A diferencia de los erigidos por el fascismo, los lugares de la memoria republicana, como recuerda el crítico Ulrich Winter en Casa encantada, no se fundan sobre discursividades nacionalistas ni sobre la destrucción del otro bando, sino sobre la lógica del reconocimiento de los derrotados (17-36). A saber: no son lugares erigidos para la conmemoración de la victoria en la Guerra Civil o para la negación del Otro (sirva como ejemplo el mausoleo del Valle de los Caídos), sino espacios dislocados donde se produce el retorno de lo olvidado y de lo histórico oprimido (pongamos como casos paradigmáticos la exhumación de las fosas comunes, o de igual forma la ficción literaria que da voz a los vencidos). Desde esta perspectiva, la literatura que gira en torno a la memoria histórica se constituye en un espacio discursivo en el que las víctimas pueden ser reconocidas, conformándose como un procedimiento que tiene que ver con lo que Jacques Derrida denomina *fantología* o retorno de lo espectral: aquella práctica de reconocimiento de los espectros que permite la formación de una política de la memoria (Espectros de Marx: el estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva Internacional

¹⁰ Para una reflexión extendida sobre los *lieux de mémoire* en el caso español, tanto desde el punto de vista de la historiografía como desde la literatura, Joan Ramón Resina y Ulrich Winter han codirigido un volumen dedicado a estos lugares conmemorativos de la memoria histórica: Casa encantada. Lugares de memoria en la España constitucional (1978-2004).

12).¹¹ En referencia al fenómeno de la represión y de la violencia franquista –marco temático e histórico que estructurará la reflexión propuesta en este capítulo –los espacios más significativos de reconocimiento de la memoria derrotada, reconstruidos por la ficción, serán, por lo general, aquellos donde tuvieron lugar las experiencias traumáticas de las víctimas: las numerosas instituciones carcelarias, los campos de concentración, los espacios naturales en donde se refugiaron los huidos antifranquistas, los escondites donde se ocultaron los *topos*, los centros policiales de detención, los paredones de fusilamiento o las fosas comunes.

En términos generales, se pueden distinguir dos grandes períodos dentro de la producción cultural contemporánea (entendiendo “contemporánea” como el período democrático) sobre la memoria histórica: un primer período que cubre desde 1975 hasta mediados los años noventa, y un segundo período que va desde mediados los años noventa hasta la actualidad. En primer lugar, cuando muere el dictador en 1975, la prioridad de las fuerzas políticas se centró en alejar los fantasmas de la guerra para evitar la repetición del conflicto y para facilitar la construcción de una España democrática, pero a consecuencia de ello, ese silenciamiento del pasado, constituido por la clase

¹¹ Como señala este filósofo francés, la condición del espectro desafía la lógica de la ontología en la medida en que, a diferencia de los vivos y de los muertos, que están ubicados en una temporalidad y en un lugar precisos, el espectro es la fenomenalidad de un espíritu que regresa, una suerte de reaparición de lo ausente que transita entre la vida y la muerte o, en palabras de Derrida, “un devenir-cuerpo, cierta forma fenoménica y carnal del espíritu [...], la visibilidad inaprensible de lo invisible”. Véase Jacques Derrida, Espectros de marx: El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional (Madrid : Trotta, 1995) 20. Con esto en mente, la representación literaria se presenta como un espacio privilegiado en el que puede tener lugar esa materialización o visualización de lo desaparecido, esto es, el lugar donde los sujetos excluidos de la historia pueden reaparecer como espectros y ser reconocidos por los lectores contemporáneos, permitiendo así la emergencia de una política-otra de la memoria. Las novelas y películas que se ocupan del fenómeno represivo pueden ser pensadas, en consecuencia, como un dispositivo en el que las víctimas vienen a ser metafóricamente desenterradas. Resulta interesante notar que durante estos últimos años se ha producido una clara connivencia entre ese desenterramiento literario, llevado a cabo mediante los mecanismos de la ficción, y la excavación de los restos de los cadáveres de las fosas comunes, impulsada por la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica (A.R.M.H). Para un relato detallado sobre la cuestión de las fosas comunes, véase Emilio Silva, Las fosas de franco: Los republicanos que el dictador dejó en las cunetas (Madrid: Temas de Hoy, 2003).

política, se extendió al conjunto de la ciudadanía y de la cultura. Desde diversas perspectivas, varios críticos culturales e historiadores (Cristina Moreiras-Menor, Eduardo Subirats, Alberto Medina, Teresa Vilarós, o Gregorio Morán, entre otros) han hecho la crítica del período de la Transición, poniendo de manifiesto las consecuencias negativas del llamado Pacto de Silencio, y desarrollando la teoría de que ese silencio inducido, como “condición sine qua non” para conseguir la reconciliación nacional, tuvo una continuidad en el terreno de lo cultural y de lo público. Ahora bien, aún cuando la producción cultural sobre la memoria histórica fue escasa en estos años (habida cuenta la magnitud y la longevidad de un período como el franquismo), hubo, por supuesto, significativas contribuciones como precisamente la novela de Julio Llamazares, Luna de lobos, la cual será analizada posteriormente en este capítulo.¹² Refiriéndose a la producción cultural de los años sesenta y ochenta, Cristina Moreiras-Menor, en su ensayo “Historia a contrapelo: Estado de excepción y temporalidad en la transición española,” se ha referido a la condición de espectralidad de las obras literarias que en este período dieron espacio a los oprimidos del franquismo. Para esta crítica, obras como la misma Luna de lobos de Julio Llamazares, o Beatus Ille de Antonio Muñoz Molina, se presentan en las primeras décadas democráticas como “narrativas espectrales” o “narrativas otras a

¹² No todos los críticos e historiadores han respaldado la teoría de un silenciamiento al nivel de la cultura y de la opinión pública. Paloma Aguilar y de Santos Juliá han negado que haya habido un tiempo de silencio en el ámbito de lo cultural y afirman que la proliferación de novelas y películas en los últimos años constituye tan sólo una nueva oleada de memoria con una especificidad diferente. En un reciente artículo, Santos Juliá ha argumentado que siempre ha existido una permanente difusión del conocimiento histórico y exhibe un extenso listado de publicaciones sobre la guerra y el franquismo aparecidas durante los años de la Transición. Véase Santos Juliá, "Memoria, historia y política de un pasado de guerra y dictadura," Memoria de la guerra y del franquismo (Madrid: Taurus, 2006). Por su parte, Paloma Aguilar ha defendido la tesis de una división entre el campo de lo cultural y el campo de lo político. Esta crítica argumenta que mientras desde la política se decretaba la amnesia para avanzar en la construcción democrática, en el ámbito de la cultura, por el contrario, parecía existir un “pacto de memoria” en función de la “gran cantidad de películas, libros, exposiciones” que abundaron en España desde la Transición (281). Véase Paloma Aguilar, "La evocación de la guerra y del franquismo en la política, la cultura y la sociedad españolas," Memoria de la guerra y del franquismo (Madrid: Taurus, 2006). Parece haberse generalizado, pues, una tensión dialéctica entre dos formas divergentes de interpretar la producción cultural en las primeras décadas democráticas.

las hegemónicas [...] que dan espacio protagónico a una temporalidad interruptora” dentro de lo que considera, siguiendo la terminología de Homi Bhabha, la temporalidad lineal y homogénea de la Transición española ("Historia a contrapelo: estado de excepción y temporalidad en la transición española" 49). Desde esta perspectiva, podemos decir que ante la borradura generalizada de las memorias oprimidas, hubo, sin embargo, una serie de obras literarias y cinematográficas que hicieron frente al olvido hegemónico y que se preocuparon de las víctimas de la guerra y del franquismo, y por tanto, así también del fenómeno represivo de llevado a cabo por la dictadura.¹³

Desde mediados de los años noventa, y más concretamente, desde la inauguración del presente siglo, se ha producido en el terreno de la cultura una profusión de productos que abordan el pasado de la guerra y del franquismo. Según se ha visto en las estanterías de las librerías, en los numerosos artículos de opinión publicados en prensa, en las frecuentes exposiciones de los museos, o en la abundante emisión de documentales televisivos, es evidente que se ha producido en la sociedad española una revitalización del interés general sobre la memoria histórica.¹⁴ De acuerdo a la hipótesis foucaultiana de los *conocimientos subyugados* –según se ha descrito anteriormente –, diremos que ha

¹³ Además de las ya mencionadas Luna de lobos (1985) y Beatus Ille (1986), otras obras que podemos nombrar como excepción al silencio generalizado son Escenas de cine mudo (1988), también de Julio Llamazares, Un día volveré (1982) de Juan Marsé, Largo invierno en Madrid (1980) de Juan Eduardo Zúñiga, El jinete polaco (1991) de Antonio Muñoz Molina, Herrumbrosas lanzas (1983-1986) de Juan Benet, Coto vedado (1985) y En los reinos de Taifa (1986), de Juan Goytisolo, Memento Mori (1989) de Antonio Rabinad, Autobiografía de Federico Sánchez de Jorge Semprún (1977), o El pianista (1985) de Manuel Vázquez Montalbán. Desde el ámbito de la cinematografía, podemos citar, entre otras obras, Los paraísos perdidos (1985), de Basilio Martín Patino, o Camada negra (1977) y Furtivos (1978), de Manuel Gutiérrez Aragón.

¹⁴ Esto no quiere decir que el incremento del interés por lo histórico sea óbice para que haya dejado de tener fuerza la aquiescencia del olvido, la cual viene siendo defendida por los sectores conversadores del Partido Popular, o incluso que se haya reaparecido lo que José Carlos Mainer denomina un “invitado molesto a la ceremonia del exorcismo” (Mainer 154): un contradiscurso de parte de ciertos sectores pro-franquistas (también vinculados al Partido Popular) que vuelve a reivindicar la memoria de los vencedores, también con un notable éxito de ventas en los últimos años y con figuras destacadas como los “historiadores” Pío Moa, César Vidal o Daniel Arasa. Los mitos de la guerra civil (2003), de Pío Moa, ha sido la obra más influyente de estos autores.

tenido lugar una insurrección masiva de las memorias olvidadas de los vencidos en la guerra. Hay que recordar, no obstante, que, según recuerda Paloma Aguilar, la dictadura de Franco nunca ha constituido –salvo por lo que se refiere a la inmediata posguerra –una fuente de inspiración similar a la guerra civil y que nunca ha generado niveles de recuerdo similares (288).¹⁵ Pero es interesante notar que dentro de la tendencia a la recuperación de lo histórico se ha producido, desde mi punto de vista, la formación de un renovado interés por las víctimas de la represión franquista y por la ruptura de algunos de los silencios mejor guardados de la dictadura franquista: el robo de niños a las presas republicanas, los horrores de las cárceles, las persecuciones de los huidos, los *topos* escondidos durante décadas, los campos de concentración franquistas, etcétera. Así pues, aún cuando la guerra ha seguido acaparando más atención que la dictadura (al decir de Paloma Aguilar), resulta relevante el desencadenamiento de una suerte de sub-tendencia interesada en esos aspectos del franquismo que casi no habían sido atendidos (según demuestra, por ejemplo, el palpable desconocimiento en la sociedad española acerca de figuras como el *maquis* o los *topos*). Diremos, por consiguiente, que desde mediados de los noventa ha emergido en España un nuevo movimiento cultural que pretende profundizar en el conocimiento histórico del pasado, y que dentro de ese movimiento, a su vez, ha emergido con mayor fuerza la reivindicación de las víctimas del franquismo.¹⁶

¹⁵ En su artículo “La evocación de la guerra y del franquismo en la política, la cultura y la sociedad españolas”, publicado en Memoria de la guerra y del franquismo.

¹⁶ Existe una gran abundancia de títulos tanto literarios como de otras modalidades narrativas y de otras disciplinas que se han venido ocupando de las consecuencias de la represión franquista. Desde la historiografía podemos citar, entre otras muchas, las siguientes obras de referencia: Víctimas de la guerra civil (1999), coordinado por Santos Juliá y con la colaboración de Julián Casanova, Josep M. Solé i Sabaté, Joan Villarroya, Franciso Moreno, La guerra secreta de Franco (2002), de Manuel Ros Agudo, Los años del terror. La estrategia de dominio y represión del general Franco, de Mirta Núñez Díaz-Balart, Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco (2002), de Julián Casanova, Francisco Espinosa, Conxita Mir y Francisco Moreno, La resistencia armada contra Franco (2001), de Francisco Moreno, Maquis (2001) de Secundino Serrano, Irredentas (2002), de Ricard Vinyes, Una inmensa prisión. Los

Se han barajado varias hipótesis que explican el surgimiento de este interés generalizado por lo histórico: el deseo de conocimiento de los ahora nietos de los protagonistas, la empatía ideológica o sentimental hacia el bando derrotado, un movimiento transnacional de recuperación de la memoria o el hecho de que haya transcurrido tiempo suficiente para que se pueda hablar de ello sin peligro.¹⁷ En todo caso, a pesar de la importancia y de lo positivo de este resurgir de lo histórico, conviene, sin embargo, ponerlo en cuestión y matizar las ambigüedades que ha tenido y está teniendo en el campo de la literatura y de la cultura. En un artículo publicado en *El País*,

campos de concentración y las prisiones durante la guerra civil y el franquismo (2003), de C. Molinero, M. Sala y J. Sobrequés, o *Los topos: El testimonio estremecedor de quienes pasaron su vida escondidos en la España de la postguerra* (1999), de Jesús Torbado y Manuel Leguineche. Asimismo, destaca la importante producción de documentales sobre las víctimas de la represión, entre los cuales podemos destacar los siguientes: *Rejas en la memoria* (2004), de Manuel Palacios, *La guerrilla de la memoria* (2001), de Javier Corcuera, *Los niños perdidos del franquismo* (2002) de Montse Armengou y Ricard Belis, o *Una inmensa prisión* (2004), de Carlos Ceacero y Guillermo Carnero Rosell. Finalmente, desde la ficción literaria y cinematográfica han sido muchos los autores que se han ocupado de esta temática. Por citar a algunos, podemos nombrar a los siguientes: Ignacio Martínez de Pisón, Rafael Chirbes, Alfons Cervera, Benjamín Prado, Ramiro Pinilla, Manuel Rivas, Rosa Montero, Justo Vila, Carme Riera, Isaac Rosa, Alberto Méndez, Dulce Chacón, Jesús Ferrero, Montxo Armendáriz, Guillermo del Toro, Manuel Hueriga o Emilio Martínez Lázaro.

¹⁷ Diversos autores se han preguntado por las causas que explican la reciente popularidad de lo histórico desde mediados los años noventa. Así, Antonio Gómez López Quiñones, en *La guerra persistente*, propone como factor principal (lo veremos posteriormente) la rentabilidad comercial de la memoria histórica para la industria cultural española; Isabel Cuñado, en "Despertar tras la amnesia: guerra civil y postmemoria en la novela española del siglo XXI," artículo publicado en *Dissidences*, vuelve a referirse al éxito editorial de la memoria y a la demanda de distintos tipos de lectores: "tanto de los nostálgicos de un pasado que sufrieron directamente, como de aquéllos que nacieron décadas más tarde pero quieren saber qué les pasó a sus padres o a sus abuelos" (Isabel Cuñado, "Despertar tras la amnesia: Guerra civil y postmemoria en la novela española del siglo xxi," *Dissidences. Hispanic Journal of Theory and Criticism*, en www.dissidences.com (2007), vol. 3.); Carmen Moreno-Nuño, en *Las huellas de la Guerra Civil*, menciona la enorme importancia del relevo generacional en el sentido de que las nuevas generaciones ya no tienen miedo (73), y pone de manifiesto algunos de los *nuevos* argumentos esgrimidos por quienes han defendido la importancia de mantener el recuerdo: "la solidez de la democracia española permite ahora la recuperación del pasado" (79) o "recuperar el pasado supone negarse a *cohabitar con la impostura*" (79); finalmente, Santos Juliá, en *Memoria de la guerra y del franquismo*, considera que la especificidad de este movimiento (para este autor, no obstante, solamente se trata de una nueva oleada de memoria) estaría fundamentalmente en la necesidad de rehabilitar a los represaliados, algo que tiene que ver con el proceso de internacionalización de las políticas de reparación (22).

el escritor Isaac Rosa se refería a este fenómeno como un “empacho de memoria” y escribía lo siguiente:¹⁸

Algunos empezamos ya a estar un poco empachados. No es que estemos saturados de memoria, nada de eso. Pero sí empalagados por todo tipo de sucedáneos que, como golosinas, engordan pero no alimentan, engañan al hambre y hasta saben bien, pero no son muy recomendables desde el punto de vista nutricional. Trasladado el paralelismo alimenticio al debate sobre la memoria, uno tiene a veces la sensación de que, entre bocado y bocado, le cuelean cucharadas de sucedáneo que poco tiene que ver con la recuperación de la memoria, y sí con otro tipo de intereses.
("Empacho de memoria")

Isaac Rosa se refiere, fundamentalmente, al resurgimiento reivindicativo de la memoria franquista y a la comercialización indiscriminada de todo tipo de productos históricos, lo cual provoca que la exigencia de desenterrar el pasado oprimido pueda convertirse en una operación comercial dentro del marco de la industria del entretenimiento. Precisamente en relación a la rentabilidad económica de estos productos culturales, uno de los críticos que han reflexionado sobre este fenómeno, Antonio López-Quiñones, ha cuestionado el “entusiasmo de los que pudieran ver en este rebrote [...] un signo definitivamente esperanzador de una conciencia histórico-política en España” (La guerra persistente: memoria, violencia y utopía : representaciones contemporáneas de la Guerra Civil Española 14). Para este autor, el restablecimiento de lo histórico a menudo ha venido de la mano de una floreciente industria cultural –plenamente integrada en el capitalismo neoliberal –que ha transformado la memoria histórica en *artículo de consumo* con un alto índice de ventas y una enorme popularidad en el mercado (14). Entre las razones que esgrime para explicar tal rentabilidad comercial están, sobre todo, la tendencia a la sentimentalización o heroización del pasado, y el atractivo que despiertan

¹⁸ Artículo de opinión publicado en *El País* el seis de julio del 2006. Se puede encontrar online en: http://www.elpais.com/articulo/opinion/Empacho/memoria/elpepiopi/20060706elpepiopi_6/Tes/

las tradiciones políticas del bando republicano en una época en que las grandes narrativas revolucionarias parecen estar agotadas. Tales tradiciones políticas, continúa este crítico, al estar supeditadas al mercado, dejan de ser una amenaza en cuanto que “su potencial revulsivo e inquietante ha sido desactivado” y en la medida en que “las modalidades de representación que actualmente se proponen liman dicho potencial” (14), y de este modo, muchas de las obras que invierten en el bando republicano se inclinan hacia una representación nostálgica del pasado y se quedan en los aspectos románticos y emotivos del evento histórico.

Dos obras literarias que han gozado de una enorme popularidad, y que desde mi punto de vista pueden ser representativas de esta tendencia, son La voz dormida de Dulce Chacón y Soldados de Salamina de Javier Cercas. La primera, la novela de Javier Cercas, reconoce a los soldados republicanos que continuaron la lucha contra el fascismo (en este caso la resistencia francesa en la Segunda Guerra Mundial), pero este reconocimiento viene marcado por un abierto énfasis en el aspecto heroico de estos personajes.

Asimismo, Cercas presenta una visión conciliadora, como si buscara un compromiso entre las dos ideologías en conflicto, rehabilitando, a la vez que a los soldados republicanos, a un personaje falangista como Rafael Sánchez Mazas.¹⁹ En segundo lugar,

¹⁹ Desde su publicación en 2001, varios críticos culturales han analizado la novela de Javier Cercas. Entre ellos, Antonio Gómez López-Quiñones, en La guerra persistente, ha resaltado el interés de su autor en recuperar “aquellas historias de la Historia” (53) que fueron silenciadas por las grandes meta-narraciones históricas, es decir, por aquellas narraciones de la historiografía empírica que únicamente se interesan por “las grandes fechas y los lugares de renombre” (53). En la misma dirección, Juan Carlos Martín considera que la novela de Cercas “se plantea indagar en lo que históricamente se ha intentado borrar de la memoria colectiva a través del pacto democrático de la transición” (Juan Carlos Martín, “Historia y ficción en “Soldados de salamina”,” Ojáncano: Revista de Literatura Española vol. 28 (2005). Según estos autores, al reivindicar el sacrificio de los milicianos anónimos que defendieron los ideales democráticos frente al fascismo, Cercas estaría reivindicando las historias subyugadas de unos personajes que han sido sistemáticamente olvidados por las historias oficiales y por los procesos transicionales. Sin embargo, aún cuando tan loable intención de Cercas parece innegable (como también lo es, desde mi punto de vista, la calidad literaria en el texto), considero que Soldados de Salamina carga todo el énfasis en el carácter utópico y heroico de aquellos personajes y, al mismo tiempo, según ha puesto de manifiesto la crítica Isabel

Dulce Chacón asume una posición más combativa al reivindicar en su novela la experiencia y la lucha de las mujeres encarceladas en la prisión de Ventas, y asimismo, de los guerrilleros desperdigados por los alrededores de Madrid, pero lo hace, sin embargo, desde un tono visiblemente nostálgico y a partir de personajes que no plantean tensiones ideológicas.²⁰ En la misma dirección, otra obra que podemos citar como representativa de esta tendencia es la serie de televisión Cuéntame cómo pasó, cuya crónica de la última etapa del franquismo ha logrado una enorme empatía con el público gracias a su abierta inversión en el capital nostálgico y sentimental.

Cuñado, se observa una intención de consenso entre los dos bandos en conflicto que, eventualmente, “somete a las víctimas a una nueva ofensa” y “aleja la especificidad de las experiencias dolorosas vividas” (Cuñado, “Despertar tras la amnesia: Guerra civil y postmemoria en la novela española del siglo xxi,” vol.). Otros estudios han indagado esta temática de la heroicidad en la novela de Cercas. Así, para Carlos Yushimito del Valle, se trata de un texto sobre la figura del héroe: no del héroe “sublime y sin defectos, que más bien pertenece a la mitología social humana,” sino del soldado anónimo que “defendió la libertad y a la *civilización* ante las fuerzas de Franco y posteriormente ante la amenaza totalitaria del Eje Nazi-Fascista” (Carlos Yushimito del Valle, “Soldados de salamina: Indagaciones sobre un héroe moderno,” Espéculo: Revista de Estudios Literarios vol. 23, (2003). Finalmente, la lectura de Ana Luengo, con la que estoy más de acuerdo, pone en duda que la novela sea un ejemplo de literatura comprometida y se refiere a su condición políticamente acrítica a consecuencia, entre otros motivos, de dicha tendencia a la heroización desideologizada: “La única intención es la construcción de una historia amena y de unos héroes puros que puedan servir como monumento conmemorativo, para ensalzar a determinados combatientes sin ninguna relectura crítica” (Ana Luengo, La encrucijada de la memoria: La memoria colectiva de la guerra civil española en la novela contemporánea (Berlín: Frey, 2004) 270.

²⁰ Se han publicado varios estudios sobre la novela de Dulce Chacón desde su aparición en 2003. Muchos de ellos (Ramblado-Minero, Trueba Mira, Elina Liikanen), sin embargo, se han centrado únicamente en los aspectos que tienen que ver con la represión y con la resistencia antifranquista, dentro de un “proceso de recuperación de la memoria de las víctimas” (Cinta Ramblado-Minero, “Novelas para la recuperación de la memoria histórica: Josefina aldecoa, angeles caso y dulce chacón,” Letras Peninsulares vol. 17.no. 2-3 (2004): 371. Asimismo, Pablo Gil-Casado considera que La voz dormida forma parte de una “tradición críticosocial,” –en la estela de otras autoras como Juana Doña, Consuelo García, Tomasa Cuevas o Lidia Falcón –que reivindica las trágicas experiencias de las vencidas y su papel en los movimientos de resistencia antifranquista. Sin embargo, este crítico denuncia la manipulación, por parte de la autora, de las fuentes documentales (en base, fundamentalmente, a la lista de agradecimientos) y la palpable repetición de lo narrado por las autoras arriba mencionadas (Pablo Gil Casado, “Dulce chacón y la continuación de la novela críticosocial,” Ojáncano: Revista de Literatura Española vol. 28 (2005).). Finalmente, Antonio Gómez López-Quiñones va más lejos y considera que las protagonistas (y los protagonistas) de la obra de Chacón son personajes planos en el sentido de que asumen ciegamente un compromiso político sin ningún tipo de problematización y sin “dar lugar a comentarios o reflexiones de cierta profundidad” (210). De esta manera, en una “novela de personajes radicalmente mediados por sus convicciones políticas,” no existe realmente, en última instancia, un discurso ideológico: el carácter utópico-sentimental que la caracteriza termina desactivando la propia conciencia política e ideológica.

En definitiva, y retomando el léxico de Guy Debord en La sociedad del espectáculo, considero que dichos artefactos culturales se han convertido en mercancía espectacular y se han subsumido en el orden comercial del capitalismo globalizado, produciéndose así una espectacularización y una mercantilización de lo histórico. Como el mismo Debord señala críticamente en las primeras páginas de su estudio, la realidad del sistema capitalista contemporáneo se anuncia como “una inmensa acumulación de espectáculos” (12) en la que dicho espectáculo corresponde a “una manufactura concreta de la alienación”(23).²¹ Es decir, una vez que las modernas sociedades del bienestar han garantizado la subsistencia de los individuos (en base a la automatización del proceso productivo), la industria del entretenimiento se desarrolla plenamente y los individuos devienen consumidores alienados de espectáculos. Desde esta perspectiva, la cultura mediática de la memoria histórica, en la sociedad española contemporánea, se conforma como parte integrante de ese orden espectacularizado que viene a ser pasivamente consumido por los individuos y, en esa tesitura, la tendencia a la sublimación sentimental de la memoria se presenta como el principal mecanismo de alienación y de desideologización que imposibilita el desarrollo de una conciencia crítica.

Ahora bien, obviamente no todas las obras literarias y cinematográficas de estos últimos años pueden registrarse en una retórica de lo sentimental y de lo utópico. Como ha escrito José Carlos Mainer, también se ha observado “la persistencia de una dura línea de ruptura” compuesta por una serie de escritores y cineastas que igualmente recuperan los *conocimientos* de aquellos que fueron silenciados por la dictadura, pero lo hacen desde una postura más crítica y beligerante “tanto con la tergiversación reaccionaria como con el pensamiento oficial de centro-izquierda, reputado de blando y acomodaticio”

²¹ La traducción es mía.

(Mainer 155). Es decir, se trata de un conjunto de autores que rompen con los moldes epistemológicos y estéticos dominantes en la literatura de consumo, proponiendo una visión más reivindicativa y menos complaciente de la historia, o sea, una literatura de compromiso. Entre las obras que podemos incluir en esta cartografía literaria de *fuga* están, a mi entender, dos de las obras que analizaré en este capítulo: El vano ayer de Isaac Rosa y Los girasoles ciegos de Alberto Méndez. Alberto Méndez desde un estilo profundamente emotivo, e Isaac Rosa con un lenguaje irónico y combativo, ambos presentan una reflexión crítica y rigurosa sobre el período histórico del franquismo en cuanto que experiencia de horror y de muerte.²²

En líneas generales, todas las novelas y películas citadas en esta introducción comparten la preocupación de recuperar la memoria histórica y, en particular, de reconstruir las trágicas experiencias de los represaliados por el franquismo. En consecuencia, estas obras se muestran como uno de los procedimientos posibles para hacerles justicia póstuma a las víctimas por cuanto que rescatan aquello que ha sido oprimido, y puesto al margen, por los sistemas jurídico-institucionales. Ahora bien, aquí es preciso recordar que, según sugiere Jacques Derrida en “Fuerza de ley,” la justicia como tal siempre es una experiencia aporética que no se deja codificar y que no es susceptible de ser representada o, en sus propias palabras, una “experiencia de aquello de lo que no se puede tener experiencia” (38). Por consiguiente, eso que llamamos justicia es esencialmente una experiencia que siempre permanece por venir, como potencia o deseo:

²² Además, otros autores que podríamos añadir a este grupo de ruptura son Rafael Chirbes con La larga marcha (1996) o La caída de Madrid (2000), Ignacio Martínez de Pisón con Enterrar a los muertos (2005), Alfons Cervera con su pentalogía sobre el maquis (El color del crepúsculo (1995), Maquis (1997), La noche inmóvil (1999), La sombra del cielo (2003) y Aquél invierno (2005)), Carme Riera con La mitad del alma (2003), Benjamín Prado con Mala gente que camina (2006), Ramiro Pinilla con La higuera (2006) o con la trilogía Verdes valles, colinas rojas (2005), Justo Vila con La agonía del búho chico (2004), Isaac Rosa con ¡Otra maldita novela sobre la guerra civil! (2007), Montxo Armendáriz con Silencio Roto (2001) o Guillermo del Toro con El laberinto del fauno (2006).

“la justicia está por venir, tiene que venir, es por venir” (63). Pero aún cuando la justicia es una experiencia de lo imposible, Derrida recuerda que “una voluntad, un deseo, una exigencia de justicia cuya estructura no fuera una experiencia de la aporía, no tendría ninguna posibilidad de ser lo que es, a saber, una justa *apelación* a la justicia” (Fuerza de ley: el "Fundamento místico de la autoridad" 39).²³ Es decir, la justicia reparadora que se halla implícita en la producción cultural de la memoria –como la que habría sido otorgada mediante una reparación jurídico-legal en caso de que hubiera existido –nunca puede considerarse como plenamente realizada y, sin embargo, dicha concepción de la justicia exige “que se calcule con lo incalculable” (39), responde a una responsabilidad ineludible, constituye un imperativo ético hacia los vencidos. A pesar de la imposibilidad de una *justa* rehabilitación, “no puede haber justicia sin esta experiencia de la aporía, por muy imposible que sea” (38) y, por lo tanto, tal experiencia se constituye como la única forma de desagraviar a los supervivientes, hasta donde se pueda, de la humillación sufrida durante tantas décadas.

En efecto, esta recuperación de las voces de las víctimas del franquismo adquiere una enorme relevancia, la del deseo de una justicia necesaria y la del deber de dar a conocer sus vivencias a las futuras generaciones, pero, sin embargo, me parece que la actividad crítica, más allá de rescatar lo reprimido, asimismo debe reflexionar sobre el

²³ Derrida distingue entre justicia y derecho de la siguiente manera: mientras el derecho puede ser deconstruido porque está “construido sobre capas textuales interpretables y transformables” (35), “la justicia en sí misma, si algo así existe fuera o más allá del derecho, no es desconstruible” (35). De esta forma, la deconstrucción no puede aplicarse a la justicia en cuanto que es infinita e incalculable, pero el derecho, en tanto que sistema construido de leyes reguladas y codificadas, está abierto a la interpretación y a la deconstrucción. Sin embargo, dicho derecho, que acostumbra a ser el resultado de un momento de violencia (según indica la expresión inglesa “enforceability of the law”) –y, por ende, de una injusticia –, puede constituir al mismo tiempo una de las condiciones de posibilidad de la justicia. Véase Jacques Derrida, Fuerza de ley: El "Fundamento místico de la autoridad" (Madrid: Tecnos, 1997). En ese sentido, cualquier medida legislada en favor de quienes padecieron la represión del franquismo vendría a conformar esa posibilidad jurídica de la justicia.

capital político que estuvo detrás de la violencia. Como recuerda la historiadora Carme Molinero, las memorias de las víctimas deben “inscribirse en un relato histórico que debe aportarnos el significado de aquellos acontecimientos” en la medida en que “la sociedad española no será consciente de su significación si la atención social se centra exclusivamente en el coste de la represión” (“¿Memoria de la represión o memoria del franquismo?” 220). Es decir, la recuperación de la memoria de las víctimas no debe quedarse únicamente en el relato de sus experiencias, sino que al mismo tiempo debe centrarse en una reflexión crítica sobre la naturaleza histórica y política del franquismo. De este modo, aquí estará el punto de partida de lo que pretendo desarrollar en este capítulo: articular una reflexión teórica e histórica acerca del carácter tanatopolítico del régimen franquista sobre la base de varias novelas centradas en las historias de las víctimas. Refiriéndose al genocidio de los judíos durante el nazismo, Alain Badiou, en “Ensayo sobre la conciencia del mal,” argumenta que centrarse exclusivamente en lo sufrido por las víctimas puede hacer que nos olvidemos de que el exterminio fue consecuencia, en realidad, de una determinada agenda política. Para este teórico francés, se ha impuesto en la actualidad una doctrina ética sobre el holocausto –fundada en la noción kantiana del mal, y rearticulada en la concepción del mal radical de Hannah Arendt –que obstaculiza el pensamiento sobre el exterminio al concebirlo como un acontecimiento “indecible” que está más allá de nuestra comprensión. Lo que Badiou cuestiona de esta concepción del mal es que impide pensar la dimensión política del campo de exterminio, y no permite analizarlo como el resultado de un proceso histórico, de tal forma que este pensador francés rechaza la suposición de la existencia de un

absoluto-mal impensable y postula que “pensar la singularidad de la exterminación es pensar, ante todo, la singularidad del nazismo como política” (93-100).

Aplicando este esquema a lo acontecido durante la represión de la posguerra española, podemos afirmar, de modo semejante, que la recuperación de la memoria de las víctimas no debe obstaculizar la reflexión sobre los dispositivos epistemológicos y políticos que posibilitaron las atrocidades y los crímenes cometidos bajo el franquismo. Por eso, además de contar las experiencias de las víctimas, es preciso poner de manifiesto que tales experiencias fueron consecuencia de un determinado modo de entender y de practicar la política. Desde una perspectiva similar, la crítica Jo Labanyi advierte, en su artículo “Historias de víctimas: la memoria histórica y el testimonio en la España contemporánea,” que el exceso de protagonismo de las víctimas puede difuminar las diferencias políticas entre los dos bandos en conflicto, y legitimar la reivindicación de la memoria franquista, puesto que también hubo represión y violencia en la zona republicana (87-88). Si bien esta hispanista reconoce la necesidad de retratar y de transmitir a las futuras generaciones la realidad humana de los vencidos (algo que puede captar, según dice, la literatura en mayor medida que la historiografía), por otro lado recuerda que quedarse en el coste humano de la represión puede devenir fácilmente en “una visión despolitizada” que en definitiva “no permite la comprensión histórica” (94). Lo que reclama Labanyi, pues, es que el rescate de la memoria histórica se haga desde una actitud crítica que no caiga en la trivialización y que profundice en el conocimiento del funcionamiento del franquismo. Asimismo, Zygmunt Bauman ha reflexionado sobre la necesidad de comprender los rasgos distintivos de los regímenes totalitarios. En Modernity and the Holocaust, Bauman sugiere que el exterminio de los judíos no fue

simplemente un hecho aislado en el devenir histórico europeo, sino que, en realidad, estuvo íntimamente ligado al desarrollo de los mecanismos racionales de la modernidad: control, burocracia, ciencia, tecnología (6-12). En sus propias palabras:

El holocausto pudo haber sido algo más que una aberración, algo más que una desviación de la senda del progreso, algo más que un tumor canceroso en el cuerpo saludable de la sociedad civilizada; que, en resumen, el Holocausto no fue la antítesis de la civilización moderna y de todo lo que esta representa [...] El Holocausto no habría sido posible sin contar con la burocracia moderna, con los conocimientos y tecnologías de que ésta dispone ni con los principios científicos de su gestión interna. (9-23)

En definitiva, estos tres autores (Badiou, Labanyi, Bauman) coinciden, desde diferentes perspectivas, en que no sólo es necesario destapar las experiencias de las víctimas, sino también el sistema político que propició dichas experiencias. En este contexto se desarrollará esta reflexión sobre la represión franquista, deteniéndome, como ya he mencionado, en tres obras de ficción que versan sobre los crímenes del fascismo en España (Los girasoles ciegos de Alberto Méndez, Luna de lobos de Julio Llamazares, y El vano ayer de Isaac Rosa). De esta forma, la aproximación a estos textos se realizará no tanto como parte de la recuperación de las memorias de las víctimas, sino, sobre todo, desde el análisis de los mecanismos de poder y de las tácticas gubernamentales de la dictadura. Para tal fin, usaré la perspectiva de los estudios de biopolítica, y más concretamente, aquello que se puede concebir como la versión negativa de la biopolítica, es decir: el poder soberano de muerte o el poder tanatopolítico instituido y desarrollado por el Estado franquista.

La doble dimensión de la biopolítica del franquismo. Función tanatopolítica

El general Mola, una de las máximas jerarquías de los sublevados, auténtico arquitecto de la conspiración antirrepublicana, había afirmado en julio de 1936, con estremecedora franqueza, que “hay que sembrar el terror, hay que dejar sensación de dominio eliminando sin escrúpulos ni vacilación a todos los que no piensen como nosotros” (C. Molinero "¿Memoria de la represión o memoria del franquismo?" 227). Franco mismo, también durante los primeros días de la rebelión, había explicado a un periodista norteamericano (Jay Allen) que no dudaría en fusilar a media España si tal fuera el precio a pagar para pacificarla ("*De guerra contra el invasor a guerra fratricida*" 25). En la misma dirección, otro personaje fascista, el Cardenal Isidro Gomá, había pronunciado el siguiente discurso, recogido en Historia del franquismo de Daniel Sueiro, en 1938:

Efectivamente, conviene que la guerra acabe. Pero no que se acabe con un compromiso, con un arreglo ni con una reconciliación. Hay que llevar las hostilidades hasta el extremo de conseguir la victoria a punta de espada. Que se rindan los rojos, puesto que han sido vencidos. No es posible otra pacificación que la de las armas. Para organizar la paz dentro de una constitución cristiana es indispensable extirpar toda la podredumbre de la legislación. (65)

También citado por Daniel Sueiro, en la siguiente alocución radiofónica del general Franco, dirigido a la nación después del desfile de la Victoria, queda patente el fundamento represivo del nuevo Estado franquista:

Terminó el frente de la guerra: pero sigue la lucha en otro campo [...] No nos hagamos ilusiones; el capitalismo judaico que permitía la alianza del gran capital con el marxismo, que sabe tanto de pactos con la revolución antiespañola, no se extirpa en un día, y aletea en el fondo de muchas conciencias. (25)

Desde los primeros días de la sublevación se sucedieron declaraciones, discursos y artículos en los que se anunciaba el paradigma tanatopolítico que iba a caracterizar al nuevo Estado por venir. Ciertamente, no se alcanzaría pacificación alguna después del último parte de guerra de abril de 1939 a no ser aquella “pacificación de las armas” de la que hablaba el Cardenal Isidro Gomá. Porque, en realidad, lo que sobrevino al final de la contienda fue una continuación de la violencia de acuerdo a lo que el general Franco denominaba “lucha en otro campo,” es decir, la violencia del frente de guerra reconducida hacia una gigantesca operación de exterminio, para extirpar lo que se consideraba la “enfermedad” de la nación. De eso se trataba: de extirpar el virus, de eliminar todo vestigio del pasado democrático, de suprimir los movimientos obreros y los esquemas del liberalismo, con la intención de reinstaurar así la tradición católica y clasista española que había sido amenazada durante el gobierno republicano. Una vez finalizada oficialmente la contienda, diseñada la política represiva a seguir por los militares golpistas, el Estado totalitario franquista se convirtió, sin duda, en uno de los regímenes más crueles de la Europa contemporánea. Cientos de miles de republicanos fueron víctimas de una persecución sumamente violenta, materializada en sentencias de muerte, reclusión en cárceles o en campos de concentración, exilio hacia otros países o huida a los montes de la península. Asimismo, los otros republicanos que perdieron la guerra –los millones de españoles anónimos que también fueron derrotados –fueron sometidos a múltiples formas de represión como el hambre, el silencio, la sumisión, la vigilancia, el miedo, los abusos sexuales o la extorsión.²⁴

²⁴ Para un acercamiento minucioso a la violencia y a las diferentes formas de represión ejercidas durante la guerra civil y el franquismo, véanse, entre otros muchos, los siguientes estudios historiográficos: Ideología e historia: sobre la represión franquista y la guerra civil (1984), de Alberto Reig Tapia, Víctimas de la guerra civil (1999), coordinado por Santos Juliá y con la colaboración de Julián Casanova, Josep M. Solé i

La guerra civil había sido un conflicto en el que habían estado presentes la lucha de clases y los antagonismos ideológicos, y en el que, desde esa lógica de conflictividad, se desató una dinámica represiva que culminó con multitud de muertos en los dos bandos en armas. Sin embargo, dicha dinámica represiva –republicana y fascista –no puede ser homologable debido a varias razones. En primer lugar, el terror republicano fue coyuntural y reactivo, desatado como respuesta popular al levantamiento militar, mientras que el terror franquista fue “estructural”, premeditado y surgido en torno a una determinada agenda política (Serrano 25). Es decir, mientras la represión franquista parte de una estrategia de exterminio, planificada por los responsables de la sublevación, la represión republicana fue una respuesta revolucionaria de las clases explotadas ante la insurrección de las fuerzas reaccionarias. Por otro lado, esta represión nunca fue secundada desde instancias gubernamentales, y no sólo no fue secundada, sino que de ordinario fue abiertamente reprobada por los dirigentes republicanos, según ponen de manifiesto las palabras del líder socialista Indalecio Prieto en el siguiente discurso dirigido a las milicias republicanas:

Por muy fidedignas que sean las terribles y trágicas versiones de lo que haya ocurrido y esté ocurriendo en tierras dominadas por nuestros enemigos, aunque día a día nos lleguen agrupados, en montón, los nombres de camaradas, de amigos queridos, en quienes la adscripción a un ideal bastó como condena para sufrir una muerte alevosa, no imitéis esa conducta; os lo ruego, os lo suplico. Ante la crueldad ajena, la piedad vuestra; ante la sevicia ajena, vuestra clemencia; ante los excesos del enemigo, vuestra benevolencia generosa. [...] ¡No los imitéis! ¡No los imitéis! Superadlos en vuestra conducta moral; superadlos en vuestra generosidad. (citado por Reig Tapia 133)

Sabaté, Joan Villarroya, Francismo Moreno, La guerra secreta de Franco (2002), de Manuel Ros Agudo, El miedo en la posguerra, de Enrique González Duro, Los años del terror. La estrategia de dominio y represión del general Franco, de Mirta Núñez Díaz-Balart, Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco (2002), de Julián Casanova, Francisco Espinosa, Conxita Mir y Francisco Moreno, o Un tiempo de silencio: la guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936-1975 (1999), de Michael Richards.

En segundo lugar, la represión franquista no finalizó con el final de la contienda, una vez que la lógica del enfrentamiento ya no servía como justificación, sino que, muy al contrario, se intensificó y se convirtió en uno de los elementos básicos del nuevo Estado franquista para construir y sostener el nuevo ordenamiento político. Por tanto, se trata de una primera violencia fundadora, como veremos en el comentario de El vano ayer –siguiendo a Walter Benjamin –que se perpetúa a lo largo de la dictadura, para asegurar la perdurabilidad del régimen, por medio de los aparatos policiales y represivos.

A simple vista, la primera etapa del franquismo puede caracterizarse como una verdadera continuación del conflicto por otros medios: tribunales militares, consejos de guerra, escuadrones falangistas, detenciones policiales, cárceles llenas a rebosar o decenas de miles de ejecuciones. Pero a esto hay que añadir que el estado de excepción, declarado en zona nacional en los comienzos de la contienda, no se derogó oficialmente hasta el año 1948, y tal como recuerda Giorgio Agamben, la guerra civil, en tanto que situación política opuesta a la normalidad, “se sitúa en una situación de indiscernibilidad con respecto al estado de excepción” (Estado de excepción : Homo sacer, II 10). Bajo la lógica del estado de excepción resurge la forma más mortífera de la soberanía, basada en la dialéctica schmittiana de amigo-enemigo, y se impone una nueva “legalidad” que, en palabras de Antonio Cazorla, no es otra cosa que una serie de “instrumentos jurídicos destinados a dar cobertura legal a su proyecto de eliminación física y política de la oposición (103-04).²⁵ Recordemos que Carl Schmitt, uno de los ideólogos que contribuyó

²⁵ Entre las leyes represivas que promulgaron las autoridades franquistas en los años de la posguerra podemos citar, entre otras: la “Ley de Responsabilidades Políticas” de 1939, la “Ley de Represión de la Masonería y el Comunismo” de 1940, la “Ley de Seguridad del Estado” de 1941 o la “Ley de Represión

a la configuración teórica de los sistemas totalitarios, había definido conceptualmente la política como la diferenciación entre el amigo y el enemigo o, dicho de otra forma, como la relación antagónica entre un poder soberano trascendente y un adversario público en el sentido político (26-28). Pues bien, la consecuencia manifiesta de esta definición de la enemistad es el enfrentamiento bélico, cuya posibilidad efectiva, según Schmitt, tiene que existir para que se pueda hablar de política (32-33).²⁶ En el caso del nuevo Estado franquista, la decisión soberana sobre el enemigo estuvo dirigida hacia un enemigo interno que, considerado diabólico y nocivo por las nuevas autoridades, había que erradicar por completo a pesar de que ya había sido vencido. Así pues, el estado de guerra, mantenido institucionalmente por los militares sublevados durante más de una década, puede entenderse como una extensión del conflicto y, por lo tanto, como un desbordamiento de la fecha marcada por el “en el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército rojo, han alcanzado sus últimos objetivos militares las tropas nacionales, la guerra ha terminado”. Parece adecuado, en consecuencia, alterar las tradicionales fechas del conflicto por las de 1936-1948, las cuales reflejan, con mucha más exactitud, la realidad histórica de lo acontecido. Respecto de este punto de vista, dos de las novelas que analizaré en este capítulo –la obra de Alberto Méndez, centrada en la represión en Madrid y la novela de Julio Llamazares, ubicada en las comarcas montañosas leonesas – podrán leerse en el contexto de esta noción de posguerra como prolongación de la violencia de la contienda.

del Bandidaje y Terrorismo” de 1947. Véase Secundino Serrano, Maquis: Historia de la guerrilla antifranquista (Madrid: Temas de Hoy, 2001) 69-70.

²⁶ En palabras de Carl Schmitt: “For to the enemy concept belongs the ever present possibility of combat. All peripherals must be left aside from this term, including military details and the development of weapons technology. War is armed combat between organized political entities; civil war is armed combat within an organized unit” (32).

Ahora bien, desde esta misma lógica, la lógica del estado de excepción, también cabe pensar la totalidad del franquismo como régimen de guerra extendido hasta la muerte del dictador. Es decir, en la medida en que el estado de excepción es la situación habitual en una dictadura y en cuanto que la persecución y el aniquilamiento de la disidencia no cesaron a lo largo de su existencia (y aún durante los primeros años de la democracia),²⁷ la integridad del período dictatorial, y no sólo los funestos años de la posguerra, puede ser interpretada como una prolongación del conflicto. Tal como se representa en la novela de Isaac Rosa, El vano ayer, la aplicación de las ejecuciones y las torturas, ejercidas con total impunidad, seguía siendo consustancial al régimen tres décadas después de la sublevación. Pero además, en la segunda mitad del franquismo, según recuerdan Nicolás Sartorius y Javier Alfaya en La memoria insumisa, se decretaron varios estados de excepción, con lo cual, dicen estos autores, se recreaba la “sensación de terror” en la sociedad, de la misma forma que si fuera “una dictadura dentro de otra dictadura” en la que “las fuerzas de seguridad del Estado disfrutaban de todavía más carta blanca y podían hacer su trabajo sin ningún tipo de control” (262). Con el estado de excepción, se suspendían formalmente unos derechos que nunca habían estado vigentes, y como observa Damián González Madrid, “el impacto real sobre la vida cotidiana de los

²⁷ Se han barajado diversas fechas para designar la conclusión de un período franquista que se confunde con la etapa de la transición y de la democracia. Así, se habla de un franquismo extendido hasta las primeras elecciones democráticas, o hasta el golpe militar del 23 de febrero de 1981, o bien hasta la consolidación de la democracia a raíz de la entrada de España en la Comunidad Europea. A este respecto, por ejemplo, José Carlos Mainer ha escrito que “La Guerra Civil –en cuanto estado de excepción y referente político fundamental de la vida española –perduró viva hasta 1975, y puede sustentarse incluso que hasta 1981” en el sentido de que “la intencionalidad de golpe militar del 23 de febrero de 1981 todavía tuvo como referente a quien en la contienda había sido un comandante mítico para sus subordinados, Jaime Milán del Bosch” Véase Mainer, “Para un mapa de lecturas de la guerra civil,” 135. O, por otro lado, se habla también de un franquismo prolongado y latente en las estructuras represivas y en determinadas conductas de los sectores conservadores actuales (como veremos que pone de manifiesto la novela de Isaac Rosa, El vano ayer).

españoles era mínimo, pero resultaba útil al gobierno a la hora de endurecer y extender su vigilancia y control sobre las actividades de los ciudadanos”.²⁸

En relación a estas y otras circunstancias (estado de excepción, política del terror, dificultad de poner límites, longevidad de la dictadura, configuración ideológica) se ha discutido arduamente sobre la singularidad política de la dictadura de Franco y ha sido definida con una gran variedad de términos: totalitarismo, fascismo, dictadura militar, integrismo teocrático, régimen autoritario, etcétera. En definitiva, la heterogeneidad ideológica de las estructuras del poder político y las diferentes formas que adoptó la dictadura a lo largo de su larga existencia dificultan enormemente, como vemos, el acercamiento a una definición estable de lo que realmente fue el régimen. Por un lado, resulta complicada su interpretación conceptual como sistema de gobierno, y por otra parte, está la problemática de las diversas fases por las que atravesó la dictadura. De este modo, la diversidad terminológica con que se suele definir al franquismo –totalitarismo, dictadura, teocracia, fascismo o autoritarismo –podrá ser utilizada aquí según resulte conveniente en cada caso, es decir, según la circunstancia en que cada término pueda ser válido. Dicho esto, sin embargo, considero que la perspectiva biopolítica nos ofrece una nueva posibilidad a la hora de plantear una conceptualización del franquismo. A partir de lo que considero una doble dimensión de la biopolítica –organizadora (como poder que administra e instrumentaliza la vida) y destructora (como poder dirigido a depurar todo vestigio republicano), el franquismo se presenta como un régimen esencialmente biopolítico y tanatopolítico, lo cual conlleva, desde mi punto de vista, una novedosa aproximación a la dictadura.

²⁸ Véase el apartado 5 del artículo que se puede encontrar *online* en Damián González Madrid, "Violencia política y dictadura franquista," *Dissidences. Hispanic Journal of Theory and Criticism*, en <http://www.dissidences.org/ViolenciaFranquista2.html> (2007), vol. 3.

Basándose en el nazismo, Michel Foucault nos ofrece en Hay que defender la sociedad una primera interpretación biopolítica de los sistemas totalitarios. Según la explicación del pensador francés, la especificidad de las sociedades totalitarias radica en el desarrollo paroxístico y conjunto de dos sistemas de poder: un poder soberano de muerte, heredado del Antiguo Régimen, y un biopoder productivo,²⁹ característico de las sociedades capitalistas modernas. Mientras el primero –poder soberano –se ejerce a través del derecho de matar, el segundo –poder biopolítico –se centra en el control y mantenimiento de la vida de la población. Ambas formas de poder, generalizadas hasta el paroxismo, convergen en el totalitarismo³⁰:

En la sociedad nazi, tenemos, por lo tanto, algo que, de todas maneras, es extraordinario: es una sociedad que generalizó de forma absoluta el biopoder, pero que, al mismo tiempo, generalizó el derecho soberano de matar. Los dos mecanismos, el clásico y el arcaico que daba al Estado derecho de vida y muerte sobre sus ciudadanos, y el nuevo mecanismo organizado alrededor de la disciplina y la regulación, en síntesis, el nuevo mecanismo del biopoder, coincidieron exactamente. (Hay que defender la sociedad 223)

En el devenir del Estado fascista español, como en el nazismo, también podemos destacar la coexistencia de estos dos modelos de poder: biopolítica de la vida y derecho soberano de muerte. De una parte, un conjunto de dispositivos biopolíticos dirigidos a

²⁹ Aquí seguiré, en líneas generales, la distinción que hace Javier Ugarte, en “Las dos caras de la biopolítica,” entre las nociones de “biopoder” y de “biopolítica”. Este crítico utiliza el término “biopoder” para hacer referencia a una determinada tecnología de control cuya función es “multiplicar o alargar la vida,” mientras que el término “biopolítica” es usado, en un abanico de significado más amplio, como “concepto teórico dentro de una política que utiliza el biopoder como un instrumento central en la persecución de sus objetivos” Véase Javier Ugarte Pérez, La administración de la vida: Estudios biopolíticos (Rubí : Anthropos Editorial, 2005) 47.

³⁰ Foucault se acerca al concepto de biopolítica, sin formularlo, en Vigilar y castigar, pero será al final del primer volumen de Historia de la sexualidad, y en el curso impartido en el College de France, Hay que defender la sociedad, cuando lo enuncie explícitamente. La biopolítica, para Foucault, consiste en ese nuevo poder que “deja morir y hacer vivir,” en lugar del arcaico poder soberano que “dejaba vivir y hacía morir”. Por el contrario, en los totalitarismos coexisten las dos tipologías de poder –“dejar morir y hacer vivir” y “dejar vivir y hacer morir” –en la forma de “hacer morir y hacer vivir”. Ver Foucault, La voluntad de saber. Historia de la sexualidad i, 80.

modular la vida y las conductas mediante el control disciplinario y gubernamental. De otra parte, un poder destructivo marcado por la voluntad de exterminar a los vencidos de la guerra civil. Por tanto, dos modelos hermenéuticos –dispositivo biopolítico de la gobernabilidad y poder soberano de muerte –que están superpuestos en el franquismo al igual que ocurre en el nazismo. Ahora bien, dichos modelos, separados conceptualmente por Foucault, pueden entenderse (según han hecho varios autores, entre ellos Ugarte, Agamben o Espósito) como las dos partes inseparables de un mismo poder biopolítico. Para utilizar la metáfora de Javier Ugarte, diremos que las dos expresiones –productiva y destructiva – funcionan “como las máscaras que representaban la tragedia y la comedia”(57), es decir, como las dos caras reversibles de un mismo sistema de poder. Desde esta perspectiva, una de las premisas a partir de la cual analizaré el fenómeno represivo franquista será, pues, la conceptualización del poder soberano de muerte, puesto en marcha por los militares golpistas, como parte inherente a la categoría de biopolítica. Dicho de otro modo, el poder tanatopolítico, motivo fundamental de análisis en este capítulo, será entendido como la cara negativa de la biopolítica del Estado franquista.³¹

³¹ Diversos estudios biopolíticos se han referido al poder soberano de muerte como algo implícito en la categoría de biopolítica. Javier Ugarte, en un artículo titulado “Las dos caras de la biopolítica,” considera que la biopolítica tiene “un rostro benigno para quienes forman la nación mayoritaria y cumplen los paradigmas del comportamiento adecuado” y otro rostro “amargo para quienes no cumplen en el día a día estos criterios”. Véase Ugarte Pérez, La administración de la vida: Estudios biopolíticos 67. Giorgio Agamben, también se ha referido a la inseparabilidad de los dos modelos de poder a través de la estructura de la excepción. Para Agamben, la incorporación biopolítica de la vida (a partir de su propia suspensión en el estado de excepción) constituye la empresa originaria del poder soberano: “La producción de un cuerpo biopolítico es la aportación original del poder soberano” (16). Pero dicha inscripción, la de quienes pueden tener una existencia política sólo puede ocurrir, dice Agamben, a través del abandono o muerte de aquellos que amenazan para la pureza nacional. Véase Agamben, Homo sacer : El poder soberano y la nuda vida i. Finalmente, Roberto Espósito utiliza el paradigma de la inmunidad para relacionar el poder destructivo y el poder constructivo: “la ventaja hermenéutica del modelo inmunitario reside en que estas dos modalidades, estos dos efectos de sentido –positivo y negativo, conservativo y destructivo –hallan finalmente una articulación interna, una juntura semántica (74). Para este autor, el poder soberano de muerte se constituye en el dispositivo inmunitario que el régimen biopolítico adopta (92), y dicho dispositivo inmunitario tiene

Por consiguiente, podemos hablar de dos modelos biopolíticos en el Estado franquista: un primer modelo marcado por el predominio del aspecto destructivo de la soberanía, y un segundo modelo en el que destaca la versión productiva de la biopolítica. En este primer capítulo, a través del análisis de tres narrativas literarias, me centraré en el análisis del modelo tanatopolítico, dejando para más adelante la exploración de la producción de la sociedad franquista, de las subjetividades y de las formas de vida, que distingue a una versión “afirmativa” de la categoría de biopolítica. No obstante, a modo de contextualizar de las tres narrativas, haré una primera división del período franquista, precisamente en función de estos dos modelos biopolíticos, en realidad de sus diferentes intensidades, en dos grandes fases históricas. Siendo consciente de esta división propone un esquema muy general, creo que podemos establecer dos etapas en el devenir histórico del franquismo: una primera etapa –el primer franquismo de la guerra y de la posguerra – en la que parece dominar el aspecto destructivo de la biopolítica, y una segunda etapa –a partir de la integración de España en el capitalismo neoliberal –durante la cual la forma “afirmativa” de la biopolítica parece convertirse en hegemónica.

Durante el período en que predomina el modelo del poder tanatopolítico, los años del conflicto, la ominosa década del cuarenta, y parte de los cincuenta, se generaliza un sistema represivo de violencia y de muerte que buscaba dismantelar por completo el sistema democrático y arrasar con cualquier indicio de disidencia. Son los tiempos en que el sistema de represión franquista se encuentra en su máximo apogeo: los años sangrientos de la posguerra, marcados por el paroxismo destructivo, por el genocidio que se estaba llevando a cabo, por el desbordamiento, en definitiva, del reverso tanatopolítico

como función esencial la de proteger *negativamente* a la vida (74), es decir, la de hacer que la eliminación de una parte sirva para potenciar la vida del resto de la población. Véase Espósito, Bíos: Biopolítica y filosofía

de la biopolítica.³² Para los republicanos destacados y reconocidos (quienes no consiguieron exiliarse a tiempo) que no tuvieron la posibilidad de incorporarse al nuevo Estado, el único horizonte de futuro era, en efecto, la muerte o el encarcelamiento indefinido. Pero no sólo para quienes habían tenido una destacada vinculación política, sino para cualquiera que, por ejemplo, fuera conocido por no asistir a los cultos religiosos o, simplemente, fuera familiar o amigo de algún miembro conocido. En este aflorar de la violencia se multiplica por toda la geografía española lo que Agamben denomina *homo sacer*, esto es, el sujeto al que se le han retirado los derechos ciudadanos y ha quedado expuesto a la violencia soberana, susceptible de ser eliminado sin que su asesinato constituya un delito (Homo Sacer : el poder soberano y la nuda vida I 108). Para los militares sublevados, la supresión de dicho sujeto, el vencido republicano, se constituye en la herramienta usada para el restablecimiento del orden social y para la construcción de una nueva España acorde a los principios del nacionalcatolicismo. Por consiguiente, el poder tanatopolítico, ejercido sobre los vencidos, se presenta como un elemento integral en la formación y construcción del nuevo Estado, es decir, como principio constitutivo de la política franquista.³³ Ahora bien, pensar el modelo tanatopolítico del poder franquista como predominante durante los tiempos de la posguerra no significa, ni mucho menos, que no se hubiera generalizado, de forma simultánea, la tendencia productiva de la biopolítica, incluso hasta llegar al paroxismo, según había explicado Foucault en su

³² Francisco Espinosa se ha referido a la cuestión terminológica y ha concluido que el término más adecuado para referirse a la política de exterminio franquista es “genocidio” en el sentido de “exterminio sistemático de un grupo social por motivos de raza, de religión o políticos” (59). En este sentido utilizo el término “genocidio” para referirme a la represión franquista durante la posguerra. Véase en Francisco Espinosa Maestre, "Julio de 1936. Golpe militar y plan de exterminio," Morir, matar, sobrevivir: La violencia en la dictadura de franco (Barcelona: Crítica, 2002).

³³ Conviene recordar que la represión, como forma de dominación sobre los vencidos, tuvo otras muchas caras (que también tendré en cuenta a lo largo del análisis de las novelas) para las familias de los sujetos represaliados y para el resto de republicanos anónimos: silencio, sumisión, extorsión, vigilancia permanente, hambre, acoso sexual, etcétera.

definición del fascismo (Hay que defender la sociedad 223). Es decir, este período histórico –el primer franquismo –no se mantuvo únicamente por medio de la violencia física y de la muerte, sino que al mismo tiempo, según veremos, se construyó sobre la base de múltiples dispositivos disciplinarios y de administración y normalización de la población.

Según ha indicado el historiador Santos Juliá, las autoridades franquistas no dieron por terminadas las labores de depuración hasta finales de los años cuarenta, más o menos coincidiendo con la derogación oficial del estado de guerra en 1948 ("*De guerra contra el invasor a guerra fratricida*" 27). Pasados los años más sangrientos, a finales de los cuarenta, y durante la década de los cincuenta, a medida que el poder tanatopolítico deja de ser dominante, podemos localizar el comienzo de una transición hacia una segunda etapa biopolítica. Según ha escrito Teresa Vilarós en su artículo "Banalidad y biopolítica: La transición española y el nuevo orden del mundo," con la integración de España en el modelo económico del capitalismo financiero, a partir de los Planes de Estabilidad firmados con Estados Unidos, en los años 1953 y 1959, el franquismo deja de necesitar "una tecnología de castigo y muerte para mantenerse" y, en su lugar, se va a sustentar sobre modelos "dedicados a la producción y consumición de formas de vida que lo sostengan" (38). De la mano de gobernantes como Manuel Fraga Iribarne, promotor del nuevo modelo social y económico que se estaba asentando en España, el franquismo desarrollista y tecnócrata se aparta de la negatividad y se privilegia una versión afirmativa de la biopolítica. En esta segunda etapa biopolítica, pues, ya no predomina el modelo bélico de los años cuarenta, sino un esquema economicista marcado por la integración de España, como agente delegado de los Estados Unidos, en la maquinaria

capitalista mundial. Será un franquismo distinguido por el despegue hacia una economía neoliberal y por el desarrollo de las tecnologías de la comunicación y de la información, es decir, una sociedad no sólo constituida como régimen disciplinario y gubernamental – segmentos del dispositivo biopolítico según Foucault – sino tendiente a conseguir un estado de alienación autónoma de acuerdo a la sociedad de control delineada por Gilles Deleuze.³⁴ Más aún, en la última etapa del franquismo, sería un desarrollo hacia lo que Maurizio Lazzarato denomina orden noopolítico,³⁵ es decir, un poder caracterizado por el control de los cerebros y de la memoria de la población entendida como “público”.³⁶ Pero de igual manera a lo que sucedía en la primera etapa, el predominio de un modelo afirmativo no implica la crisis del negativo, y por tanto, tampoco desaparece, en el franquismo desarrollista, la política de la muerte planificada para la destrucción del enemigo. Así pues, la dictadura de Franco nunca se despojó de su origen tanatopolítico, de la guerra como acto fundacional, y la violencia nunca dejó de ser, por lo tanto, uno de sus elementos fundamentales. De ahí que las torturas y las ejecuciones, ejercidas con total impunidad, siguieron sucediéndose durante las dos últimas décadas, a pesar de que, como recuerda el historiador Julián Casanova, el régimen intentara “ofrecer un rostro más amable, con un dictador que inauguraba pantanos y repartía aguinaldos a los trabajadores” (“Una dictadura de cuarenta años” 32).

En consecuencia, dos períodos históricos en la dictadura franquista y dos paradigmas biopolíticos: el primero dominado por la negatividad, definido por la

³⁴ Véase Deleuze, "Postscript on control societies."

³⁵ Véase Lazzarato, Por una política menor. Acontecimiento y política en las sociedades de control.

³⁶ Varios autores han seguido investigando la concepción productiva de la biopolítica o de la gobernabilidad propuesta por Foucault (técnicas disciplinarias de encierro y técnicas de control de la población), adaptándola a la contemporaneidad. Entre ellos están Gilles Deleuze, Maurizio Lazzarato, Toni Negri y Michael Hardt. En el segundo capítulo de este estudio se analizará ampliamente la teoría de la producción y regulación de los individuos y de la población durante el franquismo.

profusión de la muerte, y el segundo por su empuje productivo y por las exigencias del emergente contexto tecnocrático. Pasemos ahora, pues, a considerar con mayor detenimiento la particularidad del poder tanatopolítico del franquismo. Para empezar, recordemos que Foucault había identificado el poder soberano de muerte, en los sistemas capitalistas modernos, con la noción del racismo de Estado (Hay que defender la sociedad 218-223). Es decir, el racismo es entendido como el mecanismo que posibilita expulsar de la ciudadanía a una parte de la población, y así, se presenta como el instrumento que permite ejercer el poder tanatopolítico. En este sentido, Cristina Moreiras-Menor, en “España, raza y espíritu: Razón mística y selección natural en el pensamiento reaccionario español”, se refiere a la centralidad de la noción de raza en la configuración ideológica del fascismo español. Trazando una línea de continuidad con el pensamiento reaccionario finisecular, particularmente con las soluciones eugenésicas –tales como el sacrificio de los más débiles –que intelectuales como Ortega o Ganivet habían sugerido para regenerar el espíritu enfermo de la nación, este ensayo subraya que el concepto de raza o de espíritu nacional se articula, dentro de la epistemología del fascismo español, como la categoría que permite seleccionar a los buenos españoles y “justificar políticamente la violencia hacia todos aquellos individuos que no conformen el perfil del «buen sujeto nacional»”. De este modo, se produce una evolución desde la teoría de la degeneración hacia la eugenesia, y la hispanidad, o la raza, puede erigirse en fundamento “para salvar a España de la horda comunista, para mantener su «unidad de destino en lo universal» y para reconstituirse como un Imperio expansionista” (“España, raza y espíritu: razón mística y selección natural en el pensamiento reaccionario español” 268-71). En definitiva, el discurso de la regeneración del espíritu de la raza, que ya había

estado presente en los proyectos filosóficos de intelectuales como Ortega o Ganivet, se constituye en la base ontológico-ideológica de la tanatopolítica franquista.³⁷

En efecto, la retórica racial, o del espíritu de la raza, fue constantemente utilizada desde las instancias del poder franquista para diferenciar a los auténticos españoles (herederos de la España imperial, rigurosamente católicos, superiores moralmente) de los falsos españoles (la hidra roja del comunismo, la revolución antiespañola, el capitalismo judaico). Existen múltiples muestras que dan evidencia de la enorme relevancia que tuvo la cuestión racial en el ideario nacionalcatólico, pero desde mi punto de vista podemos rescatar dos que resultan paradigmáticas: las teorías eugenésicas del psiquiatra Antonio Vallejo-Nágera, una de las eminencias científicas del régimen, y el discurso racial en la película precisamente titulada Raza, de José Luís Sáenz de Heredia, señalada por muchos como sintetizadora del ideario franquista y basada en un guión del mismo general Franco. En primer lugar, la integración de la ciencia y de la medicina en la política –uno de los rasgos definitorios de la biopolítica de acuerdo a Foucault –queda patente en las teorías racistas de este psiquiatra militar, a quien el mismo Franco ordenó crear un Gabinete de Investigaciones Psicológicas. Como afirma el historiador Ricard Vinyes en Irredentas, este programa de investigación buscaba “asentar empíricamente la convicción preestablecida de la naturaleza psicosocial degenerativa e inferior del adversario” (51) para poder legitimar científicamente, en beneficio de la hispanidad, la eventual depuración de los vencidos. En líneas generales, cabe resumir el discurso racial de

³⁷ La génesis del racismo franquista habría que buscarla, entonces, en las ideas de decadencia nacional (a raíz, fundamentalmente, de la pérdida de las colonias) y degeneración del espíritu español presentes en el pensamiento finisecular español: Ganivet, Ortega, Unamuno, entre otros. Así pues, las teorías de estos pensadores serán posteriormente reformuladas, en un sentido fascista, por los ideólogos tanto falangistas como nacionalcatólicos: Giménez Caballero, Ledesma Ramos, Laín Entralgo, Primo de Rivera, Menéndez Pelayo, etcétera. Para un estudio exhaustivo sobre los orígenes y desarrollo del pensamiento falangista y franquista, véase Ismael Saz, España contra España: Los nacionalismos franquistas (Madrid: Marcial Pons, 2003).

Vallejo-Nágera de la siguiente manera: la decadencia de la raza hispánica (más moral que biológica) se habría iniciado con la construcción del Estado liberal en el siglo XIX y se habría intensificado, durante el periodo del régimen republicano, con la llegada al poder de las izquierdas democráticas. Por esta razón, para corregir el biotipo degenerado de los españoles, para purificarlo de sus agentes contaminantes, se requería disciplinar a la población mediante una rígida moralidad católica y reeducación patriótica basada en las supremas cualidades del Caudillo (González Duro 50-61). Pero, sobre todo, se hacía necesaria la completa erradicación y segregación de aquellos individuos degenerados que habían sido afectados por “enfermedades” tales como el marxismo, el anarquismo o el republicanismo.³⁸ Así, en uno de sus libros, La locura en la guerra, en el cual se reflejan las diversas investigaciones realizadas sobre combatientes internacionales y prisioneras republicanas, Vallejo-Nágera afirma:

La idea de las íntimas relaciones entre marxismo e inferioridad mental e inferioridad mental ya la habíamos expuesto anteriormente en otros trabajos [...]. La comprobación de nuestras hipótesis tiene enorme trascendencia político-social, pues si militan en el marxismo de preferencia psicópatas antisociales, como es nuestra idea, la segregación total de estos sujetos desde la infancia podría liberar a la sociedad de plaga tan terrible. (citado por Vinyes, 59)

Así pues, en el universo de este psiquiatra, que escribió otros libros en esta misma dirección –entre ellos uno explícitamente titulado Eugenesia de la hispanidad y regeneración de la raza –el republicanismo y el marxismo eran los principales agentes

³⁸ Para llevar a cabo la purificación y regeneración de la raza hispana, este psiquiatra llegó a reclamar incluso que se restableciera la Santa Inquisición, tal y como indica la siguiente cita recogida por Ricard Vinyes: “Promovemos, sin perífrasis, la creación de un Cuerpo de Inquisidores, centinela de la pureza de los valores científicos, filosóficos y culturales del acervo popular; que detenga la difusión de ideas extranjeras corruptoras de los valores universales hispánicos.” Véase Ricard Vinyes, Irredentas (Madrid: Ediciones Temas de Hoy, 2002) 60.

tóxicos y degenerativos de la españolidad, cuya extirpación –o como mínimo segregación –era necesaria para “reconstituir” a la raza española (Richards 52-66).³⁹ En segundo lugar, en la película de Sáenz de Heredia, Raza, se cuenta, a grandes rasgos, la historia de varios hermanos miembros de la familia Churruca, una “heroica” y “modélica” familia española de raigambre militar. Uno de ellos, Pedro Churruca, decide unirse a la causa republicana, así contaminando la pureza de la estirpe familiar, mientras que el resto de los hermanos, individuos ejemplares de acuerdo al discurso ideológico fascista, son presentados como los auténticos depositarios de la “raza” española: el soldado cruzado (José Churruca–alter ego de Franco), la esposa abnegada (Isabelita Churruca), el sacerdote católico (Jaime Churruca). Como observa el crítico Alejandro Yarza, la imagen sublimada de estos personajes, paradigmáticos de una estética kitsch totalitaria cuya finalidad fundamental era consolidar la hegemonía ideológica y cultural franquista, se presenta como diametralmente opuesta a la representación de los milicianos republicanos (expuestos en la escena en que atacan el convento de frailes en el que vive el personaje Jaime): “all ugliness and vulgarity have been reassigned to the Republican forces –composed of rude, dirty and bloodthirsty sacrilegious criminals” (51). Así, la figura demonizada del republicano se construye como el opuesto del pretendido sujeto nacional franquista.

Consecuentemente, podemos afirmar que en la dictadura franquista se desarrolló un racismo no estrictamente biológico, como en el caso del nazismo, sino de tipo cultural y religioso. Un racismo que, no obstante, estaba legitimado por la ciencia y sustentado

³⁹ Para un comentario exhaustivo acerca de las teorías de la higienización de la raza que desarrollaron psiquiatras como el mencionado Antonio Vallejo-Nágera, u otros como Juan José López Ibor, véase Michael Richards, A time of silence: Civil war and the culture of repression in franco’s Spain, 1936-1945 (Cambridge [England]; New York: Cambridge University Press, 1998).

por un repertorio terminológico similar al utilizado por los ideólogos del Reich: virus, parásitos, enfermedad, contagio. En definitiva, lo que resulta relevante es que la política de exterminio franquista estaba avalada por un racismo político-religioso en cuyo punto de mira estaban todos aquellos que formaran parte de las categorías consideradas como vectores de degeneración de la españolidad: laicos, republicanos, marxistas, liberales. De acuerdo con la explicación foucaultiana del racismo estatal, según la cual el racismo sería el instrumento que permite al Estado ejercer el poder de muerte, es decir, aquello que facilita la reaparición de la muerte en el orden biopolítico, entonces el franquismo puede ser entendido, a partir de estas premisas, como un régimen abiertamente racista. El racismo cultural y religioso que siempre había existido en España, desde los tiempos de la Inquisición, llegó durante la dictadura de Franco a su cenit, ahora redirigido hacia los vencidos de la guerra civil.

Para situar el racismo estatal en el terreno de la producción de la vida –el racismo como fundamento de la función negativa de la biopolítica –conviene tener en cuenta que la destrucción, en realidad, había sido pensada por los ideólogos del franquismo como parte de una agenda política cuya finalidad era la construcción de una nueva España católica y homogénea. Es decir, la decisión de exterminar al adversario político obedecía a un objetivo fundamental en la epistemología del fascismo español: dismantelar el ciclo reformista abierto con la proclamación de la República y establecer sobre sus ruinas el nuevo Estado franquista. De especial relevancia resulta, en este sentido, la siguiente observación en la que Zygmunt Bauman, en Modernidad y Holocausto, se refiere a la dimensión constructiva de la destrucción bélica. Para este pensador polaco, esta noción

de una “destrucción constructiva” se encuentra en la base de todos los genocidios de la modernidad:

El genocidio moderno es un genocidio con un objetivo. Librarse del adversario ya no es un fin en sí mismo. Es el medio para conseguir el fin, una necesidad que proviene del objetivo final, un paso que hay que dar si se quiere llegar al final del camino. El fin es una grandiosa visión de una sociedad mejor y radicalmente diferente. El genocidio moderno es un elemento de ingeniería social. (119)

Directamente en relación al concepto de raza, Hannah Arendt, en Los orígenes del totalitarismo, se refiere también al aspecto constructivo del terror:

Terror as the execution of a law of movement whose ultimate goal is not the welfare of men or the interest of one man but the fabrication of mankind, eliminates individuals for the sake of the species, sacrifices the “parts” for the sake of the whole. (465)

Y en este contexto, desde una perspectiva biopolítica, Roberto Espósito se ha referido a esta misma idea –muerte como elemento de ingeniería social –mediante su noción de “producción negativa de la vida”. Para este teórico italiano, la “producción negativa de la vida” se basa, precisamente, en la hipótesis de la producción a partir de la destrucción: la muerte se utiliza para fabricar una determinada forma de vida, o si se quiere, una forma de vida es potenciada a partir de la eliminación de aquellos elementos que se consideren nocivos (Bíos: biopolítica y filosofía 73-77). En el caso específico de la dictadura franquista, esta hipótesis de la “producción negativa de la vida” podría expresarse de la siguiente manera: mientras toda la geografía española se convertía en un gigantesco cementerio, fruto de la acumulación de la violencia y de las miles de ejecuciones, la imagen difundida por los aparatos oficiales de información era la de un país que se restablecía del desorden provocado por la República y que se recuperaba de

las enfermedades ideológicas, inaugurándose así la reconstrucción de la sociedad y de la nueva nación española.

En relación a la noción de “producción negativa de la vida,” en el caso particular español podemos citar al historiador Ismael Saz, quien en España contra España ha evocado la productividad de la muerte a partir de una noción que considera central en la ideología del fascismo español: el mito de la palingenesia. Según este mito, el exterminio de los vencidos era concebido como una primera y necesaria fase dentro del proceso de regeneración de la nación:

La derrota y aniquilación de los vencidos eran la condición misma para el resurgimiento de España. Conseguidas aquellas, el Ave Fénix podía resurgir de sus cenizas. Ésta era, sin duda, la situación soñada por todo nacionalismo radical. Se había hecho y se seguiría haciendo tabla rasa del pasado, se había exterminado de raíz la planta del liberalismo, de la democracia, del socialismo, del anticlericalismo y del separatismo. Por decisión firme e inapelable tales plantas no deberían volver a brotar jamás. Se había alcanzado, en fin, la situación idónea, 1939 era el año cero. Todo estaba listo para la construcción *ex novo*. (159)

Aniquilación, resurgimiento, construcción: lo que se buscaba era, como vemos, la erradicación de las malas hierbas que habían infectado la esencia nacional y que no podían ser incorporadas al cuerpo nacional (marxismo, republicanismo, laicismo, democracia, liberalismo, separatismo), pero dicha erradicación, a su vez, constituía el paso necesario para iniciar la edificación del nuevo Estado dictatorial y para la construcción de una España fascista y católica.

Como representantes literarios de los sujetos históricos y reales que sufrieron las consecuencias del poder tanatopolítico del franquismo se encuentran los protagonistas de las tres narrativas que analizaré a continuación: Los girasoles ciegos, Luna de lobos y El vano ayer. Desde mi punto de vista, estas tres obras ilustran la dimensión destructiva del

franquismo, sus verdaderos cimientos, su singularidad tanatopolítica. En las dos primeras novelas se representan las vidas de los represaliados desde las postrimerías de la guerra hasta mediados los años cuarenta –fusilados, topos, prisioneros, huidos –personajes históricos derrotados por un conflicto, y sobre todo, derrotados por un emergente Estado que estaba dispuesto a ensañarse con ellos. En la novela de Isaac Rosa se propone un acercamiento a la violencia que el Estado franquista seguía ejerciendo durante las décadas de los sesenta y de los setenta.

Se podría argüir que los represaliados políticos del franquismo se presentan, en estas obras, como víctimas del inevitable componente revanchista de la guerra, es decir, como víctimas de las venganzas personales generadas por tres años de violencia mutua. Así entendida la dominación sobre los vencidos, como una violencia emergida desde abajo o como una microfísica de relaciones de poder surgidas del conflicto bélico, podremos ver entonces, en Los girasoles ciegos, a un coronel inducido a la venganza por la desaparición de su hijo durante el asedio de Madrid o a un maestro fascista que se desquita de un rechazo amoroso, y en Luna de lobos, a algunos miembros de las comunidades rurales leonesas que se erigen en colaboradores y denunciadores por el ansia de rapiña o simplemente por el miedo.⁴⁰ Pero, fundamentalmente, las víctimas se muestran como sujetos hostigados por una maquinaria de terror que estaba organizada desde las más altas esferas soberanas (los mandos militares, la Falange española, la Iglesia católica y las clases pudientes), es decir, por una forma de violencia

⁴⁰ Cabe decir, en este sentido, que las denuncias y las venganzas personales, en muchos casos, estuvieron dirigidas desde arriba y formaron parte del plan de depuración de las autoridades franquistas. Como señala Julián Casanova: “Las autoridades establecieron desde el primer día centros de recepción de denuncias, a cuyas puertas se formaban largas colas de ciudadanos que buscaban venganza o querían evitar que la represión se descargase sobre ellos mismos, aleccionados por los avisos que se lanzaban desde el gobierno militar”. En Julián Casanova, “Una dictadura de cuarenta años,” Morir, matar, sobrevivir: La violencia en la dictadura de franco (Barcelona: Crítica, 2002).

institucionalizada y dirigida desde los organismos del nuevo Estado franquista. En este contexto, pues, analizaré la acción represiva de la dictadura: los represaliados son sujetos que sufren la vorágine exterminadora de un determinado sistema de gobierno y revelan la imposibilidad de escapar a sus aparatos policiales. Respecto del poder soberano, veremos que el Estado franquista se presenta como un poder unitario y centralizado, pero al mismo tiempo, este poder delega la decisión soberana a figuras locales (soberanías locales): los verdugos como el coronel Eymar o los representantes de la autoridad eclesiástica como el hermano Salvador.

Poder tanatopolítico y estado de excepción en Los girasoles ciegos de Alberto

Méndez

Desde los últimos instantes de la guerra en Madrid, cuando la ciudad está a la espera de la rendición del ejército republicano, hasta mediados de los años cuarenta, con el régimen de Franco dominando de forma absoluta, los cuatro relatos que componen el libro de Alberto Méndez se estructuran de forma cronológica: 1939, 1940, 1941 y 1942. Son cuatro relatos que se podrían leer de forma independiente, cada historia por separado, sin tener que recurrir a las demás. De hecho, algunas de ellas fueron autónomamente presentadas por su autor a diferentes concursos literarios (según vemos en una nota añadida, el segundo relato fue finalista del Premio Internacional de Cuentos Max Aub 2002). Sin embargo, las cuatro historias sólo alcanzan su pleno sentido si las integramos dentro de una misma unidad, captando las conexiones y las relaciones de contenido que existen entre ellas. Por un lado, los relatos están interconectados a través de los vínculos

que se establecen entre sus personajes. Así, la historia del primer relato se cierra en el tercero, con la reaparición del Capitán Alegría entre los presos de la cárcel de Porlier, e igualmente, la adolescente embarazada que muere en el segundo cuento será la hija/hermana desaparecida de los protagonistas del cuarto cuento. Por otro lado, todas las historias están integradas dentro de un mismo contexto temático: la derrota, la destrucción, la muerte. Bajo un título común que alude a seres desorientados, seres que han perdido la luz, condenados en estos tiempos oscuros, la obra de Alberto Méndez puede ser entendida como un conjunto de relatos entrelazados o como una novela segmentada en diferentes partes. La presencia de la palabra “derrota” en el título de cada relato nos permite recomponer una temporalidad fragmentada, la de muchas derrotas, la de muchos vencidos, bajo una única misma derrota compartida: la de miles de seres humanos que fueron víctimas de la tanatopolítica franquista, ejercida por personajes como el coronel Eymar del tercer relato, que no se cansaban de dictar sentencias de muerte. Así pues, una lectura integrada e interrelacionada de los relatos nos permitirá una visión totalizadora que trasciende los límites de cada relato: la visión de una catástrofe colectiva y de un mismo universo opresivo dominado por la muerte. La muerte, en definitiva, es la gran protagonista de cuatro relatos que retratan a una España convertida en un paraje de cadáveres. Pero además de la muerte, se repiten otras cuestiones temáticas que también contribuyen a darle un carácter unitario al libro: la supervivencia, la literatura como modo de escapar a la realidad, la muerte como conservadora de la dignidad o la presencia del intelectual derrotado.

En el epígrafe del libro nos encontramos con una cita de Carlos Piera en la que leemos lo siguiente:

Superar exige asumir, no pasar página o echar en el olvido. En el caso de una tragedia requiere, inexcusablemente, la labor de duelo, que es del todo independiente de que haya o no reconciliación y perdón. En España no se ha cumplido con el duelo, que es, entre otras cosas, el reconocimiento público de que algo es trágico y, sobre todo, de que es irreparable. (9)

A lo que está instando esta cita es a emprender una tarea de duelo que sólo puede realizarse mediante el reconocimiento público de la tragedia que sigue habitando el imaginario colectivo español: la violencia de la guerra civil y el fenómeno represivo de la dictadura. Sin duda, el reconocimiento de las historias de los ausentes, el descubrimiento de su presencia entre nosotros, asumirlos como una herida que todavía sigue sangrando, es una de las intenciones que persigue Alberto Méndez en estos relatos. Cuatro derrotas representativas de muchas que han permanecido silenciadas y que son reactivadas a través de los mecanismos de la ficción, recomponiendo a los derrotados anónimos como sujetos históricos y devolviéndoles la dignidad como seres humanos. Ahora bien, estos cuentos no sólo sirven para rendir homenaje a los sujetos represaliados durante la posguerra, sino que asimismo descubren el funcionamiento del orden impuesto por los militares nacionalistas. Es decir, a la vez que las cuatro historias *desubjugan* históricamente a las víctimas, contribuyendo a la necesaria tarea del duelo, por otro lado destapan la esencia política del genocidio llevado a cabo por el nuevo orden franquista.

En el primer cuento, “Primera derrota: 1939” o “Si el corazón dejara de latir” se cuentan las vicisitudes de un capitán del ejército nacional, Carlos Alegría, que decide transgredir las “leyes del mundo” (31) y entregarse a los republicanos unas horas antes de la entrada de las tropas fascistas en Madrid. Pese a la incredulidad de los milicianos que lo toman a su cargo, quienes lo consideran un desequilibrado, el capitán es conducido a los calabozos de Capitanía General y encarcelado junto a otro prisionero. Allí

abandonado durante la retirada republicana, posteriormente será aprehendido por el bando sublevado, puesto a disposición de un tribunal militar, y condenado a muerte por desertión. Desde mi punto de vista, esta peculiar rendición del capitán Alegría, decidida a contrapelo justo cuando el momento final de la victoria ya no tiene vuelta de hoja, lo convierte en un vencido por el vencido y puede analizarse dentro del plano de lo simbólico. Es decir, este personaje, en su doble condición de “soldado que gana una guerra y la pierde al mismo tiempo” (34), se posiciona en una especie de tierra de nadie que nos permite interpretar, alegóricamente, la naturaleza del estado de excepción y la condición biopolítica de la posguerra española. Más tarde, como en una segunda trasgresión, el capitán Alegría se despertará entre otros cuerpos, enterrado en una fosa común después de haber sido fusilado, y nos descubrirá un mundo en el que “sólo los muertos no asustaban” (32), asolado no sólo por los desastres de la guerra, sino además por las consecuencias de la derrota. No asistimos en este relato a la muerte definitiva del capitán rendido, la cual tendrá lugar en el tercer relato, cuando reaparezca entre los prisioneros de la cárcel de Porlier.

Los motivos que provocan la decisión del capitán Alegría están expuestos en las actas del consejo de guerra que lo condena, según las cuales las tropas nacionales podrían haber entrado en Madrid mucho antes del dieciocho de julio y, sin embargo, decidieron esperar a la rendición incondicional del bando republicano, debilitarlo al máximo, para poder proceder, sin obstáculos, a su completa destrucción. Según se desprende de las declaraciones del capitán, conocedor de los hechos porque “de él dependía la Intendencia para el Frente Sur y Suroeste” (27), la práctica totalidad del ejército republicano había abandonado Madrid en noviembre de 1937 “dado que lo consideraba tomado” y sólo

había permanecido en la ciudad “una resistencia de francotiradores en retirada” (27-28). La decisión de no aprovechar la situación para conquistar Madrid era, por tanto, una estrategia premeditada para lograr una victoria que, sin duda, conllevaba una represión indiscriminada sobre los vencidos. Por esta razón, el capitán Alegría se plantea, en una carta dirigida a su novia, la disyuntiva de tener “que elegir entre ganar un guerra o conquistar un cementerio” (13), y cuando más tarde el tribunal militar le pregunta por los motivos de su rendición, responde que “porque no quisimos entonces ganar la guerra al Frente Popular” sino que “queríamos matarlos” (28). En este respecto, el capitán es consciente del carácter tanatopolítico de la dictadura que viene y, en consecuencia, cuando se entrega a los soldados republicanos, inevitablemente los percibe como sujetos sentenciados sin ninguna posibilidad de salvación: “¿Acaso no sabían que morirían por usura? ¿Acaso ignoraban que la implacable disciplina se llevaría por delante a cuantos estaban resistiendo?” (17). Esa conciencia de que los sublevados no querían simplemente ganar la guerra, sino aniquilar a los vencidos, ensañarse cruelmente con ellos, será lo que le haga renunciar, en definitiva, a formar parte de la victoria franquista. Su sentido de culpabilidad no le permite ser cómplice de las atrocidades y de los excesos cometidos por los vencedores, y acaso por esa razón, en el camión que le lleva hacia su fallido fusilamiento, lo único que acierta a decirles al resto de condenados será: “Perdonadme” (30).

Pero el capitán Alegría, en su decisión de rendirse a los futuros vencidos, no sólo renuncia a ser responsable de las atrocidades, sino que además decide que lo que habría sido una vida de vencedor se convierta, automáticamente, en una existencia simétrica a la de los vencidos republicanos, sin derechos, puesta a merced del nuevo soberano. De este

modo, la disyuntiva a la que se enfrenta este personaje ilustra, desde mi punto de vista, el proceso por el cual el nuevo Estado franquista dividió a la población española entre aquellos segmentos depositarios de la ciudadanía, los “buenos” españoles susceptibles de ser biopolitizados, y quienes debían ser borrados del mapa por medio de la tecnología soberana de castigo y de muerte. En el caso de un capitán del ejército, como en el de cualquier mando militar de cierta graduación, no existe posibilidad de sobrevivir si no era en el bando de los vencedores. Lo sorprendente, empero, es que un destino de vencedor, después de tres años de servicio en el bando nacional, haya sido invertido mediante de una decisión personal tomada en el último instante, cuando las tropas de Franco se preparan para entrar en Madrid y el curso de los acontecimientos está decidido. Sin embargo, no es una decisión cualquiera, sino condicionada, como hemos visto, por una exigencia ética, y así, ante el tribunal sumarísimo que lo juzga, el capitán Alegría se reafirma en su decisión de no querer formar parte de “las gloriosas gestas del Ejército Nacional” y de la “Gloriosa Cruzada”. En consecuencia, es inevitablemente expulsado de las fuerzas armadas y declarado “culpable del delito de traición y connivencia con el enemigo” (28). En este pasaje simbólico, este personaje es despojado de todos sus derechos ciudadanos y privado de su estatuto de sujeto nacional para convertirse en “criminal de lesa patria” (26), esto es, es transformado en sujeto no-politizable en el momento preciso en que comienza el proceso biopolitizador del nuevo Estado franquista. De este modo, el capitán Alegría decide renunciar a las ventajas que habría tenido como miembro del bando vencedor, desechando el porvenir de “buen” ciudadano que le habría correspondido, como él mismo escribe, en compañía de su novia Inés.

Una vez que el general Franco se ha convertido en soberano absoluto de todos los españoles, cuando las tropas sublevadas han entrado en Madrid, se intensifica la producción del nuevo cuerpo nacional –que se había iniciado durante el conflicto en las zonas nacional y que ahora tiene lugar en todo el territorio –mediante la incorporación biopolítica de los considerados “buenos” españoles y la expulsión de los que supuestamente “nocivos”. La inclusión de quienes podían tener una existencia ciudadana, por consiguiente, se presenta como estructuralmente inversa a la exclusión de aquellos que habían apoyado la causa republicana. Cientos de miles de españoles fueron desnacionalizados, acusados de formar parte de las “enfermedades” de la anti-España, y sus vidas inexorablemente quedaron abandonadas, sin protección jurídica, a la violencia del nuevo Estado. Desde esta perspectiva, adoptando el vocabulario propuesto por Agamben, podemos pensar en la situación política de Madrid, en el momento de ser capturada por las tropas franquistas, como la estructura originaria en virtud de la cual un soberano emerge, en el momento en que la legalidad ha quedado suspendida, para decidir sobre el valor (o el disvalor) de la vida (Homo Sacer : el poder soberano y la nuda vida I 173). Es decir, el nuevo poder soberano tiene potestad sobre la vida de los ciudadanos madrileños, puede dejarlos fuera del ordenamiento jurídico, decidiendo, en definitiva, sobre aquello que constituye (o que no constituye) la excepción. Esta es, por tanto, la paradójica situación de fondo que nos revela este personaje, el capitán Alegría, cuando decide rendirse al bando derrotado. Como miembro de los nacionales tiene la oportunidad de disfrutar de los privilegios de los vencedores, a consecuencia de su destacada pertenencia al bando insurgente, pero en cuanto vencido (o sujeto que se rinde a los vencidos) inmediatamente se posiciona en un afuera legal y se transforma en vida punible

“a la que puede darse muerte pero es insaclicable: el *homo sacer*” (Homo Sacer : el poder soberano y la nuda vida I 109).

La historia del capitán Alegría comienza con unas pinceladas de los últimos momentos de la guerra civil en Madrid. A la espera de la rendición definitiva, que se produce con la rendición del coronel Segismundo Casado, Madrid se presenta como un campo de batalla apagado, una ciudad agazapada pero no vacía, sino con “aspecto de hormiguero” (19) y con “mucha gente en las aceras” (19). Así percibe la ciudad el capitán Alegría cuando lo trasladan, después de haberse entregado al ejército republicano, a las dependencias de Capitanía General. Allí es abandonado con otro prisionero en los calabozos mientras se produce la huida desesperada de los últimos efectivos, muchos de los cuales regresarán detenidos, cuando comiencen a llenarse las cárceles. Tan pronto como se produce la entrada de las tropas nacionales en Madrid, se inician las labores de limpieza, las detenciones incesantes, los encarcelamientos que se producen “con la cadencia con la que mana el agua de los manantiales” (24). El poder tanatopolítico comienza, pues, a funcionar a pleno rendimiento por medio de los juicios sumarios, las condenas a muerte y las sacas nocturnas hacia los pelotones de fusilamiento. El capitán Alegría es trasladado a unos hangares del aeródromo de Barajas –uno de tantos espacios de encierro provisionales durante la inmediata posguerra –donde es condenado por un tribunal militar junto a un grupo de militares fieles a la República.

Desde que regresa a la vida en una fosa común hasta que se entrega finalmente a un contingente de soldados nacionales, el capitán Alegría atraviesa los espacios rurales y montañosos de la provincia de Madrid, territorios desolados por los estragos de la guerra que ahora están siendo ocupados por el ejército vencedor. El ejército de Franco se

presenta, pues, como un ejército invasor para una población que no sólo ha sufrido los horrores de la guerra, sino que ahora va a sufrir las consecuencias de la derrota. Por esta razón, muchos republicanos de las zonas rurales se vieron en la necesidad de escapar al monte para poder sobrevivir, y en la encrucijada de los huidos a la montaña, precisamente, se halla el protagonista del segundo relato, Segunda derrota: 1940” o “Manuscrito encontrado en el olvido”. Se trata de los últimos meses de un poeta antifranquista que ha quedado atrapado, con su hijo recién nacido y con el cadáver de su novia (fallecida a consecuencia del parto), en las montañas de la Cordillera Cantábrica. No es exactamente la historia de un huido que se ha escondido en los espacios naturales circundantes, pues en este caso se trata de un intento de escapar a Francia, pero refleja perfectamente la situación desesperada de aquellos seres humanos que quedaron atrapados en los montes de la geografía española. Por medio de la transcripción de un cuaderno autobiográfico, al que se le han añadido las notas de un editor (el mismo que accidentalmente lo encontró en el Archivo General de la Guardia Civil), asistimos a la lucha por la supervivencia de este padre, de tan sólo dieciocho años, durante varios meses de invierno en la posguerra.

En Las huellas de la Guerra Civil, Carmen Moreno-Nuño se ha referido a tres paradigmas representativos en la literatura del huido antifranquista. El primero de estos tres paradigmas es la representación que predominó en las novelas del franquismo, el huido como bandolero y como criminal, y los otros son las dos versiones predominantes de la literatura republicana: el huido como miembro de la resistencia, desarrollado sobre todo en la narrativa de autores exiliados, y el huido como superviviente, consolidado como hermenéutica dominante de la literatura contemporánea (233-43). Tomando como

punto de partida esta concepción, podemos interpretar al personaje de Alberto Méndez, escondido durante meses en una cabaña, como representante del paradigma de superviviente expuesto a inhumanas condiciones de vida. Al no haber podido ser incorporado al Estado fascista, por su condición de combatiente republicano, decide emprender una huida que se frustra, como ya he dicho, a raíz de la muerte de su novia embarazada. Incomunicado en un lugar remoto, una cabaña perdida en las montañas, cabría decir que este personaje queda abocado a la lucha extrema por la supervivencia, en un medio natural marcado por la dureza, pero desligado, hasta cierto punto, de lo que está aconteciendo, de la campaña de terror llevada a cabo por el franquismo. Sin embargo, también podemos decir que lo que sucede, en realidad, es que el espectro del poder soberano también manifiesta su ubicuidad allí donde aparentemente está ausente. Como recuerda Carmen Moreno-Nuño, la supervivencia está vinculada a la idea de la represión en la medida en que “los maquis son supervivientes de, precisamente, la extrema represión franquista” (241). Con lo cual, el sujeto que ha huido al monte para esconderse de los aparatos tanatopolíticos, aunque no acabe siendo atrapado por ellos, acaba siendo víctima de los mismos, indefectiblemente.

El destino histórico del poeta adolescente nunca deja de estar circunscrito a la acción represora del franquismo, aunque sea de forma indirecta, a través del abandono y del aislamiento. Como indica el verso que dejó escrito en la pared, y que se vuelve a repetir al final de su diario, no existe ninguna posibilidad de escapar a esa “infame turba de aves nocturnas” que lo está mortalmente reclamando. Este verso, procedente de la quinta estrofa de su Fábula de Polifemo y Galatea de Góngora, representa alegóricamente a las fuerzas represoras del franquismo y hace referencia al ambiente opresivo que se

había extendido por toda la geografía española. Según señala la historiadora Carme Molinero, para los vencidos de la guerra, toda España se convirtió en una inmensa prisión (Una inmensa prisión: los campos de concentración y las prisiones durante la guerra civil y el franquismo 14). Descender a las poblaciones circundantes, dominadas por las nuevas autoridades franquistas, inevitablemente significa tropezar con la tela de araña de la guardia civil, pero permanecer en la cabaña, sin más alimento que la leche de una vaca enferma, y luchando contra las inclemencias climatológicas, igualmente culmina con la muerte. En definitiva, esta es la disyuntiva a la que se tiene que enfrentar el padre huido, dejarse morir o dejarse matar. Tanto si resuelve quedarse en la montaña como si desciende al pueblo, de las dos formas, el poeta protagonista sabe que no hay escapatoria: “Si sigo aquí moriremos la vaca, el niño y yo. Si descendemos al valle moriremos la vaca, el niño y yo” (52). Finalmente toma la decisión de permanecer en la cabaña, lo cual conlleva ser sometido a un inevitable proceso fusión con la naturaleza circundante y de degradación. En este sentido, es significativa la identificación simbólica que se produce con los animales con los que padre e hijo comparten el monte. Primero con las vacas, castigadas por la enfermedad, que han sido abandonadas por sus dueños y que también están “resolviendo la vida a su manera [...] en este tiempo de horror” (45). Pero, sobre todo, con los lobos que se acercan a la cabaña, hambrientos y desesperados, con los cuales se produce un manifiesto paralelismo a consecuencia de su misma condición de víctima. Angustiado el padre por la ausencia de alimento para el niño, logra cazar uno de estos animales igualmente exasperados por el hambre, pero en el momento de darle muerte, a la hora de asestarle el golpe definitivo, indefectiblemente ve proyectada, en la figura del lobo, la realidad de sí mismo y de su inmediato pasado: “he vuelto a oír el

ruido de la muerte, he visto otra vez el color de las víctimas” (50). En un dibujo que figura en el margen del cuaderno, el lobo y el niño, dos seres inocentes, y como tales, dos seres derrotados que mueren sin poder saber por qué, aparecen hermanados en un mundo poético e imaginario: “se ve la figura de un lobo con un niño a la grupa; el aspecto de ambos es risueño y levitan sobre un campo florido, como si volaran” (50).

Las memorias del personaje protagonista están siendo transmitidas, según vemos, por medio de la escritura íntima, pero esta escritura íntima, que está presente en todos los textos que componen el libro (el capitán Alegría había dejado diversas cartas/notas escritas, y también lo veremos en los personajes de los próximos relatos) cobra especial relevancia en esta segunda derrota: no sólo porque es la estrategia que usa el autor para transmitir la historia del huido, sino porque, además, funciona como refugio para hacer frente a la opresión y a la muerte. La expresión poética se constituye, por tanto, en un significativo lenitivo ante la desolación, y como tal, en un instrumento que puede postergar el momento de la muerte. Por eso, el poeta protagonista tiene “la sensación de que todo terminará cuando se me termine el cuaderno” (56), y del mismo modo, declara que la imposibilidad de escribir quiere decir vasallaje y desamparo: “No encontraba mi lápiz (lo poco que quedaba de él) y he estado muchos días sin poder escribir nada. También eso es silencio, también eso es mordaza” (55).

En cierto modo, el lenguaje poético se presenta en este libro como una de las señas de identidad de los derrotados en la guerra civil. También derrotada por el fascismo, la creación poética emerge como contrapunto y alternativa a un mundo opresivo en su totalidad, dominado por la destrucción impuesta por el nuevo régimen. Frente a la muerte que trae la represión del orden franquista, la poesía se convierte en

símbolo de la vida. Por eso, el protagonista del relato, que había logrado cierta celebridad como poeta de guerra en Madrid, se refiere a la poesía como su última arma para luchar contra el fascismo: “Yo me dejaré caer en los pastos que cubrirá la nieve para que de las cuencas de mis ojos nazcan flores que irriten a quienes prefirieron la muerte a la poesía” (43). Parece haber, en esta declaración, una referencia implícita a la poesía de Miguel Hernández, poeta asesinado de hambre y de torturas en una cárcel franquista, de quien el protagonista declara haber sido compañero durante la contienda.⁴¹ Cabe añadir, finalmente, que don Servando, maestro en su aldea natal, fusilado en los comienzos de la guerra por haber sido republicano, quien lo había iniciado en el mundo de la literatura, igualmente se erige como representante de un mundo poético contrapuesto al fascismo: “quemaron todos sus libros y desterraron para siempre a todos los poetas que él conocía de memoria (48).

El tercer relato, “Tercera derrota: 1941,” o “El idioma de los muertos,” presenta una reconstrucción de las cárceles de la posguerra y de los consejos de guerra dictados por los tribunales militares. En la cárcel madrileña de Porlier, un profesor de música, Juan Serna, consigue sobrevivir a la muerte mediante la estrategia de la fabulación: el soberano que tiene poder para quitarle la vida, el coronel Eymar, está buscando información sobre su vástago desaparecido durante la contienda. Juan Serna, masón y comunista (y, por tanto, vencido sin ningún tipo de esperanza), llegó a conocerlo, fue su carcelero en el Madrid republicano, y por esta razón, aunque conoce la verdadera historia de Miguel Eymar (un sujeto abyecto que fue fusilado por delitos –estraperlo, robos, traiciones –que no tenían que ver con la guerra), ve la posibilidad de salvarse por medio

⁴¹ Para una descripción del caso Miguel Hernández, representativo de los miles de sacrificados en las cárceles franquistas, véase Antonio Moreno, “La represión de la posguerra,” Víctimas de la guerra civil (Madrid: Temas de Hoy, 1999) 292-303.

de la inventiva, convirtiendo al difunto estraperlista en un heroico combatiente de la quinta columna, y fabricando las inexistentes virtudes que sus padres desean escuchar. Por eso, como ocurre en el cuento de Las mil y una noches citado en este relato, cuando es interrogado ante el Tribunal de Represión de la Masonería y el Comunismo, la elaboración de una ficción consigue aplazar su muerte: “como a Sherezade, aquellas mentiras le estaban otorgando una noche más” (97). En el cuento persa, de manera semejante a lo que sucedía en la España de la posguerra, se narra la historia de un soberano que había sembrado el terror y la muerte en su propio territorio, ajusticiando a miles de mujeres, una cada noche, en venganza a la infidelidad de su esposa. Sherezade, sin embargo, lo había fascinado cada noche con sus historias, gracias a su habilidad para hilvanar aventuras, aplazando, así, la hora de su muerte hasta la noche siguiente.

En este relato, la figura del general Franco sólo aparece en una fotografía colgada en la pared de la escuela donde se ha instalado el Tribunal de la Represión de la Masonería y el Comunismo presidido por el coronel Eymar. En este contexto se puede decir que en el régimen franquista el poder estuvo tan concentrado en la figura del dictador como potestad suprema como disperso en diferentes órganos de poder, y desde esta perspectiva, el coronel Eymar se constituye en agente delegado de la soberanía que pone en acto, permanentemente, la decisión sobre la vida y la muerte de los prisioneros.⁴² La caracterización de este representante de la soberanía presenta dos aspectos contrapuestos en el relato. Por un lado, la imagen de este personaje deconstruye la

⁴² Judith Butler, en referencia a los funcionarios de la prisión de Guantánamo, se ha referido a la delegación de poder soberano en otros “soberanos” de la siguiente manera: “El poder, que los precede, los constituye en soberanos [...] como aquellos que decidirán y deciden quién será detenido y quién no [...] y sus decisiones no están sujetas a ninguna autoridad judicial superior”. De la misma manera, el coronel Eymar no es el auténtico soberano, pero es constituido como soberano y puede decidir de forma unilateral sin tener que dar cuenta a nadie de su decisión. Véase Judith Butler, Vida precaria: El poder del duelo y la violencia (Buenos Aires: Paidós, 2006) 92.

concepción del soldado español elaborada por la mitología franquista al ser retratado como un sujeto desaliñado, vestido con una chaqueta “demasiado grande” y “raída para pertenecer a un guerrero” (63), “decrépito, incapaz para la sonrisa, ave de mal agüero” (63), y “sumiso marido” (96) sometido a los designios de su esposa. Deconstruye, por consiguiente, la concepción fascista del auténtico “hombre” español surgido de la guerra civil, vinculado por el pensamiento franquista a la épica del guerrero nacional, y no sólo se presenta al coronel como un ser despreciable, sino también a Miguelito Eymar, el “héroe de su estirpe” (63), que no había sido, en realidad, más que un “criminal de baja estofa, ladrón, asesino de civiles” (100). Por otro lado, sin embargo, la imagen patética del coronel como un sujeto empedregado, contraria a la imagen de la mística franquista, contrasta con el poder de destrucción que este sujeto (personaje histórico de infausta memoria para los vencidos republicanos) tiene en sus manos. Desde los sumarísimos consejos de guerra que preside, el coronel Eymar administra la muerte de forma cruel, dictando sentencias rápidas, condenando de forma sistemática, siendo pieza central en las tareas de limpieza que se estaban llevando a cabo. Por eso, el coronel Eymar se erige, ante todo, en una representación del poder tanatopolítico y del terror franquista, personificando, como nadie, el instrumento represivo planeado para eliminar a los vencidos.

De enorme importancia en el proceso de depuración de los vencidos son las instituciones penitenciarias. Foucault había concebido la prisión, en Vigilar y castigar, como el núcleo simbólico a partir del cual se organiza la gestión de la vida en las sociedades biopolíticas. Durante los primeros momentos de la posguerra, sin embargo, más que de una gestión disciplinaria de la vida, la institución penitenciaria se convirtió en

la encarnación del poder de muerte del franquismo: sólo una minoría de presos sobrevivía a los consejos de guerra y a las extremas condiciones carcelarias. El universo carcelario se presenta, en este sentido, como un espacio de excepción en el que un soberano (el coronel Eymar o los guardianes carceleros) tiene absoluta potestad sobre individuos que han sido reducidos, íntegramente, a la condición de la vida desnuda. Pero tal y como argumenta Agamben, el espacio de excepción no puede localizarse en la cárcel –reglada por el derecho penal –sino en el campo de concentración (Homo Sacer : el poder soberano y la nuda vida I), y por esta razón, la cárcel de Porlier se erige estructuralmente, en la inauguración del franquismo, como un campo de concentración: espacio de excepción en el que han desaparecido todos los derechos ciudadanos y los individuos han perdido su condición de sujetos políticos.⁴³ Estructurada en dos galerías, una en la que esperan los que ya han sido condenados, y otra en que “la muerte necesita todavía un trámite” (77), la cárcel de Porlier se presenta como la institución tanatopolítica por excelencia en la cual se intensifica la dominación sobre los vencidos.

A medida que se desarrolla el relato, la dimensión de la crueldad, sin embargo, deja paso, ligeramente, a la compasión que Juan Serna siente hacia unos padres heridos por la pérdida de un hijo. Es más, el prisionero llega a convertirse en una especie de reencarnación de la figura filial para una madre que se comporta con instinto de protección, llevándole alimento y ropa de abrigo a la cárcel, mostrándole afecto y preocupándose por su estado de salud. A medida que avanza el relato, Juan Serna se deja

⁴³ Podría argüirse que estas primeras cárceles estaban regulados por mecanismos jurídicos (como la “Ley de Represión de la Masonería y el Comunismo”) o los juicios sumarísimos de guerra, pero, como ya señalé anteriormente, no eran más que una pantomima que pretendía dar un carácter legal a lo que en realidad era un exterminio. Es decir, el juicios sumario en los consejos de guerra, por ejemplo, no era un procedimiento en los que se necesitaba pruebas y argumentos, sino una farsa en la que la decisión estaba tomada de antemano, lo cual la convertía en un simple trámite hacia la muerte.

llevar por el instinto de supervivencia y por un sentimiento de conmiseración hacia los padres de Miguelito, hasta que el fusilamiento de un muchacho inocente, con quien había entablado una relación de amistad y a quien había cuidado en la cárcel, se convierte en el detonante que lo empuja a poner fin a su mentira y a que se desencadene el final de su historia. El homicidio de este muchacho le hace asumir la realidad de lo que está ocurriendo y reaccionar ante el coronel Eymar. Según le escribe en carta a su hermano, con la muerte del muchacho inocente consigue entender el lenguaje de sus sueños: “He descubierto que el idioma que he soñado para inventar un mundo más amable es, en realidad, el lenguaje de los muertos” (98). Entender el lenguaje de los muertos: percatarse de que ya no hay esperanza posible, de su subordinación a un poder de exterminio, de que sus compañeros de prisión y él mismo son restos de vida en absoluta simbiosis con la muerte, seres que no están ni completamente vivos en la medida en que han dejado de tener estatuto como sujetos y están a punto de ser asesinados, ni completamente muertos en el sentido de que todavía no han desaparecido del mundo de los vivientes.

Aunque el asesinato del muchacho inocente es la circunstancia que, en última instancia, induce a Juan Serna a contar la verdad de los hechos, se pueden mencionar varios incidentes que se van almacenando en su conciencia y que también contribuyen a provocar el desenlace final: la inocencia de Cruz Salido, el redactor jefe de *El Socialista*, muerto de extenuación después de haber sido brutalmente torturado; el suicidio del capitán que se había cambiado de bando y que sobrevivió a un fusilamiento, cuya muerte lo marca profundamente en tanto que ambos comparten el haber obtenido una extensión de vida; y en general, la visión del horror cotidiano de la cárcel que va dejando una marca indeleble en su conciencia: los malos tratos, el hacinamiento, los camiones de la muerte,

los fusilamientos, el hambre, las condiciones higiénicas. Así pues, el desenlace final no es sino la culminación de un horror que se ha ido acumulando y la insurrección ante una mentira que se ha hecho insoportable porque complace a los responsables de tantas atrocidades.

Estructuralmente análoga a la figura del huido de la segunda derrota es la figura del “topo” que protagoniza el cuarto cuento de Alberto Méndez, “Cuarta derrota: 1942” o “Los girasoles ciegos”. En este último relato, se retrata la cotidianeidad opresiva en Madrid y se narra la historia de Ricardo Mazo, un profesor de literatura que ha conseguido escapar a la muerte camuflándose en un armario de su casa. El relato, que presenta una estructura más compleja que los anteriores, está organizado en torno a tres instancias narrativas que se complementan y que se van alternando hasta su dramático final: en primera persona leemos los pensamientos de un Lorenzo adulto y contemporáneo que evoca el acontecimiento traumático de su infancia; una segunda voz narrativa refiere el monólogo interior, en forma de confesión epistolar, de un maestro religioso y fascista; y por último, un narrador extradiegético y omnisciente relata el desarrollo de la acción. A través de estas voces intercaladas se reconstruye la cotidianeidad de una familia republicana en un mundo dominado por el miedo y por el terror. Cuando un maestro fascista desconfía de un niño que no canta el himno nacional, comienza a urdirse la muerte de Ricardo Mazo, un intelectual antifascista que se ha pasado tres años escondido. La atracción que el eclesiástico siente hacia su madre, a la que comienza a acosar sexualmente, va a desencadenar el trágico desenlace con que se cierra el libro.

Entre los miedos y pesadillas infantiles de Lorenzo no aparecen los mismos personajes mitológicos que pueblan el imaginario de otros niños (“el ogro, el sacamantecas, el demonio o las brujas con escoba” (131)), sino, en sus propias palabras, un “ejército de leprosos que se movía lenta y amenazadoramente buscando nuestras vísceras como si fueran su única posibilidad de sobrevivir” (131). Interiorizado para sí a partir de los cuentos de terror que escucha de un amigo de la calle, este ejército de leprosos, sin embargo, va a desaparecer de sus miedos infantiles, inopinadamente, el día en que su padre salga de su escondite para socorrer a su madre:

Durante muchos años me ha atormentado el remordimiento por haber invocado a los leprosos para que se comieran a ese energúmeno que estaba haciendo daño a mi madre, porque cuando acudí aterrorizado al oír su gritos, vi cómo mi padre, desangelado e impotente, se abalanzaba sobre el hermano Salvador que estaba a horcajadas sobre ella. (152)

Finalmente, los monstruos de sus pesadillas se convierten en una metáfora de los vencidos a los que el sistema persigue. La figura del leproso, en verdad, no resulta ser un caníbal sanguinolento que devora las entrañas de los niños, sino un derrotado que intenta sobrevivir a la hostilidad, un individuo aterrorizado, su padre. De forma reveladora, esta inversión de significado nos remite, precisamente, al modelo de exclusión analizado por Foucault a partir de la figura del leproso. Durante la época medieval, observa el pensador francés, el procedimiento para combatir la enfermedad había sido apartar al infectado de la sociedad, expulsándolo del espacio común, no dejando que pudiera entremezclarse con el resto de la población. El modelo de la lepra, pues, se orientaba a la división binaria de la sociedad –leprosos y no leprosos –y a preservar la pureza de la ciudad (Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión 183). De igual manera, el paradigma de la purificación, la división binaria de la comunidad (en vencedores y en vencidos), estuvieron, como ya

se ha visto, presentes en la retórica del franquismo: la expulsión y la eliminación de los españoles no aptos como método de desinfectar y de inmunizar al conjunto de la sociedad. La presencia masiva de la muerte, por lo tanto, puede ser entendida como una terrorífica actualización del modelo foucaultiano de la lepra: hacer desaparecer, exiliar de la sociedad a los infectados. La figura del “topo,” Ricardo Mazo, debido a su condición de intelectual de izquierdas afiliado al pensamiento masónico, y de constar como uno de los organizadores del II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas (123) se constituye en representante paradigmático del “leproso” que debe ser eliminado.

No asistimos en la última historia del libro, sin embargo, al paroxismo destructivo de las primeras derrotas, pero la muerte sigue siendo protagonista en la medida en que esa (o el exilio) es el único destino posible para Ricardo Mazo. Es decir, ni mucho menos ha remitido la acción represiva del régimen, y por esa razón, Elena le dice a su marido que la huida “aún no era posible, que había que esperar a que se fueran apagando los rigores de la venganza, que el gobierno de Vichy estaba deportando refugiados españoles a mansalva” (114). Sin embargo, a diferencia de los relatos anteriores, que nos llevaban directamente a los espacios de la muerte, este relato se desarrolla en la cotidianeidad del Madrid de la posguerra. En términos de Foucault, estaríamos, de forma simultánea al modelo de los leprosos, ante el procedimiento de la ciudad apestanda, es decir, el procedimiento que se orienta hacia el control disciplinario y biopolítico de la sociedad. Siguiendo con la metáfora de Foucault, diremos que son esquemas diferentes, pero no incompatibles: de un lado, la función de expulsar y hacer desaparecer de la comunidad; de otra parte, un sistema de registro y control permanente (Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión 183). Mientras el esquema de los leprosos era practicado por las autoridades

franquistas para purificar la comunidad, el modelo de la peste se incorpora a la sociedad como una fenomenología diferente de la violencia: la que lleva hacia la sociedad disciplinada y biopolítica. Por eso, Ricardo Mazo no sólo sufre las consecuencias de haber sido catalogado como “enfermo” incorregible, lo cual significa que para él no existe redención posible, sino que además contempla con estupor la realidad que se ha desplegado más allá de su escondite: la realidad en la que tienen que sobrevivir su esposa y su hijo. El poder franquista se ha consolidado, y ha conseguido remodelar la vida cotidiana de la ciudad, haciendo que ciegamente se obedezcan las reglas, o simplemente paralizando a sus ciudadanos por medio del miedo y la violencia:

Que la ciudad hubiera reinventado su rutina tras años de asedio, que todos se comportaran como si no hubieran perdido una guerra, que la complicidad de sus amigos de antaño no estuviera en la derrota sino en el borrón y cuenta nueva, sencillamente le enfurecía. (132)

Se manifiestan, superpuestas, las dos versiones del paradigma de biopolítica: el poder negativo de la muerte y la política del control de la vida. Continúa la oleada de violencia desencadenada por los militares golpistas, pero se aprecia la instauración de una forma de dominación que no sólo se dirige a los vencidos, sino a todo el conjunto de la sociedad. Los sujetos considerados políticamente relevantes padecen con más intensidad las consecuencias de las nuevas relaciones de fuerza impuestas por el franquismo, pero estas relaciones de fuerza también se han inscrito en las conductas y en las vidas de todos los individuos. Por un lado, Ricardo Mazo y familia están sentenciados: su esposa no puede revelarse ante el acoso para no levantar sospechas, la policía falangista registra su casa de forma virulenta, y el niño Lorenzo comienza a ser vigilado por no entonar el *Cara al sol*. Por otro lado, sin embargo, toda la ciudad de Madrid está atravesada de

jerarquía y de vigilancia, inscribiéndose los efectos del conflicto en todos sus espacios: escolares asustados “que veían en el hábito el símbolo de la autoridad recuperada” (108), niños que reproducen en sus juegos los antagonismos de la guerra (122), instituciones pedagógicas y sociales fuertemente militarizadas, una colectividad obrera que tiene dificultades para sobrevivir, de manera que algunos, como Eulalia –antigua asistenta de Elena –se ven abocados al estraperlo de alimentos básicos.

En términos generales, la ciudad que nos presenta este relato se puede dividir entre la zona de los vencedores, constituida por los espacios exteriores, y la zona de los vencidos, constituida por los intersticios donde coexisten el miedo y los afectos. En primer lugar, los espacios abiertos y los edificios públicos que conforman el Madrid oficial, donde dominan de forma absoluta las estructuras del nuevo régimen: las calles, los cines, las iglesias y los colegios. Allí, en estos lugares, rigurosamente controlados por los aparatos franquistas, el régimen despliega su maquinaria de control. En este Madrid de los vencedores, la alteridad no existe y sólo hay una ideología posible:

En el colegio, Franco, José Antonio Primo de Rivera, la Falange, el Movimiento eran cosas que habían aparecido como por ensalmo, que habían caído del cielo para poner orden en el caos, para devolver a los hombres la gloria y la cordura. No había víctimas, eran héroes, no había muertos, eran caídos de Dios y por España, y no había guerra porque la Victoria, al escribirse con mayúscula, era algo más parecido a la fuerza de la gravedad que a la resolución entre los hombres. (130)

En segundo lugar, los espacios interiores de las casas, únicos lugares que pueden habitar los relegados al silencio. Para los vencidos como Ricardo Mazo, toda la ciudad se ha convertido en una cárcel panóptica, cuya vigilancia sólo puede ser subvertida dentro del hogar familiar y durante las horas de oscuridad. Pero incluso dentro del espacio

íntimo de la casa, allí donde se abre el único resquicio para la libertad, también se sabe vigilado. Para evitar ser descubierto, la cotidianidad familiar está regulada por toda una economía de normas y precauciones: no usar la máquina de coser y la máquina de mecanografiar al mismo tiempo, vigilar los ruidos del ascensor, mantener un tono de voz bajo, y sobre todo, estar pendiente de las ventanas:

Lo imborrable de aquel piso serán siempre las ventanas que acechaban eternamente nuestras vidas, eran la parte frágil de nuestro reposo familiar. Si estaban abiertas, sólo podía hablar en voz alta con mi madre; si era de noche tenía que esperar a que mi padre abandonara las habitaciones para encender la luz. (116)

A medida que avanza el cuento, descubrimos que Ricardo Mazo es el padre de aquella adolescente embarazada que había huido con un poeta en el segundo relato, de quien ahora sabemos que escapó por haber publicado unos poemas en *Mundo Obrero* y en los boletines del Ejército Popular. Resulta interesante, en este punto, observar que ambas figuras –la figura del huido y la del topo –son simétricas. Al igual que el poeta huido, este antiguo profesor de literatura sobrevive sin poder ser descubierto, condenado a un inexorable proceso de degradación, expuesto a que su vida pueda ser eliminada a partir de cualquier descuido o imprudencia.

Por otro lado, la figura del diácono –el hermano Salvador –emerge como el verdugo que tiene al vencido en sus manos, aunque todos los habitantes de su vecindario pueden, a fin de cuentas, erigirse en el soberano que decida sobre la vida de Ricardo Mazo. También nos permite, la figura del diácono, hacer un breve comentario sobre la participación del poder eclesiástico en el entramado represivo del franquismo. Las autoridades religiosas ya habían estado presentes en los anteriores relatos (bendiciendo el fusilamiento masivo al que sobrevive el capitán Alegría o condenando el suicidio

mientras se glorificaban las ejecuciones en la cárcel de Porlier), pero será este último texto el que mejor retrate su activa colaboración en la actividad represiva. Acérrimo enemigo de los republicanos, el diácono protagonista de este relato se alistó voluntariamente al “Glorioso Ejército Nacional” y combatió en la “gloriosa cruzada”. Posteriormente, una vez finalizada la contienda, aceptó un cargo como profesor de Párvulos y Preparatoria en un colegio religioso para pasar a desempeñar un cargo en la formación de la subjetividades, es decir, en la biopolítica afirmativa del franquismo: la Iglesia tuvo el monopolio de la enseñanza durante el régimen y se consolidó como un elemento básico de la dictadura en tanto que vehículo de transmisión de la ideología dominante. Por su trayectoria personal, de combatiente en la “cruzada” a diácono en un colegio religioso, el hermano Salvador pone en evidencia la ubicación del poder eclesiástico en la dictadura. Primero implicándose en el derramamiento de sangre, tomando parte en el exterminio o tiñéndolo de simbología cristiana, según vemos en el monólogo del Hermano Salvador: “Ellos pretendieron alterar el orden de las cosas, modificar los designios del Señor, ignorando que *non est potestas nisi a Deo* y tuvimos que enseñar un nuevo orden a los inicuos” (107) o “Contribuí con mi sangre a transformar el monte Quemado en un monte Exterminio (105). Después, como uno de los pilares fundamentales para la supervivencia del régimen franquista.

Según se ha visto hasta ahora, el homicidio es una constante en los cuentos de Méndez, pero no podemos concluir este comentario, sin embargo, sin mencionar que la muerte, para estos personajes, puede tener una significación afirmativa, algo que tiene que ver con la dignidad del ser humano, un acto que le permite evitar la derrota absoluta. Es decir, son personajes que han sido derrotados en el ámbito de lo político, pero que en

última instancia consiguen, a través de participar de la propia muerte, ser vencedores de sí mismos.⁴⁴ En el caso del capitán Alegría, la decisión de rendirse a los vencidos, y por tanto la aceptación del “futuro que aguarda a las vidas trazadas al contrario” (13), conlleva, sin embargo, una importante recompensa individual: abdicar de una vida culpable, no ser partícipe de los crímenes, dejar de ser agente de la crueldad. Como le ocurre al capitán Alegría, les va a suceder al resto de personajes protagonistas. Como un último acto de resistencia, ante un fascismo que lo abarca todo, la elección de la muerte que hace el protagonista del segundo relato –permaneciendo en las montañas en lugar de bajar a las zonas ocupadas –le otorga la satisfacción de no dejarse “atrapar por los fascistas” (42), puesto que ser atrapado “sería lo mismo que regalarles otra vez otra victoria” (42). De alguna manera, al elegir su propio final, lo que hace el poeta huido es negarle al poder la facultad de disponer de su vida y de su muerte. Asimismo, la relación biopolítica que se establece entre soberano y súbdito –entre el coronel Eymar y Juan Serna –será transgredida en la medida en que el prisionero castiga a su verdugo al descubrirle la verdadera personalidad de su hijo Miguelito. Cuando Juan Serna se decide a contar la verdad que indefectiblemente le llevará a la muerte, lo que está haciendo, en el fondo, es un ejercicio de autoafirmación y de impugnación a los fascistas que están interrogando y condenando a cientos de miles de seres inocentes. Por eso, en la última reunión con los padres de Miguel Eymar, declara que “ya no quiero vivir si eso le produce a usted alguna satisfacción” (100); y antes de ser fusilado, en el trayecto hacia el cementerio de la Almudena, se reconforta al imaginar que “del rostro del coronel

⁴⁴ En palabras de Francisco Moreno: “A menudo, el suicidio se convirtió, para los vencidos, en la última protesta contra el fascismo, como se vio en el puerto de Alicante el último día de la guerra y en otras muchas situaciones. Fue luego la represión y la tortura lo que motivó que muchos se inclinaran por el suicidio para ahorrarse sufrimientos. En todas las cárceles hubo casos de suicidios. En todos los pueblos donde se practicaron torturas se dio algún caso. Véase Moreno, “La represión de la posguerra.”

desaparecería para siempre esa mueca de satisfacción impune” (101). Por último, la muerte elegida, el suicidio, vuelve a aparecer en el cuarto relato como un último acto de resistencia, y como aquello que permite a Ricardo Mazo no ser aprehendido y humillado por los aparatos represivos. Como en el caso de Juan Serna, también muere para derrotar al hermano Salvador que ha provocado el desastre familiar, según reconoce el mismo eclesiástico: “Se suicidó, Padre, para cargar sobre mi conciencia la perdición eterna de su alma, para arrebatarme la gloria de haber hecho justicia” (105). No entregarse a las autoridades, para Ricardo Mazo, significa no aceptar la derrota.

Por otro lado, lo que les ocurre a los personajes que representan al fascismo es, justamente, lo opuesto: vencedores políticos, como son el coronel Eymar y el hermano Salvador, pero vencidos en el campo de lo personal. Así, nos encontramos con la idea de que los vencedores en la guerra, los que triunfaron en el campo de lo político, los que dictan sentencias de muerte en los tribunales, acaban siendo derrotados desde el punto de vista de lo moral. Ahora bien, Alberto Méndez deja claro que no todos los que en un principio habían podido formar parte de la categoría de vencedores lo fueron realmente. El primer cuento se cierra, en este sentido, con un comentario que borra la frontera entre vencedores y vencidos en la medida en que se niega la condición de vencedores a un contingente de soldados nacionales porque no iban a regresar a sus hogares “como militares victoriosos sino como extraños de la vida” (36), que “se convertirán, poco a poco, en carne de vencidos” (36) y “terminarán temiendo, como el vencido, al vencedor real, que venció al ejército y al propio” (36). Desde mi punto de vista, en este comentario final podemos advertir, implícita, la esencia de la dominación totalitaria según las tesis de Hannah Arendt. Como señaló la pensadora alemana en Los orígenes del totalitarismo, el

totalitarismo hace del terror indiscriminado y de la dominación absoluta sus principales instrumentos de gobierno, con el objetivo de controlar todas las esferas de la vida. Desde esta perspectiva, la totalidad de la población, a excepción del “vencedor real” (las elites políticas, militares y religiosas que realmente tuvieron en el poder), pero incluidos estos soldados “victoriosos” a los que se entrega el capitán Alegría, estará condenada a padecer la política totalitaria franquista. Subyace la idea, por consiguiente, de que en un sistema dictatorial y totalitario nadie vence, sino que pierde todo el pueblo que lo sufre.

El fenómeno represivo en el mundo rural: Luna de lobos de Julio Llamazares

El espacio montañoso leonés se presenta, en la novela Luna de lobos, como un microcosmos en el que el franquismo se ha proyectado como sistema político. Mientras Los girasoles ciegos se centra, principalmente, en el fenómeno represivo urbano, Luna de lobos se ocupa de la represión vivida en las zonas rurales, presentando, sin embargo, una convergencia temática con el segundo relato de Méndez: la figura del huido republicano en los montes de la Cordillera Cantábrica. En la obra de Julio Llamazares se relata la lucha por la supervivencia de un grupo de soldados que se refugian en las montañas leonesas, durante once años, para escapar del hostigamiento sistemático del aparato policial franquista. Una vez derrumbado el frente de Asturias en 1937, cuatro integrantes del ejército constitucional republicano –Ángel, Ramiro, Juan y Gildo –se transforman, indefectiblemente, en “huidos,” en “fugitivos,” en “los del monte”. La guardia civil, encargada de la limpieza en las zonas rurales, ha establecido, en las comarcas leonesas del norte, un régimen de muerte que comienza antes del último parte de guerra y que se

intensifica durante los años de la posguerra. Así pues, el poder tanatopolítico del franquismo vuelve a ser protagonista en la obra de Llamazares, mostrándose la violencia como el instrumento utilizado para establecer y consolidar el nuevo orden político. En una suerte de analogía con los relatos de Los girasoles ciegos, los cuatro capítulos de la novela se cierran con la muerte de uno de sus protagonistas (además de otras muertes): Juan desaparece al final del primer capítulo, Gildo es asesinado en un tiroteo con la guardia civil, Ramiro es quemado vivo cuando no puede escapar al cerco de los guardias, y finalmente, el narrador, Ángel, con la intención de evitar su propio sacrificio, y para aliviar el sufrimiento de sus familiares, decide emprender el camino del exilio en lo que la crítica ya ha considerado como una muerte simbólica. (Margenot, John B, Moreno-Nuño).

Ante todo, Luna de lobos trata el fenómeno histórico del movimiento guerrillero antifranquista, compuesto por aquellos sujetos que se echaron al monte para sobrevivir y/o continuar la lucha contra el fascismo. Desde el exergo de la novela se pone de manifiesto una doble condición en la figura del maquis –sujeto perseguido abocado a la mera supervivencia y/o sujeto resistente contra el fascismo –que va a estructurar el presente análisis de la novela de Julio Llamazares:

Cientos de huidos se refugian en las frondosas y escarpadas soledades de la Cordillera Cantábrica con el único objetivo de escapar a la represión del ejército vencedor y esperar el momento propicio para reagruparse y reemprender la lucha o para escapar a algunas de las zonas del país que aún permanecían bajo control gubernamental. Muchos de ellos quedarían para siempre, abatidos por las balas, en cualquier lugar de aquellas en otro tiempo pacíficas montañas. Otros, los menos, conseguirían tras múltiples penalidades alcanzar la frontera y el exilio. Pero todos, sin excepción, dejaron en el empeño los mejores años de sus vidas y una estela imborrable y legendaria en la memoria popular. (5)

Algunos críticos de la novela han enfatizado la dimensión heroica/mítica de los cuatro guerrilleros antifranquistas de Luna de lobos, destacando el aspecto legendario de estos personajes celebrados, fundamentalmente, en las historias de transmisión oral.⁴⁵ En este sentido, Agustín Otero se ha referido a la personificación simbólica de la naturaleza, indicando que Julio Llamazares construye un “espacio natural mítico logrando así dar a su narración un carácter legendario realzando el papel de estos héroes anónimos” (642). Por el contrario, la crítica Ana Luengo ha señalado la dolorosa des-heroización que presenta la construcción del huido en un medio infrahumano, cuyas características humanas y la paulatina animalización a la que es sometido lo convierten en un personaje trágico (“Dos lugares de la memoria alternativos para la resistencia antifranquista: Luna de lobos y El embrujo de Shanghai” 133-35). Carmen Moreno Nuño, aunque reconoce la naturaleza épica de los protagonistas de Luna de lobos, ha observado que la realidad del maquis en esta novela no sólo se construye como un mito, sino como una dialéctica entre mito y trauma: los guerrilleros, que han permanecido como héroes de leyenda en el imaginario de los pueblos leoneses, son sujetos que sobre todo estuvieron abocados a la experiencia traumática de una lucha extrema por la supervivencia (267-292). Se han producido, por lo tanto, dos interpretaciones dominantes (el huido como héroe legendario y el huido como trágico superviviente) que coinciden, en definitiva, con la doble dimensión anunciada en el exergo de la novela.

Desde esta perspectiva, considero que podemos hacer un análisis del maquis a partir de una reformulación de estas dos interpretaciones en dos modelos biopolíticos contrapuestos: el maquis como sujeto político de *fuga* que continuó la lucha contra el

⁴⁵ Véanse Agustín Otero, “Luna de lobos de Julio Llamazares: La memoria popular en un espacio natural mítico”; José María Izquierdo, “Julio Llamazares: Un discurso neorromántico en la narrativa española de los ochenta”;

fascismo o el maquis como individuo *encerrado* en el espacio natural. En primer lugar, el huido como sujeto de fuga, la versión del maquis como guerrillero resistente, representa un límite epistemológico para los aparatos represivos y para las estrategias biopolíticas del Estado. Es decir, el huido se ha situado en un espacio que se escapa a los dispositivos de control, irreductible a la soberanía del nuevo Estado. De acuerdo a este modelo, el espacio montañoso puede entenderse, siguiendo la terminología de Deleuze, como una cartografía nómada o disposición espacial no ocupada que permite la configuración de la “máquina de guerra:” el movimiento de resistencia antifranquista. (*A thousand plateaux: capitalism and schizophrenia* 351-423). Desde esta perspectiva, los maquis de Luna de lobos operan en un terreno propio, opaco para la guardia civil, como se aprecia en el episodio en que los maquis escapan de una emboscada en las calles de La Llavana. Perseguidos por la guardia civil, precipitándose hacia la profundidad del monte, la superación de una loma marca la frontera que separa a la vida y a la muerte: “estamos al otro lado de la loma, perdidos en la noche, lejos de su alcance” (65). En segundo lugar, el sujeto encerrado, la exégesis del huido como sujeto acorralado, sometido a condiciones extremas, sin poder comunicarse con el resto de la comunidad, representa la inclusión del maquis de los dispositivos biopolíticos del franquismo.⁴⁶ Frente al modelo que lo identifica con la posibilidad de la resistencia, en esta interpretación la montaña se presenta, para el huido, como un lugar cercado, en ocasiones inaccesible para las fuerzas del nuevo Estado, pero siempre vigilado y hostigado, un lugar, en definitiva, del que no

⁴⁶ Sería, en realidad, lo que Agamben denomina la inclusión exclusiva del *homo sacer*. Es decir, el sujeto que no ha sido incorporado al nuevo Estado y ha sido excluido de los derechos ciudadanos, pero que al mismo tiempo no ha dejado de ocupar un lugar en las estrategias políticas del poder soberano. Sometiendo al maquis al abandono y a la persecución, el poder franquista lo incluye en su dominio después de haberlo excluido: “lo excluido no queda por ello absolutamente privado de conexión con la norma; al contrario, se mantiene en relación con ella en la forma de su suspensión. La norma se aplica a la excepción desaplicándose, retirándose de ella” Véase en Agamben, *Homo sacer : El poder soberano y la nuda vida* i 30.

se puede salir. Por eso, el espacio de la montaña puede concebirse como un lugar de encierro, o como un espacio carcelario de excepción, en el que el ser humano, el maquis, ha quedado atrapado y abocado a una más que probable muerte.

Tomando como punto de partida la interpretación del maquis como sujeto encerrado, expuesto a la violencia soberana, Agamben nos ofrece una definición del proscrito (*banido*), siguiendo la tradición germánica, y reformulando la teoría de la violencia hobbesiana, que parece ajustarse a la caracterización del huído en Luna de lobos:

La vida del *banido* –como la del hombre sagrado –no es un simple fragmento animal sin ninguna relación con el derecho y la ciudad; sino que es un umbral de indiferencia y de paso en el animal y el hombre, la *physis* y el *nomos*, la exclusión y la inclusión: *loup-garou*, licántropo precisamente, *ni hombre ni bestia feroz*, que habita paradójicamente en ambos mundos sin pertenecer a ninguno (Homo Sacer : el poder soberano y la nuda vida I 137).

De la misma forma que el *banido*, figura que Agamben hermana a la del *homo sacer*, el maquis de esta novela se halla en una zona de indistinción entre lo humano y lo animal. E igualmente, su situación de exterioridad está biopolíticamente circunscrita al Estado franquista en la forma de su negación: el poder soberano conserva su derecho de disponer de la vida del maquis para suprimirla. En efecto, la simbiosis entre lo humano y lo animal es una constante en el libro de Llamazares: paulatinamente el huído va asumiendo características animales después de años de supervivencia en el monte, “como un cazador que, con el tiempo, hubiera acabado adoptando los movimientos animales de sus presas” (14). Repetidamente se representa a los cuatro protagonistas –Ángel, Ramiro, Juan y Gildo –como lobos apartados de la sociedad y perseguidos por la guardia civil. El mismo título Luna de lobos refleja esta identificación del maquis con el lobo, y

como tal lobo, el maquis lucha por sobrevivir en un medio natural y se esconde de las batidas de la guardia civil. La animalización del humano es un proceso que se va incrementando a medida que transcurren los años, desde que Ramiro “olfatea la noche como un lobo” (10) o la novia de Ángel advierte que éste “huele como los lobos” (74), hasta que Ángel, después de nueve años de encierro en el monte, asegura tener “la oscura sensación de haberme convertido en una auténtica alimaña” que “sólo abandona su guarida cuando la luz del sol no puede dañar ya sus ojos inundados de soledad y de sangre” (171). Asimismo, la cacería del lobo se convierte en una metáfora de la persecución de los maquis, del acorralamiento del hombre por el hombre, de las batidas organizadas por la guardia civil. En este sentido, Ramiro compara su propia situación, y la de sus compañeros en el monte (anticipando, además, su propia muerte), con las cacerías populares de la “parte de Valdeón”:

Allí cazan los lobos todavía como los hombres primitivos: acorralándoles. Tocan un cuerno cuando le ven y todos, hombres, mujeres y niños, acuden a participar en la batida. Yo lo vi una vez. Nadie puede llevar armas, sólo palos y latas. La estrategia consiste en acechar al lobo y empujarle poco a poco hasta un barranco en cuyo extremo está lo que llaman el chorco: una fosa profunda y oculta con ramas. Cuando el lobo, al fin, ha entrado en el barranco, los hombres comienzan a correr detrás de él dando gritos y agitando los palos y las mujeres y los niños salen de detrás de los árboles haciendo un gran estruendo con las latas.” (154)

Sin embargo, esta interpretación de los protagonistas de Luna de lobos como sujetos superviviente, su mera asimilación a la categoría de hombre-lobo, al *banido* o proscrito definido por Agamben, no tiene en cuenta la dimensión política de unos personajes que están eminentemente ideologizados y, al menos durante los primeros años, dispuestos a combatir el fascismo. En un artículo de reciente publicación, “Bare life or social indeterminacy?,” Ernesto Laclau ha criticado el concepto agambeniano de *homo*

sacer, cuya conceptualización, como sujeto radicalmente indefenso y abandonado a los dictados del poder soberano, no cubre la noción de exterioridad en todas sus posibilidades. Para Laclau, el “musulmán” de Auschwitz, aquél interno en situación terminal que se arrastraba por los campos de exterminio nazis, o el ultracomatoso, el enfermo que sólo conserva las funciones de la vida vegetativa, son figuras que se acercan a la definición propuesta por Agamben, pero el *banido*, por el contrario, no puede ser puesto a la misma altura porque pertenece a una colectividad que funciona según un reglamento interno y que está enfrentada al poder soberano⁴⁷. Así pues, la relación que el *banido* o proscrito establece con el poder no es la de una vida desnuda que se halla absolutamente sometida al soberano, sino la de dos fuerzas o comunidades en conflicto, y esta oposición entre fuerzas antagónicas es precisamente, para Laclau, el fundamento de la relación política⁴⁸. Extrapolando esta explicación a Luna de lobos, diremos que sus protagonistas pueden definirse, en efecto, como sujetos políticos desde el momento en que conservan una suerte de agencia ante el poder soberano. Es decir, no son sujetos políticos en la medida en que han sido excluidos de la comunidad dominante y están desligados de la nueva “legalidad,” pero sí en el sentido de que son miembros de un colectivo enfrentado al poder soberano. Ahora bien, estos sujetos que podemos definir como políticos, en la novela, son gradualmente neutralizados y progresivamente se van acercando a la condición de vida desnuda del *homo sacer*. Digamos, pues, que se produce una progresiva pérdida de su dimensión revolucionaria a medida que cada vez están más

⁴⁷ En palabras de Laclau: “The life of the bandit or the exile can be entirely political, but they are so in an entirely other sense [...] They have their own law, and their conflict with the law of the city is a conflict between laws, not between law and bare life” Véase Ernesto Laclau, ““bare life or social indeterminacy?”” Giorgio agamben: Sovereignty and life (Stanford, Calif.: Stanford University Press, 2007) 19.

⁴⁸ Según Laclau: “I would argue that only when the ban is mutual do we have, sensu stricto, a political relation, for it is only in that case that we have a radical opposition between social forces and, as a result, a constant renegotiation and re-grounding of the social bond” (15).

diezmados y con más dificultades para cubrir las necesidades primarias. Durante los primeros años la relación política se mantiene en cuanto que los maquis consiguen castigar a sus delatores y pueden contraatacar a las fuerzas del orden. Tal es el caso de la visita que Ángel y Ramiro hacen a Don Manuel, sacerdote de La Llávana, para vengarse por no haber querido ayudar a Juan, hermano de Ramiro, y haberlo entregado “a sus perseguidores para que lo remataran” (125). En otra ocasión Ángel amenaza a Guillermo, un personaje fascista que colabora con la guardia civil, para que interceda ante los abusos de los que son objeto los familiares de los huidos (82). Asimismo, Ramiro y Ángel tienen la oportunidad de participar en una insurrección armada contra el régimen franquista, sumándose a otros grupos de huidos de la zona leonesa. Dicha participación, sin embargo, quedará truncada por el asesinato del legendario *Francés*, un líder guerrillero que ha regresado desde Francia, con armas y consignas, para “enlazar todas las partidas de la zona” (137). Como ha señalado Carmen Nuño-Moreno, la fecha coincide con el momento histórico en que el Partido Comunista en el exilio buscó todos los apoyos posibles (en el interior y en el exterior) para participar en la penetración del Valle de Arán en el año 1944 (272). Con la esperanza puesta en la inminente derrota alemana en la Segunda Guerra Mundial, los dirigentes comunistas pensaron que había llegado el momento de intentar la insurgencia contra el régimen franquista. El fracaso de la insurrección, sin embargo, incrementó la represión y tuvo consecuencias extremadamente negativas para los huidos que aún quedaban desperdigados por los montes de la península.⁴⁹ En otro sentido, también constitutivo del sentido político del maquis, se ha señalado que los maquis de Luna de lobos aprenden a subvertir la

⁴⁹ Para un análisis detallado de las invasiones pirenaicas en el Valle de Arán, véase Maquis. Historia de la guerrilla antifranquista de Secundino Serrano o La resistencia armada contra Franco: Tragedia del maquis y la guerrilla, de Francisco Gómez Moreno,

estructura panóptica del poder soberano “al adoptar por su propia cuenta las artes de la vigilancia” (Martín-Márquez 379). Observando las aldeas mediante el uso de prismáticos, y cambiando periódicamente la localización de sus escondites, los maquis se mueven por un terreno desconocido para la guardia civil y se escabullen de la incesante persecución a la que son sometidos.

Como ya señalé anteriormente, se produce una evolución de los huidos a medida que se acentúa la precariedad de la vida y la deshumanización de los que consiguen sobrevivir. Resulta difícil establecer el umbral entre las motivaciones de carácter político y las cuestiones relacionadas con la propia supervivencia, pero en líneas generales, podemos decir que de forma progresiva, en la historia de los maquis españoles, los actos de resistencia son cada vez más escasos y, por el contrario, aumentan las acciones ligadas a la mera conservación de la vida. Razones de supervivencia parecen ser, en Luna de lobos, el episodio ocurrido en Pontedo, donde los protagonistas asaltan una tienda de comestibles (93-94), o el secuestro del dueño de la mina, con el que buscan recaudar fondos para escapar a Francia (107-118). Dicha evolución se produce en la novela de Llamazares: sujetos a extremas condiciones de vida, cada vez más prisioneros de las montañas, cada día más apartados de la sociedad, los huidos que sobreviven poco a poco se van acercando a la imagen del ser radicalmente indefenso y expuesto a la violencia soberana. Finalmente, en el último capítulo, al único superviviente de los cuatro, a Ángel, se lo puede calificar como caso paradigmático de *homo sacer*. Abandonado a la absoluta soledad del monte, o enterrado durante una temporada en la cuadra de su casa familiar, Ángel se presenta como un residuo de vida –vida indefensa que cualquiera puede eliminar –y como un caso de hombre convertido en no-hombre. Al igual que la figura del

“musulmán” de los campos de exterminio alemanes, Ángel sigue siendo un viviente, todavía vivo, aunque, como él mismo dice, “tumbado como un topo en esta fosa subterránea que Pedro y yo excavamos en la corte de las cabras, entre la cuadra y la panera, esté mucho más cerca del mundo de los muertos” (199). En última instancia, el horizonte de la muerte se convierte, prácticamente, en un deseo: “Hace días que la posibilidad cercana de la muerte ni siquiera alcanza ya a importarme. Hace días que, incluso, he comenzado oscuramente a desearla” (197).

Desde una perspectiva diferente, a medida que los huidos pierden el vínculo con la comunidad y se convierten en despojos humanos, en los pueblos y en las aldeas se consolidan las relaciones de poder impuestas por el régimen fascista. Durante la guerra civil y los primeros tiempos de la posguerra, las comunidades rurales están atravesadas por el régimen de terror impuesto por la guardia civil: los familiares son sometidos a crueles interrogatorios, los enlaces son brutalmente castigados y todos los vecinos han interiorizado el pánico. El terror instigado por la guardia civil viene dado, en gran medida, por la relación mantenida con los huidos. En términos generales, podemos dividir a la población de las comarcas rurales de Luna de lobos en dos bloques diferenciados: por un lado, los partidarios de la dictadura (representantes de las clases pudientes como el dueño de la mina, miembros del estamento religioso como el sacerdote Don Manuel, o simplemente delatores e informantes que se aprovechan de la situación) y por otro lado, la población que padece las consecuencias del recién inaugurado régimen, principalmente las clases populares campesinas.⁵⁰ En este sentido, dentro de la

⁵⁰ El carácter profundamente clasista de la represión franquista queda patente en Luna de lobos. Las clases bajas –la clase campesina y la clase obrera– fueron el colectivo que en mayor medida padeció la represión en las zonas rurales. Asimismo, la clase media progresista (maestros de escuela, alcaldes republicanos, etcétera) estuvo en el punto de mira. En este sentido, resulta significativo el origen social de los cuatro

colectividad refractaria al nuevo Estado podemos distinguir, a su vez, dos grupos diferenciados: los huidos y los familiares de los huidos, que son los que directamente sufren la represión,⁵¹ y un sector de población fronterizo, formado por aquellos que, inducidos por el miedo o por el efecto de la propaganda, poco a poco se adaptan a los designios del franquismo.

En Luna de lobos, el aparato policial se presenta como un ejército de ocupación cuyo principal cometido es la inmunización de la comunidad mediante la eliminación de los sujetos “peligrosos” para el franquismo. Bajo el subterfugio de la “Ley de fugas,” que permitía asesinar a los perseguidos sin proceso judicial, la maquinaria represiva de la guardia civil tiene la misión de eliminar a todos los enemigos del régimen. La inmunización de la sociedad, tal como la entiende Roberto Espósito en su libro Immunitas, se consigue por medio de la implementación de una contrafuerza que impide que otra fuerza se manifieste, es decir, mediante una violencia cuya función es protegerse de la violencia de quienes pretenden subvertir el orden establecido (Immunitas: protección y negación de la vida 17). En el caso de los protagonistas de Luna de lobos, sin embargo, tal violencia no se presenta como violencia revolucionaria, sino como una reacción de autodefensa y de lucha por la supervivencia. Como argumenta Francisco Moreno en Víctimas de la Guerra Civil, los huidos españoles no constituyeron, por lo general, “un fenómeno guerrillero convencional, a la ofensiva (como el maquis en

maquis: Ángel era maestro de escuela, Ramiro y Juan habían sido mineros en La Llavana, y Gildo tenía raíces campesinas.

⁵¹ La hermana de Ángel, por ejemplo, recibe varias palizas de la guardia civil. En una ocasión, es golpeada hasta que escupe sangre (77), y más tarde, aparece con la cara contusionada y con el pelo rapado al cero (203). Su padre, a quien se lo han llevado detenido en numerosas ocasiones, también ha sido víctima de malos tratos (25). Igualmente, el marido de la hermana de Ángel, Pedro, ha sido torturado con el objetivo de obtener información (205). Pero no sólo sufren represalias los familiares de los maquis, sino que también son amedrentados quienes han sido acusados de ayudarles. Don Félix, el médico del pueblo, ha estado un año en la cárcel por haber curado la rodilla de Ángel (164).

Francia, por ejemplo), sino una guerrilla a la defensiva, de autoprotección, de supervivencia” (369). De todas formas, como se aprecia en Luna de lobos, el discurso hegemónico franquista ha conseguido, en grandes sectores sociales, difundir la creencia de que eran peligrosos bandoleros o terroristas. Por un lado, las autoridades niegan el carácter político del maquis, y se le criminaliza como bandolero o forajido, pero, por otro lado, se insiste en la extrema peligrosidad de su existencia para la comunidad. Las palabras del dueño de la mina, secuestrado por los protagonistas, contraponen el discurso oficial del régimen con la realidad humana de unos sujetos acorralados por la praxis exterminadora de las fuerzas represivas: “Para unos, sois unos simples ladrones y asesinos. Y, para otros, aunque no lo digan, sois unos pobres desgraciados que lo único que hacéis es tratar de salvar la vida” (112).

En la definición del paradigma inmunitario, Roberto Espósito propone la siguiente hipótesis: “En última instancia, la inmunidad es el límite interno que corta la comunidad replegándola sobre sí en una forma que resulta a la vez constitutiva y destitutiva: que la constituye –o reconstituye –precisamente al destituirla” (Immunitas: protección y negación de la vida 19). A partir de esta idea, según la cual la inmunización presupone la destrucción de la comunidad para de ese modo constituirla, podemos interpretar la situación de posguerra en Luna de lobos. La comunidad que ha sido desmantelada por el régimen franquista reaparece a través de los recuerdos de Ángel: sus juegos infantiles en la escuela (79), el cuidado del ganado en los valles de La Llavana (79) o las clases diarias que Ángel impartía en La Llera (80). Con el advenimiento del nuevo Estado franquista, sin embargo, un nuevo orden (o más bien desorden) ha sido desplegado sobre los restos de la comunidad anterior: un orden que ha sido establecido

por medio de una violencia desplegada en todos los aspectos de la vida y de los espacios cotidianos:

Y, dentro de las casas, acurrucados en las cocinas, los vecinos estarán ahora aguardando esos golpes violentos que, dentro de poco tiempo, llamarán a sus puertas para que abran. Son ya seis años los que llevan así, viviendo en silencio, aterrados, en la indecisión de la pena que les mueve a ayudarnos y el miedo, mayor cada vez, a las represalias. (132)

Con el transcurso de los años, sin embargo, sin que la furia exterminadora de la guardia civil haya disminuido un ápice para los miembros de la disidencia, es decir, sin que los guardias hayan dejado de buscar incesantemente a los huidos, el resto de la población civil parece haberse sumergido, de nuevo, en el letargo de una “aparente” normalidad:

El valle ha comenzado a despertar y una sucesión interminable de mugidos y portones entreabiertos extiende de nuevo por los pueblos el latido profundo que levemente interrumpió la siesta [...] Cae la tarde, un día más se deshace como escarcha hacia las crestas de Peña Negra, pero los guardias siguen sin olvidarse de mí un solo instante. (175-176)

Crítica biopolítica de la violencia en El vano ayer de Isaac Rosa

En su libro Modernidad y Holocausto, Zygmunt Bauman explica que la manera en que habitualmente se ha estudiado el holocausto nazi, como una anomalía o acontecimiento extraordinario en la civilización europea, ha impedido que pueda ser considerado como un producto de la cultura burocrática y racional de la sociedad alemana de la época (Bauman 9).⁵² Dicho de otro modo, el exterminio de los judíos no ha

⁵² En palabras de Zygmunt Bauman: “The Holocaust was born and executed in our modern rational society, at the high stage of our civilization and at the peak of human cultural achievement, and for this reason it is a problem of that society, civilization and culture” (Bauman 9). Véase Zygmunt Bauman, Modernity and the holocaust (Oxford, UK; Maldan, Mass: Blackwell, 1989).

de analizarse según se ha entendido tradicionalmente, como un exabrupto en el devenir histórico europeo, sino como una posibilidad contenida en la modernidad biopolítica desarrollada por el nazismo. Extrapolando la reflexión de Bauman a lo sucedido durante la dictadura del general Franco, diremos entonces que el genocidio de la posguerra tampoco debe ser entendido como una excepción en la historia de España, sino como el momento de máxima intensidad destructiva dentro de un régimen biopolítico en cuyas premisas estaba contenida la muerte y la violencia. Evidentemente, dicha violencia se desencadenó de forma incontenible durante la operación de limpieza de la posguerra, pero la violencia como tal siempre fue pieza fundamental en el Estado franquista, y no sólo en el Estado franquista, sino también en el período de la transición a la democracia. Estas diferentes intensidades de una misma violencia –violencia del primer franquismo y violencia de las etapas posteriores –se corresponden, a grandes rasgos, con la distinción establecida por Walter Benjamin en Para una crítica de la violencia:⁵³ una violencia originaria que establece el poder político –mediante la confrontación bélica y el exterminio masivo de los vencidos –y una violencia ulterior que lo conserva –mediante la represión de los aparatos policiales y estatales. De esta forma, la violencia fundadora, la que instituye el poder franquista, no es una violencia aislada de las prácticas represivas posteriores, sino que dichas prácticas represivas, las que mantienen y aseguran la permanencia de la dictadura, pueden entenderse, en realidad, como reapariciones de aquella violencia original. Por consiguiente, la represión de la posguerra y la represión policial de los años sesenta no deben analizarse por separado puesto que la violencia conservadora es una prolongación/reproducción de la violencia original, y es así que

⁵³ Dos violencias –violencia fundadora y violencia conservadora –que conforman lo que Walter Benjamin denomina violencia mítica. A esta violencia mítica, Benjamin opone la violencia revolucionaria o violencia divina.

Damián A. González Madrid observa que, para los aparatos represores del franquismo en sus últimas décadas, “el objetivo continuaba siendo el mismo, la represión y disuasión de la disidencia que ahora representaban universitarios, las reivindicaciones laborales y los incipientes partidos políticos y sindicatos en la clandestinidad”.⁵⁴ Dicha indiscernibilidad entre las dos manifestaciones de la violencia es señalada por Benjamin –en relación a la problemática sobre la aplicación de la pena de muerte –de la siguiente manera:

Pues si su origen es la violencia, la violencia coronada por el destino, es lógico suponer que en el poder supremo, el de vida y muerte, en el que aparece en el ordenamiento jurídico, los orígenes de este ordenamiento afloran en forma representativa en la realidad actual y se revelen atterradoramente. (Para una crítica de la violencia y otros ensayos: iluminaciones IV 25)

Como recuerda Julián Casanova, la especificidad de la política represiva del nuevo Estado franquista radica en que se desencadena a consecuencia de un largo enfrentamiento armado, y en que no solamente consistió en un fenómeno de posguerra: “la dictadura de Franco fue la única en Europa que emergió de una guerra civil” y que “estableció un Estado represivo sobre las cenizas de esa guerra, persiguió sin respiro a sus oponentes y administró un cruel y amargo castigo a los vencidos hasta el final” (5). En la misma línea, Sartorius y Alfaya subrayan que la naturaleza represiva de la dictadura no se modificó a lo largo de su prolongada existencia y que, de hecho, “durante los años sesenta y setenta la represión fue mucho más amplia y dura que durante los años cincuenta” (15). Para estos autores, la represión quedó atenuada durante la década de los años cincuenta (una vez concluido el genocidio de los cuarenta y a consecuencia del resultado de la II Guerra Mundial), pero ésta volvió a ser encarnizada durante las décadas

⁵⁴ Véase el apartado cinco en González Madrid, "Violencia política y dictadura franquista," vol.

de los sesenta y de los setenta “a medida que las movilizaciones obreras y estudiantiles alcanzaban cotas más elevadas” (16).

Esta relación de continuidad entre la fuerza fundadora y la fuerza conservadora, dos figuras de la violencia que son parte de una misma sustancia, es una de las cuestiones que, a mi modo de ver, pone de manifiesto la novela de Isaac Rosa. Pues, en El vano ayer, se difumina la frontera, a través de la noción de violencia, entre un primer franquismo totalitario represivo y un posterior franquismo aperturista (y también, en cierto modo, entre el período franquista en su totalidad y la etapa de la democracia). Sin duda, como expuse anteriormente, la violencia se muestra con diferentes grados de intensidad a lo largo del régimen, y no se puede comparar la magnitud de la violencia exterminadora de la posguerra con las torturas o desapariciones en los centros de detención durante los años sesenta, pero lo relevante, a pesar de ello, es que la violencia nunca dejó de ser un elemento estructural del ordenamiento jurídico-político durante todas las fases de la dictadura. En este contexto, la novela de Isaac Rosa presenta una aproximación al franquismo como régimen tanatopolítico sostenido por un sistema represivo que torturaba y asesinaba tanto en su momento inicial como en las décadas posteriores, e incluso hasta más allá de la muerte del dictador. Así, el exterminio realizado en los primeros años del franquismo bajo la lógica del estado de excepción, no derogado oficialmente hasta finales de los cuarenta, tuvo su continuidad en la violencia desplegada por unos aparatos represivos que nunca dejaron de torturar y de ejecutar. Si en la década de los cuarenta toda la geografía española se había poblado de fosas comunes y espacios en los que se asesinaba masivamente, en la década de los sesenta la disidencia antifranquista seguía siendo perseguida y mortificada por los aparatos

policiales del Estado. Y mientras la prisión se había constituido, en los albores de la posguerra, en el espacio por excelencia en que se podía ejercer la dominación sobre el republicano, en las etapas posteriores del franquismo, según vemos en la novela de Isaac Rosa, los principales lugares en los que con total impunidad se aplicaba la tortura y se asesinaba fueron los centros de detención y las dependencias policiales.

La historia que se cuenta en El vano ayer comienza cuando un profesor universitario de la Complutense, Julio Denis, se convierte en sospechoso de haber denunciado a un estudiante antifranquista desaparecido en vísperas de una huelga general, y visto por última vez en la famosa Dirección General de Seguridad de la Puerta del Sol. De este modo, Isaac Rosa plantea una trama detectivesca que se abre a varias posibilidades, y más en concreto, a dos versiones contrapuestas de los hechos: el profesor como efectivamente implicado en una maniobra policial contra el movimiento estudiantil, o el profesor como un discreto personaje que se ve involuntariamente involucrado en los sucesos (al ser inculcado de encubrir propaganda subversiva en las novelitas de quiosco que escribe como medio alternativo de subsistencia, en las cuales el nombre de su protagonista –Guillermo Birón –coincide con el *alias* del estudiante represaliado). Pero de todas las maneras, ya sea una equivocación policial –infrecuente en un aparato policial que “para desgracia de tantos que lo comprobaron en carne propia, era sumamente eficaz en su trabajo” (32) –, o bien una manera encubierta de apartarlo y protegerlo después de haber cumplido con la misión encomendada, finalmente Julio Denis será uno de los profesores universitarios expulsados y expatriados por el franquismo durante la década del sesenta.

La dimensión tanatopolítica del primer franquismo es evocada por Isaac Rosa a través de las referencias biográficas de los dos personajes protagonistas: Julio Denis, el profesor expulsado de la universidad, y Andrés Sánchez, el estudiante antifranquista desaparecido. La invención del pasado –o de los posibles pasados –del personaje Julio Denis, durante la contienda y la inmediata posguerra, le permite a Rosa dibujar una representación de la brutalidad represiva, impulsada por el general Queipo de Llano, que se vivió en la ciudad de Sevilla. A través de su amistad con un miliciano condenado, Julio Denis nos introduce en las cárceles y en los fusilamientos masivos que se multiplicaron en los barrios obreros de la ciudad andaluza. Asimismo, del estudiante Andrés Sánchez se cuenta que su padre había sido fusilado durante la posguerra, y que nació en el campo de concentración alemán donde estuvo deportada su madre. Más adelante, después de ser liberados y de regresar a España con vida, su madre sería detenida, encarcelada y muerta en una prisión franquista a consecuencia de una tuberculosis. En referencia a esta enfermedad y a otras que fueron denominador común en las cárceles, Isaac Rosa sugiere que

algún día alguien debería hacer un recuento de los muertos por enfermedad en los años cuarenta, tanto en las cárceles como en las miserables ciudades y aldeas, las víctimas de la fiebre tifoidea, de la difteria, del paludismo; y anotarlas en el haber de los vencedores, para tener así una cifra más aproximada del número de víctimas del franquismo. (97)⁵⁵

Sin embargo, El vano ayer se centra en las últimas etapas del franquismo, y en particular, en el modo en que utilizó, sistemáticamente, el aparato represivo –la tortura, la

⁵⁵ Siguiendo la misma lógica, y de acuerdo a la estela biográfica de este personaje, igualmente habría que añadir a ese balance de víctimas no reconocidas los miles de republicanos españoles que fueron deportados (con la aquiescencia de las autoridades franquistas) a los campos de exterminio nazis.

delación, la desaparición, la manipulación de los medios informativos –para sostenerse hasta el final de sus días. Para Isaac Rosa, no basta con decir que en las últimas fases del franquismo se torturaba, porque “eso es como no decir nada, regalar impunidades; hay que recoger testimonios, hay que especificar los métodos, para que no sea en vano” (El vano ayer 156). Desde esta perspectiva, nos propone un minucioso recorrido por las tecnologías de castigo, descubriendo las interioridades de las cámaras de tortura y las tipologías del horror perpetrado en los calabozos de la Dirección General de Seguridad. En uno de los capítulos centrales de la novela, para conseguir un efecto todavía más perturbador, Isaac Rosa se refiere a la violencia de los interrogatorios policiales a través del motivo de la comedia y de lo lúdico:

Los efectos de las cosquillas aplicadas sobre los interrogados, que se partían de la risa, se descoyuntaban de la risa, reventaban de risa, se morían de la risa incluso, y poco después de llegar Marta tenía ya los ojos hinchados de apretarlos en risotada, los labios ensangrentados de mordérselos para contener el estallido festivo, pasó varias horas en un despacho con varios policías que le pedían que repitiese los mismos chistes que se contaban entre ellos [...] y ella se resistió a contar [...] y entonces hicieron el simulacro circense de la bofetada, un policía simulaba que le daba un cachete y ella daba palmas con las manos en la espalda imitando el sonido de la bofetada, ese truco lo aprendió muy bien la mayor parte de detenidos durante aquellos años. (151)

De esta forma, el represaliado durante las protestas estudiantiles es una de las formas en que se reencarna el *homo sacer* durante los años sesenta, y el edificio de la Dirección General de Seguridad, por consiguiente, el lugar de excepción donde la legalidad ha sido suspendida y el poder soberano establece su vínculo de dominación. En verdad, no es que no existiera un sistema legal que regulara las detenciones, sino que ese sistema, en sí mismo, era un simulacro de legislación en el que, en palabras de Rosa, la “investigación policial era un eufemismo” (162) y el hábeas corpus estaba recogido por

las leyes pero “podías pasarte días y semanas detenido, incomunicado, sin que nadie supiera si al menos seguías vivo” (162). Al mismo tiempo, por medio de los diversos testimonios de los sujetos represaliados, se pone de relieve el carácter teleológico de la violencia, concebida como sostenedora de la dictadura en tanto que instrumento disuasorio “que sirve de aviso para toda la oposición” (157).

Desde el principio, Isaac Rosa nos recuerda que el objetivo de la novela es destapar la naturaleza represiva del franquismo y la continuidad de la represión en la etapa democrática. Comienza el escritor sevillano con una explicación del proceso según el cual nos podemos encontrar, entre los libros de las bibliotecas, con multitud de historias que nunca han sido contadas y que nadie ha rescatado del olvido. De los índices onomásticos de los libros de historia, por ejemplo, pueden surgir infinidad de materiales narrativos, y de hecho, la historia del Julio Denis, un profesor depurado a raíz de una supuesta actividad subversiva, se presenta como una de estas múltiples posibilidades narrativas. Sin embargo, la intención de la novela no es reconstruir las vivencias de un profesor represaliado, sino convertir su vida en una estratagema para articular un comentario crítico sobre el período dictatorial. Así pues, no se trata de exponer las circunstancias de la expulsión de la universidad de Julio Denis, sino de destapar los hábitos de un sistema policial que detenía profesores, los expedientaba, los apartaba de la enseñanza, los condenaba, los encerraba, los fusilaba y los desterraba (244). Por eso, el narrador repetidamente nos recuerda que la veracidad o falsedad de Julio Denis y André Sánchez no tiene mayor importancia (y nos ofrece versiones diferentes de los hechos, como la doble biografía del profesor), puesto que lo relevante es llamar la atención al hecho de que hubo profesores universitarios perseguidos por

cuestiones ideológicas, y estudiantes desaparecidos después de los interrogatorios policiales.

En su intento de desenmascarar la naturaleza represiva del franquismo, la novela presenta una diversidad de planos narrativos que, en última instancia, buscan abrir el pasado franquista a sus complejidades y mostrar el carácter problemático de la verdad histórica, sin abandonar la postura militante, pero evitando las visiones complacientes de la literatura contemporánea y exigiendo un esfuerzo intelectual por parte del lector. Igualmente, Isaac Rosa destapa las interioridades del proceso de la escritura con la intención de mostrar que una misma historia puede contarse de muy diversas maneras con resultados (políticos o psicológicos) muy diferentes. Como él mismo asegura en el comienzo la novela, lo que pretende conseguir con El vano ayer es un “análisis del período y sus consecuencias más allá de los lugares comunes, más allá del pintoresquismo habitual, de la pincelada inofensiva, de la épica decorada y sin identidad (17). De este modo, utiliza un método que podemos denominar deconstructivo en la medida en que problematiza la construcción histórica (y su relación con la ficción) y pone al descubierto los mecanismos con que se fabrica el discurso literario. Así, la reflexión metaliteraria, la diversidad de puntos de vista o la dialéctica con el lector se presentan como algunas de las diversas estrategias narrativas cuya funcionalidad, según veremos a continuación, será aportar significación crítica y política al conjunto de la novela. Así, en el capítulo escrito en dos columnas paralelas, por ejemplo, se proponen dos biografías contrapuestas de Julio Denis. En la columna de la izquierda, el profesor Denis es un individuo discreto, sin inclinaciones políticas, que se siente avergonzado por haber ocupado el puesto de uno de los docentes depurados durante la inmediata posguerra. Con

esta posible versión de los hechos, entonces, Rosa puede referirse a la brutal depuración sufrida por el magisterio español y al incalculable “daño infligido al progreso del país, en lo cultural y en lo científico, durante varias generaciones” (174). En la columna de la derecha, el profesor se convierte en uno de los delatores que colaboraron, mediante la denuncia de quienes habían tenido un pasado republicano, en la construcción y mantenimiento del régimen fascista. Así desenmascara Rosa a la figura del chivato, a la que ya había dedicado un capítulo de la novela, recordando “el carácter epidémico que adquirió en España entre los años 1939 y 1975” y su particular extensión “en los colectivos más adecuados para la actividad informativa,” entre quienes estaban, lógicamente, los estudiantes y el profesorado (78). Por tanto, dos posibilidades, dos versiones de su protagonista, entre las cuales el autor parece decantarse por la primera, a pesar de que se deja abierta la disyuntiva para “que cada lector elija según su preferencia” (172). Es decir, no se trata de una narración lineal contada por un autor omnisciente, sino de un narrador que desconoce aspectos de sus personajes, que presenta diferentes versiones de los acontecimientos relatados, y que, en consecuencia, exhorta al lector a tomar partido en la reconstrucción de la historia. En definitiva, podemos concluir que se trata de una manera de impedir la simplificación de la reflexión histórica, particularmente del discurso sin fisuras, demasiado cómodo, que caracteriza a muchas de las novelas contemporáneas.

Asimismo, con este objetivo de ofrecer distintas perspectivas, encontramos en el texto entrevistas a antiguos compañeros de Julio Denis (como la entrevista al catedrático jubilado Emilio de Lorenzo), testimonios de otros estudiantes represaliados, extractos periodísticos (como la doble versión de una misma noticia en la prensa española y en la

prensa francesa), documentación historiográfica (incluso añade una bibliografía histórica al final), comunicados gubernamentales, testimonios de agentes de la policía franquista en los que se les permite justificar la labor represiva durante el régimen o, incluso, una narración de la “cruzada” del general Franco relatada, de forma satírica, en el castellano medieval de los cantares de gesta.

Más aún, la novela rechaza la creación de personajes estereotipados y se distancia de la tendencia hacia el sentimentalismo. En primer lugar, el narrador huye de la representación heroica del estudiante antifranquista: “Mucho cuidado con los héroes, con los luchadores ejemplares, esculturas de una sola pieza que ni sombra proyectan bajo el sol” (38). André Sánchez, cabecilla de las protestas universitarias, y por tanto, susceptible de prestarse a una fácil heroización, es presentado, por el contrario, a partir de su paradójica personalidad: engreído, dogmático, agresivo, fanfarrón, iluminado, etcétera. En segundo lugar, para no incidir en lo que podemos denominar “envilecimiento del mal,” procura evitar la construcción exagerada del verdugo envilecido: “debemos tener precaución con los villanos, que como los héroes se burlan del autor y se enrocan en caracteres sin aristas, como marionetas del bien o del mal” (38).

En definitiva, lo que pretende el autor sevillano es profundizar en el conocimiento del sistema franquista desde un posicionamiento crítico, sin dejarse llevar por la superficialidad y trivialidad de las representaciones literarias y cinematográficas que, según dice, han predominado en los últimos años: la creación de héroes republicanos o de villanos caricaturescos, “novelistas de guante de seda” (Rosa 22) cuyas obras, ideológicamente desactivadas, se inclinan hacia una retórica de lo sentimental, “cineastas industrializados” (22) que metabolizan la memoria histórica en productos de consumo, o

incluso una popular serie de televisión (se supone que se refiere a “Cuéntame”) que invierte en una “repugnante nostalgia” (22) y en una visión costumbrista del franquismo. Así pues, el narrador no quiere que El vano ayer se convierta en otra novela convencional, planteándose, explícitamente, la exigencia de que sea diferente y necesaria:

¿Conseguiremos que ese retrato sea más que una fotografía fija, sea un análisis del período y sus consecuencias más allá del pintoresquismo habitual, de la pincelada inofensiva, de la épica decorada y sin identidad? ¿Será posible, en fin, que la novela no sea en vano, que sea necesaria? (17)

Varias reseñas y análisis literarios se han centrado en los aspectos formales de la novela, como el del crítico Francisco Morales Lomas,⁵⁶ para quien la obra de Isaac Rosa no interesa tanto por su significado histórico como por su significante o contenido estético. Según este crítico, lo más significativo de El vano ayer es que rompe con el planteamiento aristotélico (planteo, nudo y desenlace) y reactiva la novela experimental de los años sesenta (al estilo de Luís Martín Santos). A mi modo de ver, sin embargo, las técnicas literarias del libro (diversidad de perspectivas, exposición de los mecanismos novelescos, dialéctica con el lector, reflexión metaliteraria) están subordinada, según hemos visto, a lo que considero verdadero cometido (explicitado por su autor)⁵⁷ del libro: mostrar la singularidad represiva (tanatopolítica) de un régimen que desde el principio se construyó sobre la base de la violencia. Desde mi punto de vista, la fórmula narrativa que propone Isaac Rosa es indiscernible del fondo histórico en el sentido de que puede ser entendida como una manera de cuestionar la reciente producción cultural sobre la guerra y el franquismo, y de impugnar una forma de memoria histórica que parece haberse

⁵⁶ Este texto se puede encontrar *online*: Francisco Morales Lomas, La narrativa constructivista de isaac rosa, <http://www.papel-literario.com/PL158%5Cpg15806.htm>

⁵⁷ Así lo expone Isaac Rosa en el texto: “¿Sabremos convertir la peripecia de Julio Denis en un retrato de la dictadura franquista (pues no es otro el objetivo de la posible novela) útil tanto para quienes la conocieron (y olvidan) como para quienes no la conocieron (e ignoran)?” (17).

convertido, tal como ha señalado el crítico Ignacio Echeverría, en hegemónica (280).⁵⁸

Una forma de memoria hegemónica que, según se ha visto, invierte más en lo sentimental que en lo ideológico y se detiene en los aspectos superficiales, sin desarrollar, por lo general, una problematización del acontecimiento histórico.

Desde esta perspectiva, una de las intenciones de la novela es desmontar algunos de los mitos y de las imágenes deformadas (promovidas consciente o inconscientemente por muchos autores) que exculpan al franquismo y que parecen haberse asentado en el subconsciente colectivo de la sociedad española. Así, Isaac Rosa no sólo impugna la habitual representación nostálgica, sino también lo que considera una versión divertida y pintoresca del franquismo:

El estrafalario lenguaje oficial, el generalito barrigudo y de voz tiplisonante que provocaba más risa que horror, la paranoia sobre los enemigos de la patria, la demasía freudiana de los sacerdotes, las sentencias de muerte pringadas de chocolate con picatostes, la épica caduca de los manuales escolares, la estética cutre del nacionalcatolicismo, los desmanes surrealistas de la censura. (32)

Esta representación tragicómica, basada en ciertos aspectos pintorescos de la dictadura, consiste, según Isaac Rosa, en una mirada “digerible” o en una concepción muy extendida acerca del franquismo: una mirada que se toma a la ligera el proceso represivo llevado a cabo durante el período franquista, particularmente lo sucedido durante la etapa del desarrollismo económico, proclamando que la dictadura española no fue especialmente cruel o nefasta. En efecto, uno de las creencias generalizadas sobre la dictadura española es que no compartía los rasgos propios de los totalitarismos y fascismos de otros países europeos, y de ahí que en ocasiones se haya usado el término

⁵⁸ Este libro (Trayecto. Un recorrido crítico por la reciente narrativa española) traza un mapa general de la novelística española contemporánea.

“dictablanda” para referirse al caso español. Con la intención de refutar y de combatir esta imagen de la dictadura, Isaac Rosa nos recuerda, en su texto, que las versiones amenizadas del franquismo tienen el peligro de conformar una memoria que no tenga en cuenta “la realidad de una dictadura que aplicó, con detalle y hasta el último día, técnicas refinadas de tortura, censura, represión mental, manipulación cultural y creación de esquemas psicológicos de los que hoy todavía no nos hemos desprendido por completo” (32).

Como propuse a lo largo de este capítulo, durante las últimas décadas del franquismo se desarrolla en España una tecnología biopolítica acorde a los cambios económicos que se estaban produciendo en la sociedad. Gradualmente, por tanto, se constituye en hegemónica una modalidad de dominación –una biopolítica afirmativa y productiva en el sentido de Foucault –basada en modos de subordinación supeditados al control de las conductas. La población española de los años sesenta, a excepción de los movimientos de resistencia clandestinos, se muestra como una sociedad anestesiada e ideológicamente desmovilizada. Por ejemplo, el profesorado ya no se muestra preocupado por la posibilidad de castigos físicos, sino por la marginación y la dificultad económica que supondría una eventual expulsión de la universidad. Asimismo, la reacción generalizada ante las protestas estudiantiles es negativa por parte de la inmensa mayoría de sociedad: los clientes de los establecimientos durante las manifestaciones, la portera del edificio en el que vive Julio Denis, los padres de los estudiantes represaliados, etcétera. Ahora bien, mientras la dictadura franquista ha tenido y sigue teniendo éxito en producir una sociedad domesticada y “pacificada,” que por lo general no quería o no podía enfrentarse al poder, al mismo tiempo la naturaleza represiva y los cimientos

ideológicos del régimen siguen intactos. Debido a las circunstancias históricas –la necesidad de incorporarse a la política económica de otros países europeos –el régimen suaviza el discurso beligerante y promueve la imagen de una nación reconciliada, pero en verdad, a pesar de la retórica de la pacificación, el aparato represivo seguía torturando y ejecutando metódica y persistentemente (y aún después de la muerte de Franco). En definitiva, lo que nos muestra la novela de Isaac Rosa es la imposibilidad de establecer límites entre los diferentes momentos represivos de la dictadura, y de esta manera, postular que las características derivadas de sus orígenes se mantuvieron incólumes a lo largo de todo el período dictatorial.

CAPÍTULO II

Biopolítica del régimen franquista. Representaciones literarias de la sociedad y del sujeto producido por la dictadura

En el primer capítulo de esta disertación, al examinar el poder tanatopolítico implementado por el Estado franquista, los textos literarios analizados fueron novelas escritas en el período de la democracia, ya que solamente éstas, a mi juicio, mostraban en toda su extensión ciertos aspectos político-represivos que anteriormente se habían mantenido en la sombra. En efecto, debido sobre todo a los efectos del aparato represivo-censor, las obras escritas durante la dictadura apenas habían enseñado, al menos de forma explícita, algunas de las cuestiones más escabrosas del régimen. En concreto, aquellos aspectos relacionados con la violencia (tales como los fusilamientos, las cárceles, o los maquis) no solían manifestarse o lo hacían sólo de forma oblicua, veladamente, de modo que se pudiera hacer frente a los dispositivos de la censura.⁵⁹ Tras la desaparición del dictador, sin embargo, el aparato de la censura como tal fue eliminado y se pudo empezar a escribir sobre el pasado reciente sin miedo y sin restricciones, y a pesar de ello, debido en parte a la herencia de la desmemorización infligida en el subconsciente colectivo durante cuatro décadas y, sobre todo, a la oclusión de la recuperación histórica impuesta

⁵⁹ Alguna novela que sí lo hizo abiertamente, como Los vencidos de Antonio Ferrés (escrita en la década de los sesenta, y centrada en el universo carcelario de la posguerra), no llegó a publicarse en España hasta el año 2005. Para un interesante artículo sobre la trayectoria de esta novela, véase la reseña de Constantino Bértolo, aparecida online en: <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=15298>

por los protagonistas políticos de la transición (supuestamente con la finalidad de evitar otra guerra civil, proteger a la recién inaugurada democracia, reconciliar a los españoles, etcétera) no ocurrió de la forma masiva que podría esperarse. Porque, en la medida en que lo histórico fue obstaculizado a nivel político (y todo lo que eso conlleva en términos mediáticos, jurídicos, judiciales, etcétera), durante los años de la transición el silencio se extendió significativamente a otros ámbitos como el social o el cultural. De ahí que en la literatura, con la salvedad de un grupo de novelistas que sí adoptaron una actitud crítica y pusieron todo su empeño en no olvidar, no se produjo la producción que un período tan largo y tan importante debería haber inspirado.⁶⁰

Hubo que esperar, por tanto, a la década de los años noventa para presenciar una verdadera eclosión de ficciones centradas en la guerra y en el franquismo, tal y como se ha podido apreciar en las librerías españolas en los últimos quince años. Integradas en el movimiento general de recuperación de la memoria histórica (liderado por asociaciones como la A.R.M.H), estas recientes narrativas sí han incorporado, a mi modo de entender, toda una serie de aspectos represivos no suficientemente esclarecidos hasta fechas muy recientes: el exterminio de los vencidos, las experiencias de los maquis, las historias de los topes, el robo de niños a mujeres prisioneras, los españoles deportados a los campos nazis, las fosas comunes, las condiciones inhumanas de las cárceles, etcétera. Ahora bien, si bien este abundante cuerpo narrativo sí ha podido enfrentarse al pasado traumático sin restricciones, por otro lado se ha observado que, como ya lo puse de relieve en el capítulo anterior, a menudo lo ha hecho de manera acrítica y superficial, cayendo frecuentemente

⁶⁰ Entre las obras que conforman la excepción a la regla estarían, por citar algunas de las más significativas, Luna de lobos (1985), de Julio Llamazares, Herrumbrosas lanzas (1983-1986) de Juan Benet, Un día volveré (1982) o Ronda del Guinardó (1994) de Juan Marsé, Galíndez (1990), El pianista (1985), Autobiografía del general Franco (1992), de Manuel Vázquez Montalbán, o Coto vedado (1985) y En los reinos de Taifa, de Juan Goytisolo.

en el sentimentalismo y en la desideologización que parecen caracterizar a buena parte de la cultura postmoderna y contemporánea. Ahora bien, dicho esto, por otro lado ha habido en paralelo una serie de escritores que se han desmarcado de la tendencia mediático-espectacular imperante,⁶¹ proponiendo una versión de la historia menos complaciente y políticamente comprometida. Estos autores, entre los que podemos citar a Ramiro Pinilla, Rafael Chirbes, Benjamín Prado, Isaac Rosa, Alberto Méndez, o Antonio Muñoz Molina, presentan, a mi juicio, una escritura más reivindicativa que intenta escaparse a las modas editoriales, desplegando una reflexión crítica y combativa acerca de la dictadura y de la transición. Por esta razón, y por haber incidido con más profundidad en la perspectiva político-represiva, tales novelas, a las cuales había denominado “cartografía literaria de ruptura” (siguiendo la definición propuesta por el crítico José-Carlos Mainer), fueron el foco principal de mi primer capítulo.

En este segundo capítulo, sin embargo, las obras literarias exploradas pertenecen a distintos momentos históricos: tanto al período democrático como a la dictadura. En términos generales, después de haber explorado el régimen dictatorial franquista en su función puramente coercitiva y destructiva (y dejando para más adelante las posibles y diversas manifestaciones de resistencia),⁶² el presente capítulo se propone examinar la configuración de la sociedad franquista como resultado de las tecnologías biopolíticas “positivas” y “productivas” implementadas por el nuevo Estado franquista. Así pues, de

⁶¹ De acuerdo a Guy Debord propuse que, en estos casos, parece haberse producido una espectacularización de la memoria, la cual deviene mercancía para la industria del ocio a través de la elaboración de historias nostálgicas, heroicas, sensacionalistas, fácilmente consumibles por el gran público. Véanse las páginas 14-15 en el capítulo uno.

⁶² De esta forma, en este capítulo me centraré en las subjetividades y en el cuerpo social en cuanto que reflejo y producto de las estructuras de poder y de los aparatos biopolíticos franquistas. No obstante, pese a la omnipresencia de tales estructuras y aparatos, hubo espacio, por supuesto, para articular muy diversas expresiones de resistencia y de oposición a la dictadura (tales como experiencias vitales autónomas, formas de militancia antifranquista clandestina, movimientos culturales y artísticos, etcétera), las cuales serán analizadas, más adelante, en el tercer capítulo.

la mano de pensadores como Foucault, Agamben, Althusser, Gramsci, o Deleuze, entre otros, articularé una reflexión acerca del cuerpo social-nacional proyectado y realizado por el nuevo régimen dictatorial, atendiendo a la puesta en funcionamiento de las diversas tecnologías disciplinarias y del biopoder –componentes del dispositivo biopolítico según Foucault –y posteriormente, en el marco desarrollista y tecnócrata de las últimas décadas, de los procedimientos propios de las sociedades del control (según Deleuze) o bien de la seguridad (según Foucault).⁶³ Y con este objetivo, estudiar la praxis biopolítica del régimen, y en general reflexionar sobre la vida durante este período histórico, me detendré en tres obras de ficción que en este sentido considero significativas: una crónica autobiográfica del servicio militar publicada en la época democrática por Antonio Muñoz Molina, Ardor guerrero (1995); una novela experimental publicada en la península aún durante el franquismo, Cinco horas con Mario de Miguel Delibes (1971); y, finalmente, una novela-diario sobre un viaje por la España tardofranquista aparecida en el exilio, La gallina ciega. Diario español de Max Aub (1971). Para empezar, dado que aún no me he referido a la narrativa escrita durante la dictadura, a continuación quisiera situar estas dos últimas, escritas aún durante ese tiempo histórico, dentro de las coordenadas histórico-literarias en que se contextualizan.

Como se sabe, una vez terminada la guerra se produjo una profunda cesura en la cultura literaria en cuanto que una buena parte de los escritores españoles tuvo que expatriarse (mientras que otros muchos fueron asesinados o silenciados bajo el yugo del

⁶³ Foucault y Deleuze proponen estas dos maneras similares y complementarias a la hora de entender y explicar la transición de las sociedades disciplinarias a las sociedades contemporáneas del capitalismo neoliberal. Así, Deleuze las denomina sociedades de control (véase Deleuze, "Postscript on control societies."), mientras que Foucault, en el marco del concepto de "gubernamentalidad," se refiere a ellas como sociedades de seguridad. Véanse las clases del 11, 18 y 25 de enero en Michel Foucault, Seguridad, territorio, población (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007).

fascismo). En general, para los autores que salieron masivamente al exilio,⁶⁴ las imágenes de España y de su pasado permanecieron congeladas en los años de la República y de la guerra civil, dos acontecimientos históricos que se convirtieron en los dos temas más recurrentes y obsesivos de casi todos. En este orden de ideas, el desgarrador testimonio acerca de la cotidianeidad e intelectualidad españolas que presenta Max Aub en su diario La gallina ciega, escrito a partir de las notas recogidas en su viaje de regreso en 1969 (y que será después examinado en estas páginas), constituye un documento valiosísimo para interpretar los cambios producidos en la península tras treinta años de fascismo, de la España prefranquista abandonada en el ocaso de la guerra al país que, a finales de los años sesenta, apenas puede ser reconocido. Adicionalmente, Max Aub propone en esta obra un excelente recorrido por el panorama de las letras españolas aparecidas a lo largo del franquismo, incidiendo en la idea de que tanto el éxodo como los efectos negativos de la dictadura (miedo, conformismo, pasividad) causaron una irreversible desertización en la cultura española.⁶⁵

Con todo, pese a la enorme pérdida y pese a la mediocridad criticada por Aub, la novelística como tal siguió su camino y contó con excelentes narradores, convirtiéndose, de hecho, en una de las principales formas de resistencia cultural a la dictadura. Como lo ha indicado David K. Herzberger, durante el franquismo se desarrollaron diversos modos narrativos con los cuales se buscó plasmar una idea de la vida diferente a la ofrecida por

⁶⁴ Entre los narradores de ficción exiliados se encuentran, por citar tan sólo a algunos de los más significativos, Ramón J. Sender, Francisco Ayala, Arturo Barea, Paulino Masip, María Teresa León o el mismo Max Aub.

⁶⁵ Para una reflexión extendida acerca de esta idea de desertización (“erial”) en el mundo de la cultura española durante el franquismo, véase el estudio de Gregorio Morán, El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo

las ortodoxias fascistas⁶⁶ y, en particular, a la expuesta por la narrativa de corte épico-imperial consustancial al discurso hegemónico estatal.⁶⁷ Oponiéndose a la versión oficial, la literatura se constituyó entonces en vehículo de la memoria reprimida y silenciada, e intentó desenmascarar aquello que ocultaban las mitologías triunfalistas: la auténtica experiencia vital de una colectividad que luchaba por sobreponerse a las condiciones de pobreza y de hambre, de humillación y de alienación, de represión y de silencio. Así, en primer lugar, la llamada novela del realismo social, predominante durante las décadas de los cuarenta y de los cincuenta, se caracterizó por su intento de testimoniar el transcurrir cotidiano de los años de la posguerra, esbozando así una realidad diametralmente opuesta a las imágenes y discursos oficiales.⁶⁸ En segundo lugar, durante las décadas de los años sesenta y setenta, la oposición literaria al régimen se canalizó, además de temáticamente, estéticamente. Sobre todo partir de la publicación de Tiempo de silencio (1962), de Luis Martín Santos, se empezó a escribir un nuevo tipo de novela que, sin dejar de referirse a la realidad histórica surgida de la guerra, articularon su comentario político por medio de

⁶⁶ David K. Herzberger ha examinado la intersección entre ficción e historiografía, argumentando que una de las peculiaridades de la literatura fue, precisamente, su cuestionamiento del discurso historiográfico oficial, caracterizado por su afán homogeneizador (una patria, una religión, una lengua) y por su persistencia en la vinculación de la nueva sociedad española a un pasado heroico, imperial, católico: “While historiographers of the Regime seek to squeeze history into a tightly constructed and monologically defined set of narrative strategies, writers of fiction are able to controvert these strategies and assert dissonance through a normative set of principles of their own” Véase David K. Herzberger, Narrating the past: Fiction and historiography in postwar Spain (Durham: Duke University Press, 1995) 2.

⁶⁷ Para un acercamiento a la literatura del régimen, inscrita dentro del discurso historiográfico-político y escrita por autores de ideología falangista y/o nacional-católica, véanse, entre otros estudios, el extenso trabajo de Julio Puértolas, Historia de la literatura fascista española, el volumen dirigido por Albert Mechthild, Vencer no es convencer: Literatura e ideología del fascismo español o, recientemente, el estudio de Luis Negró Acedó, Discurso literario y discurso político del franquismo.

⁶⁸ Entre las novelas más significativas que pueden englobarse dentro de esta tendencia neorrealista pueden citarse, entre otras muchas, las siguientes: Nada (1945), de Carmen Laforet, La colmena (1951) o La Familia de Pascual Duarte (1942), de Camilo José Cela, El Jarama (1955), de Rafael Sánchez Ferlosio, Entre visillos (1957), de Carmen Martín Gaité, Nuevas Amistades (1959), de Juan García Hortelano, Los bravos (1954), de Jesús Fernández Santos, El fulgor y la sangre (1954) o Con el viento solano (1956), de Ignacio Aldecoa, Campos de Níjar (1954) o Duelo en el Paraíso (1955) de Juan Goytisolo, La mina (1959), de Armando López Salinas, etcétera

la radicalización de las formas y del lenguaje.⁶⁹ En general, estas novelas suelen ofrecer una visión fragmentaria de la dictadura, a menudo marcadas por el tono simbólico o por la indistinción entre realidad y ficción.⁷⁰ Y entre las novelas experimentales de esta época, pues, podemos incluir Cinco horas con Mario de Miguel Delibes, una de las obras que serán después analizadas en este capítulo. Sin abandonar la temática social que había caracterizado al realismo, esta novela presenta una innovadora fórmula narrativa, la del monólogo interior, para articular una reflexión sobre la cotidianeidad opresiva impuesta por el franquismo a la sociedad española y, en este caso, a una pequeña ciudad castellana dominada por los postulados del nacional-catolicismo.

A grandes rasgos, las tres narrativas escogidas me permitirán comentar aspectos diferentes de la biopolítica productiva desarrollada por el Estado franquista. En primer lugar, Ardor Guerrero de Muñoz Molina, novela publicada en los años noventa, me llevará a articular un comentario acerca del poder disciplinario implantado por parte de la dictadura. Significativamente ubicada en un cuartel militar durante la transición (lo cual nos lleva a pensar que las estructuras franquistas, incluso las más anacrónicas, se prolongaron más allá de la muerte del dictador), en esta obra accederemos al modelo de la disciplinabilidad –institución militar como representación metonímica de la tecnología disciplinaria franquista –que fue hegemónico durante las primeras etapas de la dictadura y que siguió existiendo hasta el final. La segunda novela analizada, Cinco horas con

⁶⁹ Según sugiere Antonio López Gómez-Quiñones, estas novelas se posicionan no sólo en contra del franquismo sino, al mismo tiempo, frente al nuevo contexto capitalista y consumista de la década de los sesenta, puesto que “en su misma concepción del lenguaje y del hecho estético, suponen un comentario crítico y negativo al *desarrollismo*” (Antonio López Gómez-Quiñones, “La península ingrátida: Sobre la novela española contemporánea,” Anales de la Literatura Española Contemporánea vol. 32.1 (2007): 62.

⁷⁰ Novelas emblemáticas que se pueden integrar en esta tendencia, entre otras, son, por ejemplo, Tiempo de silencio (1962), de Luis Martín Santos; Si te dicen que caí (1973), de Juan Marsé; Señas de identidad (1966), Reivindicación del conde don Julián (1970) y Juan sin Tierra (1975), de Juan Goytisolo; Volverás a Región (1967), de Juan Benet; o Cinco horas con Mario (1971), de Miguel Delibes.

Mario de Miguel Delibes, una de las novelas vanguardistas escritas en la década de los años sesenta (como acabo de señalar), nos introduce en el mundo interior de una mujer adepta a la ideología nacional-católica quien, precisamente por haber sido socializada y biopolitizada en sus postulados, acaba siendo, a un mismo tiempo, víctima e imagen de los mismos. En este sentido, tendremos en esta novela un ejemplo de cómo el biopoder nacional-católico penetra las subjetividades (Carmen) y, por ende, el subconsciente colectivo español. Finalmente, en el diario-novela de Max Aub, La gallina ciega, encontraremos una demoledora crítica de la sociedad franquista bajo el nuevo contexto tecnócrata-desarrollista de los años sesenta. En esta crónica de la vida urbana durante los años sesenta ya no dominan las disciplinas ni los sustratos nacional-católicos/fascistas, sino, antes bien, la lógica espectacular y consumista de las sociedades neoliberales postmodernas.

En definitiva, son tres novelas a partir de las cuales se pueden distinguir, a mi entender, tres tiempos biopolíticos en los procesos de subjetivación y de la producción social del franquismo. Tres tiempos que, de algún modo, coinciden con la secuencia propuesta por el teórico italiano Maurizio Lazzarato en relación a la evolución histórica de la tecnología biopolítica, a saber: disciplinas, biopoder y noopolítica.⁷¹ Es decir, un primer modelo disciplinario aplicado sobre cuerpos y mentes individuales, luego un biopoder dirigido al ser-colectivo de la nación por medio de los aparatos ideológicos y,

⁷¹ En Lazzarato, la noopolítica como concepto viene a ser una reconceptualización de la “sociedad del control” en Deleuze: un poder que se ejerce modulando la memoria de la población (entendida como “población-público”) a través de un aparato mediático-espectacular. Teniendo esto en cuenta, la secuencia que propone Lazzarato se resume de la siguiente manera: “Existe entonces un moldeado de los cuerpos, asegurado por las disciplinas (prisiones, escuela, fábrica, etcétera), la gestión de la vida organizada por el biopoder [...], y la modulación del memoria y de sus potencias virtuales regulada por la noopolítica (redes hertzianas, audiovisuales, telemáticas y constitución de la opinión pública, de la percepción y de la inteligencia colectivas). Sociológicamente, tendríamos esta secuencia: la clase obrera (como una de las modalidades del encierro), la población, los públicos” (Lazzarato, Por una política menor. Acontecimiento y política en las sociedades de control 93.

finalmente, un poder noo-político (muy similar al “poder del control” en Deleuze) que consiste en una modulación indirecta de las subjetividades a través del mercado y de los dispositivos mediático-espectaculares (83-98). Consecuentemente, antes de adentrarme en las novelas seleccionadas, comenzaré con un comentario teórico-histórico acerca del poder biopolítico ejercido durante la dictadura española, atendiendo a sus diferentes estrategias, a los diferentes discursos y operadores utilizados, y a su aplicabilidad a lo largo de sus diferentes contextos históricos. En primer lugar, me referiré al franquismo como sistema biopolítico productivo y a sus subyacentes tendencias ideológicas.

La formación de una “nueva” comunidad nacional: tendencias ideológicas en la producción biopolítica durante el franquismo

Según el planteamiento biopolítico sostenido por Agamben, “la producción de un cuerpo biopolítico es la aportación original del poder soberano” (Homo Sacer : el poder soberano y la nuda vida I 16) y, en general, tal producción biopolítica es realizada a partir de una decisión (tomada bajo la lógica de la excepción) que implica a la vida humana: “soberano es aquél que decide sobre el valor o disvalor de la vida en tanto que tal” (Homo Sacer : el poder soberano y la nuda vida I 180). De esta manera, el poder soberano (cuya manifestación típica es el Estado), separa a los individuos entre quienes deben ser incluidos (politizados) y quienes, en cambio, permanecen como vida desnuda, expulsados de la *polis* y abandonados (sin protección jurídica) a la violencia. Así, por lo general, el poder soberano excluye, por un lado, a las categorías de individuos que no responden a unos determinados criterios de normalidad (apartando a los segmentos de

marginalidad considerados “incapaces” de actuar como ciudadanos); y, por otro lado, incluye y “hace vivir” a aquellos seres que, en efecto, poseen los atributos necesarios para ser vida politizable (psiquiátricos, raciales, sexuales, económicos, etc), siendo así fijados a los dispositivos reguladores y convertidos en sujetos de la comunidad nacional.⁷² En resumen, el poder biopolítico se implementa sobre un determinado cuerpo social dentro de un orden soberano, pero, según vemos, no se aplica sobre todos sus miembros del mismo modo, sino de forma muy diferente según cada cual se ajuste o no a las cualidades exigidas.

Aplicado este esquema general a un régimen como el sistema dictatorial español, diremos entonces que su especificidad negativa (al igual que ocurrió en otros regímenes fascistas) radicó en que esa vida no considerada politizable, usualmente constituida por determinadas minorías marginales (criminales, degenerados, desviados), se hizo co-extensiva a todo el conjunto de los vencidos republicanos en la contienda civil. Así, dichos vencidos, patologizados por las “eminencias” científicas del franquismo conforme al discurso racial dominante, fueron inexorablemente convertidos en vida desnuda sin ningún valor, sometidos a las políticas de represión y muerte, y excluidos por tanto del proyecto nacional franquista.⁷³ En consonancia con esta idea, ya vimos en el capítulo

⁷² En un estadio intermedio quedan aquellos sujetos que, excluidos de la sociedad, están, sin embargo, incluidos/incorporados al ser internados y encerrados en las instituciones correccionales (orfanatos o centros penitenciarios, por ejemplo). Para Agamben, estos sujetos se pueden “inscribir en la estela abierta por los trabajos de Foucault,” mientras que son los deportados al campo de concentración, “espacio absoluto de excepción,” los que no están regidos por ningún tipo de tecnología biopolítica de normalización. Véase Agamben, *Homo sacer : El poder soberano y la nuda vida* i 33. No obstante, como ya se vio y se verá después, la cárcel franquista puede ser analizada como campo de concentración propiamente dicho.

⁷³ Siguiendo a Foucault, ya vimos cómo el racismo y el discurso eugenésico se había erigido en el principal instrumento que posibilitaba la función homicida de los Estados modernos y cómo, en el caso de los fascismos, dicho racismo había sido llevado al límite para expulsar a grupos enteros de población (los vencidos republicanos en el caso del Nuevo Estado de Franco). Véanse las páginas 35-41 en el capítulo uno para una explicación al respecto. Dicho esto, y después de haberme centrado ante todo en el aspecto más mortífero de la represión, me parece que hay que añadir aquí que, por supuesto, las formas de control

anterior, en razón de la noción de “producción negativa de la vida” de Roberto Espósito, la reversibilidad existente entre la política de la muerte (tanatopolítica) y la política de la vida (biopolítica) –una productividad inherente a la negatividad⁷⁴ –en el sentido de que la eliminación de una parte de la colectividad (los vencidos) había sido entendida por las autoridades franquistas como uno de los modos de proteger y potenciar a la otra parte (los vencedores).⁷⁵ Ahora bien, recordado esto, en lo que sigue propondré que la dictadura de Franco asimismo desarrolló una biopolítica propiamente integradora y “afirmativa” que, de forma simultánea al poder excluyente, buscó desde el principio producir consenso e incorporar a sus estructuras al mayor número posible de personas (añadiendo incluso a una parte –la considerada redimible y recuperable -del bando republicano derrotado). Es decir, el Estado fascista español se constituyó no sólo como sistema político excluyente-represivo, sino, al mismo tiempo, como Estado integrador que buscó formar y mantener una nueva comunidad nacional mediante el uso de una serie de procedimientos de poder (disciplinas, biopoder, control/seguridad), configurados con arreglo a sus postulados epistemológico-ideológicos. De este modo, frente a la ya analizada dimensión represiva-

“negativas” no se desarrollaron exclusivamente como castigo físico y muerte. De ahí que su interpretación pueda, y deba, abrirse a sus múltiples manifestaciones y variaciones, es decir, entenderse en un sentido semántico amplio. De este modo, no sólo fueron mecanismos negativos de control los consejos de guerra, los pelotones de fusilamiento o las sacas nocturnas en las cárceles, sino también, entre tantos otros, los aparatos de censura que se extendieron a todas las facetas de la vida cotidiana, la extrema miseria y las enfermedades causadas por el modelo económico autárquico, las humillaciones públicas como los rapados al cero o las ingestas de aceite, las confiscaciones de bienes, o las depuraciones laborales. En consecuencia, el asesinato tan sólo fue una de las múltiples caras (sin duda la más trágica) que habría adoptado la práctica represiva del franquismo.

⁷⁴ Para un desarrollo de esta hipótesis, véase Espósito, *Bíos: Biopolítica y filosofía* 73-77. Bios

⁷⁵ A esto habría que añadir que uno de los grandes efectos que la acción represiva causaba en la población –miedo inhibitorio de la oposición política –también contenía implícita una dimensión productiva. Es decir, el sentimiento de miedo surgido ante una posible represalia se convertía en un mecanismo constructivo para la dictadura en cuanto que neutralizaba la difusión de otras ideologías políticas, facilitando así el camino para imponer la suya propia. Así pues, la dimensión constructiva implícita en la represión puede entenderse de dos formas diferentes en el sistema dictatorial español: función palingenésica y producción de un estado de pasividad. De un lado, la política de exterminio franquista como condición previa en la formación del cuerpo biopolítico nacional (supresión del adversario político como una primera y necesaria fase en la edificación de la “nueva España” fascista y católica); de otro, la represión como instrumento ejemplarizante y disuasorio (de manifestaciones de disidencia) enormemente fructífero para la dictadura franquista.

tanatopolítica, ahora me voy a detener en lo que podemos considerar la otra variable de la ecuación: la vertiente “productiva” y “afirmativa” de la biopolítica (la política orientada hacia la productividad de la vida) puesta en marcha por el bando vencedor. Porque incluso para una dictadura tan cruel y violenta como la franquista, implantada por medio de una guerra y consolidada a sangre y fuego, era indispensable desarrollar esta otra dimensión más “constructiva” y “amable,” particularmente en el contexto de un país en el que las masas habían estado presentes en la vida pública desde hacía tiempo, sobre todo a raíz de la transformación social ocurrida durante el período republicano.⁷⁶

Así pues, puede decirse que la dictadura franquista no habría podido implantarse de modo eficaz si sólo hubiera eliminado a la disidencia política y se hubiera establecido sobre una colectividad amedrentada por el miedo, ya que, a su vez, necesitaba que una buena parte de esa población se identificara con su ideología, que compartiera sus valores y que fuera, en última instancia, un producto derivado de sí misma. Como veremos, si el franquismo logró perpetuarse durante casi cuatro décadas no fue exclusivamente merced a las formas de control negativas, sino, en rigor, a la equilibrada imbricación de los dos modos biopolíticos de poder –destrutivo y productivo –adaptados a las diferentes coyunturas históricas.⁷⁷

⁷⁶ A propósito de la incorporación de las masas a la esfera de lo público, véase La rebelión de las masas de José Ortega y Gasset. En este libro se pone de manifiesto, desde una perspectiva elitista-reaccionaria, cómo las masas (los “hombres-masa”) habían ido accediendo a la vida pública y social desde principios del siglo XX.

⁷⁷ Existe en la actualidad una aceptación generalizada de que el régimen dictatorial español no sólo se sostuvo sobre la fuerza, la cual se puede apreciar en la reciente abundancia de estudios historiográficos que, más allá del fenómeno represivo, han abordado los aspectos más “positivos” o “productivos” de la dictadura. Sin embargo, hasta épocas recientes, ha habido una relativa ausencia de atención a los aspectos no represivos del régimen que, según sugiere la historiadora Ángela Cenarro, se debía, sobre todo, a la urgencia por destapar la brutalidad represiva de los vencedores y por recuperar a las víctimas: “Con tanta sangre de por medio, no parecía que tuviera demasiado sentido hablar de una faceta “amable” de la dictadura. Había una deuda con las víctimas que era preciso saldar y que hoy, si bien resta mucho camino por recorrer, parece haber encontrado su cauce adecuado. Se impone por lo tanto la necesidad de conocer

De modo que el franquismo no debe interpretarse únicamente como una forma represiva de gobierno, sino, además, como un sistema productivo que desde sus inicios buscó la ampliación (y reproducción) de sus bases ideológicas, así como la fabricación de su propio sistema social y de sus propias formas de vida. Para sustentar teóricamente esta hipótesis, antes de referirme a la organización de tales políticas productivas en el marco del franquismo, me ayudaré de las perspectivas que han asumido varios pensadores al respecto –y que a mi entender son perfectamente aplicables al Estado dictatorial español: la noción de hegemonía en Gramsci, los aparatos ideológicos estatales en Althusser, y la analítica del poder en Foucault.

En primer lugar, Gramsci sugiere que la clase gobernante hegemónica, además de ejercer la coerción y la represión, necesita producir un cierto grado de consenso entre la clase subordinada: “la supremacía de un grupo social se manifiesta de dos modos, como «dominio» y como «dirección intelectual y moral» (486). Según este axioma, el grupo dominante ejerce su hegemonía no sólo por medio de la represión (dominio), sino porque además consigue dirigir la conciencia de los individuos, haciendo que su visión general del mundo sea aceptada por la clase dominada (dirección intelectual). Así, mientras el dominio o poder represivo es desempeñado por los organismos coercitivos/represivos del Estado (ejército, tribunales, policía), el consenso social, según Gramsci, se obtiene por medio de una serie de instituciones que “suelen considerarse privadas, como la iglesia, los sindicatos, las escuelas, etcétera (272).

En una perspectiva muy similar, Louis Althusser sugiere en “Ideology and Ideological State Apparatuses” que el Estado “contains two bodies: the body of

otros aspectos del régimen de Franco.” Véase Ángela Cenarro, La sonrisa de falange. Auxilio social en la guerra civil y en la posguerra (Barcelona: Crítica, 2006) 11.

institutions which represent the Repressive State Apparatus on the one hand, and the body of institutions which represent the body of Ideological State Apparatus on the other” (140). Desde su punto de vista, como para el italiano Gramsci, la consolidación y perdurabilidad del Estado exige, más allá de la acción represiva, un proceso de formación pedagógico-ideológica que, en efecto, produzca sujetos adeptos (o sumisos) a las reglas del orden establecido. Y así, hay una serie de instituciones, ligadas al entramado estatal, y calificadas por Althusser como aparatos ideológicos del Estado, cuya función es asegurar la transmisión y la reproducción de la ideología dominante. Tales aparatos ideológicos del Estado, en general, son análogos a las instituciones de hegemonía gramscianas: escuelas, iglesias, medios de comunicación, organizaciones culturales, etc.

Finalmente, podemos integrar estas teorías anteriores dentro del horizonte de la biopolítica a través de la mecánica del poder propuesta por Foucault.⁷⁸ A saber: el poder, para este pensador, no debe ser entendido únicamente como ejercicio soberano de represión y muerte, sino, además, como potencia dirigida a promocionar y administrar la vida (La voluntad de saber. Historia de la sexualidad I. 180-82). Así, más allá de la concepción del poder como fuerza que sanciona aquello que le perjudica, hay otro poder (biopolítico) que, surgido a finales del siglo XVIII, se ocupa de fabricar lo que en verdad le conviene. Vertebrado en dos polos de desarrollo –disciplinas y biopoder – esta otra modalidad de poder busca, entre otras cuestiones, dirigir las conciencias de los individuos y regular sus costumbres y sus prácticas sociales. Por tanto, en este esquema (que será el que va a estructurar parte de este trabajo), hay, de una parte, un poder disciplinar aplicado

⁷⁸Principalmente, Foucault desarrolla su teoría del poder en las siguientes obras: Vigilar y Castigar: Nacimiento de la prisión, Historia de la sexualidad. La voluntad de saber, Estrategias de poder o Las palabras y las cosas. Asimismo, puede encontrarse en los varios de los cursos dictados en el College de France: Los anormales, Seguridad, territorio, población, Hay que defender la sociedad o Nacimiento de la biopolítica.

a los cuerpos y mentes individuales para fabricar sujetos dóciles que se ajusten a las normas establecidas; y, de otra parte, un biopoder entendido como estrategia de dirección de la conducta colectiva de una población (Hay que defender la sociedad 205-25).⁷⁹

Desde perspectivas complementarias, estos tres pensadores (Gramsci, Althusser, Foucault) coinciden, pues, en señalar la coexistencia de dos vectores contrapuestos en el ejercicio del poder: uno negativo (represivo) y otro “positivo” (productivo). Dos modelos hermenéuticos que, pese a haber sido esencialmente pensados en referencia a los sistemas capitalistas liberales por los tres autores expuestos, en verdad han estado ambos presentes en cualquier sistema de gobierno. Consiguientemente, y dejando para más adelante la interpretación de las particularidades que el poder biopolítico afirmativo presenta en el contexto de la dictadura franquista, adelantaré aquí que fue ampliamente utilizado y que, en líneas generales, su rasgo diferencial fue su sustrato ideológico (variable según cada fase histórica) y su grado (intensidad y fuerte intervención estatal). De este modo, si ahora tomamos a examen algunas declaraciones formuladas por los máximos dirigentes franquistas en los años que siguieron a la guerra civil, se observará que, efectivamente, fueron plenamente conscientes desde el principio de la doble vertiente del poder. Así, en una alocución pronunciada en Sevilla en 1940, Ramón Serrano Suñer, una de las cabezas distinguidas del primer gobierno formado por Franco, proclamaba lo siguiente:

Y el Partido Nacional, que tiene esta misión, no puede ser un partido de clase, es un partido de todas clases; es al menos una selección de los mejores en la fe común de la Patria, que tiene incluso la tarea ambiciosa, pero necesaria de absorber, de ganar a la gran masa de la zona roja que no se pueda destruir. (Citado en (C. Molinero La captación de las masas: Política social y propaganda en el régimen franquista 24))

⁷⁹ En líneas generales, la productividad biopolítica en Foucault puede entenderse de dos maneras diferentes: por un lado, la productividad económica derivada del incremento y optimización de la actividad del sujeto y, por otro, la productividad en el sentido de dirigir las conciencias de los individuos. En general, aunque son complementarias, mi análisis estará más en concordancia con esta segunda versión.

Igualmente, en 1942, el mismo Franco se dirigía en un teatro de Barcelona a una congregación del Frente de Juventudes a partir de la misma dialéctica entre represión y producción:

Yo sé que no podemos pedir que los árboles corpulentos, que crecieron anárquicos y deformes, se enderecen. Sería pedir un imposible. Podaremos las ramas malas, destruiremos los inservibles; pero a su lado sembraremos nuestros plantones, que son la fuerza de nuestra juventud; apretémosles, unámosles como se juntan los árboles para formar el bosque, y veréis qué pronto sus troncos tiran hacia los cielos, y sus ramas acabarán cubriendo a las antiguas, ya que no habrá más frutos que los dorados de nuestra plantación. (Citado en (C. Molinero La captación de las masas: Política social y propaganda en el régimen franquista 68))

En los dos discursos se evidencia la clara intencionalidad por parte del Estado franquista de constituir una nueva comunidad nacional a partir de la “selección” de los mejores y de la eliminación del adversario político, pero también, inversamente, de generar la máxima aceptación posible y de incorporar a su proyecto político a los vencidos “enderezables.” Dicho de otro modo: se observa la intención de poner en marcha una biopolítica “reintegradora” y “afirmativa” con la cual, una vez destruidos los “árboles” sobrantes, comenzar a corregir y sembrar a los considerados “aptos”. En primer lugar, el discurso de Serrano Suñer muestra que los vencedores intuían que no podían excluir de forma sistemática y duradera (al menos teóricamente) a varios millones de derrotados en la contienda, y así, dada la peculiaridad estructural de la sociedad española, fracturada en dos mitades a causa del conflicto, parecen verse en la necesidad de incorporar, en la medida de lo posible, a esa “gran masa roja que no se pueda destruir”. En segundo lugar, el discurso de Franco evidencia que la producción de un cuerpo biopolítico –mediante la incorporación de esos componentes no catalogados como

“inservibles” –se presentaba como una de las prioridades en la agenda del nuevo Estado constituido. Podar, destruir, sembrar: el propio Franco, según se observa, era consciente de que la estabilización de su sistema político no pasaba solamente por la purga de las malas “plantas,” sino, además, por la plantación de otras nuevas y por la regeneración de las consideradas “servibles”. Por consiguiente, pese al carácter esencialmente represivo del nuevo orden político, se puede comprobar que, a su vez, había una voluntad de desarrollar una política orientada hacia la vida cuya funcionalidad era lograr esos objetivos a los que apuntan Serrano Suñer y Franco. En sintonía con las reflexiones anteriormente comentadas (Gramsci, Althusser, Foucault), ahora trataré de identificar la trayectoria de la biopolítica franquista: sus fases históricas, su aplicabilidad, y su sistema dirigido a conseguir el consenso, la hegemonía, la dirección intelectual.

Para empezar, habida cuenta la larga duración del régimen, habrá que determinar críticamente las diversas etapas históricas en lo que concierne a la vertiente productiva del poder. Aunque en el primer capítulo propuse una periodización binaria de acuerdo al modelo biopolítico dominante (una fase inicial en la que predominaba la tanatopolítica y una segunda fase en la que el modelo afirmativo parecía convertirse en hegemónico), en este capítulo, sin embargo, la fragmentación histórica estará reglada por las tendencias ideológicas subyacentes a la práctica biopolítica. A modo de simplificar, distinguiré tres momentos históricos: una primera etapa totalitaria-fascista, hasta finales de la Segunda Guerra Mundial, dominada hegemónicamente por la doctrina nacional-sindicalista y por el nacional-catolicismo; una extensa segunda etapa, que cubriría hasta el inicio de la década de los años sesenta, de fuerte implantación de la ideología católico-reaccionaria integrista; y finalmente una última fase, la década de los sesenta y de los setenta hasta la

muerte del dictador, regida por el componente tecnócrata-desarrollista del Opus Dei, en la cual la línea ideológica dominante comienza poco a poco a configurarse hacia el modelo secular y neoliberal de las sociedades capitalistas contemporáneas. Naturalmente, esta subdivisión temporal no deja de ser una reducción (de utilidad para mi reflexión) de un proceso mucho más complejo, ya que las cosas no fueron tan simples y, en realidad, estas corrientes estuvieron superpuestas unas a otras a lo largo de toda la dictadura. Así, de hecho, todo el período franquista puede ser calificado como totalitario en la medida en que nunca abandonó sus orígenes fascistas y siempre mantuvo su vocación de totalidad. Igualmente, se puede decir que la dictadura siempre estuvo dirigida por la moral del catolicismo intransigente, desde sus cimientos hasta el final, a pesar de la flexibilización y secularización relativa de los últimos años.⁸⁰ Y por último, de igual modo, el concepto tecnocrático de la vida que se constituye como dominante en los últimos años tampoco era del todo nuevo, puesto que ya en las épocas anteriores se habían utilizado los mecanismos propios de las culturas de masas y del espectáculo. Sin embargo, distingo estas tres etapas (según la ideología implantada como hegemónica de cada momento) para esbozar a partir de ellas una breve reconstrucción histórico-política en relación a la producción de las subjetividades y a lo que aquí he denominado biopolítica “positiva” del franquismo. Parto de la idea básica, como explica Michael Hardt en su ensayo “La sociedad mundial de control,” de que la subjetividad no es fija ni está dispuesta de antemano, sino que, al contrario, es creada y modulada por la “fábrica social” mediante

⁸⁰ A este propósito, véase la explicación que proporcionan Nicolás Sartorius y Javier Alfaya en La memoria insumisa. Para estos autores, el régimen de Franco mantiene hasta el final su vocación fascista y totalitaria en cuanto que no sólo se trata de una dictadura que “se conforma con eliminar las libertades,” sino de una que “organiza socialmente la no-libertad de manera absoluta desde el Estado y pretende crear un orden nuevo con vocación de permanencia” (15). Igualmente, se refieren Sartorius y Alfaya al “carácter cuasiteocrático que adoptó desde sus inicios” y que “lo asemeja, en ese aspecto, bastante más a los fundamentalismos islámicos que al «paganismo» que impregnó a los fascismos de los años treinta” (16).

un “proceso de engendramiento constante” (9).⁸¹ Con esto en mente, pues, veamos pues cuáles fueron las lógicas de subjetivación preceptivas de cada etapa del franquismo, así como los diversos esquemas ideológicos que estuvieron detrás de ellas.

En primer lugar, durante los primeros años, la tendencia ideológica de la dictadura fue establecida hegemoníamente por los sectores falangistas y, en menor medida, por la jerarquía eclesiástica (siempre con el ejército, por supuesto, como columna vertebral indiscutible). Con significativas excepciones como el sistema escolar (dominado por la autoridad eclesiástica), la Falange Española se hizo con el control de los principales aparatos ideológicos, entre los cuales estaban la mayor parte de los medios estatales de difusión y propaganda, los organismos de encuadramiento juveniles como el Frente de Juventudes o el SEU (Sindicato Español Universitario), o las estructuras como la Sección Femenina, Auxilio Social y la Organización Sindical. A través de estos dispositivos biopolíticos, pues, se buscó la formación de un individuo nacional activamente politizado hacia el franquismo, cuyas supuestas virtudes eran configuradas según una teoría de base patriótica, eugenésica y religiosa. Así, por ejemplo, de la misma manera que la noción de raza se había utilizado con el objetivo de patologizar y expulsar a los “falsos” españoles, igualmente sirvió para dibujar el modelo de hombre deseado por los sublevados. Por lo tanto, en contraste con los rasgos que la propaganda atribuía a los “rojos” republicanos (demócratas, liberales, separatistas, marxistas, ateos), el “auténtico” ser-español debía ser rigurosamente católico, admirador del legado histórico imperial, fiel a los principios del dieciocho de julio y de la “cruzada,” etcétera. Es decir, el nuevo sujeto normativo

⁸¹ Un proceso que históricamente, según este autor, se montó primero de acuerdo a la lógica disciplinaria las sociedades capitalistas modernas, en el marco de una serie de lugares e instituciones que “deberían considerarse como un archipiélago de fábricas de subjetividad” (9) y que, más tarde, en nuestras sociedades postmodernas del control y del espectáculo, se realiza masivamente en los espacios abiertos y flexibles que las caracterizan.

respondía a un ideal patriótico-épico-religioso que se presentaba como lo opuesto al anatemizado republicano (degenerado, extranjero, impuro, infiel, enfermo, diabólico, etcétera). Según el “psiquiatra” militar Antonio Vallejo Nágera, uno de los principales arquitectos del discurso racial franquista (según vimos en el primer capítulo), se trataba de restablecer una suerte de raza “hispano-romana-gótica” que, despojada de los rasgos contaminantes judíos, moriscos o marxistas, debía “recuperar las características de los españoles del siglo XVII” (citado en González Duro 51). De manera complementaria a esta idea, se ensalzaba el mundo rural –singularmente el castellano –como espacio fundamental donde cristalizaban las esencias del sujeto franquista. Según lo destacan Jordi Gracia y Miguel Ángel Ruiz Carnicer, el ámbito rural se convirtió en el epicentro de los valores que la retórica del franquismo estableció como suyas propias: “sacrificio, abnegación, valores religiosos, modelo familiar patriarcal, ausencia de propósitos emancipadores o colectivistas, frente a una ciudad que representaba la degeneración de esos valores, el cosmopolitismo, la pérdida de la religión, etc” (40-41).⁸²

Durante esta primera fase de hegemonía falangista y nacional-católica se produjo un gran despliegue de medios para buscar la aceptación ciudadana de estos valores y para crear esos sujetos acordes al nuevo régimen o reeducar a los “recuperables”: propaganda

⁸² Una buena muestra de cómo se articuló la subjetividad franquista se puede hallar en la llamada literatura de la “cruzada”, tanto en la producida por escritores falangistas como en la escrita por autores de tintes más tradicionalistas y católicos. En los estudios publicados por Julio Puértolas y, más recientemente, por Luis Negró Acedó, se puede encontrar una buena selección de textos a partir de los cuales se puede analizar la articulación del discurso ideológico y de la subjetividad franquista. En concreto, Negró Acedó considera que la producción literaria franquista se puede dividir a partir de las dos tendencias dominantes: “los grupos que se forman alrededor de la revista Acción Española y del Partido Falange española de las JONS” (Luis Negró Acedo, Discurso literario y discurso político del franquismo (Madrid: Foca Investigación, 2008) 8.) Por un lado, estaban los novelistas ligados a la facción tradicionalista: Concha Espina, Francisco de Cossío, Wenceslao Fernández Flórez, Ricardo León, Agustín de Foxá, etcétera. Y, por otro lado, los autores cercanos o adscritos a la Falange: José María Alfaro, Gonzalo Torrente Ballester, Rafael García Serrano, etcétera. Posteriormente, durante el contexto mundial de la Guerra Fría, los escritores adictos al franquismo usaron, sobre todo, el anticomunismo oficial como la base de sus relatos: Tomás Borrás, Ángel Ruiz Ayúcar, Tomás Salvador, etcétera.

intensiva, campañas de formación ideológica, misas y ceremonias patrióticas, asistencia obligada a las organizaciones del Movimiento, férreo control pedagógico, militarización de la vida pública, adoctrinamiento en los púlpitos de las iglesias, etcétera. Sin embargo, a pesar de ello, tales medios tuvieron escasa capacidad integradora y productora en estos años, produciéndose, en este respecto, un notorio contrasentido: por una parte, siguiendo la estela de los fascismos europeos, y bajo el clima triunfal reinante, el régimen promovía la formación de sujetos altamente politizados y encuadrados o, como lo observa el historiador Antonio Cazorla, “la formación de hombres nuevos, y en particular de obreros nuevos, patrióticos y satisfechos” (133); por otra parte, debido a la supremacía de los métodos represivos y a las paupérrimas condiciones de vida, este modelo chocó con la verdadera realidad cotidiana y no le dio demasiados réditos al régimen. Como lo refleja la historiadora Carme Molinero: “de poco servía un discurso de hermandad nacional-sindicalista si la mayoría comprobaba que no podía comer, que los niños se morían, que los sanatorios se llenaban de tuberculosos” (La captación de las masas: Política social y propaganda en el régimen franquista 213). Asimismo, además de las enfermedades y del hambre, la idea de la comunidad nacional integrada y la aceptación ciudadana de la dictadura estaban en obvio conflicto con la situación de una población que estaba siendo anegada en sangre y lodo, convirtiéndose así, como añade esta historiadora, en “mera quimera el hipotético objetivo de atracción de los «desafectos» hacia los postulados del régimen” (Molinero 190). En definitiva, lo que pone de relieve Carme Molinero, como vemos, es que por debajo del discurso oficial estaba la experiencia del horror y de la miseria y, en consecuencia, sin negar la influencia que los diferentes organismos de producción biopolítica pudieron llegar a tener en ciertos segmentos de la población, se

puede decir que las formas negativas-represivas de control fueron las que marcaron la pauta durante esta primera etapa del franquismo. En este sentido, según indica otra historiadora, Ángela Cenarro, el discurso social-integrador de estos primeros años se constituyó, principalmente, como instrumento de propaganda para “ofrecer una buena imagen” frente a la implacable violencia ejercida por un “régimen esencialmente definido por la exclusión” (16). De esta manera, la retórica inclusiva y la del nuevo sujeto nacional fue, ante todo, una mera operación discursiva y demagógica que nada tenía que ver con la realidad empírica de los españoles. Para quienes habían perdido la guerra, y en general para todos los que luchaban por sobrevivir en la posguerra, no hubo inclusión más allá que la de mantenerse con vida o, si acaso, la de conservar una situación laboral marcada por la explotación. Esa “inclusión” y, por lo demás, la de verse sometidos a los múltiples organismos disciplinarios y adoctrinadores desplegados por el franquismo.

Dicho esto, hay que añadir aquí que la formación de consensos y la creación de nuevos ciudadanos también estaban condicionadas por la desigual receptividad de cada individuo y de cada estrato social. Es evidente que la represión y la desastrosa realidad económica no permitieron que los fundamentos ideológicos fascistas/nacional-católicos tuvieran una penetración significativa en ciertas capas sociales, sobre todo en sujetos y grupos previamente movilizados por los partidos marxistas (o nacionalistas en zonas como Cataluña o País Vasco), pero, por otro lado, las cosas no siempre ocurrieron de igual manera.⁸³ Así, por ejemplo, Miguel Ángel del Arco traza un esquema de la vertebración social/económica del franquismo a partir del cual, en consonancia con otros sistemas fascistas coetáneos, se habrían incorporado al franquismo amplios sectores de

⁸³ Para un comentario acerca de las capas sociales y de las zonas geográficas de la península más reacias y resistentes al régimen franquista, véanse las páginas 58-68 en Jordi y Ruiz Carnicer Gracia, Miguel Ángel, La España de Franco (1939-1975). Cultura y vida cotidiana (Madrid: Síntesis, 2004).

las zonas rurales y de las clases medias: “Socioeconómicamente, las clases sociales de las que el franquismo reclutó sus adeptos y más firmes apoyos fueron muy variadas y heterogéneas: clases altas y medias-altas, en efecto; pero además un denso conglomerado de tonalidades sociales de clases medias y clases medias-bajas rurales” (13-15). Estos segmentos sociales, que a veces habían apoyado el Alzamiento, que se vieron favorecidos por la política autárquica, o que simplemente fueron convencidos por la propaganda, se vinculaban así a las elites dominantes que controlaban el poder. De esta forma, para este historiador, las actitudes de los ciudadanos eran desiguales y variaban “desde la adhesión sin condiciones a una adhesión matizada, pasando por la pasividad o la indiferencia y llegando hasta la desmovilización, el acomodamiento o la inacción” (13). Para lo que aquí nos ocupa (análisis del franquismo como régimen biopolítico), lo relevante de este enfoque es que reivindica la existencia de zonas intermedias y, en consecuencia, impide una interpretación unidireccional de los procesos de inclusión y de exclusión franquistas. Es decir, de esta interpretación se desprende una perspectiva abierta de la idea de la captación social del franquismo que no permite hablar simplemente de un imaginario colectivo en dos partes (vencedores y vencidos), sino que, además, postula la existencia de un significativo grupo poblacional que efectivamente pudo ser convencido por los aparatos ideológicos franquistas: la España intermedia que estaba en medio y que podía ir hacia uno u otro lado.⁸⁴ Así pues, a pesar de que la tecnología afirmativa de producción social y de las subjetividades tuvo poca rentabilidad para el régimen durante los primeros tiempos, por otro lado, vemos que sí consiguió la adhesión de ciertos sectores sociales.

⁸⁴ En muchos casos, hay que decirlo, no hubo tal captación ideológica sino, sencillamente, una suerte de arribismo de individuos que supieron aprovecharse económicamente de la situación. De modo opuesto al señalado, y debido a la realidad imperante (hambre, precariedad, represión, muerte), también muchos de quienes habían tomado partido por los vencedores abandonaron todo entusiasmo una vez pasados los primeros años de triunfalismo.

Resumiendo: toda la población que no fue víctima de los dispositivos tanatopolíticos se vio de alguna manera incluida en los aparatos ideológicos y biopolíticos, pero esa inclusión sólo en algunos casos consiguió su objetivo último de convencer y de popularizar los comportamientos esperados.

Con la derrota de los fascismos en la guerra mundial, los dirigentes franquistas se vieron obligados a renunciar a buena parte de los esquemas fascistas-totalitarios para así tratar de justificarse y legitimarse ante las potencias vencedoras. Así, de la misma forma que los éxitos de la Alemania nazi habían favorecido la fuerte presencia falangista en los aparatos ideológicos del régimen, la victoria de las potencias democráticas provocó una desfascistización de los mismos: toda vez que el contexto mundial cambió de dirección, se puso en marcha una operación centrada en la reducción del elemento falangista y en la intensificación del discurso nacional-catolicista como ideología dominante del Estado. En este sentido, como recuerda Enrique Moradiellos, se realizó una campaña de “cosmética constitucional” para mejorar su imagen, llegando incluso a redefinirse ideológicamente como “democracia orgánica” en 1944 y como “democracia orgánica y católica” en 1946 (104). No cabe duda de que el componente contrarrevolucionario y católico-conservador del franquismo (jerarquía eclesiástica, monárquicos, carlistas y miembros de Acción Española, entre otros) ya había tenido un peso importante durante los años que siguieron a la victoria, pero será ahora cuando se haga particularmente fuerte en las estructuras del poder.⁸⁵ Consiguientemente, en lugar del sujeto altamente movilizado y encuadrado (al estilo fascista), se incentiva un patrón de conducta basado en el dogma del catolicismo: sumisión, resignación, obediencia, conformismo. De este modo, pese a que el proyecto

⁸⁵ Para una reflexión acerca de la coexistencia en el entramado del poder entre el componente totalitario-falangista y tradicionalista-católico, véase Saz, España contra España: Los nacionalismos franquistas.

fascista-totalitario nunca fue abandonado del todo,⁸⁶ el régimen se decanta por un modelo de producción biopolítica (que en este sentido será el que persista hasta el final) tendente hacia despolitización del individuo y hacia la paralización de la conciencia social. Como recuerdan Sartorius y Alfaya:

En los años de madurez y en los finales del franquismo, no se trataba tanto de explicitar un mensaje fascista, que ya no tenía sentido, como de imponer un modelo de comportamiento social de apoliticismo y de sumisión a la dictadura. (336)

En este contexto de mayor penetración ideológica de la derecha conservadora católica, bajo la fórmula de promover la resignación y el desapego hacia lo político, los aparatos biopolíticos consiguieron crear una implantación más sólida de su doctrina. Hay muchas razones (al margen de la coyuntura internacional) que explican el porqué de esta mayor productividad biopolítica. Entre ellas, es preciso señalar, primero, que parece lógico que el apoliticismo y la sumisión, en el marco de una sociedad dominada por la miseria y por la violencia, fuera una fórmula más útil para el Estado franquista que un mensaje fascista hiperpolitizado. En este sentido, por ejemplo, en lugar de la propaganda triunfalista-patriótica de los primeros años (con la guerra como referente privilegiado), se incentivó cada vez más una cultura de evasión cuya misión era encubrir y hacer olvidar la realidad (fútbol, toros, novela rosa, seriales radiofónicos, cine folclórico). Asimismo, cabe pensar que, a pesar de que la doctrina política falangista no había calado demasiado

⁸⁶ La sociedad española iba a seguir siendo sometida a los organismos de encuadramiento falangistas (el Frente de Juventudes, la Sección Femenina, el Sindicato Español Universitario, etcétera) y, como exponen Gracia y Ruiz Carnicer, estos organismos, aunque debilitados, no desaparecieron: “Estos órganos, hechos a imagen y semejanza de los fascismos europeos, vivirán más allá de la derrota de éstos. Tras pasado el umbral de 1945 e independientemente del aumento del peso político de los católicos en el gobierno y de la evolución posterior de mayor apertura e integración en el entorno europeo y occidental, se mantienen en el seno de estos organismos los mismos términos que en 1940, como se podía comprobar en cualquier fuego de campamento de los años cincuenta del Frente de Juventudes” (Gracia, La España de franco (1939-1975). Cultura y vida cotidiana 70.).

hondo entre la población, la labor adoctrinadora llevada a cabo por otros aparatos ideológicos, en particular por un sistema de gran raigambre como el educativo (controlado por la Iglesia), podía realmente estar empezando a dar sus frutos a la hora de manipular las mentes y de inculcar determinados comportamientos. Finalmente, ya entrada la década del cincuenta comenzó a atisbarse una cierta recuperación económica que, debido al hartazgo después de muchos años de atraso y violencia, fue recibida con entusiasmo por una sociedad que anhelaba recuperar la sensación de bienestar y de normalidad.⁸⁷ Es así que el aparato de propaganda y de comunicación, sin renunciar al discurso de los primeros años (Imperio, Cruzada, Alzamiento, Enemigo), comenzó progresivamente a difundir un mensaje diferente, el de la “reconciliación” y de la “unificación,” que era el que precisamente le convenía en ese momento. De este modo, como sugiere el historiador Antonio Cazorla, puede comprenderse que la demagogia construida en torno al famoso mito de la «Paz de Franco» –la imagen de Franco como gobernante paternal que había evitado otro desastre bélico y que había traído el bien común a los hogares españoles –ampliamente superase en capacidad integradora y persuasiva a los organismos falangistas de encuadramiento (224-231). A tenor de estos motivos, se puede entonces afirmar que este período, desde mediados los cuarenta hasta casi la década del sesenta, fue la fase de más estabilidad y productividad social del franquismo. Una fase dominada por un estado generalizado de estancamiento y de

⁸⁷ Claro está, sin embargo, que los grupos sociales más fuertemente identificados con el bando republicano iban a seguir sometidas a la represión y, naturalmente, no pudieron beneficiarse de la incipiente mejora material. En este sentido, por ejemplo, recuerda Antonio Cazorla que los 15.000 prisioneros que aún estaban en las cárceles del régimen no podrían acogerse, ni mucho menos, a esta “recuperación” de la normalidad. Véase Antonio Cazorla, Las políticas de la victoria: La consolidación del nuevo estado franquista, 1938-1953 (Madrid: Marcial Pons, 2000).

consenso que fue, tal y como lo sugieren Gracia Ruiz Carnicer en relación específica a los cincuenta,

el momento dorado del franquismo, la década en donde el consenso social y la estabilidad parecen más claros en torno a Franco y su régimen, un régimen que ha superado las presiones internacionales de la guerra y posguerra mundiales, que tiene una oposición exterior delimitada y una oposición armada interior que a principio de la década acaba finalmente sometida. (202)

Con la llegada al poder de los tecnócratas liderados por Manuel Fraga Iribarne se tomaron una serie de medidas, como la firma del Plan de Estabilización en 1959 con los Estados Unidos, que permitieron al gobierno franquista dejar atrás el período autárquico y confirmar el proceso de crecimiento económico. Así, durante esta nueva coyuntura histórica, España se unió definitivamente al orden capitalista internacional y, por tanto, se produjo un cambio de rumbo en la dictadura franquista que inevitablemente se iba a ver reflejado en la vida y en la sociedad española (llegada del turismo, industrialización, consumismo, emigración económica a otros países europeos, etc). En consecuencia, los mecanismos del poder biopolítico también experimentaron una modernización, siendo reconfigurados hacia los que caracterizan a las sociedades modernas del control y del espectáculo, o como lo indica Teresa Vilarós en “Banalidad y biopolítica,” en relación a este tránsito biopolítico ocurrido en la década del sesenta, hacia los propios del “modelo económico del capital financiero impulsado por Estados Unidos” en el cual “el control del Estado se realiza a través del control de un aparato mediático-tecnológico capaz de producir nuevas formas de vida” (41).

En esta última etapa biopolítica, sin que se anularan las premisas fundacionales (aquellos elementos fascistas y nacional-católicos de las fases anteriores), se aceptaron

los principios del liberalismo contra los que (en parte) se había sublevado inicialmente el régimen, y se estableció el modelo economicista-espectacular como la base ideológica en virtud de la cual se buscaría dirigir las conciencias e incrementar la aceptación ciudadana. De ahí que, a consecuencia del efecto positivo que la mejora del nivel de vida tuvo en los españoles, el franquismo no dudara en apropiárselo⁸⁸ y en usarlo hasta la saciedad como nuevo instrumento propagandístico, presentándose como *el* sistema que había sido capaz de impulsar el desarrollo de sus ciudadanos y el bienestar material.⁸⁹

Al igual que los cincuenta, la década de los sesenta fue una etapa de consenso en torno al régimen en la que, bajo las nuevas ortodoxias desarrollistas, el Estado dictatorial siguió optando por la producción de un sujeto pasivo y apolítico aunque, cada vez más, haciéndolo a través de métodos (ya usados anteriormente, ahora intensificados) como la cultura del entretenimiento y del consumo. Siguiendo a Guy Debord en La sociedad del

⁸⁸ Aún cuando el cambio se produjo más bien por factores externos y no gracias a, sino a pesar del mismo Caudillo y de sus más cercanos seguidores Como indica Enrique Moradiellos, las medidas estabilizadoras y liberadoras fueron aprobadas a pesar de las enormes dificultades políticas, particularmente a pesar de la reticencia del mismo Franco, que cedió porque no tenía otra alternativa una vez fracasado el modelo económico autárquico: “No lo hizo de buen grado sino por forzado pragmatismo: “no está contento; tiene profundas sospechas,” confesaría Carrero a López Rodó.” Véase Enrique Moradiellos, La España de franco (1939-1975). Política y sociedad (Madrid: Editorial Síntesis, 2003) 135. Por otro lado, Carme Molinero, en su artículo “Economía y sociedad durante el franquismo,” argumenta que el desarrollo económico no fue, ni mucho menos, mérito de los tecnócratas franquistas, sino más bien la consecuencia lógica de romper las cadenas de la autarquía y de aprovechar la coyuntura europea del momento: “el crecimiento económico se basó, por un lado, en la demanda productiva interna, que tenía un potencial de expansión extraordinario dado que había estado colapsada durante más de veinte años, y, por otro lado, en las favorables condiciones del contexto internacional,” que hizo posible, por ejemplo, que “millones de personas pudieran viajar a España de vacaciones” (Carme Molinero, “Economía y sociedad durante el franquismo,” Visiones y balances (Alicante: Publicaciones 1999) 287.).

⁸⁹ Hay que señalar que no obstante el beneficio que el régimen obtiene del avance económico, tal avance viene inevitablemente unido a una serie de cambios sociales y culturales (pese a la voluntad del régimen por evitarlos) que llevarán a la dictadura a una situación cada vez más difícil. En este sentido, como indica Enrique Moradiellos, el llamado “milagro económico español” pudo usarse como fuente de legitimidad pero, de forma paralela, generó unas “condiciones sociales y culturales profundamente discordantes con un sistema político cada vez más anacrónico e inadaptado a su propia realidad socioeconómica” (Moradiellos, La España de franco (1939-1975). Política y sociedad 136.). Sin realmente pretenderlo, la dictadura abre la puerta a una forma de vida cada vez más homóloga al de otros países europeos y, consecuentemente, la base estructural nacional-católica/fascista se verá poco a poco desplazada por las nuevas circunstancias del neoliberalismo emergente, si bien se mantuvo invariable en muchas áreas (zonas rurales, cuarteles, escuelas religiosas, etcétera).

espectáculo, se puede decir en este sentido que la sociedad española de los sesenta se espectacularizó a medida que subía el poder adquisitivo y mejoraban las condiciones de vida. Es decir, el espectáculo se conformó progresivamente, bajo sus formas particulares (ocio, radio, televisión, publicidad, consumo), en el principal instrumento usado por el poder para alienar y despolitizar a la conciencia colectiva (como se verá después en el comentario de La gallina ciega). Sin renunciar ni mucho menos a los métodos anteriores –violencia, disciplina o biopoder –se produjo, pues, un giro hacia las formas de control propias de las sociedades contemporáneas (basadas en la interiorización de la dominación dentro de los propios sujetos).

Una vez esbozadas las tres etapas del régimen (según los dispositivos biopolíticos e ideológicos), podemos ahora examinar en detalle las formas específicas de producción de las subjetividades y de las relaciones sociales (disciplina, biopoder, control) que la maquinaria biopolítica franquista puso en práctica.

Formas biopolíticas del franquismo: disciplina, biopoder, control tecnológico⁹⁰

En las primeras páginas del curso Nacimiento de la biopolítica, Foucault se refiere al liberalismo capitalista como el sistema de gobierno más representativo de la biopolítica y, sin embargo, después de analizar extensamente dos de sus versiones contemporáneas (la norteamericana y la alemana), finalmente aclara que esta forma de poder no se limita

⁹⁰ Como ya lo hice en el capítulo I, utilizo el término “biopoder” para referirme a una tecnología de control específica (aquella que se dirige al conjunto de la población en contraposición al poder disciplinario corporal e individual), mientras que el término “biopolítica” es usado como concepto teórico amplio, dentro del cual estarían las disciplinas, el biopoder, las formas de control tecnológico de las sociedades actuales, etcétera.

exclusivamente al liberalismo y que, en realidad, su espectro ha estado presente en todas las formas políticas modernas: “Los problemas específicos de la vida y la población se plantearon dentro de una tecnología de gobierno que, sin haber sido siempre liberal –lejos de ello –, no dejó desde fines del siglo XVIII de ser atravesada por la cuestión del liberalismo” (Nacimiento de la biopolítica 336). En consonancia con esta hipótesis, Michell Dean, en su estudio sobre el concepto de gubernamentalidad, sugiere que, pese a las innegables diferencias entre los sistemas liberales-burgueses y los estrictamente autoritarios, hay una vertebración intrínseca entre ambos en cuanto a que los primeros incorporan elementos soberanos de violencia (lo que denomina “no-liberalidad inmanente al liberalismo”(131)) y los segundos operan igualmente mediante el imperativo biopolítico. De modo que, como sugiere Dean, en el siglo XX ha habido múltiples casos de soberanos absolutos (fascismos, por ejemplo) que, en efecto, han implementado las prácticas biopolíticas y los procedimientos “positivos” que técnicamente son inherentes al liberalismo. En este sentido, asimismo cabe recordar que el mismo Foucault, en Hay que defender la sociedad, ya planteó que el fascismo-totalitarismo utilizó (además del poder soberano de muerte) los mecanismos disciplinarios y de la regularización, y no sólo los utilizó, sino que, además, los desplegó con una intensidad máxima.⁹¹

En este orden de ideas, se puede decir entonces que la racionalidad biopolítica (disciplinas y biopoder) fue ampliamente usada por el Estado franquista aún cuando su retórica (en su primera etapa al menos) rechazaba frontalmente y de forma belicosa el liberalismo capitalista.⁹² En rigor, el régimen implantó la lógica biopolítica con arreglo a

⁹¹ Para una lectura detallada de la interpretación biopolítica que hace Foucault de los fascismos, véanse las páginas 218-225 en Michel Foucault, Hay que defender la sociedad (Madrid: Akal Ediciones, 2003).

⁹² Al margen de los movimientos de cariz marxista-obrero, liberalismo y capitalismo también fueron señalados durante los primeros años del franquismo como parte de la “enfermedad” que habían atacado al

sus diversas singularidades ideológicas, y de este modo, tanto la perspectiva totalitaria-fascista de Falange como la ultrarreaccionaria y tradicionalista católica se apropiaron de las disciplinas y del biopoder con el objetivo de implementar proyectos sociopolíticos abiertamente no-liberales: restauración de los valores regresivos característicos del Antiguo Régimen en el espectro social (nacional-catolicismo), o creación de un universo nuevo y “revolucionario” al estilo de los fascismos europeos (falangismo). Más tarde, sin embargo, durante la década de los sesenta, ya hemos visto que la dictadura franquista se sumó plenamente al capitalismo neoliberal, con lo cual dejaría de existir esta aparente contradicción.⁹³

cuerpo nacional español y, no en vano, la Segunda República era presentada, como recuerda Carme Molinero, como “la culminación de todos los desastres provocados por el liberalismo” (Carme Molinero, “¿memoria de la represión o memoria del franquismo?,” Memoria de la guerra y del franquismo (Madrid: Taurus, 2006) 242.). En consonancia con esta idea, el régimen encubrió sistemáticamente el siglo XIX (siglo que se identificaba con la decadencia de lo español y con el surgimiento de las ideas ilustradas en España) y reivindicó de forma obsesiva la España imperial de la Reconquista y de los Reyes Católicos.

⁹³ En realidad, como lo han puesto de manifiesto diversos autores, el Estado fascista no dejó de ser una variable del capitalismo que hizo todo lo posible por proteger la propiedad privada de los medios de producción y la acumulación del capital de la clase dominante. Entre ellos, Guy Debord, por ejemplo, escribe en La sociedad del espectáculo: “Fascism was a desperate attempt to defend the bourgeois economy from the dual threat of crisis and proletarian subversion, a *state of siege* in which capitalist society saved itself by giving itself an emergency dose of rationalization in the form of massive state intervention” (Guy Debord, The society of spectacle (New York: Zone books, 1994) tesis 109.). En una línea complementaria, el teórico Nicos Poulantzas plantea que el fascismo es un sistema que “presenta los rasgos propios del tipo capitalista de Estado” y cuya principal diferencia es que funciona como una “forma de Estado de excepción del Estado capitalista”. Así, definido conceptualmente como capitalismo de excepción, el fascismo se caracteriza por un intenso intervencionismo y control gubernamental del Estado que conlleva, según lo expone este teórico, “una recrudescencia del papel de los aparatos ideológicos y una merma de la autonomía relativa de estos aparatos.” Véase Nicos Poulantzas, Fascismo y dictadura. La tercera internacional frente al fascismo (México, D. F: Siglo XXI, 2005) 366-75. Por tanto, para Poulantzas, los aparatos ideológicos (escuelas, órganos de información, medios de comunicación, organizaciones juveniles, iglesias, etcétera), básicos en la reproducción de los sistemas capitalistas, y bajo los cuales se desarrolla la producción biopolítica, están fuertemente centralizados y estatalizados. Dentro del ámbito español, entonces, también se puede decir desde estas perspectivas que el franquismo nunca dejó de ser un sistema capitalista, incluso cuando en sus inicios se caracterizó por su discurso marcadamente anticapitalista y antiliberal. Así lo han visto también diversos estudiosos del régimen: para el historiador Paul Preston, por ejemplo, el Alzamiento puede entenderse como una protección extremista del capital, en el cual la intención de los rebeldes militares era, entre otras, “proteger los intereses de la élite agrario-financiero-industrial” y, más específicamente, “proteger a la oligarquía terrateniente reaccionaria de una reforma en profundidad de las obsoletas estructuras económicas vigentes en España” Véase Paul Preston, “Fascismo y militarismo en el régimen franquista,” Fascismo y franquismo cara a cara (Madrid: Biblioteca Nueva, 2004) 43. De forma parecida, en referencia conjunta a los casos de Italia, Alemania y España, Julián Casanova considera que la “función social del fascismo fue estabilizar y fortalecer las relaciones de propiedad

En los primeros años del franquismo, la sociedad franquista estuvo sometida al desarrollo paroxístico del poder disciplinario (o anatomopolítico) en todas sus formas posibles. Impregnadas de ideología fascista y nacional-católica, pues, las disciplinas se diseminaron por todo el tejido social en los espacios teorizados por el teórico francés (cárcel, escuela, cuartel, orfanato, fábrica), en cuyo interior se llevó a cabo un constante control de cuerpos y mentes con el objetivo de constituir las subjetividades acordes al nuevo régimen.⁹⁴ Así pues, toda la geografía española se llenó de estas instituciones que, adecuadas a la particularidad ideológica y represiva del franquismo, pusieron en marcha, entre otras acciones, la subyugación de la población, la negación de toda alteridad, la imposición del nuevo ideario estatal o la multiplicación de los castigos y la vigilancia. Y entre estas instituciones, el cuartel militar puede proponerse (según lo haré en el análisis de Ardor guerrero) como representación paradigmática de la tecnología disciplinaria, esto es, como un ejemplo de forma concentrada-simbólica que puede extrapolarse a las demás instituciones de encierro.

En primer lugar, la disciplina fue impuesta en aquellas instituciones dirigidas a la población infantil y adolescente, y entre ellas, claro está, la escuela emerge como uno de sus centros indispensables. Como argumenta Louis Althusser en “Aparatos Ideológicos del Estado,” la educación escolar constituye el instrumento más eficaz en la transmisión del saber hegemónico y, ciertamente, así fue entendida por el Estado franquista, como un agente productivo-ideológico de primer orden. En virtud de la vulnerabilidad de los niños y adolescentes (sustancia biopolítica fácilmente moldeable) y del largo tiempo durante el

capitalistas y asegurar el dominio social y económico de la clase capitalista.” Véase Casanova, “Una dictadura de cuarenta años,” 25.

⁹⁴ Para una explicación del poder disciplinario, véase Foucault, Seguridad, territorio, población 20-28.; Michel Foucault, Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión (Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2002) 157-225.; o Foucault, Hay que defender la sociedad 205-27.

cual estaban a su cargo, el nuevo régimen hizo mucho hincapié, desde sus inicios, en que los niños fueran adecuadamente ideologizados y disciplinados. En los centros escolares, por tanto, los estudiantes fueron sometidos a sus preceptos ideológicos, y en particular, a los extremadamente conservadores e intransigentes de la Iglesia Católica (encargada de monopolizar el campo educativo, si bien la Falange a veces controló parte del contenido curricular como la Formación del Espíritu nacional). Así, la enseñanza religiosa estaba caracterizada por los rezos diarios, la inoculación del miedo al pecado y del sentimiento de culpa, la cultura manipulada en el sentido nacional-católico, los ejercicios espirituales, los cantos de los himnos, la ignorancia de otras opiniones, el adoctrinamiento patriótico, la memorización de la propaganda, etcétera. Como indican Jordi Gracia y Miguel Ángel Ruiz Carnicer en este respecto, en las escuelas de Franco se impuso por lo general una pedagogía “basada en el dogmatismo, memorismo, individualismo y siempre bajo una fuerte disciplina en el aula,” con la cual se pretendía conseguir “la fijación de los valores ligados al régimen entre los escolares, buscando la estabilidad y la reproducción del régimen político” (112-3).

Además de las escuelas controladas por la jerarquía eclesiástica, la Falange puso en marcha su propio organismo disciplinario, de asistencia obligatoria, dirigido a la población infantil/adolescente: el Frente de Juventudes, dentro del cual, según indica González Duro en El miedo en la posguerra, los niños y adolescentes de la nueva España “vestían al modo falangista, desfilaban paramilitarmente, cantaban y glorificaban al Caudillo y a José Antonio” (233). Como vemos, en esta institución, especialmente en los tiempos de hegemonía ideológica falangista, los jóvenes españoles eran inexorablemente sometidos a una férrea disciplina militar y, como es lógico, adoctrinados en los preceptos

fascistas-totalitarios del Movimiento. Más adelante, empero, cuando el elemento nacional-sindicalista se fue desvaneciendo, el Frente de Juventudes perdería influencia como agente productivo hasta su desaparición final en la década de los sesenta.

Pero durante los tiempos de la posguerra, en rigor, no sólo los niños/adolescentes fueron disciplinados, sino que toda la población en conjunto fue encerrada en estructuras de encuadramiento que dependían de la Falange, de la Iglesia Católica o del ejército: el SEU (Sindicato Vertical Universitario), la Organización Sindical que operaba en los centros laborales, el servicio militar forzoso para todos los varones, o los talleres de la Sección Femenina o de Acción Católica a los que obligatoriamente asistían las mujeres españolas. Algunas de estas instituciones, como ocurrió con el Frente de Juventudes, también perdieron peso a medida que el régimen se desfascistizaba, mientras que otras, como la Sección Femenina (debido probablemente a la interacción del ideario tradicional católico con el fascismo) o el servicio militar, se mantuvieron vigentes hasta el final (o incluso se prolongaron hacia el período democrático). No en vano, estas dos últimas instituciones tuvieron una especial importancia para el régimen, pues tanto la formación de la mujer en las clases de la Sección Femenina como el aprendizaje masculino en el ejército eran concebidos como dos pasos básicos en la formación del sujeto franquista. Por un lado, la Sección Femenina, tal y como la describen Jordi Gracia y Miguel Ángel Ruiz Carnicer, tenía la misión de “organizar la aceptación del régimen entre las mujeres” y de “imponer una determinadas pautas de vida y de valores” (95). En la cosmovisión de esta institución disciplinaria, a grandes rasgos, se recuperaba el patrón femenino más tradicional, basado en la reclusión al hogar, en la abnegación y sumisión al marido, en la discriminación en la vida social, etc. La siguiente explicación ofrecida por Pilar Primo de

Rivera (dirigente de la Sección Femenina), es sumamente representativa: “Queremos apegarla con nuestras enseñanzas de una manera más directa a la labor diaria, el hijo, a la cocina, al ajuar, a la huerta y darle al mismo tiempo una formación cultural suficiente para que sepa entender al hombre y acompañarlo en todos los problemas de la vida” (citado por González Duro, 220). Por otro lado, dentro de los cuartos militares, en la *mili* (como se verá luego en el análisis de Ardor guerrero), se imponía una instrucción vehementemente hipermasculina y patriótica, dirigida a producir guerreros agresivos y viriles dispuestos a matar por la patria y a someterse a los valores del ejército.

Finalmente, en la cárcel franquista, institución central del poder disciplinario de acuerdo a Foucault, también fue impuesta una estrategia de normalización basada en el castigo, la vigilancia, la jerarquía y la reeducación. Sin embargo, debido a la función esencialmente tanatopolítica que tuvieron las cárceles de Franco (como ya se vio en el comentario del tercer cuento de Alberto Méndez), la cárcel como tal se asemejó más (al menos en la primera etapa) a la estructura de un campo de concentración que a la de una institución penitenciaria. De esta manera, por un lado, la supuesta reeducación patriótico-religiosa a la que los encarcelados debían ser sometidos se hacía harto complicada como consecuencia de la continuada violencia que se ejercía sobre ellos (pues, en realidad, el objetivo no era tanto el disciplinamiento como su final doblegación y/o eliminación). Además, por otro lado, la instrucción en los nuevos valores y la reproducción ideológica era muy limitada en las prisiones a causa del alto nivel de conciencia y militancia política que mantenían muchos presos antiguamente afiliados a los movimientos obreros.⁹⁵

⁹⁵ La cárcel ha sido a menudo pensada como representación metafórica de la posguerra española en tanto que, al menos para los cientos de miles de vencidos republicanos, toda la geografía española se convirtió, al mismo tiempo, en un violento campo de concentración y en un inmenso dispositivo panóptico-carcelario. Antonio Gómez-López Quiñones, por ejemplo, se refiere la cárcel de la siguiente manera: “La prisión

Pero al margen del poder disciplinario (individualizado), hay que añadir que el funcionamiento de todas estas instituciones respondía a una regulación que, centralizada y organizada por el Estado franquista, se dirigía a la multiplicidad de sujetos integrados que formaban la población. Una gestión estatal, por tanto, que tomaba en consideración los fenómenos (culturales, sociales, económicos) que incumbían a la comunidad nacional en su conjunto y que constituía, en definitiva, lo que Foucault denomina biopoder o, más tarde, gubernamentalidad.⁹⁶ Así pues, además del poder aplicado al individuo en el marco de un espacio cerrado, tenemos aquí la acción directa de la superestructura franquista.⁹⁷ Es decir, no sólo se trataba de conseguir que el sujeto interiorizara la norma mediante la disciplina, sino de establecer una regulación general sobre los procesos y los fenómenos colectivos.

Sin embargo, en realidad estos dos poderes no pueden separarse, pues como el mismo Foucault ha señalado en varias ocasiones, los mecanismos disciplinarios y del biopoder están ligados entre sí, articulados unos sobre otros y, por otro lado, teniendo en cuenta que en el caso del Estado franquista (como en cualquier sistema fascista) se produce una acusada política intervencionista y nacionalizadora, la separación entre ambos, si cabe, se difumina aún más. Consiguientemente, en el marco de un Estado dictatorial fuertemente centralizado que buscaba intervenir en todos los resquicios de la

funciona como una versión reducida y metonímica de la nación en posguerra” (Gómez López-Quiñones, La guerra persistente: Memoria, violencia y utopía : Representaciones contemporáneas de la guerra civil española). Asimismo, es indicativo el título (referido a la España de la posguerra) del estudio acerca del universo carcelario franquista de Carme Molinero, Una inmensa prisión: Los campos de concentración y las prisiones durante la guerra civil y el franquismo (Barcelona: Crítica, 2003).

⁹⁶ Para una descripción de la noción del biopoder, véase, por ejemplo, Foucault, Hay que defender la sociedad 208-14, o Foucault, Seguridad, territorio, población 15-107.

⁹⁷ La noción de biopoder/gubernamentalidad introduce, en el análisis de Foucault, una conexión entre el nivel micropolítico (instituciones disciplinarias) y el nivel macropolítico (Estado o gobierno). Como Michel Senellart argumenta en el comentario que añade al curso Seguridad, territorio, población de Foucault, la problemática de la gubernamentalidad “señala la entrada de la cuestión del Estado al campo del análisis de los micropoderes” Ver Michel Senellart, "Situación de los cursos," Seguridad, territorio, población (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006) 438.

vida, la línea fronteriza entre los poderes locales y la regularización estatal desaparece en buena medida y así, tanto las estrategias disciplinarias como las técnicas administrativas del biopoder (control de la natalidad y de la salud pública, regulación general de hábitos y costumbres, gestión de la vida colectiva, racionamiento de la alimentación) pueden entenderse ambas como formas de control biopolítico estatalizadas y diseñadas desde las instancias gubernamentales.⁹⁸ Pongamos aquí un ejemplo: en el marco cerrado de una institución disciplinaria como la Sección Femenina (dirigida, en todo caso, por uno de los pilares del Estado), se plasmaba y materializaba el discurso eugenésico y religioso del franquismo acerca de la sexualidad, la natalidad, los roles sociales, etc.

Finalmente, con el desplazamiento del franquismo hacia el nuevo paradigma de poder neoliberal supranacional en la década de los sesenta, se hizo cada vez más general la forma de control basada en los mecanismos tecnológicos del espectáculo (televisión, publicidad, teléfono, radio). Así pues, con evidente retraso respecto a los países europeos del entorno, cuyo viraje masivo hacia esta tecnología de poder había tenido lugar después de la Segunda Guerra Mundial, en la España franquista fue ahora cuando se convirtió en hegemónica la modalidad de poder que se aplica sobre las mentes, de manera indirecta y a distancia, buscando un estado de alienación y un modo del control autónomo del sujeto que forma parte de una población-público general (Lazzarato 84). No fue, pues, hasta la década de los sesenta que en la península se produjo una verdadera masificación de los

⁹⁸ Esto no niega, sin embargo, la multiplicidad de poderes immanentes a todas las relaciones humanas e instituciones, es decir, la “microfísica” del poder según la describe Foucault. O, dicho con el léxico de Gilles Deleuze y Félix Guattari en *Mil Mesetas*, no niega la escala molecular de los poderes diseminados por todos los lugares e instituciones. Para estos dos autores, el fascismo como tal se constituye como un poder estatal totalitario a “escala macropolítica,” que se ejerce según “un modo especial de totalización y centralización,” pero, al mismo tiempo “es inseparable de núcleos moleculares, que pululan y saltan de un lado a otro, en interacción, antes de resonar todos juntos:” el fascismo rural, el fascismo de ciudad o de barrio, el fascismo de familia, de escuela, de despacho, etcétera. Véase Gilles; Guattari Deleuze, Felix, *A thousand plateaux: Capitalism and schizophrenia* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1987) 219.

dispositivos mediáticos y del espectáculo, cuando sus formas de control y alienación se convirtieron, en definitiva, en la principal estrategia de poder biopolítico. No quiere decir esto que se dejaran de lado los mecanismos sobre los que se había construido la biopolítica anterior, ya que continuaron vigentes hasta el final, pero a partir de principios de los sesenta, cada vez con más fuerza, se intentó buscar la distracción y la captación de los españoles a través de la cultura del consumo, del ocio y de la imagen. Dicho esto, sin embargo, hay que aclarar que esta tecnología de poder ya había estado presente en la primera mitad del franquismo y, en este respecto, como indica Francisco Sevillano Calero, durante los años de la posguerra se había consumido diariamente la prensa y el discurso del Movimiento, o la propaganda radiofónica o cinematográfica (películas históricas o el No-Do), a pesar de que la influencia de los medios de comunicación fuera relativamente limitada debido, entre otros motivos, a la desastrosa situación cotidiana de una mayoría de ciudadanos, a la desigual exposición según las posibilidades económicas, o a las mismas deficiencias estructurales de la información (155).

Como se ha visto a lo largo de esta exposición, la interpretación de la biopolítica afirmativa desplegada por el franquismo conlleva una considerable complejidad debido a los múltiples elementos que subyacen bajo la aparente unidad ideológica de la dictadura. Así, frente a la relativa unanimidad que presentaba el aparato tanatopolítico, hemos visto que los aparatos biopolíticos afirmativos fueron modificados según las necesidades del régimen, y conformados de acuerdo a sus diversas tendencias ideológicas. De modo que se puede decir que hubo mucho más consenso en relación a lo que no debía ser el sujeto nacional que en cuanto a las cualidades que debía presentar. Como puede comprobarse a raíz de todo lo expuesto, dependiendo del grupo dominante en cada momento histórico se

ponía el énfasis en uno u otro aspecto y así, por ejemplo, el falangismo apostaba por un sujeto activo y politizado al estilo de los fascismos europeos, mientras que la corriente nacional-católica demandaba un sujeto sumiso y distanciado de la política. Dicho esto, no se debe olvidar que, pese a los cambios, el Estado franquista siempre se presentó como un bloque monolítico y estable dentro del cual existía un acuerdo básico respecto de las peculiaridades que conformaban, supuestamente, el cuerpo nacional español. Asimismo, en verdad, las diferentes ramas ideológicas del régimen eran compatibles en lo esencial, a pesar de todas las divergencias internas, y compartían unos valores y rasgos comunes que se consideraban inquebrantables.⁹⁹

El poder disciplinario en Ardor guerrero de Antonio Muñoz Molina: el cuartel como representación del encierro franquista

Los procedimientos disciplinarios, que habían sido los mecanismos biopolíticos hegemónicos extendidos a toda la sociedad durante la España autárquica (en conjunción, claro está, con los meramente represivos), dejaron poco a poco de serlo a medida que la sujeción del individuo comenzó a realizarse por medio de los dispositivos propios del espectáculo y de las sociedades del control. Sin embargo, como ya se ha visto, dichas disciplinas ni mucho menos dejaron de ser relevantes en la última fase del franquismo (etapa nacional-desarrollista) sino que, antes bien, continuaron operativas incluso durante

⁹⁹ Como ejemplo de lo que acabo de decir, cabe pensar en cómo fue construida la figura del Caudillo a lo largo de la dictadura a través de los aparatos ideológicos y de propaganda. Así mientras en los años de la posguerra era presentado como el paradigma de la raza imperial española (valeroso soldado cruzado, sublime heredero de las hazañas imperiales, enviado divino en la tierra), posteriormente, una vez pasados los años del triunfalismo, se convirtió en el padre virtuoso de todos los españoles (figura paternal, garante del bienestar y de la paz, artífice de los logros económicos y sociales, etcétera). Sin embargo, Franco siempre fue identificado como la suprema representación del ser-español, y el culto hacia su personalidad constituyó una de las constantes indiscutibles del franquismo.

los primeros años de la época democrática, tal y como lo pone de manifiesto la obra que analizaré a continuación, Ardor Guerrero de Antonio Muñoz Molina.¹⁰⁰ Escrita desde un presente en los Estados Unidos,¹⁰¹ esta novela descubre, entonces, la continuidad en la transición de las estructuras ideológicas que habían dominado la geografía española en las primeras etapas del franquismo (falangista y nacional-católica)¹⁰² y asimismo, en lo que aquí me interesa más, presenta una reflexión acerca del poder disciplinario instituido por la dictadura.¹⁰³ En cuanto que crónica novelada y autobiográfica del servicio militar obligatorio (la *mili*), Ardor Guerrero muestra las interioridades y el funcionamiento de una institución militar que, ya en pleno auge de la sociedad espectacular y consumista de finales de los setenta, continúa enteramente dominada e inspirada por la racionalidad fascista del régimen político anterior. En 1979, año en que se desarrolla el relato, las estructuras represivo-disciplinarias de la primera parte del franquismo no han cambiado dentro del ejército, en cuyo seno pervive fantasmagóricamente la maquinaria mítica-patriótica-religiosa de los años de la posguerra:

Era la retórica del africanismo, de las litografías de la conquista de Tetuán, la retórica corrupta, incompetente, chulesca y beoda del ejército de África en los años 20; era la brutalidad exhibicionista de la legión inventada por Millán Astray, con su mezcla de mutilaciones heroicas y sífilis, y al mismo tiempo la brutalidad fría, casta, y católica, de la legión mandada por el general Franco en Asturias en 1934, la misma capacidad de odio

¹⁰⁰ Desde sus primeras novelas publicadas en la década de los ochenta hasta sus obras más recientes, Antonio Muñoz Molina es uno de los narradores contemporáneos que ha asumido el deber ético de reivindicar y recuperar la memoria histórica. Desde un sustrato autobiográfico en casi todas sus obras, destacan en este sentido: Beatus Ille (1986), El jinete polaco (1991), Ardor Guerrero (1995), Sefarad (2001), o El viento de la luna (2006).

¹⁰¹ Antonio Muñoz Molina fue profesor invitado en la Universidad de Virginia durante una temporada en los años noventa, tal y como lo refiere él mismo en la parte final de Ardor Guerrero.

¹⁰² Para una profundización de esta temática, véase el análisis el crítico Xavier Echarri, para quien Ardor Guerrero puede entenderse como una metáfora de la transición española, con la “mili” como símbolo de la pervivencia del franquismo en la democracia.

¹⁰³ De esta forma, además de la prolongación del poder tanatopolítico en el contexto del franquismo desarrollista, ya explorado en el capítulo anterior a través de la novela de Isaac Rosa, también se conservaron los mecanismos disciplinarios instaurados bajo las etapas de dominación de la ideología fascista y nacional-católica.

combinada con un lirismo polvoriento y tardío de teatro romántico y una catolicidad intransigente, gallinácea, de mesa camilla y santo rosario. (16)

De esta forma, el centro narrativo de la novela se sitúa en uno de los núcleos de formación de las subjetividades masculinas del franquismo, el cuartel militar, cuyo principal objetivo seguía siendo la constitución de soldados obedientes, patrióticos y disciplinados.¹⁰⁴ A través de las propias vivencias del autor durante los catorce meses que estuvo en la *mili*, podemos acceder, pues, al interior de una institución que, a mi modo de ver, puede ser entendida como una metaforización del modelo de encierro impuesto por el régimen franquista –como una de sus expresiones paradigmáticas –, y puede servir para explorar otros ámbitos disciplinarios. Al mismo tiempo, dado que la experiencia en el ejército español despierta las memorias reprimidas de otro lugar disciplinario, la escuela nacional-católica, podremos además plantear un análisis comparativo entre ambas instituciones (el mismo autor pone de manifiesto repetidamente la complementariedad entre ellas). En sendos espacios de encierro, pues, bajo una arquitectura carcelaria análoga en la que tanto escolares como reclutas son sometidos a la autoridad y a la vigilancia, sujetos a un paradigma de poder que se ejecuta con los procedimientos anatomopolíticos y represivos propios de la disciplina, subsiste intacto el discurso y el impulso biopolitizador que habían prevalecido en España durante la autarquía. Dos dispositivos de reclusión, a finales de los años sesenta y setenta respectivamente, dentro de los cuales Antonio Muñoz Molina pasó dos largas temporadas de su vida.

¹⁰⁴ Cabe señalar que la experiencia militar del recluta Antonio Muñoz Molina está dividida en dos partes complementarias: la instrucción (previa a la jura de bandera), realizada en Vitoria (Centro de Instrucción de Reclutas número 11), más intensa y violenta, y el posterior aprendizaje que tiene lugar en San Sebastián (Regimiento de Cazadores de Montaña Sicilia 67). Para simplificar, sin embargo, me referiré a la experiencia militar en su conjunto.

Comienza el autor con una breve referencia al significado popularmente asignado al servicio militar forzoso en el mundo rural andaluz –en Úbeda-Mágina –a lo largo de varias generaciones. Como puede apreciarse en las primeras páginas de Ardor guerrero, la *mili* como tal está fuertemente arraigada en el imaginario colectivo de esta pequeña ciudad (territorio mítico-literario que en lo esencial coincide con su lugar de origen),¹⁰⁵ y ha sido internalizada como un acontecimiento capital en la vida de los hombres, casi como una especie de ritual de paso hacia la vida adulta, del mismo modo, por ejemplo, que la asistencia a las clases de la Sección Femenina había sido un elemento central en la educación femenina falangista: “era un asunto absoluto y herméticamente masculino, igual que la costura, las alcobas o la preparación de borrachuelos pertenecían a las mujeres” (31). Debido en gran medida a la acción regresiva llevada a cabo en el mundo rural por parte de la dictadura, la mentalidad común en Mágina ha sido reinsertada en una temporalidad arcaica, en la cual el servicio militar es unánimemente aceptado como una “aventura” en la vida de los varones (en muchos casos teñida de tintes legendarios) que los curte, los educa y los saca de su pequeño mundo antes de resultar definitivamente atrapados “por el trabajo y por el tedio de la vida adulta” y por los correspondientes “noviazgo y misas de domingo por la mañana, trajes oscuros en Semana Santa y en el

¹⁰⁵ Como ocurre en las novelas de Juan Benet con Región, o en las de Gabriel García Márquez con Macondo, Antonio Muñoz Molina regresa una y otra vez a este universo propio, a partir del cual ha ido articulando su personal recuperación de la memoria histórica. Así, en Beatus Ille se cuenta la historia de un estudiante antifranquista que regresa a Mágina en la década de los sesenta para contar la historia de un poeta olvidado de la generación del 27, Jacinto Solana. En El jinete polaco, Muñoz Molina traza el relato histórico de Mágina a través de una historia de amor entre un traductor y la hija de un comandante exiliado en EE.UU. Igualmente, en Sefarad, novela de cuentos que traza las vidas de una serie de sujetos excluidos por diversas circunstancias históricas en varios ámbitos geográficos y temporales, reaparece Mágina en tres relatos que se centran en los vencidos en la guerra civil. El viento de la luna, novela autobiográfica de la adolescencia, se desarrolla por entero en Mágina. Finalmente, como hemos visto, Ardor guerrero comienza con una reflexión acerca de la trascendencia que el servicio militar ha tenido históricamente en el imaginario colectivo de Úbeda-Mágina, y después se mantiene como telón de fondo a lo largo de toda la narración (mediante las continuas referencias a la experiencia en el colegio de los salesianos y a la infancia vivida bajo el régimen franquista).

Corpus, bodas, hijos, talleres mecánicos, barriga, calvicie” (26). A través de los recuerdos infantiles del autor, que se remontan a cuando familiares suyos (sus tíos) desaparecían durante dos años para incorporarse al ejército, se vislumbra, en definitiva, cómo el nacional-catolicismo ha dejado su impronta en las mentes y en las costumbres de Mágina: estricta reglamentación de las identidades masculinas y femeninas, interiorización de la moral católica, adhesión a los discursos patrióticos y asistencia a los cultos religiosos, etc.

En este mismo contexto de Úbeda-Mágina es preciso localizar, asimismo, otra institución que está rigurosamente relacionada con la experiencia castrense-militar: el Colegio Salesiano Santo Domingo Savio. Tutelado por una de las órdenes eclesiásticas más oscurantistas y represivas, este lugar ha quedado incrustado en el subconsciente del autor y, como se verá luego, reaparecerá fantasmagóricamente y de manera sistemática a lo largo del entrenamiento militar, constituyéndose así en el espacio-otro que subyace a todo el relato de Ardor guerrero. Este es el inefable colegio, pues, al que tuvo que asistir Muñoz Molina durante su primera adolescencia, dentro del cual, de modo simétrico a lo que ocurrirá más tarde en el cuartel militar, se castigaba y se vigilaba la conducta de los escolares, se cantaban los himnos patrióticos, se desfilaba militarmente, se adoctrinaba catolicismo a base de obediencia y de miedo, se instruía en el espíritu unitario católico-nacional, etcétera.¹⁰⁶

Como lo pone de relieve el autor-protagonista en varias ocasiones, la instrucción militar constituye una prolongación de la educación escolar en la medida en que ambas se presentan como dos fases paralelas e interconectadas en la formación de la subjetividad

¹⁰⁶ Para una descripción más detallada del Colegio Salesiano Santo Domingo Savio al que tuvo que asistir Antonio Muñoz Molina, véase su reciente novela El viento de la luna (2006). En este relato igualmente autobiográfico de su adolescencia, (con la aventura espacial de 1969 como hilo narrativo), el autor pone al descubierto los recuerdos traumáticos de sus vivencias en esta institución disciplinaria y, adicionalmente, la realidad política y social en la Mágina franquista.

masculina del franquismo. Dos aprendizajes que, en verdad, comparten una misma matriz disciplinaria y un objetivo común que consiste en modelar y normalizar las conciencias de sus internos mediante la obediencia, el castigo y el miedo. Los paralelismos entre las dos experiencias son constantes, y así, por ejemplo, la comunión católica es presentada como el punto de inflexión que, en el aparato militar, se corresponde con la famosa jura de bandera: “la jura de bandera había de ser tan definitiva para nuestra españolidad como lo había sido la primera comunión para nuestro catolicismo” (17). Para el protagonista-autor, el colegio religioso y la *mili* constituyen dos períodos de suma trascendencia, tal y como él mismo lo pone de relieve cuando escribe que “al clero español y el ejército español les debo las dos temporadas más sombrías de mi vida, los dos aprendizajes más dolorosos y más tristes, unidos por la disciplina, por el desamparo, por los uniformes, por la arquitectura penitenciaria” (114). Dos experiencias traumáticas, por consiguiente, que han quedado inevitablemente grabadas en su subconsciente y que, de tanto en tanto, se manifiestan al cabo de los años en forma de miedo y angustia: “pánico, vergüenza por tanta sumisión y asombro de que aquellos sentimientos pudieran haber durado tanto, siguieran actuando sobre mí sin que yo lo supiera” (12). En este sentido, parece lógico entonces que el adiestramiento militar continuamente reactive las memorias reprimidas del colegio, de un pasado de disciplina y de miedo que ahora rebrota con toda su carga siniestra, como si se tratara de un auténtico viaje a través del tiempo:

A los veintitantos años, recién instalado en la edad adulta, recién dispuesto a emprender una vida futura, ciudadano de una democracia parlamentaria, compañero de viaje durante algún tiempo, aproximadamente marxista, uno regresaba de pronto a los más sombrío de su primera adolescencia, a las sotanas negras, a las caminatas en fila, incluso al terror de los artefactos gimnásticos. (45-6)

Ahora bien, a pesar de la simbiosis patriótico-religiosa que caracteriza a estas dos instituciones análogas, ambas integradas en la red estatal de técnicas disciplinarias puesta en marcha por el franquismo, no obstante presentan especificidades discursivas diferentes (que se corresponden con las propias del ejército y de la Iglesia). Así, mientras la Iglesia se focaliza más en los aspectos morales y espirituales, el ejército hace hincapié en valores masculinos, guerreros y patrióticos, y como sugiere Xavier Echarri en un ensayo sobre la obra, “una enseña a matarse, la otra a matar (interrumpirse o interrumpir)” (72). Es decir, los padres salesianos no sólo imponen castigos físicos, sino que además inoculan miedo y culpa por medio de la noción del pecado, uno de los instrumentos usados para controlar las mentes, anular el pensamiento crítico y engendrar patrones restrictivos de conducta. En cambio, en el cuartel la experiencia es más breve, pero con una mayor radicalización de las prácticas represivo-disciplinarias, y con un marcado énfasis en las actividades relacionadas con el combate: enseñanza en el manejo de las armas, pánico a los consejos de guerra, automatización absoluta del cuerpo, sometimiento ciego e inmediato de las órdenes, etcétera.

Ya durante el viaje inicial que lleva a un grupo de reclutas al campamento militar, realizado en un antiguo ferrocarril que atraviesa la península de sur a norte, desde Mágina al País Vasco, reaparece el espectro del franquismo: “Iba a empezar la célebre década de los ochenta, pero los reclutas viajábamos hacia los cuarteles en trenes de posguerra, en una paleontología de ferrocarriles, con lentitudes cretácicas, con un horror masivo de geología gótica” (52-3). Como sugiere el crítico José F. Colmeiro en su comentario de la novela, el retorno del régimen anterior queda simbólicamente establecido a través de las imágenes de “la España negra y la esencia castellana del 98 apropiada por el franquismo”

(179), proyectadas en la memoria del protagonista, con toda su carga de centralismo y de esencialismo, al cruzar el interior peninsular castellano:

Estábamos cruzando España entera, o por lo menos la España insoportable del 98, el país estepario que tanto les gustaba a aquellos individuos, que lo recorrían sudando bajo trajes negros con los hombros nevados de caspa, la España de Don Quijote y la del Cid y la de Azorín y Unamuno.” (Ardor 54-55)

Desde este momento, para el recluta Antonio Muñoz Molina, se reactiva el miedo, la angustia y la opresión que había padecido durante su existencia bajo el franquismo. Es decir, se produce el retroceso mental a una infancia irremediadamente atravesada por el aparato represivo-ideológico del régimen dictatorial y, en particular, por el colegio en que fue instruido en su ciudad de origen. Al poco de llegar al andén de la estación de Vitoria, lugar donde se halla instalado el campamento militar, todos sus miedos se materializan al ser obligado a formar marcialmente:

A los veintitrés años, en un andén helado, yo me veía haciendo algo que no había hecho desde que tenía diez u once, desde que formábamos todas las mañanas en el patio de la escuela para izar bandera y cantar himnos. Era uno de los primeros indicios del regreso a la infancia que estaba a punto de empezar, y que alcanzaría muy pronto su paroxismo de desvanecimiento y pavor en las primeras semanas de instrucción. (Ardor 59)

Se produce, pues, una clara infantilización del recluta mediante la reactivación espectral del colegio y del miedo que vuelve a dominar a quien ahora es un estudiante que quiere ser escritor, comprometido con la izquierda política y contra la dictadura: “En la parte más íntima, en la más inconfesable de mí mismo, aquel miedo infantil era más fuerte que la discordancia ideológica y que las protestas de la racionalidad civil contra la mezcla de barbarie, tiranía y absurdo que reinaba en el interior del perímetro alambrado

del campamento” (Ardor 87). Quedar reducido a la fragilidad de un niño será, al mismo tiempo, una de las estrategias utilizadas por el ejército para imponer su disciplina y para incentivar su cuadro axiológico de valores.

A continuación, los reclutas son internados en un campamento que presenta una evidente estructura carcelaria/panóptica, con torres de vigilancia, con alambradas y con un espacio totalmente clasificado y ordenado. Este lugar de encierro, así como el ulterior cuartel de San Sebastián, puede ser entendido como ejemplo del poder disciplinario franquista, esto es, como metáfora del modelo biopolítico que había dominado en las primeras etapas de la dictadura. Por consiguiente, puede plantearse como un espacio simbólico-ejemplar donde se escenifican la reglamentación y la normalización que se habían pretendido (y que no dejó de hacerse, como vemos) para toda la sociedad.

Como expuse previamente, la integración del sujeto en el orden biopolítico, para Giorgio Agamben, está precedida de una suspensión de su estatuto jurídico y ontológico por medio de la cual dicho sujeto queda reducido a vida puramente biológica, y a partir de ahí, según las normas exigidas, es incluido o excluido (Homo Sacer : el poder soberano y la nuda vida I 173-81). Asimismo, para este filósofo, el campo de concentración es el espacio fundamental donde se escenifica esta biopolítica, es decir, el lugar donde un ser humano es despojado de su condición civil y donde el soberano puede mediar directamente sobre su vida, incluyéndolo o eliminándolo (Homo Sacer : el poder soberano y la nuda vida I 217). Pues bien, desde esta perspectiva, el cuartel militar muestra paradigmáticamente el proceso a través del cual el sujeto es incluido después de (o por medio de) su propia suspensión, es decir, donde es arrojado a una anulación cuyo objetivo principal es disponer de su vida para normalizarla y politizarla. Pero a diferencia

del campo, donde lo que domina es la exclusión-muerte (y que en el Estado franquista está representado por sus cárceles), en el cuartel (donde también se suspende la legalidad y los reclutas son igualmente reducidos a vida desnuda), prevalece el proceso de inclusión/sujeción a los aparatos disciplinarios y biopolíticos.

Desde otro punto de vista (centrado específicamente en los sistemas totalitarios-fascistas), Hannah Arendt sugiere en Los orígenes del totalitarismo que el objetivo final de estos sistemas es conseguir construir una población sin pluralidades, reducida a una identidad única de sujetos-máquinas que puedan ser directamente manejados por el poder. En sus propias palabras:

Total domination, which strives to organize the infinite plurality and differentiation of human beings as if all of humanity were just one individual, is possible only if each and every person can be reduced to a never-changing identity of reactions, so that each of these bundles of reactions can be exchanged at random for any other. (438)

Combinadas las dos explicaciones de Agamben y de Arendt, podemos ahora interpretar la primera parte del proceso de subjetivación que tiene lugar en el contexto de un organismo disciplinario-fascista como el cuartel de Ardor guerrero. Lo primero que le ocurre al recluta Antonio Muñoz Molina en el servicio militar es, en efecto, la pérdida de su nombre propio y, por consiguiente, de su identidad individual: “Durante el período de instrucción a los reclutas nos quitaban el nombre y lo sustituían por un sistema de matrículas parecido al de los coches primitivos. Yo me llamaba J-54” (13). Acto seguido, el rapado de pelo acentúa simbólicamente el proceso de desubjetivación (y, siguiendo a Arendt, de homogeneización) a que son sometidos los soldados en esta fase inicial: “Los cráneos rapados acentuaban el efecto clónico de los uniformes, nos reducían más aún a una identidad colectiva y numérica: sin el pelo, los rasgos y las miradas se afilaban, pero

perdían misteriosamente su individualidad, tal vez porque se les borraba por completo el pasado (77). En resumen, nada más llegar a Vitoria, al campo de instrucción, el soldado pierde su nombre, su fisonomía, su historia personal y su estatuto civil como paso previo y necesario para construir su nueva individualidad militar:

Casi toda nuestra vida individual, al poco tiempo de estar allí, al tercer o cuarto día, era un territorio devastado, el residuo último de un proceso de despojamiento que había comenzado con la pérdida de nuestra fisonomía, de nuestros nombres y de nuestras ropas civiles y terminada en la ignominia máxima de la proscripción de pudor. (102)

De esta manera, mediante la interrupción de la condición previa, así como de la borradura de su memoria individual, se deja un espacio vacío sobre el cual se grabará la nueva norma militar:

Había que aprenderlo todo y que olvidarlo todo: había que aprender otra geografía, otra Historia, casi un nuevo idioma en el que las palabras habituales significaban cosas desconocidas hasta entonces [...] había que familiarizarse con un universo infinitamente detallado de valores y gestos, de signos, de códigos morales, de tareas y ritos que modulaban y cuadraban las horas del día [...] había que olvidarse de lo que uno sabía cuando llegaba al campamento y que inscribir en este espacio borrado las nuevas normas y las nuevas costumbres, todo, desde los más grandioso a lo más ínfimo.” (63)

Olvidar, borrar, inscribir: queda plasmada en esta cita la utopía totalitaria-fascista del dispositivo disciplinario-militar del franquismo, esto es, su proceso de subjetivación a partir de la suspensión de todo lo anterior para inscribir en su lugar, primero, una nueva identidad numérica y maquinal, y más adelante, un comportamiento modelado según sus propios regímenes discursivos y su concepción identitaria (en este caso, marcada por la cuestión de género: machismo, virilidad, homofobia, etcétera). Dicho esto de otro modo: después de la pérdida de la condición civil y de la desmemorización impuesta del pasado

reciente, una vez que se elimina todo proceso de agencia y que se interrumpe la historia individual de cada uno, se produce la subordinación absoluta del soldado a la tecnología disciplinaria cuyo fin de formar individuos normalizados de acuerdo a una ideología específica, la del franquismo de la primera etapa.

En los meses de instrucción militar, efectivamente, la reglamentación del cuerpo y de la mente es llevada al límite para construir sujetos dóciles, cuerpos-máquina reducidos a la servidumbre, dispuestos a someterse a las órdenes y a los valores del ejército. En este respecto, las estrategias de normalización y de disciplina delineadas por Foucault (control intensivo del cuerpo, inspección y vigilancia constante, castigos diseñados para corregir la conducta, creación de archivos con información sobre los individuos, multiplicación de la jerarquía), parecen estar comprendidas en la siguiente descripción del entrenamiento militar:¹⁰⁷

La mirada se acostumbraba a la monotonía de los uniformes, de los cráneos mal rapados y de los edificios idénticos y numerados de ladrillo igual que se acostumbraba el oído al ritmo de las botas, y aquella repetición permanente en el espacio y en el tiempo, mezclada con la inseguridad sobre las normas y el miedo constante a que nos sobreviniera un arresto, debilitaba y muchas veces abolía del todo nuestra individualidad, volviéndonos así maleables y dóciles, uniformando nuestra conciencia en el mismo grado en que habían uniformado nuestro paso y nuestro vestuario [...] la monotonía de órdenes se cumplía con el sonambulismo de la obediencia automática [...] como si hubiéramos perdido nuestra consistencia individual para convertirnos en una sustancia maleable, en una multitud con pasividades de rebaño.” (60-98)

En esta descripción del poder disciplinario militar (“repetición permanente, miedo constante, volviéndonos maleable y dóciles, uniformando nuestra conciencia”) se resume, pues, la sociedad disciplinar de acuerdo a como la explica Foucault, es decir, una

¹⁰⁷ Véase la explicación del poder disciplinario, por ejemplo, en, Michel Foucault, "La verdad y las formas jurídicas," Estrategias de poder (Barcelona: Paidós, 1999) 239-57.; Foucault, Hay que defender la sociedad 205-27.; o Foucault, Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión 157-225.

sociedad diseñada en virtud de una red de instituciones que aseguran la reproducción de las reglas dominantes y que funciona por medio de la repetición, la corrección, el castigo y el encierro. Un poder, asimismo, que se ejerce dentro de una arquitectura panóptica, la casa-cuartel, que consta de torres de vigilancia y de geometrías carcelarias y vigiladas, y que, como observa el autor, constituye por sí misma una “materialización y visualización de la disciplina militar” y “del orden absoluto y numérico al que nos sometíamos todos” (134), y en cuyo interior “el tiempo, al igual que el espacio, estaba regulado por divisiones y subdivisiones que cuadrículaban nuestras vidas con la precisión de un mecanismo de relojería” (134).

Pero en este cuartel militar, además de la identidad aritmética y de la mecánica disciplinaria impuesta sobre el soldado, se inculcan los fundamentos ideológicos que habían imperado durante la posguerra y que habían sostenido al Estado autárquico-totalitario surgido de la contienda. Una ideología que, basada en los principios del 18 de julio, sigue rindiendo culto a la violencia, conceptualizando la guerra como una cruzada patriótica y religiosa, presentando al soldado como el novio de la muerte y perseverando en el discurso unitario y beligerante de la españolidad (una identidad, una religión, una lengua, etcétera). Así pues, como lo describe Muñoz Molina, el ejército español todavía era, ya en 1979, “un universo arcaico, un fósil del franquismo y del africanismo de otras décadas lejanas” (56), y por ello, continuamente aparecen en su narración banderas con el símbolo preconstitucional, actos religiosos en honor a los caídos, fotografías del Caudillo y de Primo de Rivera colgando de las paredes, o himnos y celebraciones patrióticas (la jura de bandera, por ejemplo) al más puro estilo fascista, etcétera.

Ahora bien, una vez desbrozado el método y el discurso que prevalece dentro de la institución militar, y que refleja la singularidad del aparato disciplinario franquista, hay que recordar, por otro lado, que la novela se desarrolla en los años de la transición y en el País Vasco (lugar en el que prevalece un ambiente de rebeldía y de contestación a todo lo relacionado con el régimen anterior). En este sentido, José F. Colmeiro ha destacado la ineficacia que la tecnología disciplinaria fascista muestra a estas alturas, sugiriendo que el “entrenamiento patriótico-militar se muestra tan absurdo e inútil como las clases de FEN en la segunda posguerra,” y resaltando “la profunda desidentificación individual” y el “deseo ardiente de diferencia, de separación marcada con respecto a un modelo único y forzado de identidad” (179-85). De acuerdo a la argumentación de este crítico, la segunda parte del libro, en particular, muestra el anacronismo y la inutilidad de este aprendizaje dentro de un contexto histórico (la transición) en el que existe un rechazo generalizado a la enseñanza militarista. De esta forma, dentro del cuartel, como podemos leer, “con tal de no ser español casi todo el mundo decidía ser lo que presentara, poniendo incluso más furia en la negación que en la afirmación, como si que a uno le llamaran español fuera una calumnia” (218). Es decir, existe una discordancia fundamental entre la institución militar y la sociedad civil post-franquista, y así, el cuartel parece una isla en un mundo que ha seguido unas pautas totalmente diferentes.

Dicho esto, sin embargo, se aprecia en los reclutas una cierta internalización de las normas y códigos semióticos que imperan en el ejército. Es visible, por ejemplo, en las novatadas que, infligidas por los veteranos y toleradas por los militares, son a la postre reproducidas por los nuevos reclusos; en la falta de solidaridad entre soldados, ya que “una de las primeras cosas que uno perdía era la piedad, y no costaba nada empezar a

alegrarse de las desgracias que les ocurrían a otros” (12); en el “orgullo ridículo que los instructores y los mandos querían inocularnos, y que muchos de mis compañeros abrazaban, para mi sorpresa, con el entusiasmo de una religión o de una militancia política” (101); en esa “agradecida obediencia” de los reclutas con el poder porque “uno no sabía hasta qué punto el cretinismo era contagioso ni en qué medida se aliaba al instinto de docilidad heredado de la dictadura” y que podía hacer “de casi cualquiera un aspirante a cabo de vara o a confidente y amigo del verdugo (45); o en la absorción del lenguaje punitivos y violento del ejército. Así pues, como se puede comprobar a raíz de lo expuesto, se puede decir que el disciplinamiento militar consigue, en cierta manera, parte de su propósito:

Es posible que una vez alcanzado un grado máximo de saturación en la unanimidad interminablemente reiterada de los gestos ningún miembro de una multitud pueda sustraerse a la identificación plena con ella, ni siquiera aunque busque refugio en el secreto y en la misantropía: al secreto no le basta la intimidad de la conciencia para salvaguardarse, necesita, aunque no lo parezca, asideros materiales, signos visibles de que la individualidad a la que pertenecía se mantiene intacta. (102)

Pero en realidad, más allá de estos comportamientos miméticos e inducidos por el ejército, predomina el miedo que cada uno de los soldados padece, las humillaciones que sufren, las crueldades de las que son sido víctimas algunos y la violencia que de forma general se experimenta. Así, como conclusión, cabe señalar que Ardor guerrero supone un valioso testimonio del ejercicio del poder disciplinar dentro del ejército español, pero además se instituye como una penetrante denuncia antimilitarista y antifascista.

Una interpretación biopolítica de Cinco horas con Mario de Miguel Delibes

Una de las novelas experimentales-vanguardistas publicadas en la década de los sesenta es Cinco horas con Mario, en la cual su autor, Miguel Delibes, rescata la memoria histórica del pasado y reflexiona sobre las consecuencias de la dictadura franquista en la sociedad española. Por medio de una voz femenina, la de la protagonista Carmen, el autor denuncia el discurso ideológico dominante, reivindica las historias silenciadas y, a mi juicio, simultáneamente construye un ejemplo paradigmático de los sujetos creados por la dictadura. Estructuralmente, la novela está compuesta por un prólogo, un monólogo narrativo (que constituye el cuerpo principal de la obra) y finalmente un epílogo. De inicio, el prólogo, escrito en tercera persona por un narrador exterior, sirve para enmarcar la totalidad de la novela dentro de unas determinadas coordenadas espacio-temporales, y para tener un primer contacto con los personajes que irán apareciendo posteriormente. De esta manera, aprendemos que acaba de morir Mario Díez, un catedrático de instituto asentado en una pequeña ciudad castellana, y que su velatorio, instalado en el despacho de su casa, será el lugar concreto en el que su esposa, Carmen Sotillo, le hablará durante las cinco horas anunciadas en el título. En segundo lugar, una vez que todos los asistentes se han ido, la viuda se queda a solas con Mario y comienza el soliloquio a través del cual va a relatar lo que ha sido la convivencia conyugal entre ella, una mujer reaccionaria y autoritaria, adicta al régimen franquista, y su difunto marido, un hombre de ideología contraria a la dictadura que ha permanecido silenciado y exiliado interiormente durante años. En el tiempo que dura el monólogo, Carmen recompondrá retrospectivamente una vida en común que abarca desde los comienzos de la guerra civil, momento en que se conocieron, hasta la muerte de Mario, ocurrida en este presente de 1966. Finalmente, el epílogo sirve para cerrar el monólogo central y para abrir una ventana al optimismo, una

vez que se ha consumado el fracaso de los dos protagonistas. En este final, los hijos de Mario parecen recoger el testimonio de su padre y apostar por un futuro diferente a la época opresiva que les ha tocado vivir.

Cinco horas con Mario, publicada en 1966, ha generado una enorme cantidad de estudios críticos,¹⁰⁸ pero a efectos de lo que interesa aquí, me referiré sólo a aquellas críticas que han abordado la dimensión política de la novela (su contextualización dentro del régimen franquista). En este sentido, como ha señalado Ann Davies, los comentarios políticos sobre la novela de Miguel Delibes se han desarrollado en torno a dos principales tendencias interpretativas:

Some critics have inferred from the novel a portrait of the “dos Españas,” the division of Spanish society into conservative and liberal sectors reflecting the victors, and vanquished of the Spanish Civil War; other critics have taken from the novel an understanding of the position and oppression of women in Francoist Spain (1)

Dentro de la primera tendencia, varios críticos han considerado la novela como una parábola de los dos bandos que lucharon en la guerra. Así, Gonzalo Sobejano, por ejemplo, sugiere que Carmen y Mario comparten la categoría de personaje-protagonista, a pesar de que sólo tenemos acceso al mundo interior de Carmen, y que ambos encarnan las dos vertientes ideológicas enfrentadas en la guerra civil:

Carmen es Carmen, pero es también, en su esencia simbólica, la mujer española representativa de la pequeña burguesía de derechas, portavoz de una España orgullosa de su pasado y de su presente. Mario es Mario, pero también, en aquel sentido, el intelectual esforzado y el representante de una España que trabaja mirando hacia el futuro. (55-6)

¹⁰⁸ Entre ellas podemos destacar las de Fernando Morán (1971); Edgar Pauk (1975); Alfonso Rey (1975); Agnes Gullón (1980); Gonzalo Sobejano (1981); Antonio Vilanova (1992); Juli Highfill (1996); María Luz Long (2005); Ann Davies (2005).

Asimismo, Juli Highfill, en la segunda de las tres lecturas que propone (icónica, simbólica, indéxica), señala que, además de ser un icono de la mentalidad típicamente reaccionaria, reduccionista e intolerante de cierta tradición castellana, Carmen constituye una representación simbólica de la España franquista frente al derrotado proyecto liberal y progresista:

Read symbolically, then, Cinco horas con Mario becomes a historical/political allegory about the failure and impotence of the liberal intelligentsia in Spain, about their futile struggle against the dead weight of tradition, ignorance, arch-conservatism, and stagnation. By design, Carmen's character displays all the supposed defects of the Spanish national character –pride, envy, close-mindedness, Manicheism, xenophobia, over-adherence to appearances, formulas, and rituals. (70)

En cuanto a la segunda tendencia interpretativa, siguiendo la división que propone Ann Davies, se trata de estudios que han considerado a Carmen en su relación íntima con el orden político constituido. Probablemente debido a que Mario es un sujeto perseguido y represaliado por el fascismo, la crítica se ha centrado principalmente en la viuda y en su menos obvia condición de víctima dentro del mundo opresivo del franquismo. Así, para Fernando Morán, este personaje femenino no debe entenderse sólo a partir de la ideología que expresa sino, adicionalmente, como “víctima de las limitaciones de su educación y de su ambiente” y por tanto, “víctima, pues, tanto y aún más que Mario” (396). María Luz Long sostiene en su estudio que “Carmen se ve sometida por las realidades de la sociedad franquista” y, específicamente, por las costumbres amorosas y sociales “impuestas con una mezcla de religión y disciplina marcial en los jóvenes de la época” (103). Asimismo, Juli Highfill, además de analizar a Carmen como icono del ideario tradicional español y como símbolo de la dictadura de Franco, señala su condición de víctima y sugiere que la confesión final respecto a su infidelidad matrimonial deja entrever sus deseos reprimidos

y funciona como un punto de inflexión para humanizarla y presentarla como “less as a monster and more as a pathetic victim of the society that produced her” (59). En una línea parecida, finalmente, Melissa Dinverno propone ir más allá de la representación de Carmen como víctima pasiva de la sociedad, y la analiza como un sujeto activo que en su interior trata de renegociar su propia identidad frente a los mecanismos educativos impuestos por el franquismo:

the novel embodies the subjection and repression carried out as part of the regime’s own identity-building project, as well as the painful struggle of many real women to define themselves within the context of Francoism and its re-education programmes. (52)

En resumen: una primera tendencia de estudios centrados en el sentido metafórico de la novela, que considera a los personajes en un plano supraindividual, como alegorías o personificaciones de las dos ideologías enfrentadas, y una segunda que se concentra en el personaje femenino protagonista, interpretándolo en función de su vínculo personal con el sistema franquista. Así pues, una vez expuestos estos dos niveles analíticos, en las páginas que siguen me serviré de ellos para explorar en la novela dos aspectos diferentes del proceso de biopolitización implementado por el Estado franquista. En primer lugar, formularé una reflexión sobre la base epistemológica-ideológica que configuró la praxis biopolítica (disciplina y biopoder) puesta en marcha por los aparatos nacional-católicos, tomando a Carmen, en sentido metafórico, como la voz que encarna la ideología estatal (y al difunto Mario, en cambio, como el contra-discurso de la disidencia antifranquista). En segundo lugar, plantearé una consideración de las subjetividades específicas creadas por dicha biopolítica, indagando a los dos protagonistas en tanto que seres modulados y constituidos por el franquismo: de una parte, un sujeto normativo y disciplinado según los

dispositivos de la dictadura (Carmen) y, de otra parte, un sujeto paralizado por el miedo y coacción derivados de los aparatos represivos (Mario).

De entrada, pues, se puede decir que la ideología de Carmen es representativa de la doctrina reaccionaria nacional-católica llevada a su máxima expresión en cuestiones de tradición, autoritarismo, racismo, clasismo, etcétera. De este modo, estamos ante lo que Terry Eagleton ha considerado como la definición estándar del concepto de *ideología*, es decir, aquel conjunto de ideas característico de un grupo o clase social:¹⁰⁹ por un lado, el ideario propio de una familia burguesa, católica y monárquica y, por otro lado, el que el orden político franquista ha tratado de imponer y propagar a toda la sociedad mediante sus órganos disciplinarios y adoctrinadores (Sección femenina, escuela, Iglesia Católica, medios de propaganda) y que, en el caso específico de Carmen, ha sido resumido por el crítico Gonzalo Sobejano de la siguiente manera:

hay ricos y pobres y siempre los habrá, pues de otro modo sería imposible que los ricos ejercieran la caridad; es bien que cada uno permanezca dentro de su clase social y no se salga de ella; salvaguardia del orden es la autoridad rigurosa; la sabiduría, la ciencia, el arte no sirve para nada si no proporcionan seguridad y felicidad; la única religión digna de fe y de obediencia es la católica; España es el mejor pueblo del mundo; hay que guardar las formas y las apariencias; los hombres han nacido para medrar y las mujeres para casarse; los hijos deben obedecer y callar, etcétera.
(157)

Como se ve, la protagonista ha asimilado a la perfección la retórica usada por los vencedores y, por eso, puede ser analizada como una alegoría del nuevo Estado nacional-católico. Entre otras cuestiones, en su discurso está implícito el proyecto de comunidad homogénea que las autoridades franquistas quisieron construir por medio de los aparatos represivos y biopolíticos: valora a sus semejantes según el esquema excluyente impuesto

¹⁰⁹ Véase la introducción en Terry Eagleton, *Ideología. Una introducción* (Barcelona: Paidós, 2005).

por los nuevos dirigentes, sancionando cualquier alteridad y dividiendo a la sociedad que le rodea en buenos y en malos españoles. Entre los “buenos” se encuentran sus padres y quienes están vinculados al régimen (Higinio Oyarzun, Paco, o Valen, amiga de “buena” familia a quien admira), y entre los “malos” se encuentran los contertulios de Mario (Don Nicolás, Aróstegui, Moyano), su hermana Julia (a la que denigra por haber sido seducida por un italiano) o José María (el hermano represaliado de Mario). A tenor de tal división, Carmen reproduce la retórica de la España oficialista, identificándose plenamente con la política represiva inaugurada en la guerra civil –que para ella fue una “Cruzada” (73) –, y legitima la eliminación de los republicanos: “¿puedes decirme si cogéramos un solo grano de trigo si previamente no eliminásemos la cizaña? [...] la cizaña, convéncete, hay que cortarla de raíz, hasta el exterminio” (152), o “una poquita de Inquisición nos está haciendo buena falta, créeme, yo lo pienso muchísimas veces” (151). Por otro lado, la actitud de Carmen hacia sus propios hijos refleja el poder biopolítico aplicado sobre los españoles con vistas a fabricar al sujeto nacional normativo. De conformidad con esta correspondencia entre familia y nación, su conducta simboliza la política educadora-disciplinaria del franquismo basada en los valores de la sumisión, el autoritarismo y la obediencia, ya que, como ella misma dice, “en la vida hay que obedecer y someterse a una disciplina desde que se nace, primero con los padres y, luego, la autoridad” (170), o “el orden hay que mantenerlo por las buenas o por las malas” (135). Lo que así pretende, pues, es anular el pensamiento y la individualidad de sus hijos, someterlos a la autoridad, corregir sus comportamientos:

Le pegué una paliza de muerte, créeme, porque si hay algo que me pueda es un niño sin sentimientos, que son seis añitos, ya lo sé, no lo discuto, pero si a los seis años no lo corriges, ¿quieres decirme dónde pueden llegar? (63); si quiere pensar por su cuenta que lo gane y se vaya a pensar

a otra parte, que mientras viva bajo mi techo, los que de mí dependan han de pensar como yo mande (135); si la personalidad consiste en negarse a llevar luto por un padre, mejor que no la tengan. (235)

Ahora bien, mientras el Estado franquista se manifiesta a través de este personaje, Mario, en contraste, se erige en representante de la disidencia antifascista y en el opuesto de lo que simboliza su esposa. Según lo ha dibujado Gonzalo Sobejano, este catedrático de instituto “está al servicio de una oposición saneadora, en el mismo frente que algunos vencidos, amparando a la juventud y apoyado por ella, y comprendido por un clero joven y posconciliar” (58). No cabe duda, por tanto, de que Mario forma parte de la oposición al régimen pero, a pesar de ello, no es el prototipo de republicano represaliado por los aparatos represivos durante la posguerra, sino un hombre que, alistado a la fuerza durante la guerra, ha reaccionado contra el bando en que luchó y se ha unido a una nueva corriente contraria a la dictadura. De ahí las palabras de Carmen: “que cuando regresaste de la guerra, hijo, no se me olvidará mientras viva, mira que todo el mundo andaba loco por aquellos entonces, pues tú, no señor, y eso que la habías ganado, que si la llegas a perder” (176). Dado que, además, su crítica emerge de una posición religiosa, este personaje es asimismo expresión de un nuevo pensamiento católico surgido del Concilio Vaticano II que, preocupado por la justicia social y posicionado en contra de la dictadura, le sirve a Delibes para destapar la falsedad de la retórica religiosa dominante.¹¹⁰ Como sugiere el crítico Antonio Vilanova al respecto, Mario puede ser entendido como el “arquetipo de intelectual católico postconciliar, utópico e idealista, imbuido de una honda

¹¹⁰ Así pues, este es el pensamiento que fundamentalmente asume Mario y, por tanto, de la misma manera que Mario y Carmen personifican a las dos Españas, se puede decir que representan a dos corrientes católicas diferentes: una mayoritaria, la oficial, todavía estrictamente aferrada al franquismo, y otra minoritaria, renovada y posconciliar, que se moviliza contra la dictadura y se une a las movilizaciones obreras, a los vencidos, a los marginados, etcétera. En esta última facción, pues, podemos enmarcar a Mario.

preocupación social y de un quijotesco afán de hacer justicia y procurar el bien para los demás” (148) y, desde esta perspectiva, su discurso evangélico, basado en la solidaridad, la emancipación de los marginados o la igualdad, descubre la hipocresía del catolicismo oficial imperante. Es decir, define la religiosidad que ostenta Carmen, y por ende el franquismo, como falsa, superficial, convencional:

cariño, mucho Dios, mucho prójimo, pero si los pobres estudian y dejan de ser pobres, ¿quieres decirme con quiénes vamos a ejercitar la caridad?” (133) es precisamente lo que siempre he sostenido, cariño, que tus ideas sobre la caridad son como para recogerlas en un libro [...] que a los pobres les estáis revolviendo de más y el día que os hagan caso y todos estudien y sean ingenieros de caminos, tú dirás dónde ejercitamos la caridad, que esa es otra, y sin caridad, ¡adiós al Evangelio! (82-3)

En suma, frente a la conciencia ética de Mario, basada en un cristianismo de base, Carmen representa la discursividad católica oficial que, eventualmente, no cumple en sí misma con sus fundamentos básicos. Como recuerdan Nicolás Sartorius y Javier Alfaya al respecto: “pocas veces la práctica de una Iglesia católica ha estado tan en contradicción con los principios cristianos como ocurrió en España a lo largo de la mayor parte de la era franquista” (115). De esta manera se puede decir, entonces, que Delibes articula su ataque al régimen mediante el desenmascaramiento de la falsedad intrínseca de la ideología expresada por su personaje principal, la cual es, en definitiva, la que estuvo detrás de los aparatos ideológicos franquistas.

Una vez desgranados los dos protagonistas como portavoces de los dos idearios en conflicto, podemos abordar el segundo nivel de análisis, centrado fundamentalmente en la relación personal de estos dos seres con el sistema político constituido. Como se ha señalado más arriba, la dicotomía Carmen/Mario constituye una ejemplificación de los sujetos producidos por la maquinaria biopolítica y tanatopolítica del régimen: el sujeto

biopolítico nacional (Carmen) y el sujeto excluido por la historia (Mario). De este modo, en estos dos personajes están inscritas las dos vertientes del poder biopolítico, la negativa (represiva) y la afirmativa (productiva). Para abordar este análisis, voy a detenerme primeramente en la teoría de la ideología propuesta por Louis Althusser, según la cual una práctica ideológica individual no debe ser entendida tanto como una representación propia del mundo sino, más bien, como parte de un proceso inconsciente de sumisión a los discursos dominantes:

All ideology represents in its necessarily imaginary distortion not the existing relations of production (and the other relations that derive from them), but above all the (imaginary) relationship of individuals to the relations of production and the relations that derive from them (Althusser)

Para este teórico francés, los grandes poderes ideológicos interpelan al individuo concreto y lo constituyen como sujeto con una ideología, pero el término “sujeto,” sin embargo, no debe interpretarse como individuo que adopta libremente unas creencias sino, por el contrario, como “un ser sojuzgado, sometido a una autoridad superior, por consiguiente, despojado de toda libertad, salvo la de aceptar libremente su sumisión”. En realidad, lo que ocurre es que los individuos se sienten a sí mismos como “sujetos” con sus propias ideas, a pesar de que, sin darse cuenta, están fijados o “sujetos” a los aparatos ideológicos del Estado, deviniendo ellos mismos, en última instancia, en agentes de su propia opresión.

Abordado el personaje protagonista de Delibes desde esta óptica, se puede decir que, más allá de ser portavoz de los postulados del régimen, es un producto derivado de ellos. Es decir, por debajo del discurso ideológico que personifica subyace una mujer que encarna perfectamente el modelo uniforme de comportamiento prescrito por los aparatos ideológicos y, específicamente, el modelo femenino oficial del franquismo (marcado por

la sumisión, la domesticidad, la ausencia de autonomía civil, etc). Dicho de otra manera: Carmen ha internalizado la norma impuesta por los vencedores, y por consiguiente, se constituye en el arquetipo de mujer creada por la biopolítica nacional-católica, lo cual conlleva en sí mismo un estado de opresión dado el ambiente represivo y asfixiante de la época. Para la viuda de esta novela, el sometimiento a las estructuras del régimen es doble: de una parte, la subordinación propia de todos los súbditos-ciudadanos en un contexto fascista y, de otra, la específicamente femenina dentro del universo social del franquismo. En cuanto al primer tipo de sometimiento, Carmen, a pesar de pertenecer al bando vencedor, sería un sujeto privado de libertad y autonomía, pero es el que concierne al segundo tipo, el que sufre como mujer, el que aquí tiene más relevancia. Ejecutada tal subordinación en el marco de ciertos medios de propaganda (los sermones eclesiásticos, las novelas rosa, los seriales radiofónicos, etcétera) y, por supuesto, de los organismos disciplinarios que moldearon ideológicamente la identidad de las mujeres (tales como son la Sección Femenina o Acción Católica), a su vez emana directamente de dos pilares del Estado franquista (Iglesia y Falange) y, en consecuencia, se constituye como un poder estatalizado, o un biopoder, dirigido a toda la población femenina en su conjunto. De este modo, siguiendo el esquema foucaultiano, la conducta de Carmen es el resultado, por un lado, del control disciplinario que ha tenido lugar en el seno de una familia católica y conservadora¹¹¹ o de ciertas instituciones (se supone que en un colegio religioso y en los talleres de la Sección Femenina) y, por otro lado, se inscribe en un campo estatal amplio que concierne a toda la colectividad de las mujeres españolas.

¹¹¹ Los padres de Carmen se presentan, respectivamente, como el arquetipo de hombre monárquico que se ha sumado al franquismo desde el principio y como la mujer ultra-tradicional inscrita al dogma religioso de la Iglesia. En este sentido, se puede argüir que la conducta de Carmen no sólo es producto de los aparatos biopolíticos franquistas, sino también de la educación recibida de sus padres. Esta ideología monárquica y católica, representada por su familia, fue consustancial a las doctrinas propiamente franquistas.

O sea: se trata de un biopoder que busca regularizar desde arriba los hábitos y las costumbres de las mujeres, y que se distingue por el ultra-reaccionarismo de la norma o ideal femenino que desea imponer. Una norma en la que se cruzan las teorías eugenésicas fascistas y el arraigado tradicionalismo católico español, así como el deseo de revancha del régimen franquista frente a los movimientos feministas republicanos. En términos generales, este ideal se caracteriza por cuestiones como la imposición de la reclusión femenina al ámbito doméstico y la sumisión al esposo, la no-participación en la vida pública, la exaltación de atributos como la dulzura o la pureza (frente al modelo imperante de hombre aguerrido que habíamos visto en Ardor guerrero), o la idea de mujer como transmisora de los valores del régimen a sus hijos. En el texto de Delibes, este paradigma estatal de mujer se evidencia constantemente a través del comportamiento habitual de Carmen (tanto es así que le reprocha a Mario no haber sido el tipo de marido esperado por el franquismo) y de sus afirmaciones acerca de cómo entiende su papel en el mundo:

Saber pisar, saber mirar y saber sonreír, no cabe, me parece a mí, resumir el ideal de femineidad en menos palabras (76); ¿para qué va a estudiar una mujer? (75); una chica universitaria es una chica sin femineidad (75); para una mujer la pureza es la prenda más preciada (187); una mujer es un ser indefenso (175); lo que quiero hacerte ver, Mario, es que entre hombre y mujer hay un instinto, y las chicas con principio, las honradas, las que somos como se debe ser, gozamos excitándole en los hombre pero sin llegar a mayores (219); ya sé que en el extranjero trabajan las chicas, pero aquello es una confusión, ni principios ni nada, que debemos defender lo nuestro hasta con las uñas si fuera preciso. (77)

En definitiva, ya que ha sido modulada sobre la base de estos parámetros, Carmen se halla en una situación inconsciente de resignación y de sumisión, y por ello, encarna al prototipo de mujer anulada, encerrada, sujeta a las reglas del universo cerrado franquista. Por ello, se puede decir que, más allá de su cerrazón mental y de la intransigencia de sus

ideas, se esconde una mujer oprimida por las circunstancias políticas, menoscabada por una pésima educación y, seguramente, incapacitada para desarrollarse como sujeto libre e independiente. Como apunta el autor Fernando Morán en su análisis de Carmen: “El dramatismo del personaje reside en que ha sido condicionado para vivir en un mundo injusto y limitado. No ha sido educada para la libertad y la responsabilidad” (Morán 398).¹¹² De este modo cabe entender, pues, el verdadero conflicto íntimo que presenta este personaje: un conflicto entre una ideología internalizada/impuesta por el régimen y el sentimiento de culpabilidad ante una supuesta infidelidad que es, en última instancia, la auténtica finalidad de su monólogo. Como explica Melissa Dinverno:

Ultimately, through Carmen’s writing of identity, the novel embodies the subjection and repression carried out as part of the regime’s own identity-building project, as well as the painful struggle of many real women to define themselves within the context of Francoism and its re-education programmes. (52)

Como se ha visto hasta ahora, Carmen encarna al sujeto normativo preconizado por la ideología más conservadora e inmovilista, pero ello no es óbice para que, ya en la década de los sesenta en que se desarrolla la obra, no se haya sumado con entusiasmo a la nueva cultura del consumo y del materialismo. Es decir, mientras por un lado se resiste y se opone radicalmente al proceso de transformación social, siendo habituales en ella frases como “todo está ahora patas arriba” (89), “estamos perdiendo el sentido de la moral” (115) o “con lo tranquilos que estábamos” (115), por otro lado se muestra

¹¹² Cabe señalar, adicionalmente, que algunos autores han sugerido analizar a Carmen como víctima del comportamiento inflexible y autoritario de su marido. Así, como señala Miguel García-Posada, “Mario era un marido todopoderoso y autoritario a su manera” (124), y por tanto, no es inocente de la situación de su esposa. Desde este punto de vista, resultaría loable su postura de rebeldía ante el franquismo y ante el materialismo de la nueva sociedad de consumo pero, al mismo tiempo, se podría argüir que somete a su esposa a su autoridad y que no cede, de forma un tanto egoísta, ante ninguna de sus necesidades. Sin negar del todo la validez de este argumento, a mi entender la situación de Carmen viene determinada, antes que a la actitud misógina de Mario, a la discursividad social y cultural imperante en la España de Franco.

entregada a la nueva fiebre consumista, siendo sus mayores aspiraciones ir de veraneo, comprar un nuevo piso y, por encima de todo, adquirir un coche. El coche, como para el común de los españoles en estos años, se convierte en su verdadera obsesión, aunque sea el más utilitario de todos: “yo no te digo un Mercedes [...] pero qué menos que un Seiscientos” (106).

Finalmente, Mario, además de encarnar un pensamiento progresista, se presenta como el paradigma de sujeto paralizado y amedrentado por el sentimiento de miedo, es decir, como un individuo que, en rigor, también ha sido modulado por el franquismo. Es posible pensar que este personaje también es, hasta cierto punto, víctima de sí mismo, de su propia rigidez e inflexibilidad, o incluso, como Antonio Vilanova resalta, de un cierto “puritanismo intransigente” (161), y sin embargo creo que, en lo esencial, se trata de un hombre asfixiado y sometido por la dictadura. Como ya lo expuse anteriormente, uno de los aspectos productivos de la mecánica represiva era el miedo paralizante en la medida en que, una vez interiorizado por el sujeto, impedía el desarrollo de la resistencia política activa. Desde esta perspectiva, Mario, aunque forma parte de una oposición en pugna con los aparatos ideológicos del régimen, a su vez no deja de estar sometido en virtud de los efectos devastadores que se derivan de la maquinaria represiva franquista. Así pues, mientras Carmen puede leerse como el sujeto fabricado por los mecanismos biopolíticos, Mario es, en cambio, el sujeto reprimido y silenciado, excluido de la historia y sumido en un estado depresivo ante la imposibilidad de actuar sobre la realidad que le rodea. En este sentido, resulta simbólico su silencio a lo largo de la obra, ya que su voz sólo nos llega a través de los pensamientos de su esposa, y al mismo tiempo, como se aprecia en el texto,

Mario no aparece descrito por sus compañeros como un muerto, sino, significativamente, como un ahogado.

La Gallina Ciega: los efectos del franquismo en la sociedad española según el diario de Max Aub

Transcurridos treinta años de destierro, desde su expulsión originaria en las postrimerías de la guerra civil hasta el presente de 1969,¹¹³ Max Aub finalmente pudo conseguir un visado del gobierno franquista para realizar un viaje por la península, con el pretexto de realizar una investigación sobre Luis Buñuel, otro intelectual exiliado sobre cuya figura estaba planeando escribir un nuevo libro. Así, el autor del El laberinto mágico llegó al aeropuerto de Barcelona un 23 de agosto, y a partir de las notas/grabaciones de su recorrido por España (Barcelona, Valencia, Zaragoza y Madrid), más tarde, ya regresado a México, escribió y publicó un diario, o si se prefiere una novela en forma de diario,¹¹⁴ en el que presenta sus impresiones sobre la experiencia del retorno y, en lo que aquí me interesa, sobre la realidad social y política que encontró en España a finales de los años sesenta. Abierta por tanto a diferentes lecturas, entre las cuales las más habituales han girado en torno al fenómeno del exilio y/o a la ontología del sujeto ante la experiencia del

¹¹³ Como se sabe, después de la guerra civil Max Aub se exilió en México después pasar varios años en diversas cárceles y campos de concentración, tanto en Francia (bajo el régimen de Vichy) y en el norte de África (Djelfa). De sus vivencias en los campos dejó constancia en diversos relatos como el “Manuscrito cuervo: historia de Jacobo” y “El limpiabotas del Padre Eterno,” o en el poemario Diario de Djelfa. Tras ello, cuando por fin consiguió escapar, recaló en la Ciudad de México, donde viviría hasta su muerte en 1972.

¹¹⁴ En realidad, La gallina ciega puede ser inscrita, según han apuntado diversos críticos literarios, como epílogo o como la última novela del ciclo narrativo El laberinto mágico. Así, Ignacio Soldevilla Durante señala que “estilísticamente, y tanto por las estructuras como por los contenidos, La gallina ciega podría ser una novela-diario de la misma manera que cualquiera de sus novelas del mismo ciclo” (Soldevilla Durante 153). Igualmente, Manuel Aznar Soler, en su estudio introductorio, propone que el diario aubiano “se convierte de hecho en una <novela> más de El laberinto mágico que Max Aub debiera haber titulado, por ejemplo, Campo oscuro o Campo de sombras” (Aznar Soler 18).

desarraigo (Soldevilla Durante, 1975; Naharro-Calderón, 1993; Sainz, 2005), esta obra también constituye, en esencia, una desgarradora observación de cómo la población española ha sucumbido a las nuevas formas de racionalidad política del tardo-franquismo. Con una mirada que contempla desde los márgenes del exilio, desde un afuera-símbolo del legado republicano vencido en la contienda, Max Aub da cuenta de una sociedad que parece haberse alineado con los vencedores a través de la cultura del consumo y del bienestar. Una sociedad que, sumida en la mediocridad cultural e intelectual, ha sido despojada de su anterior espíritu de lucha y del compromiso ideológico de su época. En otras palabras: describe un mundo diseñado, generado y dirigido por unas tecnologías biopolíticas que, integradas por el poder franquista dentro del nuevo orden tecnocrático-espectacular-neocapitalista, han penetrado las conciencias, producido nuevas formas de vida y generado subjetividades en consonancia con los nuevos intereses. De este modo, en esta novela, o diario-novela, no tenemos tanto una aproximación al desarrollo interno de tales tecnologías, sino, antes bien, a sus efectos, a sus consecuencias, a esa colectividad que han logrado modular.

En efecto, como indica el párrafo con que Max Aub comienza la obra, el general Francisco Franco y su dictadura será la temática subyacente a la escritura de La gallina ciega, el subtexto específico que “debe leerse en filigrana a través de todas las hojas” (103) a través de toda la obra. En este breve exordio, el dictador se erige como la figura indiscutible que “durante más de 30 años supo llevar a España por el camino que le señaló, en 1936, su ex jefe, en Salamanca; el del silencio y la ignorancia” (103), es decir, como el gran discípulo que tomó el testigo del famoso exabrupto de Millán Astray, “¡muera la inteligencia!” y lo difundió a toda una población, tal y como indica Manuel

Aznar Soler en las notas a su edición (103). En razón de esta constatación, pues, puede afirmarse que uno de los motivos esenciales de Max Aub es denunciar el estado de desinformación y de no-pensamiento crítico en que se hallan sumidos sus compatriotas, así como poner de relieve la conducta resignada, conformista y autocomplaciente que, irremediabilmente inoculada por los aparatos ideológicos del franquismo, se puede apreciar en el conjunto de la sociedad española.

Desde la llegada de Max Aub al aeropuerto de Barcelona, se produce el inevitable desencuentro entre el pasado histórico perdido que “uno ha inventado o, mejor dicho: rehecho en el papel” (115) y la nueva realidad, radicalmente diferente, a la que tiene que enfrentarse: “¿esto es España?” (118), “España ha cambiado del todo en todo” (540). En un primer momento, las transformaciones se perciben a simple vista, en la superficie: las circunstancias del presente español aparentan estar homologadas a los países europeos del entorno, con arquitecturas modernas, avances tecnológicos e industriales, flamantes carreteras, aglomeraciones de automóviles y de individuos vestidos de acuerdo a las nuevas modas. En este aspecto, el narrador advierte que España (una vez que la dictadura ha escogido el camino de la liberalización económica) ya no es (aparentemente) tan diferente de otros lugares. Sin embargo, los cambios materiales advertidos serán pronto problematizados hacia un sentir más profundo, más difícil de discernir, pues bajo la calma aparente, más allá del progreso recién inaugurado, Max Aub descubre una población sumida en el conservadurismo, complaciente con el orden político establecido, desideologizada y desmemoriada o, como él mismo dice, sumergida en una “atonía total” (563).¹¹⁵ Así, aunque siempre reconoce que lo lógico es que haya habido cambios a lo

¹¹⁵ Como lo expresa en diversas ocasiones, Max Aub ya había imaginado y se había informado de las transformaciones políticas y del escenario social que se iba a encontrar en España. En este sentido, unos

largo de los años, más aún cuando España acaba de integrarse al ámbito mundial del capitalismo, y asimismo es consciente de la más que probable idealización de su propio pasado individual, no obstante constata una diferenciación con respecto a otros lugares, algo muy distinto que tiene que ver, claro, con la especificidad del contexto histórico y político español:

No es el progreso, no es el turismo sino algo más profundo. «Nos los han cambiado.» No han variado, no los han alterado, los trocaron. ¿Veo molinos en vez de gigantes? No sólo el español es variable, lo sé; pero no hay camaleón que cambie así de colores; en treinta años vinieron a otro uso y cambiaron su natural inclinación; su cortesía fue cambiada por otra, casi todo tomó otro semblante. (597)

De entrada, en la España que se encuentra Aub se aprecia una total borradura de la memoria histórica de la contienda y del exilio. Desde las primeras páginas del libro se lamenta de ello:

Estuve el mayor tiempo posible con gente joven o que lo fue hasta hace poco; extraños y familiares: ninguno me preguntó nunca nada acerca de la guerra civil. Los periodistas, me hicieron más de cincuenta entrevistas, en ninguna me preguntaron –aunque fuese para su acervo particular –nada acerca de la contienda. Me moví entre «intelectuales» casi siempre: nadie me preguntó acerca del *Guernica* o de *Sierra de Teruel* que, desde el punto de vista artístico, fueron –seguramente –las obras más importantes que se produjeron –por un español en Francia, por un francés en España – durante la guerra civil. (106)

Como vemos, no se refiere a sujetos fascistas y nacional-católicos adeptos al poder (como sucedía, por ejemplo, con Carmen en Cinco horas con Mario), sino a una colectividad, compuesta sobre todo por las minorías cultas y por los estratos juveniles (algunos asociados ideológicamente a la izquierda), que igualmente parecen haber

años antes ya había escrito una obra teatral, La vuelta, que presenta similitudes con La gallina ciega. Pero aún así, la desoladora impresión que se lleva de sus compatriotas y de la vida bajo el franquismo supera con creces todo aquello que anteriormente había previsto.

asimilado el discurso hegemónico oficial. Discurso que, en lo referente a lo histórico, no se basa ya en las memorias de los vencedores ni las mitologías patriótico-imperiales impuestas durante los tiempos de la autarquía, sino, de modo muy diferente, en el olvido deliberado del conflicto y de la posguerra (“no quieren saber nada con lo pasado. Quieren olvidar lo sucedido. No saber” (252)). En esta década de los sesenta, como ya lo expuse anteriormente, la desmemorización colectiva fue una de las estratagemas biopolíticas impulsadas por las autoridades de los nuevos gobiernos tecnócratas-desarrollistas y, de modo particular, por el Ministerio de Información y Turismo presidido por Manuel Fraga Iribarne. Así pues, frente a esta amnesia colectiva, nuestro protagonista, que sigue estancado en el ambiente politizado y dinámico de los años treinta y que, como apunta Manuel Aznar Soler, viaja “con la memoria de la dignidad republicana en su equipaje y se siente en todo momento representante de una España exiliada y democrática que no pudo ser” (9), parece ser el único que cuestiona la elipsis histórica y que reconoce las ruinas sobre las que se ha construido el nuevo país. Para él, por debajo de esta España tan radicalmente diferente, erigida sobre el mundo que abandonó hace treinta años, subsisten sin haberse borrado del todo, como en un palimpsesto, las marcas anteriores: “¿Cómo puedo ponerme a juzgar si estoy mirando –viendo –lo que fue y no puedo ver, más que como superpuesto, lo que es?” (138). A partir de esta mirada, como si fuera el ángel de la historia de Walter Benjamin, una y otra vez vuelve la vista al pasado de la guerra (al suyo propio), reivindicando los restos silenciados y las múltiples imágenes oprimidas que se esconden bajo la nueva temporalidad, vacía y homogénea, que encarna el progreso tecnócrata-desarrollista ("Theses on the Philosophy of History" tesis IX y XIV). De esta manera, Max Aub reivindica a los prisioneros republicanos que horadaron y levantaron el

Valle de los Caídos (360), a los españoles que fueron deportados a Mauthausen (352), a las víctimas de la batalla del Ebro al pasar en coche por Aragón (427), a los soldados que evacuaron los cuadros de Museo del Prado (121) y, sobre todo, a los intelectuales y a los escritores del exilio que, como él mismo, han sido obliterados del dominio cultural de la nueva España. En contra de este silencio inducido por los aparatos franquistas, Max Aub alza, pues, su propia memoria vencida, una contra-memoria exiliada que no encuentra su lugar en el presente, para remover las cenizas del pasado y recordar a las víctimas de la historia.

En relación con este proceso de desmemoria están la despolitización colectiva y el grado de complicidad civil hacia el nuevo contexto de la dictadura. Pues la desaparición en el imaginario colectivo de la memoria histórica de la guerra conlleva irremisiblemente, para Max Aub, el derrumbe de los ideales republicanos de la libertad, de la democracia, de la justicia social, o de la cultura como forma de emancipación: “España ha dejado de ser romántica: ya no es la de: ¡Victoria o muerte!, o si quieres, la de ¡no pasarán!, sino la de la mediocridad mejor o peor; es la España del refrigerador y de la lavadora; la vieja de pan y toros, del fútbol y la cerveza” (131). Así pues, de acuerdo a la ya comentada noción de “hegemonía” de Gramsci, se puede decir aquí que el franquismo ha logrado generar la aprobación de la población hacia la dictadura, es decir, ha logrado una hegemonía no sólo política (obtenida por medio de los aparatos represivos de coerción), sino además cultural e ideológica. En La gallina ciega, esta hegemonía ideológico-cultural se evidencia en cómo la mayor parte de la población ha interiorizado la retórica oficial de la época, en particular los dos discursos dominantes usados por el régimen como mecanismos legitimadores y propagandísticos: el mito de los veinticinco años de pacificación y el

llamado “milagro económico.” Abandonado el proyecto imperial-autárquico, y suavizados los rigores del nacional-catolicismo más asfixiante (“se ven pocos soldados y escasos sacerdotes de sotana” (334), dice Max Aub), el nuevo lenguaje político del franquismo se centró en anunciarse como un Estado de orden, paternalista e integrador, que habría hecho posibles la expansión económica y la coexistencia pacífica del pueblo español. Para Aub, no cabe duda que sus ciudadanos han sucumbido a la influencia y a la manipulación de estos parámetros discursivos: “Es curioso cómo eso de los veinticinco años –o treinta –años de paz ha hecho mella, o se ha metido en el meollo de los españoles. No se acuerdan de la guerra –ni de la nuestra de la mundial –han olvidado la represión o por lo menos la han aceptado” (251). Asimismo, dados los evidentes avances económicos, entre los que Aub destaca el impulso obtenido del aflujo turístico o el incremento del nivel medio de vida, el discurso economicista parece haber sido agenciado por casi todos. Sumamente gráfica es, a mi modo de ver, la conversación que mantiene con uno de sus sobrinos valencianos, quien, sin ser ni mucho menos un adicto al franquismo, resulta ser el paradigma de sujeto conformista que se siente atacado por la actitud crítica de su tío y que sistemáticamente reproduce los esquemas semióticos fomentados por el régimen: se vive bien (*leitmotiv* del nuevo franquismo), el pasado no importa, las ciudades españolas no tienen nada que envidiar a las de su entorno europeo, la libertad existe (o simplemente no es necesaria), etcétera (160-2). De modo que, si bien Aub no se relaciona con personajes abiertamente fascistas, no obstante dibuja una sociedad anestesiada en su conjunto, profundamente materialista, habitada por sujetos que se sienten a gusto con las nuevas circunstancias, orgullosos de la prosperidad y del bienestar, satisfechos de un Estado que les brinda una cierta seguridad ciudadana (pese a

la ausencia de las libertades formales), y desprendidos de todo interés por lo histórico y por el compromiso político:

Ignoran la libertad, no tienen ideas políticas –y de las otras, pocas-, comen a su gusto. ¿Qué más pueden pedir sino comer mejor y pisar calles más anchas? Las tienen, van a misa –tarde- para que acabe la obligación más pronto, hablan alto, toman vermut, cerveza, vino, juegan a la lotería, se apasionan por el fútbol y lo demás les tiene sin cuidado, como no sea la salud (190). No notan nada especial en la atmósfera, respiran a gusto, no se meten en nada. Aquí ya nadie se mete en nada. No se carece de cuanto se pueda sopesar, vestir o comer. Las carreteras están cuidadas y han plantado, cada cien o doscientos metros, una pareja de la Guardia Civil, como espantapájaros. Todos se sienten seguros.” (421)

Estamos, desde mi punto de vista, ante lo que Teresa Vilarós ha denominado “la banalidad como el modo de circulación biopolítica de la era postmoderna” (41), es decir, un tipo de tecnología biopolítica neoliberal-capitalista que se basa en lo superficial y en la desideologización del individuo como fórmula biopolítica de sujeción y de producción, y que es impulsada mayormente a través de los espectáculos mediáticos del entretenimiento y de la cultura del consumo (y que, en el caso concreto de la España franquista, según indica esta crítica, fue realizada por mediación del deporte-espectáculo, las españoladas, la industria del turismo de masas, etcétera). Desde esta perspectiva, como se desprende a lo largo de La Gallina ciega, ya no se anuncia como hegemónico el individuo fascista o nacional-católico altamente politizado, sino que, al contrario, se apuesta por una subjetividad definida por el apoliticismo, por la vacuidad, por lo banal:

El caparazón de ignorancia que el régimen ha echado sobre cada español medio –de plomo e incienso –es quizá, para ellos, la definición de la felicidad (183); Vivís grises en la mediocridad más nebulosa, en la ignorancia del orgullo de lo mediocre (379); la mediocridad es muy buena para los mediocres y aquí el Estado los fabrica (261); la habilidad del régimen ha sido dejar en babia a casi la totalidad del país” (315); habida cuenta que su única renovación ideológica es suprimir los principios nacional-sindicalistas que, hasta la fecha, la han venido inspirando: la

mecánica alentadora del sistema cultural amplía su sujeto pasivo, y refina –tecnocráticamente – sus métodos de acción. (591-2)

Derivado de lo anterior, otro de los sentimientos inoculados con éxito por la maquinaria biopolítica franquista es el renovado espíritu esencialista patriótico que se aprecia en el común de los españoles. Un patriotismo que, más allá de su singularidad anterior (de vocación imperial y nacional-católica), ahora, en cambio, tiene un matiz económico y popular/costumbrista que se deriva de los logros materiales alcanzados y que es esencialmente canalizado a través de la celebración del bienestar y del espectáculo (deporte, festivales de Eurovisión, gastronomía, carreteras, etcétera). De ahí la pregunta constante que le irrita a Aub, “¿Qué te parece España?, ¿Qué te parece esto?” (394-5) y que, indefectiblemente, denota una ausencia de todo interés hacia su figura y, por ende, hacia todo aquello que dicha figura representa (lo exterior, lo histórico, lo discordante). Una pregunta que, en palabras del crítico Soldevila Durante, esconde tras de sí una enorme carga de “narcisismo satisfecho, de saber lo que un muerto resucitado puede asombrarse al encontrar que todo va bien en el mejor de los mundos” (170), es decir, que expresa una realidad compuesta por sujetos que no ven más allá de sí mismos, satisfechos del progreso económico e ignorantes del mundo exterior. Como sarcásticamente dice Aub sobre ellos, son españoles “chapados a la nueva [...] por la gracia de Dios para los que no hay nada fuera de Vitigudino” (340). A lo largo de la obra Max Aub detecta en ellos un patente chauvinismo castizo que consiste en creer que se posee la mejor gastronomía, los mejores espacios para el turismo, los mejores equipos de fútbol, las costumbres más envidiadas por el resto del mundo, etcétera.

Recordemos: toda vez que España ha ingresado en la geopolítica del capitalismo neoliberal, el régimen español se decanta definitivamente por una modalidad biopolítica basada en la producción de modelos de vida acordes a sus nuevas circunstancias. Así, en este tránsito de una sociedad hegemónicamente disciplinaria a una de control, en la cual la captura y la dominación del individuo se ejerce por medio de los aparatos mediático-tecnológicos (televisión, radio, cine, publicidad) ya no será preciso someter al sujeto a la vigilancia y al castigo, dado que lo que se busca es lograr que involuntariamente deje de interesarse por todo aquello que no es normativo. Se trata, entre otras cuestiones, de infundir la ilusión de que es un sujeto autónomo que libremente satisface sus necesidades consumistas: “lo que sucede es que los españoles han perdido hace tiempo la idea de lo que es la libertad. Se creen libres porque pueden escoger, el domingo, entre ir a los toros o al fútbol” (180). De modo similar, en relación al desinterés colectivo hacia el pasado de la contienda, Max Aub escribe: “Nada lo impide, sencillamente no les interesa [...] les importa lo que ven. Lo que cuenta es ir al cine o ver comedias de Paso” (339). En suma, para el régimen deja de ser imperativo reprimir sistemáticamente todo aquello que resiste y se presenta como un desafío (siempre que no sea real), en la medida en que los propios individuos, inscritos de modo inconsciente al nuevo poder, se erigen sin saberlo en defensores y participantes del orden establecido (con lo cual, además, el franquismo consigue auto-legitimarse como “democracia orgánica” y como régimen político que “permite” las libertades). Desde esta perspectiva, el aparato de censura permite, por ejemplo, que ciertas revistas saquen a la luz textos literarios firmados por los disidentes exiliados ya que, paralelamente, se han creado las bases para que dichas revistas sean ignoradas por la inmensa mayoría: “Nadie habla de ninguna de estas dos revistas. Como

si no existieran. Por algo dejan que en una y otra publiquen tanto los que estamos fuera” (214). Lo mismo ocurre con que el régimen haya accedido a que, en ocasiones, los vencidos de la guerra puedan igualmente ser considerados como víctimas, pues, al fin y al cabo, se ha conseguido que no se hable de aquello. Estamos, pues, ante una España en la que ya no domina el modelo represivo y disciplinario (aunque sigue vigente), sino, al contrario, ante una que, como explica Juan Goytisolo en su artículo sobre Max Aub, “tenía muy poco que ver con la soñada por el exilio republicano ni con la forjada en la posguerra por el general Franco y los suyos” (2), es decir, una que, contra pronóstico, se ha insertado en los modelos transnacionales de la alienación consumista y que está dominada por la lógica de la capitalismo neoliberal. Como se pregunta Max Aub refiriéndose de modo irónico a esta intersección entre una cultura postmoderna espectacular y un contexto de un régimen dictatorial fascista: ¿Era España esta oscura neblina que iba tiñéndose de no sé colorcillo rosado? (310).

En efecto, en La gallina ciega ya no se observa a una sociedad sometida a base de violencia o disciplina, pero, como el mismo Aub lo señala en varias ocasiones, esta “apertura” del régimen tenía unos límites muy claros: “Para mayor diversión pueden hablar mal del régimen cuando les dé la gana y donde quieran. Escribir sería otra cosa” (221). Hay, asimismo, referencias a la eficacia del aparato represivo policial, así como la continuidad de las liturgias nacional-católicas (como la celebración del Día de la Raza) o la legislación de una nueva ley, la “Ley de Peligrosidad Social,” que “bajo su apariencia liberal, es más represiva que la de «Vagos y Maleantes» que vendrá a abolir” (592). En verdad, Max Aub denuncia, según vemos, de que bajo la ilusoria sensación de libertad y de bienestar se esconde un Estado dictatorial y fascista que “sigue, como siempre, en el

puño del ejército” (142), y que continúa implementando todo tipo de formas violentas de represión, sin renunciar a sus orígenes nacional-sindicalistas y nacional-católicos. Pues, según quedó patente a través de los análisis de las novelas de Isaac Rosa y de Antonio Muñoz Molina, tanto las disciplinas como el poder represivo tanatopolítico seguían imperando en esta España del tardo-franquismo. Así pues, aunque se ha impuesto una versión afirmativa de la biopolítica cuya singularidad consiste en generar la inclusión y la aceptación de la mayor parte de la población, se conserva vivo el modelo hegemónico del primer franquismo –la variante tanatopolítica –que se había ejercido sobre el conjunto de los vencidos en la guerra. Asimismo, frente al régimen de disciplinas que había dominado anteriormente, ahora se ha optado por las tecnologías propias de las sociedades de control.

A grandes rasgos, los personajes que desfilan por las páginas de La gallina ciega pueden dividirse en dos grupos diferenciados: aquellos que vivieron la guerra o los años más duros de la represión (casi todos intelectuales),¹¹⁶ y las generaciones jóvenes que han crecido bajo las últimas décadas del franquismo. Lógicamente, Max Aub se entiende mejor con los primeros y, en general, muestra hacia ellos cariño y compasión por los trastornos causados por los años de represión, de miedo y de cárceles. Entre estos se encuentran personajes que, a pesar de todo, han mantenido una postura de resistencia y

¹¹⁶ Entre aquellos escritores e intelectuales que se quedaron en España o que han regresado del exilio, y con quienes se encuentra o reencuentra durante estos tres meses, están Vicente Aleixandre, Ángel González, Américo Castro o Dámaso Alonso. Hacia estos y hacia quienes muestra Max Aub su admiración y su amistad. Otros muchos, que aparecen referidos con palabras elogiosas y a quienes por una u otra circunstancia no puede ver, son Juan Goytisolo, José Agustín Goytisolo, Rafael Sánchez Ferlosio, Manuel Vázquez Montalbán, Jorge Semprún, Jaime Gil de Biedma, Martín Santos, Juan Benet o Ignacio Aldecoa, Antonio Ferrés, Blas de Otero, Alfonso Sastre o Buero Vallejo. Aparte están, naturalmente, los escritores del exilio, siempre vivos para Aub: Rafael Alberti, María Teresa León, Luis Cernuda, etcétera. Finalmente, cabe destacar el recelo e ironía de Max Aub hacia ciertos intelectuales falangistas y católicos (como Laín Entralgo) que, arrepentidos, ahora aparecen en la vanguardia de la oposición a la dictadura y que, no obstante, contribuyeron a moldear la España franquista en sus inicios (Max Aub, La gallina ciega. Diario español (Barcelona: Alba Editorial, 1995) 506-7.).

no han olvidado los valores derrotados en la contienda. Es el caso del poeta asturiano Ángel González, hijo de vencidos y niño durante la guerra, cuya figura resume bien la condición de exilio interior padecida por multitud de intelectuales que no acataron el ideario político del régimen franquista. Ante la experiencia de alienación y de derrota de quienes como él sufrieron la acción represora del régimen, el desarraigo del exilio se relativiza: “Esta es la verdad: ¿qué me he creído?, ¿Qué porque me fue mal fuera de las fronteras, a los treinta y pico de años, puedo compararme en daños con éstos que nacieron veinte años más tarde? (229). Por otro lado, muchos otros han sido doblegados y subsumidos por las circunstancias adversas, como su amigo y escritor Juan Gil-Albert, exiliado como Aub en México y regresado a finales de los cuarenta, quien se constituye en la viva imagen del sujeto arrinconado por el entorno reinante: “ya no existía, había desaparecido para todos, ya no era, había muerto desde las páginas de *Hora de España* que aquí nadie conoce y los que se acuerdan no se atreven a nombrar” (179). Finalmente, hay otros que han claudicado y que se han integrado a la situación presente, como por ejemplo Rafael Sánchez Ventura, su amigo formado en la Residencia de Estudiantes, el cual vuelve a reiterar los axiomas que Aub ha escuchado por doquier: ¿por qué no vuelves?, se vive y se come bien aquí, somos suficientemente libres, etcétera. Lo mismo ocurre con su antiguo amigo Manolo Zapater, uno de tantos sujetos republicanos a los que se les permitió redimirse (al no haber sido considerado fusilable) y que, transcurrido el tiempo, se anuncia como ejemplo de cómo el franquismo ha logrado penetrar las conciencias y ha generado el consenso entre la población:

Seguramente otras personas como él, millares y millares, piensan lo mismo. Eran hombres vagamente de izquierda, liberales, de Izquierda Republicana, admiradores de don Manuel Azaña, sin tomar partido, pero sí elementos de aquella gran masa liberal y esperanzada; hoy, pasados por

el tamiz del franquismo se asustan de lo que llaman «la libertad de costumbres». ¿Qué libertad? ¿Qué costumbres? (159-60)

Ahora bien, el sentimiento de disconformidad y de pesadumbre alcanza sus más altas cotas cuando Max Aub se refiere a los miembros de unas nuevas generaciones orgánicamente integradas e incluso identificadas con el orden político y social español. La juventud española se distingue por su pasividad y por su falta de conciencia política:

La actual indiferencia de la juventud hacia el futuro político de las instituciones es tan enorme, tan avasalladora, que no deja resquicio posible de cierta importancia –como no sea para ellos mismos –ni a la clandestinidad ni al radicalismo. Como habrás visto, los jóvenes saben mucho más de fútbol que de formas de gobierno, de jazz que de derechos humanos. Fomentando esta manera de pensar hemos conseguido una juventud sana y bulliciosa que no piensa cosas mayores y que no quiere jugar antes de tiempo a cosas de hombres. Lo curioso es que a los padres de éstos se les inculcó lo contrario y se les hizo creer que la obra nacional de Falange, del Estado, era asunto de ellos. El indiferentismo político de la juventud no es solamente un hecho sino que es un movimiento creciente. (171)

Por momentos, Max Aub se deja llevar por la indignación y parece culparlos, y los responsabiliza de su actitud a pesar de que, en el fondo, sabe que tal conducta es, en lo esencial, producto del orden político. Se da cuenta, por ejemplo, de que estos jóvenes han padecido el sistema educativo franquista y de que han crecido bajo la manipulación y el silencio y, en consecuencia, lo natural es que ignoren por completo a las generaciones anteriores: “Auténticamente, no saben nada de ellas. La culpa no es de ellos: no les enseñaron nada de ese tiempo” (345). A propósito de los efectos de dicho fenómeno educativo, Max Aub dice: “Ni Voltaire ni Marx ni Freud durante décadas (Ahora se dice que cambia [no lo advierto], pero el mal grande de 1940 a 1960 y tantos [¿cuántos?], ¿quién lo curará?” (184). Incluso, intuye que la realidad es probablemente mucho peor de lo que imagina, pues un interlocutor hace una referencia acerca de los contenidos

escolares: “compra los libros de texto de las escuelas y verás lo que es bueno” (461). En definitiva, Max Aub arremete en La gallina ciega contra la juventud española de finales de los sesenta, pero al mismo tiempo los absuelve, no los hace culpables, los reconoce como víctimas de la dictadura.

Cabe destacar que Max Aub muestra su respeto y admiración por los movimientos de resistencia y por los partidos de izquierda en la clandestinidad, así como por los obreros huelguistas y por los estudiantes comprometidos con el antifranquismo. Sin embargo, según se aprecia en algunos encuentros con ellos, incluso muchos de éstos parecen haber perdido la memoria histórica y, en consecuencia, el legado ideológico que él mismo representa. En la reunión que tiene en Valencia con un grupo de universitarios, se pone de manifiesto que tampoco ellos parecen tener ningún conocimiento acerca de los autores en el exilio, y a Max Aub le resulta deprimente, por ejemplo, la sesgada y pobre formación filosófica en la que son instruidos los estudiantes (296).

En conclusión, lo que verdaderamente perturba a Max Aub es que las actitudes que dominan en la población joven –asepsia ideológica, auto-complacencia, orgullo patriótico, conformismo, etcétera –ponen de relieve, en última instancia, la continuidad y la consolidación del régimen franquista.

CAPÍTULO III

La biopolítica como resistencia: la vida contra el poder durante la dictadura franquista

De acuerdo a la reflexión filosófica desarrollada por Michel Foucault a lo largo de sus obras centrales, dedicadas a la analítica del poder/saber y a la gubernamentalidad, la subjetividad viene a ser históricamente construida por las tecnologías de la dominación: como efecto de un proceso por el cual unos determinados discursos ideológicos-teóricos se inscriben normativamente sobre el cuerpo y la mente, por medio de los mecanismos disciplinarios y biopolíticos.¹¹⁷ A partir de ahí, como se vio en los capítulos anteriores, algunos filósofos, como Gilles Deleuze o Maurizio Lazzarato, actualizaron la propuesta foucaultiana en el contexto contemporáneo de las sociedades neoliberales del espectáculo (sociedad del control, noopolítica),¹¹⁸ y otros, como Giorgio Agamben o Roberto Espósito, desenmascararon la naturaleza biopolítica de la muerte/violencia, no prevista por Foucault, interpretándola como elemento inherente a la producción de la vida.¹¹⁹ En líneas generales, estos han sido los parámetros teóricos sobre los cuales me he apoyado

¹¹⁷ Recordemos que Michel Foucault desarrolla su teoría del poder/saber en Las palabras y las cosas, Vigilar y castigar, La voluntad de saber (primer volumen de Historia de la sexualidad) y Estrategias de poder; y en los cursos Seguridad, territorio, población, Nacimiento de la biopolítica o Hay que defender la sociedad.

¹¹⁸ En Por una política menor. Acontecimiento y política en las sociedades de control, de Maurizio Lazzarato, o en "Postscript on Control Societies," de Gilles Deleuze.

¹¹⁹ En Homo Sacer: el poder soberano y la nuda vida, de Giorgio Agamben, o en Bíos: biopolítica y filosofía y Immunitas: protección y negación de la vida, de Roberto Espósito.

hasta ahora para explorar la sociedad constituida bajo la dictadura franquista, y analizarla, a partir de ellos, como una construcción derivada tanto de la eliminación/represión de los sujetos considerados no aptos (capítulo I) como de sus estructuras de poder y aparatos biopolíticos (capítulo II).

Como se ha visto en los dos capítulos previos, el Estado franquista efectuó un enorme despliegue de dispositivos represivos y productivos –los dos vectores del poder biopolítico –que, en cierta medida, alcanzaron su objetivo de construir *su* sociedad, impidiendo la realización de otras formas de vida y subyugando a todos los españoles a sus aparatos ideológicos. Por un lado, los militares que se sublevaron contra la legalidad republicana en 1936, y que posteriormente rigieron los destinos de todos los españoles durante casi cuatro décadas, establecieron un sistema excluyente-represivo que prolongó las relaciones bélicas establecidas durante el conflicto, desencadenando una violencia extrema que tenía como objetivo la demolición del bando republicano vencido y la disuasión entre la población de toda manifestación de disidencia. Por otro lado, esa misma represión, concebida desde la óptica biopolítica, era además la condición previa para poner en funcionamiento una poderosa máquina de producción social y de la subjetividad. Así, mientras una parte considerable de los vencidos era eliminada o castigada por mediación de los aparatos tanatopolíticos, la totalidad de la población –vencedores y vencidos –era subordinada a los procedimientos “afirmativos” del poder (disciplinas, biopoder, control) cuya función era diseminar los dictados conservadores, nacional-católicos, falangistas, etc. En este aspecto, pese a la baja productividad de dichos procedimientos en los primeros años, (debido sobre todo a la distancia entre la

retórica oficial y la realidad cotidiana de los españoles),¹²⁰ más adelante, –con la mejora de las condiciones materiales, el cambio en la estrategia biopolítica (desideologización colectiva en lugar de la politización activa de los primeros años) y, finalmente, la implementación de las tecnologías del control y espectaculares –, el régimen logró incrementar sus apoyos, generar un notable consenso en torno a sus principios y, sobre todo, desmovilizar políticamente a la población.

A tenor lo visto, dada la particularidad del régimen, parecería lógico decir que no quedó terreno para el desarrollo de la heterogeneidad y de la resistencia. En primer lugar, porque la dictadura de Franco, entendida como expresión violenta de la supremacía de la España vencedora sobre la vencida, es susceptible de interpretarse como ejemplo de lo que Foucault denominó, en sus últimos trabajos, “estado de dominación,” esto es, un contexto en el que un soberano o clase social ocupa todos los espacios y prácticamente no permite la elaboración de otras formas de vida:

Cuando un individuo o un grupo social llegan a bloquear un campo de relaciones de poder, volviéndolas inmóviles y fijas, e impidiendo toda reversibilidad del movimiento –mediante instrumentos que pueden ser tanto económicos como políticos o militares –estamos ante lo que se puede denominar un estado de dominación. Es cierto que en semejante situación las prácticas de libertad no existen o existen sólo unilateralmente, o están sumamente acotadas y limitadas. (“La ética del cuidado de sí como práctica de la libertad” 395)

Así pues, como ejemplo de un “estado de dominación,” el nuevo régimen creó un escenario unidireccional, pues, en el que se reprimía sin tregua todo atisbo de disidencia y se hacía extremadamente difícil la emergencia de cualquier alternativa. Pero además, en segundo lugar, como lo indica Gregorio Morán en El maestro en el erial, hay que tener en

¹²⁰ Como veremos, esto queda perfectamente representado en la primera parte de La larga marcha de Rafael Chirbes, una de las obras analizadas en este capítulo.

cuenta que para los dirigentes franquistas no solamente “no había lugar para la disensión, por supuesto, pero tampoco para la voluntaria marginación o el distanciamiento” (98). Es decir, no era únicamente que no hubiera libertad de expresión para exteriorizar cualquier discrepancia, ni espacios posibles para manifestar la diferencia, sino que, además, nadie podía sustraerse a las maquinarias de la subjetivación, esto es, quedarse al margen del encuadramiento ideológico (organismos de la Falange, reeducación religiosa, medios de propaganda, actos patrióticos, instrucción militar, etc.).

Frente a esta asfixiante situación, dominada por la omnipresencia de la brutalidad represiva y por el control masivo de las conductas, la resistencia al régimen, como decía, se hizo extraordinariamente difícil. Y sin embargo, a pesar de todos los obstáculos, hubo múltiples espacios para articularla: como se verá en este capítulo, a lo largo la dictadura existieron permanentes expresiones de oposición y resistencia tanto individuales (formas autónomas de desafección) como colectivas (movimientos de emancipación, proyectos revolucionarios, etc.) a través de las cuales el sujeto español consiguió en muchos casos expresar la diferencia y constituirse de una forma discordante, no-normativa, opuesta a la identidad asignada por los aparatos del Estado. ¿Cómo pudieron manifestarse, entonces, dichas formas de ruptura y de rebeldía contra la dictadura?, ¿por dónde se canalizaron y de qué manera se expresaron?

De entrada, habría que pensar que incluso en la coyuntura de un poder político excesivamente violento y totalizador quedan siempre resquicios para la insurgencia: “Varsovia siempre tendrá su gueto sublevado y sus cloacas pobladas de insurgentes,” dice Foucault en un artículo publicado en el diario *Le Monde* (“¿Es inútil sublevarse?” 203). Desde esta perspectiva, según escriben Nicolás Sartorius y Javier Alfaya acerca del

régimen español, “incluso en los momentos más oscuros de la dictadura se hizo presente el combate por la libertad” (144), es decir, incluso en los años más sangrientos de la posguerra, marcados por el paroxismo destructivo y por el genocidio, hubo hombres y mujeres –como por ejemplo los maquis –que lucharon y dieron su vida por sus ideales.

Pero además de eso, y de modo más determinante, diremos, tal como lo plantean el propio Foucault o Antonio Negri, que toda relación de poder o de dominación implica también la existencia de una resistencia. Para el francés, aparte de que en toda sociedad siempre hay márgenes o residuos que se escapan al poder, en el ejercicio de dicho poder “existe necesariamente la posibilidad de la resistencia, pues si no existiera tal posibilidad –de resistencia violenta, de huida, de engaño, de estrategias que inviertan la solución –no existirían en absoluto relaciones de poder” (“La ética del cuidado de sí como práctica de la libertad” 405). Para el italiano, que recupera este mismo argumento, las relaciones de poder, al igual que lo expone Foucault, “están interrumpidas permanentemente por la resistencia de los sujetos a los cuales se aplican,” y esto, en su opinión, ocurre igualmente en los fascismos, de modo que las teorías del totalitarismo “que dan de él una versión del poder en la cual toda resistencia estaría excluida” son inexactas en la medida en que “el poder del Estado nunca es absoluto” y, recíprocamente, “siempre está compuesto por un conjunto complejo de relaciones que incluyen la resistencia a lo que él es.” De este modo, para Negri, la “pretendida <<totalidad>> absoluta de su poder es una idea mistificadora que ya es tiempo de pasarla por la crítica” (La fábrica de porcelana: Una nueva gramática de la política 44-51).¹²¹

¹²¹ El proyecto crítico de Antonio Negri –sus libros propios y los escritos en conjunción con Michael Hardt –está enfocado a estudiar las resistencias biopolíticas en el contexto contemporáneo. En opinión de Negri, en la actualidad la resistencia se ha vuelto hegemónica.

Así pues, en sintonía con esta hipótesis general, según la cual las resistencias son consustanciales al poder y se efectúan aún allí donde son sistemáticamente perseguidas, diremos entonces que también el Estado franquista estuvo permanentemente cruzado por ellas. Más aún si se tiene en cuenta, además de este esquema, la formidable presencia que habían tenido en España las ideologías republicanas y obreristas, unas ideologías que, en rigor, no iban a ser tan firmemente eliminadas como pretendía la propaganda. Rupturas y resistencias, por tanto, que iban a surgir necesariamente como respuesta a la dominación y que, al mismo tiempo, por lo menos en un principio, hundían sus raíces en esos ideales derrotados en la contienda.

En este respecto, creo que un acercamiento al franquismo en cuanto que régimen biopolítico, como se ha visto en los capítulos precedentes, no estaría completo sin tener en cuenta los límites puestos a sus maquinarias de producción social y de la subjetividad. Pero además, desde un punto de vista biopolítico, al margen de constituir limitaciones al ejercicio del poder, esas rupturas y resistencias pueden en numerosos casos interpretarse, simultáneamente, como procesos propiamente constructivos, lo cual implica, como han hecho algunos pensadores, un punto de inflexión a la hora de pensar la propia noción de biopolítica: esto es, la biopolítica, desde esta perspectiva, ya no sería entendida sólo como invasión del poder *sobre* la vida, sino, inversamente, como poder afirmativo y productivo de *la* vida contra dicho poder. Según lo explican Gabriel Giorgi y Fermín Rodríguez en el prólogo a Ensayos sobre biopolítica:

La vida es un campo de batalla donde las estrategias simultáneas de sujeción, desubjetivación e individuación propias de las tecnologías biopolíticas están en tensión con gestos de desidentificación de los propios sujetos que, a distancia de la normalización, buscan inventar nuevas posibilidades de vida. (31)

De manera similar, Negri también se refiere a la ambivalencia del concepto de biopolítica con las siguientes palabras:

¿Se trata de pensar la biopolítica como un conjunto de biopoderes o bien, en la medida en que se dice que el poder ha investido la vida, también significa que la vida es un poder, se puede localizar en la vida misma –en los cuerpos, afectos, deseos, lenguajes, trabajo, sexualidad –el lugar de emergencia de un contrapoder, el lugar de una producción (contra-producción) de subjetividad? (La fábrica de porcelana: Una nueva gramática de la política 39)

En suma, en la matriz biopolítica podemos localizar no solamente las técnicas de dominación, sino, igualmente, la reacción de la vida contra dicha dominación. De este modo, en el presente capítulo, de aquí en adelante, exploraré los procesos de resistencia que se constituyeron, por un lado, como negación de los dictados biopolíticos franquistas y, por el otro, como afirmación productiva de la misma vida. Para sustentar teóricamente estas hipótesis, antes de referirme a tales procesos, me apoyaré en los puntos de vista que han asumido varios pensadores con respecto al concepto de resistencia: las prácticas de sí (o tecnologías del yo) delineadas en las últimas obras de Foucault, la noción de “vida” –o de “una vida” –en un texto de Deleuze y, finalmente, el *otro* enfoque biopolítico que han desarrollado, principalmente, Negri y Hardt.

En efecto, los últimos trabajos de Foucault suponen una suerte de complemento a su propia teoría del poder a partir del cual, sin contradecir todo lo anterior, se propone la existencia paralela de otras tecnologías no ejercidas sobre el individuo desde afuera, sino aplicadas interiormente por cada cual sobre sí mismo, como una manera de auto-gobierno o de regulación de la propia conducta. Así lo decía Foucault en su ensayo “Sexualidad y soledad:”

De lo que me dí cuenta, poco a poco, es de que existe en todas las sociedades otro tipo de técnicas: las que permiten a los individuos efectuar, por sí mismos, determinado número de operaciones sobre su cuerpo, su alma, sus pensamientos y sus conductas, y de esta manera producir en ellos una transformación, una modificación, y alcanzar cierto estado de perfección, de dicha, de pureza, de poder sobrenatural. Llamemos a estas técnicas, las técnicas de sí. Si se quiere analizar la genealogía del sujeto en la civilización occidental, se deben tener en cuenta no sólo las técnicas de dominación, sino también las técnicas de sí. Se debe mostrar la interacción que se produce entre ambos tipos de técnicas. Quizá insistí demasiado, cuando estudiaba los asilos, las prisiones, etc., en las técnicas de dominación. ("Sexualidad y soledad" 228)

De esta manera, el pensador francés sentaba las bases para una interpretación del sujeto no tanto como un ente pasivo, diseñado desde las esferas del poder en base a unos discursos institucionalizados, y construido biopolíticamente por agencias exteriores a sí mismo (pedagogía, medios de comunicación, organizaciones religiosas, administrativas, médicas, etcétera), sino, al contrario, como un ser activo que puede negociar consigo ese patrón impuesto por los aparatos del poder/saber y constituirse a partir de sí mismo. Por tanto, las prácticas de sí son mecanismos que construyen la propia subjetividad más allá de los dispositivos de dominación, si bien, al decir de Foucault “no son, sin embargo, algo que el individuo invente. Se trata de esquemas que encuentra en su cultura y que le son propuestos, sugeridos, impuestos por dicha cultura, su sociedad y su grupo social” (“La ética del cuidado de sí como práctica de la libertad” 404). De esta forma, las técnicas de sí no son exactamente sinónimas de disidencia o rebelión pero, al convertir al individuo en un sujeto con agencia propia, que despliega cierta autonomía con respecto a las fuerzas externas, en ellas puede intuirse entonces el germen de la resistencia. De este modo, como afirma Foucault en Hermenéutica del sujeto: “no existe otro punto de apoyo,

primero y último, de resistencia al poder político que el que se encuentra en la relación de uno consigo mismo” (La hermenéutica del sujeto 81).

Por su parte, Deleuze, en su último texto “La inmanencia: una vida...”, se refiere a la vida como fuerza “portadora de los acontecimientos o singularidades que no hacen más que actualizarse en sujetos y objetos” (“La inmanencia: una vida...” 38). Es decir, más allá de la vida que puede ser subjetivada por las máquinas del poder estatal – sobrecodificada, o territorializada, para decirlo con su propio lenguaje –, habría en cada individuo un poso de vida –“una vida” – irreductible, una “esencia singular” o un puro “campo de inmanencia absoluta” que no se deja atrapar y que, así, puede transformarse en otras “virtualidades” (35-38).¹²² Así pues, frente a la identidad/subjetividad asignada por los aparatos biopolíticos, la vida del sujeto es también una potencia de devenir –o de cambio –que no está completamente dada desde afuera. Desde ahí, cabe pensarse, surgirán las líneas de fuga, las máquinas de guerra, etc.

La vida, pues, presenta un carácter de reversibilidad en relación al poder: de una parte, lo viviente –el cuerpo y la mente –es el objetivo primordial de las estrategias de la normalización y de los aparatos represivos (Foucault, Agamben o Espósito); y, de la otra, puede ser también el terreno de las tecnologías de sí (último Foucault) o de una fuerza afirmativa desde donde se efectúan otras posibilidades de estar en el mundo (Deleuze). En este segundo acercamiento (Foucault-Deleuze), en verdad, puede verse la base de la noción de biopolítica –o de resistencia biopolítica –que han propuesto los teóricos Toni

¹²² Deleuze ofrece como ejemplos de esa vida no subjetivada –y de la que pueden surgir otras virtualidades –la vida de lo recién nacidos y el último soplo de vida en un hombre moribundo en una novela de Dickens Gilles Deleuze, “La inmanencia: Una vida...” Ensayos sobre biopolítica: Excesos de vida (Buenos Aires: Paidós, 2007) 33-39.

Negri y Michael Hardt.¹²³ En líneas generales, se trata de una propuesta más optimista, que considera la biopolítica en un sentido afirmativo, como reacción de la vida contra la dominación, alterando dicho dominio y articulándose como un motor de creatividad y producción “biopolítica”.¹²⁴ Como decía antes, esta noción de la biopolítica consiste en la subversión de las cadenas del poder para investir, en su lugar, otras posibilidades y otros mundos posibles. Tal como lo expone Negri en su artículo “Postmodernidad y libertad”:

La resistencia o es producción de subjetividad, constitución de nueva realidad, o no es. La resistencia es una alternativa radical a la colonización capitalista de la vida, pero puede serlo sólo en la medida en que sea apropiación de lo común (esto es, de las condiciones en las que vivimos), o bien capacidad de romper, radicalmente pero de forma original, ingenua, espontánea, autónoma y autofundante, con el orden dado. (“Postmodernidad y libertad” 189)

En particular, su concepto de “monstruo biopolítico” –presentado ampliamente en el ensayo “El monstruo político. Vida desnuda y potencia,” –desarrolla esta hipótesis de la resistencia como producción de subjetividad. Tal “monstruo biopolítico” (que es una metáfora de la multitud o del cuerpo social formado por los excluidos por el poder), se presenta, por una parte, como “destructor de toda teleología eugenésica” y, por la otra, como un poder revolucionario constituyente del “*vivir común*” y de un “*nuevo cuerpo*” (“El monstruo político. Vida desnuda y potencia” 134-8). A grandes trazos, para Negri, el monstruo biopolítico es “una alternativa ontológica contra la pretensión eugenésica del poder –lo que en el siglo XX se ha llamado *movimiento comunista*: lo que el rico, el

¹²³ A este acercamiento que toman Negri y Hardt, en el cual la vida se concibe como poder afirmativo y como motor de la producción de subjetividad, habría que añadir también a otros teóricos como Maurizio Lazzarato o Paolo Virno. Vemos entonces que el estudio de la biopolítica ha dado lugar a dos grandes bloques epistemológicos, abriendo así un interesante debate en torno a dicha categoría. Para una reflexión acerca de estos dos registros encontrados, véanse los artículos

¹²⁴ Aunque el propio Foucault, en una entrevista hacia el final de su vida, ya se refirió a la resistencia como instancia de producción: “no es únicamente una negación: es un proceso de creación; crear y recrear, transformar la situación, participar activamente en el proceso, eso es resistir.” En Michel Foucault, “Michel foucault, una entrevista,” *Estética, ética y hermenéutica* (Barcelona: Paidós, 1994) 423.

patrón, el capitalista han mirado con desprecio, con odio, a veces con terror (107), que se manifiesta mostrando su “resistencia ante toda tentativa de sometimiento de su potencia; y también más allá de la resistencia, reivindicando la plenitud y la riqueza de las pasiones de la vida” (135). Así, se constituye como una fuerza revolucionaria que esquiva los dictados del Estado y, al mismo tiempo, los desborda y los cambia con nuevas propuestas “biopolíticas”. En resumidas cuentas, es “la potencia común del ser” (139), creativa y productiva, desde la que se articulan nuevas formas colectivas de vida, de subjetivación común, etc.¹²⁵

En consonancia con todo lo anterior, lo que trataré de buscar en este capítulo (de la mano de filósofos como Foucault, Negri o Deleuze, entre otros) será, pues, ese doble proceso resistente de desidentificación y de producción de la subjetividad, viendo hasta dónde se pudo durante el franquismo rechazar la modelización de la identidad normativa, de qué manera la vida emergió como poder para no hacer aquello que dictaban las nuevas autoridades franquistas y, asimismo, cómo se constituyeron otras formas de estar en el mundo y, finalmente, los diversos movimientos políticos de oposición al régimen. Sin

¹²⁵ Finalmente, habría que añadir que otros filósofos como Jacques Ranciere, desde una perspectiva similar (aunque no inmediatamente biopolítica), sugieren igualmente que la resistencia (la distorsión, para decirlo con su terminología) implica un movimiento en un doble sentido: la desidentificación con el modelo identitario estipulado por el aparato policial (Ranciere se refiere así al Estado) y, luego, la (re)identificación hacia un nuevo campo de experiencia. Para este filósofo, existen dos lógicas en lo que generalmente se conoce bajo el nombre de política. En primer lugar, una primera lógica –de alguna forma es análoga a la racionalidad biopolítica en Foucault –, a la cual denomina genéricamente *policía* u *orden policial* y que básicamente consiste en un “conjunto de procesos mediante los cuales se efectúan la agregación y el consentimiento de las colectividades, la organización de los lugares y funciones y los sistemas de legitimación de esta distribución” (43). En segundo lugar, a esta primera lógica opone una segunda, de algún modo es parecida a la teoría de la resistencia como producción biopolítica en Negri, a la que simplemente denomina *política* o *subjetivación política*: “la subjetivación política produce una multiplicidad que no estaba dada en la constitución policial de la comunidad, una multiplicidad cuya cuenta se postula como contradictoria con la lógica policial (52). Para Ranciere, esta segunda lógica es la que realmente constituye la actividad política (la distorsión, el enfrentamiento mismo, la lucha de clases) y así, la política como tal supone hacer emerger nuevas formas de subjetivación o de identificación que rompan con las establecidas: “Por subjetivación se entenderá la producción mediante una serie de actos de una instancia y una capacidad de enunciación que no eran identificables en un campo de experiencia dado, cuya identificación, por lo tanto, corre pareja con la nueva representación del campo de experiencia” (52). En Jacques Ranciere, El desacuerdo. Política y filosofía (Buenos Aires: Nueva Visión, 2007).

embargo, con el fin de evitar la confusión, y asimismo para conservar la coherencia con los capítulos anteriores, mantendré la semántica foucaultiana del *poder biopolítico* (como aquellas producciones normativas de vida llevadas a cabo por el Estado franquista) y, en cambio, usaré el término *resistencia* para referirme al centro de la reflexión que propongo explorar en este capítulo.

En los primeros años, lógicamente, la resistencia al régimen de Franco hay que rastrearla en el colectivo republicano derrotado que había defendido los ideales de la libertad y de la democracia en la contienda. Sin embargo, debido al miedo y a la miseria imperante, la disidencia fue enormemente dificultosa y la oposición organizada escasa y dispersa. Fue una etapa, por tanto, en la que no hubo alternativas políticas a la subsunción de la sociedad bajo la biopolítica/tanatopolítica del franquismo con la salvedad de ciertas resistencias marginales como el movimiento guerrillero y algunos atisbos contestatarios en el ámbito laboral. Otra cuestión, por supuesto, fueron las vidas reales y las pequeñas resistencias individuales de tantos ciudadanos que, a pesar de la precariedad y de estar siempre invadidas por la angustia, se desarrollaron por fuera de la maquinaria fascista y nacional-católica. En ellas se podrán localizar las técnicas de sí delineadas por Foucault y la capacidad afirmativa de la vida en el sentido de Deleuze.

Más adelante, en la segunda parte del franquismo, las nuevas circunstancias (el final de la autarquía, el relevo generacional, un cierto aperturismo, etc.) permitieron que los movimientos antifranquistas se reactivaran y se reorganizaran, incluso incorporando a sus filas a parte de los hijos de los vencedores. Aunque la represión no cedió un ápice en estos años (incluso se incrementó y se declararon varios estados de excepción), dichos movimientos, en efecto, pusieron en jaque a las autoridades a lo largo de los sesenta y

tuvieron una significativa relevancia en los últimos momentos de la dictadura. Dicho esto, como ya se vio en el comentario de La gallina ciega de Max Aub, la mayor parte de la ciudadanía había sido minuciosamente desideologizada por las nuevas estrategias de control franquistas y, en consecuencia, los grupos políticos organizados que desafiaron abiertamente a la dictadura, formados por los sectores más concienciados de la clase obrera y de los estudiantes, no dejaron de ser una minoría. En cualquier caso, al igual que en los tiempos de la posguerra, lo que parece más complicado de cuantificar es el disenso privado de cada sujeto individual, y así, mientras la labor propagandística basada en los avances económicos y en la “paz” de Franco calaba hondo en el subconsciente colectivo, por otro lado cabe pensar que el régimen dictatorial era censurado en lo esencial por los núcleos proletarios (aún seguían siendo los vencidos), los grupos nacionalistas de las áreas periféricas (Cataluña, País Vasco, Galicia), la comunidad intelectual en general, etc.

En consonancia con lo anterior, desde mi punto de vista, se pueden establecer tres fases históricas en relación al fenómeno de la resistencia durante la opresión franquista: una primera etapa, dominada por el silencio y el miedo pero con el trasfondo de la lucha guerrillera, que cubriría los años de la larga posguerra, desde el final de la guerra hasta la definitiva estabilización de la dictadura; una etapa intermedia, la década de los cincuenta, que puede considerarse la fase dorada del régimen en la medida en que todo parecía estar bajo su control, durante la cual la oposición vivió una amarga travesía en el desierto, pero en la que, por otro lado, empezaron a gestarse formas de disidencia que encontrarían su proyección en las décadas subsiguientes; finalmente, una última etapa que iría desde la liberalización de la economía, a comienzos de los sesenta, hasta la muerte del dictador, dominada por el conformismo general de la población pero en la que, paradójicamente, se

produjo la aparición de modos de vida más independientes y, sobre todo, la recuperación de la conflictividad obrera y de los movimientos antifascistas clandestinos. En las páginas que siguen, a modo de contextualizar las novelas que serán analizadas en este capítulo, haré un breve recorrido histórico por estas etapas, esbozando las diversas caras que adoptó la resistencia a lo largo de la dictadura. Como se ha visto en la exposición teórica con que inicié este capítulo, la resistencia durante el franquismo es una categoría muy compleja que puede interpretarse de diversas maneras: individual o colectivamente, destructiva o productivamente, etc. Es decir, puede constituir tanto un conjunto de prácticas autónomas (pensamiento crítico, fórmulas de evasión o de libertad, experiencia artística o cultural, etc.) como, en cambio, una serie de acciones colectivas (culturales, laborales, vecinales, estudiantiles, revolucionarias, etc.)

Formas de resistencia: de la posguerra a la conflictividad de la transición

Responsable sólo ante Dios y ante la Historia, Francisco Franco, Generalísimo de los Ejércitos y Caudillo de España, instauraba al término de la guerra un Estado de terror en el cual las diversas ideologías republicanas, reprimidas y perseguidas sin interrupción, se vieron trágicamente abocadas al más estricto silencio, al reinado de la elipsis, según las palabras de Manuel Vázquez Montalbán (36). Consiguientemente, debido al poder represivo puesto en marcha por el Caudillo, que ciertamente extenuó a los colectivos de izquierda y que instaló en el imaginario republicano un extendido sentimiento de miedo y angustia, la militancia organizada prácticamente desapareció del mapa político, quedando reducida a unos cuantos excombatientes republicanos que se echaron a los montes para

continuar la lucha (y huir de las garras del fascismo), así como, en menor medida, a la persistencia de células urbanas clandestinas (guerrilla anarquista urbana) y a los restos de los partidos políticos y de los sindicatos que siguieron existiendo en el exilio o en la más rigurosa clandestinidad (particularmente el partido por antonomasia del antifranquismo: el PCE).

A grandes rasgos, pues, se puede decir que la represión –al arrasar las anteriores organizaciones políticas y sindicales –fue la razón fundamental por la cual apenas existió una oposición que objetivamente pudiera enfrentarse al nuevo orden político durante esta primera etapa. Pero además, más allá de la violencia, se daban otros factores que también obstaculizaban la resistencia política, como por ejemplo, las condiciones de miseria y de hambre que, inexorablemente, obligaban a orientar todos los esfuerzos hacia la lucha por la subsistencia (Moradiellos 90). Asimismo, ante tanta vejación y tanta brutalidad, la respuesta ciudadana solía ser más la resignación que la contestación, tal como lo apunta Miguel Ángel R. Carnicer: “la humillación continua de lo que significa haber sufrido la depuración, el desprecio de los vencedores, la exclusión en definitiva [...] más que rechazo propiciaba hundimiento de expectativas” (60). A su vez, los recientes horrores de la guerra y de los años de la inmediata posguerra estaban incrustados en el subconsciente de una ciudadanía traumatizada y agotada que, en su gran mayoría, rechazaba tomar partido en acciones que pudieran llevar a repetir lo sucedido (Cazorla 168). Por último, mientras los dirigentes del régimen iban captando adeptos por medio de sus aparatos ideológicos, la escasa oposición antifranquista no contaba con apoyos sustanciales (ni siquiera de las naciones democráticas europeas que se habían unido para luchar contra el fascismo en la segunda guerra mundial) y, por si fuera poco, seguía sin superar la

fragmentación interna que había aflorado durante el conflicto, manteniéndose por regla general la discordia entre sus diferentes movimientos ideológicos (liberales, comunistas, socialistas, anarquistas, etc.).

En razón de todos estos motivos, pues, la resistencia política fue extremadamente difícil durante la década del cuarenta, y sin embargo, dicho esto, creo que no se debe minimizar la presencia de esos grupos minoritarios que siguieron luchando en la España de aquella época, tanto por su relevancia ideológica como por el debido reconocimiento a quienes entregaron la vida por las ideas democráticas. A la hora de explorar la naturaleza tanatopolítica del franquismo en el primer capítulo de esta tesis, en general interpreté al maquis, siguiendo las tipologías de interpretación expuestas por Carmen Moreno Nuño, como huido-superviviente, es decir, como víctima que en lo esencial no pudo hacer más que tratar de sobreponerse a la violencia.¹²⁶ Pues bien, pese a ello, sin negar ahora la idea de que la guerrilla fue principalmente un fenómeno de supervivencia o de resistencia defensiva, me parece que por otra parte se debe reivindicar su otra dimensión político-ideológica.¹²⁷ Porque, pese a lo minoritario en cuanto a número de efectivos y objetivos logrados, el maquis tuvo un enorme valor simbólico en la medida en que su pervivencia representaba, para muchos vencidos, la continuidad de la ideología republicana y de los

¹²⁶ En Las huellas de la Guerra Civil, Carmen Moreno Nuño distingue tres paradigmas de interpretación de la figura del guerrillero/maquis –el bandolero, el héroe, el superviviente –que básicamente responden a los marcos epistemológicos dominantes en tres contextos históricos diferentes: el régimen franquista, el exilio republicano y la etapa democrática, respectivamente. En efecto, en el imaginario del franquismo predominó el modelo del maquis como bandolero y criminal, rebajado a la categoría de delincuente común como forma de desideologizarlo y de denigrarlo por parte de los vencedores; por el contrario, el enfoque del exilio –especialmente articulado por el Partido Comunista –desplegó una imagen heroica del guerrillero y excesivamente idealizada, que por lo general no se correspondía con la realidad; finalmente, durante la democracia, se ha favorecido la hipótesis de los huidos como víctimas que fundamentalmente trataron de sobrevivir a las fuerzas represivas y a las durísimas condiciones de vida a las que fueron expuestos (240). Para un comentario extenso acerca de los tres modelos interpretativos, véase Carmen Moreno-Nuño, Las huellas de la guerra civil : Mito y trauma en la narrativa de la España democrática / carmen moreno-nuño (Madrid : Libertarias, 2006) 240.

¹²⁷ La dimensión político-ideológica de la guerrilla es algo que ya apunté en el análisis de Luna de lobos en el segundo capítulo de esta tesis.

movimientos obreros. De ahí que, tal y como sugiere el historiador Julio Aróstegui, la resistencia armada sea un fenómeno histórico que no se debe desvincular de la guerra civil:

Concluida aquella guerra, con el conocido resultado de la derrota y eliminación de la Segunda República a manos de los sublevados, y establecido el régimen del general Franco, la guerrilla o resistencia armada fue, en cierta manera, su continuación [...] la resistencia armada en los años cuarenta representó el último frente de una guerra dada formalmente por concluida el 1 de abril de 1939. (7)

Asimismo, como ha indicado Francisco Moreno en un reciente artículo, “miedo e ideales políticos no se repelen, sino que pueden coexistir perfectamente” y, de hecho, tal como lo expone este autor, “la mentalidad conservadora, franquista o neo-franquista ha recurrido a menudo a este ardid de supuesto desprestigio: que el luchador demócrata no se fue al monte por ideas, sino por miedo” (62). Desde esta óptica, la teoría del maquis como superviviente no debería excluir el capital ideológico-político de unos individuos que nunca renunciaron a la voluntad de continuar la lucha, y cuyas acciones nunca dejaron de tener la marca de la subversión contra el orden instituido (atracos o secuestros efectuados contra personas afines a la dictadura, represalias dirigidas contra los delatores o las fuerzas represoras, ocupaciones de poblaciones en las que explicaban por qué estaban en el monte, etc.).

Por otra parte, la guerrilla pasó por fases distintas, evolucionando a medida que la coyuntura interior e internacional se desarrollaba de una u otra manera. Así pues, lo que en un principio había sido un fenómeno obligado por las circunstancias, más tarde, ya en las postrimerías de la guerra mundial (con las esperanzas puestas en la victoria del bloque democrático-soviético, con una relativa tregua del aparato represivo ante la posibilidad de

una condena internacional, y con la incorporación de nuevos militantes que habían salido de la cárcel), pasó a ser un movimiento político organizado, dirigido desde el exilio por el Partido Comunista y, en cierto modo, insertado en una suerte de movimiento guerrillero transnacional que operaba desde Francia. Mediados los cuarenta, en efecto, las partidas guerrilleras se reconstituyeron militarmente y se coordinaron para lanzar una ofensiva contra el régimen –ofensiva cuyo objetivo era desencadenar una insurrección popular y derribar la dictadura de Franco. Es cierto que dicho ataque, conocido como la invasión pirenaica, fue un rotundo fracaso principalmente por la brutal respuesta del ejército de Franco y en parte, como ahora se sabe, porque el pueblo al que se quería despertar ya había sido despojado de su fuerza política por medio de la represión y la manipulación.¹²⁸ Y sin embargo, con todo, la campaña guerrillera de 1944, particularmente la incursión en el Valle de Arán, constituyó el único ataque en mucho tiempo que, dirigido directamente contra el régimen, fue capaz de poner en vilo a sus autoridades.

En resumen, no cabe duda de que la guerrilla fue un fenómeno primordialmente defensivo, pero, adicionalmente, no se debe olvidar que ya la supervivencia (teniendo en cuenta la saña exterminadora de la época y la carencia material) es una resistencia en sí misma y, por otro lado, según lo he expuesto, que los maquis eran individuos altamente ideologizados que nunca desistieron de su lucha contra el franquismo, a pesar de todas las dificultades. Durante los años que siguieron a las invasiones pirenaicas, hasta 1947-8, la pulsión guerrillera se mantuvo y continuó la lucha, pero desde entonces, una vez que la

¹²⁸ Desde el Partido Comunista se pensaba que se daban las condiciones para provocar un levantamiento contra Franco y, sin embargo, como recuerda Secundino Serrano, la triste realidad es que no se contó siquiera con la colaboración de un contingente de prisioneros republicanos: “incluso tuvieron que contemplar el desolador espectáculo de cómo los presos políticos de un destacamento de trabajo huyeron cuando los guerrilleros llegaban a <liberarlos>” (Serrano, Maquis: Historia de la guerrilla antifranquista 149.). Tal era la magnitud del miedo que las fuerzas represivas franquistas habían inoculado en el subconsciente colectivo. En líneas generales, además del trabajo de Serrano, véase, para una interpretación de las invasiones pirenaicas, Moreno, “La represión de la posguerra.”

dictadura se estabilizó plenamente, y con la intensificación de la violencia –ahora con el uso de nuevas estrategias de “guerra sucia” como las contrapartidas o la represión a los familiares –la vía armada sería desmantelada por completo.

En otro contexto, una vez esbozadas las organizaciones de oposición clandestina, la resistencia al régimen puede también vislumbrarse en las múltiples respuestas que la misma existencia cotidiana oponía al sometimiento bajo el yugo y las flechas. De entrada, si se tiene en cuenta la peculiaridad estructural de una sociedad dividida en dos bandos antagónicos, parece lógico pensar que la parte de los vencidos difícilmente iba a aceptar el modelo de subjetividad del franquismo. Así pues, por debajo del poder violentamente biopolitizador del nuevo Estado, quienes habían perdido la guerra en absoluto olvidaron o abandonaron sus convicciones y, por eso, aunque fueron denigrados sin tregua y tuvieron que plegarse a las circunstancias, mantuvieron su actitud hostil hacia el régimen y, hasta donde se pudo, no dejaron de infringir las normas de la moralidad franquista, de inventar modos de expresar sus voces contrarias, de decir todo aquello que no se podía decir, de imaginar otros mundos posibles, etc. En definitiva, el aparato de represión no consiguió borrar, tan a su pesar, una cultura republicana fuertemente arraigada que, como indican Jordi Gracia y Miguel Ángel R. Carnicer, “quedó hibernada, pero no interrumpida” (13). Prueba de ello eran las propias investigaciones realizadas por los servicios falangistas de información, las cuales indicaban que entre las clases populares aún persistía un elevado rechazo hacia el régimen. Como escriben Carme Molinero y Pere Ysàs al respecto: “el silencio y la pasividad de los trabajadores en el primer franquismo no era equivalente a la aceptación del régimen; los propios aparatos de control social y político informaban regularmente de la profunda animadversión de los trabajadores hacia la dictadura”

(Productores disciplinados y minorías subversivas : clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista 261). En todo caso, más allá del republicanismo latente que subsistía en buena parte de la sociedad (vencidos, clases subalternas, áreas obreras y periféricas), la vida cotidiana del común de los españoles, incluida aquí la de muchos de los supuestos vencedores (aunque nunca del mismo modo), estaba en clara contradicción con la imagen del mundo idealizado y triunfalista que preconizaban los medios oficiales y, en este sentido, la lucha diaria por salir adelante y las pulsiones inmanentes a la propia vida eran de por sí elementos que contradecían y subvertían la telaraña biopolítica del franquismo.

Como indicó Manuel Vázquez Montalbán en su Crónica sentimental de España, aún en los tiempos más oscuros de la dictadura hubo infinidad de prácticas cotidianas que “nada tenían que ver con la superestructura moral que circulaba como una nube inmensa sobre la geografía ibérica”. Entre estas prácticas, por ejemplo, el escritor catalán destaca las letras veladamente subversivas de algunas canciones populares durante la posguerra, las cuales reflejan la existencia de una sentimentalidad popular radicalmente alejada de los aparatos ideológicos del franquismo. De modo similar, para Michael Richards, el descontento de la multitud lograba en ocasiones “expresarse a través de una especie de cinismo popular, articulado entre las rendijas de la retórica oficial [...] y del que hacían gala los chistes, las coplillas, las habladurías y las quejas del pueblo” (166-176). Formas de expresión que, según este historiador, “eran frecuentes en los cines, bares, mercados, hinchadas de fútbol y en las fiestas folclóricas locales o en los carnavales” (295). Así pues, vemos que la resistencia se podía atisbar también en algunas manifestaciones de la cultura popular y en el contexto cotidiano de determinados espacios públicos, aunque

siempre, por supuesto, bajo el miedo y la discreción absoluta. Finalmente, en el ámbito privado individual había también infinidad de actos resistentes que vehiculaban la indignación, la discrepancia, la derrota: las miles de sintonizaciones que Radio Pirenaica tenía cada noche, las conversaciones íntimas de tantos ciudadanos, el escapismo del cine y de la literatura como modo de resistencia, la producción cultural-artística que desafiaba a los aparatos de la censura, etcétera.¹²⁹ En síntesis, como hemos visto, los cuarenta fueron esencialmente años de obligada sumisión y de lucha por la propia subsistencia pero, al mismo tiempo, por detrás subyacía, además del movimiento guerrillero, el auténtico sentimiento de desafección de la mayoría silenciosa.

En razón de la derrota de Hitler en la guerra europea, con la convicción de que las nuevas potencias se verían obligadas a eliminar los últimos vestigios fascistas, la guerrilla se había restablecido y había renacido la esperanza entre muchos vencidos. Sin embargo, lo que de verdad aconteció, paradójicamente, fue la consolidación del régimen franquista, el aumento de la represión y el definitivo desvanecimiento del sueño republicano. Como explica Secundino Serrano, en las conferencias de Yalta y Postdam ya quedó claro que el caso español no era una prioridad para las naciones victoriosas y, efectivamente, aunque

¹²⁹ No es este el momento para un comentario minucioso acerca de la resistencia cultural durante el franquismo –que requeriría muchas más páginas –, pero he aquí un breve esbozo acerca de lo sucedido en el campo de la narrativa. De acuerdo a David K. Herzberger en su estudio sobre el panorama literario español durante la dictadura, las estrategias dominantes para combatir la historiografía y el discurso oficial del franquismo fueron el realismo social en las primeras etapas y posteriormente el vanguardismo estilístico (Herzberger, Narrating the past: Fiction and historiography in postwar Spain 2.). En líneas generales, pues, las novelas que objetivamente recrean la vida cotidiana de la posguerra desenmascaraban las vidas reales que ocultaban los discursos oficiales de aquellos años. Así, aunque en general eran obras que ocultaban muchos aspectos de la dictadura, esto lo podemos ver en las obras de temática social escritas por autores como Carmen Laforet, Camilo José Cela, Ignacio Aldecoa, Jesús Fernández Santos, etcétera. Asimismo, hubo también una generación de novelistas mucho más radicalizados y politizados que, un poco más tarde, fundamentalmente en los años cincuenta, cultivaron una suerte de neorealismo izquierdista, asumiendo, por tanto, una postura más combativa y resistente: Antonio Ferrés, Armando López Salinas, Jesús López Pacheco, Alfonso Grosso, el primer Juan Goytisolo, etc. Más adelante, sobre todo en los años sesenta, lo social se combinó con la estrategia estilística como estrategia de rechazo/resistencia al franquismo, siendo éste el caso, entre muchos otros, de novelistas como Juan y Luis Goytisolo, Antonio Rabinad, Carmen Martín Gaité, Juan Benet, Luis Martín Santos, Juan Marsé, Miguel Delibes o Miguel Espinosa.

la famosa “Nota Tripartita” de 1946 condenaba sin paliativos al franquismo, por otro lado disponía no intervenir directamente, con lo cual, simbólicamente, lo que hacía realmente era salvarlo (168-170). Simultáneamente, el Estado fascista español ponía en marcha una operación estratégica en virtud de la cual, entre otras cuestiones, se “desfascistizaban” sus estructuras, se elevaban como valores dominantes el catolicismo y el tradicionalismo, se optaba por la desideologización de la sociedad, e incluso se redefinía a España como una “democracia orgánica.” En suma, lo que hacía Franco era tratar de auto-legitimarse en el nuevo contexto geopolítico, particularmente ante la emergente potencia norteamericana, al tiempo que internamente facilitaba una sólida implantación de los ahora hegemónicos preceptos nacional-católicos. En consecuencia, toda vez que ya no se veía en peligro, la represión se intensificó, ensañándose con dureza ante cualquier indicio de disidencia y, particularmente, contra el maquis. De esta manera, la resistencia política contra Franco, que de alguna forma se había rehecho a base de falsas esperanzas, cayó de nuevo en el desánimo y comenzó para ella una larga travesía en el desierto. Resulta significativo lo que comenta Shirley Mangini al respecto: “esa frase reiterada de los primeros diez años – “Esto no puede durar” (frase que se repite mucho en la literatura sobre aquellos años) –, desapareció de los labios de los disidentes” y, de igual modo, “muchos de los optimistas que habían mantenido los baúles sin deshacer en sus países de exilio, por fin empezaron de desempaquetarlos” (52). Finalmente, cuando España ingresó en la UNESCO en 1952, y posteriormente pasó a ser miembro de la ONU en 1953, ya nada parecía empañar el horizonte la dictadura.

Por supuesto que en las familias de vencidos, a pesar de los pesares, se mantuvo el espíritu de resistencia, de no doblegarse y, al mismo tiempo, la cotidianeidad no dejó

de producir experiencias singulares que se desarrollaban por fuera de las estructuras del poder. Asimismo, tampoco es que ya no hubiera movimientos de protesta, pues los hubo, pero fueron muy esporádicos y desarticulados violentamente por los aparatos represivos, como la huelga de tranvías de Barcelona en 1951. Por supuesto, la resistencia comunista seguía activa en estos años, ahora cambiando la táctica de la vida armada por la estrategia de la infiltración en los sindicatos oficiales. De esta manera, pueden mencionarse algunas demandas laborales que los trabajadores hacían a través del mismo entramado sindicalista del régimen, no articuladas como proyectos políticos, pero con el apoyo en sordina del PCE. Pero por lo general, sin embargo, la última parte de los cuarenta y toda la década del cincuenta puede entenderse como una etapa de relativo sosiego para la dictadura, una fase intermedia en la que apenas tuvo que hacer frente a amenazas reales por parte de la resistencia ni tampoco a presiones internacionales. De una parte, contaba con el apoyo de los Estados Unidos, de las democracias europeas y del Estado Vaticano y, de la otra, el movimiento guerrillero había sido definitivamente desmontado (del cual ya sólo iban a quedar algunos residuos), y estaba logrando un consenso o resignación cada vez mayor entre la población: mientras en los primeros cuarenta casi nadie se había creído la retórica grandilocuente y patriótica falangista, la estrategia de la despolitización de la conciencia que se impulsó a raíz de la caída del nazismo sí iba a tener, en cambio, efectos profundos en el imaginario colectivo español.

A partir de los sesenta, con la apertura del franquismo al contexto internacional y al modelo biopolítico propio de las sociedades del control (ahora la despolitización que se había iniciado a mediados de los cuarenta se realizaría principalmente por medio de los procedimientos mediáticos-espectaculares y del consumo), el fenómeno de la resistencia

iba a sufrir un doble efecto contradictorio. Por un lado, las últimas fases de la dictadura, a grandes rasgos, fueron una etapa de pasividad generalizada, según lo vimos en La gallina ciega de Max Aub, o como lo ponen de relieve, por ejemplo, Sartorius y Alfaya: “aunque sea una verdad amarga, durante el período comprendido entre 1960 y 1975, la inmensa mayoría de la sociedad española no se opuso activamente al régimen franquista” (170). Por el otro lado, sin embargo, la nueva cultura del consumismo/ocio y los nuevos niveles de bienestar estuvieron directamente relacionados con la aparición de comportamientos sociales discordantes con las ideologías franquistas y, al mismo tiempo, facilitaban un marco de mayor flexibilidad para rearticular y reconstruir los movimientos políticos en la clandestinidad (a nivel social y con unos límites muy específicos, claro está, ya que desde los aparatos represivos todo seguiría igual). En definitiva, como expondré a continuación, el susodicho conformismo de la población convivió con una creciente desafección social y con un intenso proceso de protesta y de movilización contra la dictadura.

Con la tecnificación de la vida impulsada desde las instituciones franquistas de la mano del sector dirigido por Fraga Iribarne, las ortodoxias ideológicas nacional-católicas, defendidas a capa y espada por la facción más inmovilista y fundamentalista comandada por el mismo Franco, se hicieron cada vez más anacrónicas a medida en que el control del individuo pasaba a hacerse principalmente al modo de los sistemas industrializados capitalistas. De esta forma, mientras se implantaba hegemónicamente un modelo de biopolitización más eficaz que el anterior método disciplinario (sin que éste, claro está, desapareciera), al mismo tiempo había una mayor cobertura para el desarrollo de formas de vida que divergían de los modelos establecidos por el Estado franquista, así como para

la recuperación de las identidades culturales y políticas reprimidas.¹³⁰ En consecuencia, se puede hablar de un proceso contradictorio durante los años sesenta: la emergencia de un modelo consumista- neocapitalista que manipulaba las conciencias con mayor efectividad que antes pero, al mismo tiempo, el establecimiento de un medio social más abierto y expuesto al exterior (la llegada del turismo, la importación de la cultura internacional, la influencia de los viajes al exterior y de la emigración, la urbanización del país). De este modo, por tanto, otras pautas de conducta y otras actitudes sociales se fueron instalando poco a poco en el imaginario colectivo: nuevas formas de entender la sexualidad, nuevos lenguajes y maneras de vestir, corrientes culturales innovadoras, atisbos de emancipación femenina, deseos de cosmopolitismo, etcétera. En rigor, nuevos modos de existencia que podían estar integrados en el nuevo sistema de control capitalista y, a la par, representar alteraciones y fórmulas de resistencia a la ideología que había sido la esencia fundacional de la dictadura. Así queda reflejado en las palabras de Carme Molinero y Pere Ysàs:

Y aunque la prensa, la radio y, sobre todo, la televisión fueron instrumentos básicos de control social, el poder político no pudo impedir, sin embargo, que a través del cine, la publicidad o la música se filtraran nuevos valores relacionados con la sociedad de consumo y los nuevos aires de contestación que se desarrollaban en la mayor parte de los países desarrollados. ("Modernización económica e inmovilismo político, 1959-1975" 207)

¹³⁰ Hablar de evolución del franquismo, en cuanto que régimen biopolítico, no quiere decir, según lo expuse ya en el capítulo anterior, que la instauración hegemónica de nuevos modelos (control) significara que hubieran desaparecido los modelos anteriores (disciplinas, biopoder). Por otra parte, según la reflexión que desarrollé en el primer capítulo, no creo que se pueda hablar de evolución en el franquismo en cuanto que régimen tanatopolítico, ya que la política represiva siguió siendo la misma. Otra cosa sería pensar que, aunque dicha represión no cedió (incluso se incrementó en los sesenta con respecto a los cincuenta) y aunque en muchos casos seguía siendo un importante elemento de disuasión, con frecuencia se convirtió, contrariamente a lo sucedido durante la sangrienta posguerra, en un factor que a la larga contribuyó a acrecentar el descontento y la solidaridad.

Además de esto, en esta época se desencadenó un progresivo restablecimiento de la militancia política y de las organizaciones clandestinas de resistencia que comenzó con la aparición de los movimientos estudiantiles/obreros en los sesenta, y tuvo su máximo apogeo a mitad de los setenta, durante los momentos finales del régimen. Esta agitación política, aún cuando siguió siendo marginal, compuesta por minorías, coexistió con la ya comentada pasividad social y, eventualmente, como lo indica Damián González Madrid, “contribuyó a la decadencia de la dictadura,” por lo que en absoluto “no pueden ignorarse los efectos de su movilización sobre la esfera pública” (124). Porque pensar lo contrario, indica este autor, además de negar la labor fundamental de lo que puede considerarse una “inmensa minoría de ciudadanos” (125), supondría obviar la centralidad de la represión y podría llevar a legitimar la falsa opinión que la salida al largo túnel de la dictadura partió de los sectores aperturistas del propio régimen (125).¹³¹

Como ya lo expuse antes, la reaparición de la disidencia política obedecía en parte a que ya no existía tanto temor a expresar la discrepancia, con unas nuevas generaciones de jóvenes que no habían vivido la guerra (ni los años sangrientos de la posguerra) y que no tenían metido el miedo en los huesos (lo cual no quiere decir que ya existiera, ya que la política represiva franquista se mantuvo intacta hasta las últimas ejecuciones de 1975). Asimismo, entre otros muchos motivos, respondía también a que se rechazaba cada vez más la cultura grotesca del nacional-catolicismo, a la influencia de las nuevas tendencias culturales y sociales que venían desde el exterior, desde los otros países europeos y desde Estados Unidos (incluida la revolución sesentayochista, según se verá en el comentario de La larga marcha), etc.

¹³¹ Para un comentario extendido acerca de estas ideas, además del trabajo de Damián A. González Madrid, véase también el libro de Pere Ysàs, Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975 (Barcelona: Crítica, 2004).

En general, el resurgimiento de la conciencia política que tuvo lugar durante los años sesenta puede localizarse principalmente en los siguientes ámbitos: conflictividad laboral en la clase obrera, contestación de los universitarios, desafección de un sector del universo eclesiástico y reivindicación de las nacionalidades periféricas (Moradiellos 161-8). De esta forma, la oposición a la dictadura franquista fue realmente un movimiento heterogéneo en el cual cabía un largo espectro ideológico que iba desde colectivos revolucionarios situados políticamente a la izquierda del Partido Comunista, hasta grupos que habían surgido ideológicamente de las filas del catolicismo, de la tradición monárquica, o incluso del propio fascismo (falangistas arrepentidos que finalmente mostraron su desafección hacia el régimen). De manera que, como sugieren Sartorius y Alfaya en este respecto, no todos los grupos políticos o individuos que izaron la bandera del antifranquismo deben ser considerados de la misma manera:

Porque no hubo oposición; hubo varias oposiciones. Una la tal vez menos conocida, la más sacrificada, a la que debe este país la urdimbre de cultura política que ha sustentado y sustenta la democracia después de casi cuarenta años de dictadura. Otra, tolerada unas veces, hostigada en ocasiones, casi siempre inofensiva, se limitó a esperar y ver, imaginando que el tiempo jugaba a su favor y que el dictador se moriría alguna vez. (143)

De acuerdo con este comentario, y teniendo en cuenta las muchas ramificaciones que había entre las agrupaciones de oposición al régimen, podemos hacer un comentario breve acerca de los dos colectivos sociales acaso más relevantes del antifranquismo: los estudiantes-intelectuales y los obreros. El primero de ellos, el movimiento universitario e intelectual, se convirtió a principios de los sesenta en un verdadero quebradero de cabeza para las autoridades ya que, más allá de su actividad política (muchos de ellos afiliados a organizaciones de la izquierda), el caso particular de los estudiantes implicaba el fracaso

de la socialización llevada a cabo sobre los jóvenes por el franquismo. Porque, en verdad, además del rechazo a una educación autoritaria marcada por la falta de libertad y de rigor, así como del descontento general hacia el régimen, el universo universitario se convirtió en un espacio cabría pensarse como fábrica alternativa de subjetividad, es decir, como un lugar en el que pudieron abrirse espacios de pensamiento y de vida libre, y en el que pudo desarrollarse una cultura radicalmente opuesta a la oficial. En efecto, las prácticas socio-culturales y políticas (asambleas, seminarios, recitales, encierros, publicaciones, actos de solidaridad, lecturas críticas o proyección de películas prohibidas por la censura) no sólo constituían actos de rebeldía sino que eran, al mismo tiempo, dispositivos afirmativos a través de los cuales se podía imaginar nuevos dominios de vida y articular una identidad antifranquista compartida. Como escribe Elena Hernández Sandoica:

El país iba cambiando en el plano económico y social, y las corrientes de innovación cultural llegaban en oleadas irregulares, desde París o desde América, y ello nutría la apropiación diaria, la “construcción de vida” podríamos decir, en la que el enfrentamiento político, el rechazo de las ideas y los patrones recibidos marcaría la actitud de muchos jóvenes estudiantes ante la dictadura. Denunciar su alto grado de penuria moral y coerción formaba parte del hecho mismo de *estar* y de *llegar a ser*, de convertirse en. (97)

En segundo lugar, se produjo en estos años del tardofranquismo un resurgimiento del movimiento obrero español y de la conflictividad laboral que, junto a la protesta del mundo estudiantil-intelectual, lideró la lucha contra la dictadura. Hasta fines de los cincuenta, los efectos de la represión y el derrumbamiento de los sindicatos históricos (UGT o CNT) habían dejado a la clase trabajadora en un penoso estado de resignación e invisibilidad. Pero en esta última etapa, en virtud de los factores ya esgrimidos (cambio generacional, transformaciones sociales y culturales, etc.), y a otros más específicos al

mundo laboral como fueron los cambios en las relaciones laborales o en la regulación de los salarios, el movimiento obrerista reapareció y se constituyó de nuevo como potencia revolucionaria viva.¹³² En verdad, era una clase obrera muy diferente a la que había sido derrotada en la guerra, y al principio sólo una minoría militaba en las organizaciones políticas y, sin embargo, como indican Molinero e Ysás, siempre se mostró dispuesta a participar en las reivindicaciones laborales/salariales y, en la recta final, a desafiar a la dictadura. En palabras de estos dos autores, el sujeto proletario, a pesar de que no solía apoyar activamente a los organismos políticos antifranquistas, generalmente se sumó a la lucha con el objetivo de mejorar sus condiciones: “no se convirtió en un sujeto pasivo sino que intentó continuamente modificarlas” (Productores disciplinados y minorías subversivas : clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista VII). De esta forma, a despecho de la falta de derechos como la libertad de huelga y la asociación sindical libre, el movimiento obrero, simbolizado por el nacimiento de las CC.OO (en un principio toleradas por el régimen y después ilegalizadas) progresivamente se politizó y desencadenó un nuevo período de luchas.

En conclusión, como se ha visto a lo largo de esta exposición histórica, en todas las etapas de la dictadura existió la posibilidad de rechazar el modelo de sociedad y de subjetividad pretendidos por los aparatos franquistas y, alternativamente, de inventar nuevas formas de constituirse individual o colectivamente (en el sentido que proponían Foucault, Negri o Deleuze). Así pues, más allá del Estado franquista como sistema

¹³² Juan Pablo Fusi y Raymond Carr analizan los cambios en las relaciones de trabajo que permitieron el auge del movimiento obrero en estos años y que se resumen en un cambio en la regulación de los salarios y las condiciones de trabajo (necesario en el nuevo contexto de la liberación económica) que ya “no serían regulados por el ministro de Trabajo, sino negociados directamente en convenios colectivos elaborados entre representantes de los empresarios y de los trabajadores, aunque dentro del marco legal del sindicato vertical” (Raymond y Fusi Carr, Juan Pablo España, de la dictadura a la democracia (Barcelona: Planeta, 1979) 187.).

biopolítico productivo, la resistencia fue también un importante motor de la producción de la subjetividad. En las páginas que siguen, analizaré una obra cinematográfica y una novela – El laberinto del fauno (2006) y La larga marcha (1996) – que a mi entender presentan, desde estrategias narrativas diferentes, una reflexión acerca de los modos de resistencia contra el franquismo.

Guillermo del Toro y Rafael Chirbes en el contexto de la producción literaria y cinematográfica sobre la resistencia al régimen de Franco.

Como ocurría en el primer capítulo de este estudio, los artefactos culturales que se proponen para abordar la comprensión del pasado nacional reciente son obras producidas en el período democrático, ya que creo que sólo éstas, abolida definitivamente la censura, han podido mostrar el fenómeno de la resistencia antifranquista sin miedo y sin aparentes limitaciones. Ahora bien, como ya he expuesto anteriormente, pueden distinguirse dos etapas panorámicas en lo que se concierne a la reconstrucción cultural de la memoria histórica. Por un lado, durante las décadas que siguieron a la desaparición de Franco, el pasado fue estratégicamente obstaculizado por los dirigentes políticos de la transición y, en ese contexto, apenas hubo obras literarias o películas que se centraran en la guerra o la dictadura, al menos no como cabría esperarse. Así, únicamente un conjunto de escritores y cineastas políticamente comprometidos contra ese vacío de memoria, dedicaron parte o toda su obra a la recuperación del pasado.¹³³ Más adelante, desde mediada la década del

¹³³ Algunas de las novelas más significativas que versan específicamente sobre el fenómeno de la resistencia, escritas por esos escasos escritores que no aceptaron la consigna de la amnesia establecidas, son las siguientes: Galíndez (1990) o Autobiografía del general Franco (1992) de Manuel Vázquez Montalbán, Los hijos de los vencidos (1977) o Camino sin retorno (1992) de Lidia Falcón, Luna de lobos (1985), de

noventa, se ha producido un auténtico *boom* de la memoria dentro de la cual se observan dos tendencias literarias¹³⁴: 1) una tendencia hegemónica constituida por narrativas que rememoran el pasado de una manera nostálgica, complaciente, sentimental, etc.; 2) una tendencia formada por escritores y directores que mantienen una tensión ideológica y que huyen de las convenciones editoriales, articulando la memoria histórica de un modo más crítico y reivindicativo.

Dentro de esta última tendencia, desde mi punto de vista, pueden enmarcarse las dos obras analizadas a continuación: la película El laberinto del fauno, de Guillermo del Toro, y la novela La larga marcha, de Rafael Chirbes. Al mismo tiempo, ninguna de estas obras es un caso aislado en de la trayectoria de sus autores, sino que forma parte de un proyecto ideológico/estético propio. Por un lado, en el caso del cineasta mexicano, no es la primera vez que aborda el pasado español, puesto que El laberinto del fauno se inserta en una trilogía que comenzó con El espinazo del diablo (2001) y que se cerrará con una nueva entrega aún no rodada. En general, al menos las dos obras ya salidas a la luz son películas vinculadas entre sí que presentan numerosos paralelismos: la mirada infantil, la utilización del motivo fantasmagórico o fantástico. Por otro lado, en el caso del escritor valenciano, uno de los novelistas más destacados de la narrativa española contemporánea, prácticamente toda su trayectoria novelística ha sido dedicada a la memoria histórica y a

Julio Llamazares, Un día volveré (1982) o El embrujo de Shangai (1993), de Juan Marsé, Autobiografía de Federico Sánchez (1977) de Jorge Semprún, Desde el ámbito de la cinematografía podemos citas, entre otras obras, El corazón del bosque (1978) o Camada negra (1977) de Manuel Gutiérrez Aragón, Los paraísos perdidos (1985) o Madrid (1987) de Basilio Martín Patino.

¹³⁴ Entre las muchas obras que se hacen eco de los movimientos de resistencia cabe citar, entre muchos otros: El color del crepúsculo (1995), Maquis (1997), La noche inmóvil (1999), La sombra del cielo (2003) y Aquél invierno (2005) de Alfons Cervera, La agonía del dragón (2001) de Juan Luís Cebrián, La agonía del búho chico (2004) de Justo Vila, Silencio Roto (2001) de Montxo Armendáriz, Un largo silencio (2000) de Ángeles Caso, La hija del canfbal (2002) de Rosa Montero, La voz dormida (2002) de Dulce Chacón, Volver al mundo (2003) de J. A. González Sainz, Los años bárbaros (1998) de Fernando Colomo, Silencio roto (2001), de Montxo Armendáriz, Luna lunera (1999) de Rosa Regás, El vano ayer (2005) de Isaac Rosa, Salvador Puig Antich (2006) de Manuel Hueriga. Algunos de los documentales que han abordado el tema de la resistencia son La guerrilla de la memoria (2001), de Javier Corcuera,

la discusión crítica del pasado franquista y de la transición: En la lucha final (1991), La buena letra (1992), Los disparos del cazador (1994), La larga marcha (1996), La caída de Madrid (2000), Los viejos amigos (2003) o Crematorio (2007). Siempre con una actitud de compromiso y de disconformidad política, todos estos textos literarios han hurgado en las heridas del pasado, situándose primero frente al olvido hegemónico y posteriormente frente a la normalización (des)ideológica que se ha asentado en la sociedad española.

En definitiva, aunque son dos obras estilísticamente muy diferentes, sin embargo están de acuerdo en su actitud conflictiva y políticamente comprometida ante la reflexión de la historia. En primer lugar, la película del cineasta mexicano Guillermo del Toro, enmarcada en los tiempos de la posguerra, nos traslada a un microcosmos rural en el cual, por un lado, la guerrilla antifranquista lucha y resiste a las fuerzas represoras y, por otro, la niña-protagonista escapa de la opresión a través de su particular universo de fantasía. Mediante un lenguaje altamente simbólico, ese mundo fantástico se alinea con los personajes republicanos y, al mismo tiempo, le sirve a la protagonista como manera de preservar su propia memoria y su subjetividad frente a la identidad que le quiere asignar el fascismo. Desde otra perspectiva, en segundo lugar, el escritor valenciano Rafael Chirbes vuelve a utilizar la fórmula narrativa del realismo social, desplegando en su novela una gran diversidad de pequeñas historias vividas por una multiplicidad de personajes que se dividen entre una primera generación marcada por el miedo y por la resignación (la de los padres), y una segunda (la de sus hijos) caracterizada por el compromiso político y por su lucha contra la dictadura. De este modo, lógicamente, la parte de la primera generación se desarrolla en los tiempos de la posguerra, mientras la segunda parte nos lleva a la década de los sesenta y a los últimos años de la dictadura.

**Formas de resistencia la represión franquista durante la posguerra española:
de la fantasía infantil a la utopía guerrillera en El laberinto del fauno de Guillermo
del Toro**

La cinematografía española enmarcada en la recuperación de la memoria histórica ha recurrido con frecuencia a la estrategia narrativa de utilizar personajes infantiles, pero la construcción de tales personajes se ha caracterizado, por lo general, por su exceso de ternurización y de sentimentalismo, insertándose así, en definitiva, en la ya comentada tendencia a la espectacularización de lo histórico.¹³⁵ A dicha tendencia responden obras cinematográficas como La lengua de las mariposas (1999), Secretos del corazón (1996) o El viaje de Carol (2002), películas todas ellas, desde mi punto de vista, que de alguna manera han usado al “niño” en ese sentido. En cambio, el filme del cineasta mexicano Guillermo del Toro, El laberinto del fauno, se ha servido de la perspectiva infantil, a mi entender, sin caer en la sublimación sentimental/nostálgica ni en la superficialización de los personajes, confeccionando un acercamiento riguroso a la experiencia de la vida bajo la opresión fascista y, más específicamente, a las posibles formas de resistencia –desde la ficción/imaginación hasta la lucha armada –que pudieron darse en unas circunstancias tan adversas como las de los años cuarenta. Así pues, aunque si bien es cierto que la película

¹³⁵ Implantada en los circuitos de la economía neoliberal capitalista, la industria cultural española ha sacado partido de la demanda de memoria histórica observada desde mediados de los años noventa (como se ha podido ver en la proliferación de todo tipo de productos culturales en venta) y, al mismo tiempo, de modo paralelo, la novelística y la cinematografía centradas en el pasado se han dejado llevar en muchas ocasiones por las exigencias del mercado para lograr la empatía con las audiencias y ser fácilmente consumibles (mediante la elaboración de un discurso nostálgico/romántico/sentimental, o bien de personajes heroicos, infantiles etc.). Desde esta óptica, la cultura de la memoria histórica (con muchas excepciones, claro está) ha sido convertida en mercancía y conformada como parte integrante del orden espectacularizado, según lo analiza Guy Debord en La sociedad del espectáculo. Para un comentario más detallado en torno a esta idea, véase la introducción del primer capítulo en esta tesis.

es susceptible de ser interpretada desde otras perspectivas (como una reflexión acerca de problemáticas –poder/resistencia, mal/bien, realidad/ficción, etc. –que pueden darse en otras coyunturas históricas), también lo es que se desarrolla en el medio represivo-rural de la posguerra española y, por tanto, sirve como indagación crítica a la vida durante el franquismo.

Al inicio de El laberinto del fauno, los títulos de crédito contextualizan la trama de la película dentro unas determinadas coordenadas espacio-temporales: “España, 1944. La guerra civil ha terminado. Escondidos en las montañas, grupos armados siguen combatiendo al nuevo régimen fascista, que lucha para sofocarlos.” De entrada, pues, Guillermo del Toro ubica al espectador en un marco histórico específico, el de los maquis acosados sin tregua por la política represiva franquista y, a su vez, lo sitúa en el momento preciso en que tuvo lugar una significativa recuperación anímica y militar de las partidas guerrilleras, al abrigo, sobre todo, del rumbo que estaba tomando la guerra mundial. De esta manera, aunque aquí el guerrillero antifascista sigue siendo epistemológicamente un individuo escondido y perseguido por los aparatos policiales, por otra parte no se anuncia tan sólo como una víctima de la dictadura sino, además, como un sujeto resistente que no abandonó la lucha por la causa de la libertad y contra el franquismo. Se adivina, entonces, que la versión interpretativa del maquis, en la obra de Guillermo del Toro, será tanto la de *sujeto revolucionario* que la de *huido-superviviente*.

Inmediatamente después de los créditos iniciales, en la primera escena fílmica se nos muestra el plano de una niña, la protagonista Ofelia, en el instante justo de su muerte (coincidente, pues, con el final de la película), y en esa secuencia, la cámara se acerca y se introduce en su ojo, insinuando así que la propuesta narrativa se llevará a cabo desde

su punto de vista, a partir de su propia perspectiva infantil. A la vez, se observa un hilo de sangre que, en su repliegue hacia el interior de su nariz, indica que se va a producir un salto atrás en el tiempo y que, en efecto, nos lleva retrospectivamente al inicio del trágico periplo de Ofelia, a su punto de arranque. Justo a continuación, un narrador omnisciente nos cuenta –por medio de imágenes y de una voz en *off*– que hubo en otro tiempo una princesa que vivió en un reino subterráneo, un lugar bondadoso y pacífico, desde donde un día huyó para conocer el mundo de los humanos; sin embargo, en ese mundo humano, al contrario de lo que ella había imaginado, sólo encontró sufrimiento y dolor, mientras en el otro, en el paraíso mágico abandonado, su padre, el rey, la esperaba eternamente:

Cuentan que hace mucho, mucho tiempo, en el reino subterráneo, donde no existe la mentira y el dolor, vivía una princesa que soñaba con el mundo de los humanos; soñaba con el cielo azul, la brisa suave y el brillante sol. Un día, burlando toda vigilancia, la princesa escapó; una vez en el exterior, la luz del sol la cegó, y borró de su memoria cualquier indicio del pasado; la princesa olvidó quién era, de dónde venía, su cuerpo sufrió frío, enfermedad y dolor, y al correr de los años, murió; sin embargo, su padre, el rey, sabía que el alma de la princesa regresaría, quizá en otro cuerpo, en otro tiempo, y en otro lugar, y él la esperaba hasta su último aliento, hasta que el mundo dejara de girar.

Seguidamente, después de esta introducción, ya situados en el ámbito de lo real, un primer plano le descubre al espectador la primera página del cuento de hadas que la protagonista está leyendo, indicando así que el reino mágico y la princesa forman parte, en verdad, de esa ficción literaria. Una ficción literaria a partir de la cual la protagonista acaba de empezar a construir un universo paralelo que le servirá para sustraerse de la horrible cotidianeidad circundante y, a la vez, como método de salvaguardar/reconstruir unas señas de identidad ahora prohibidas por el nuevo régimen. Porque el reino mágico es, según lo indicaba el narrador, el reino de un padre desaparecido, pero ese padre, en la

realidad, era un sastre republicano muerto por el franquismo en la contienda civil, con lo cual se constituye, alegóricamente, en emblema del bando derrotado.

Acto seguido, el espectador ve a la niña acompañada de su madre, ambas sentadas en un coche adornado de banderas fascistas, dirigiéndose a algún lugar que ya se adivina siniestro y hostil. Es así como, presintiendo el sombrío futuro que está a punto de llegar, la pequeña Ofelia pone en funcionamiento la maquinaria de la fabulación y se sumerge en ese espacio fantástico/mágico que se inaugura, durante una breve parada en el camino, cuando un misterioso insecto-hada del bosque se le aparece entre polvos mágicos. A la vez, paralelamente, van desgranándose datos de la historia personal de la protagonista, de una familia, la suya, fracturada por la guerra civil, con un padre asesinado y una madre resignada que, entregada a las circunstancias, se volvió a casar con un sanguinario militar del ejército victorioso. Y dicho militar, obviamente el Capitán Vidal, se halla destinado en un recóndito destacamento militar, comandando personalmente una campaña represiva cuyo objetivo es eliminar a los últimos focos de resistencia antifranquista.

Precisamente hacia ese lugar, en donde el ejército franquista ha establecido su base de operaciones, son conducidas Ofelia y su madre, pasando por bosques frondosos y también, de modo revelador, por un pueblo aún derruido por los bombardeos de la guerra. Poco después, ineludiblemente, llega para la niña el temido momento de enfrentarse al Capitán, circunstancia que se produce durante una secuencia cargada de simbolismo: la protagonista, saliendo del coche y equipada con libros, saluda reveladoramente al militar con la mano izquierda, pero éste, de algún modo personificando al poder disciplinario franquista, la corrige de modo autoritario: “Es la otra mano, Ofelia”. Como igualmente simbólica es la escena en la que se ve al Capitán esperándolas, inflexible y pendiente de

su reloj, lo cual, a mi modo de ver, ilustra la oposición existente entre el tiempo rígido del Capitán, la temporalidad vacía del fascismo, y el acontecer flexible, abierto y lleno de posibilidades que representa el universo imaginario de la niña. A continuación, una vez llegadas al destino final, la protagonista se deja llevar de nuevo por el insecto-hada, que ahora la guía hasta el enclave exacto donde va a recrear su laberinto mágico, unas ruinas viejas que para los demás, como le dice el ama de llaves, son tan sólo “piedras viejas.” Durante este primer encuentro con Mercedes, la niña le desvela que el malvado Capitán Vidal no es su auténtico padre, estableciéndose en ese momento entre ambas un vínculo que se extenderá a lo largo de la película (para la niña, esta mujer, a un mismo tiempo víctima y transgresora del mundo del Capitán, pronto pasará a ser un espejo de sí misma y, por tanto, un aliado).

A partir de estas escenas iniciales, y como ya lo han comentado varios críticos, la estructura de la película se desarrollará mediante el continuo salto narrativo entre dos dimensiones o ámbitos experienciales, el ficcional y el histórico-real. Así pues, según las palabras de Jane Hanley: “El *laberinto* draws both childhood and adult experiences, both child and adult conception of narrative, and through the constant circulation of historical and imagined realities” (38). Desde una perspectiva similar, Thomas Deveny escribe que “Guillermo del Toro’s *El laberinto del fauno* contains a dual discourse of a concrete historical framework with that of a fairy tale” (1). De acuerdo a estas claras anotaciones, se pueden, en efecto, distinguir dos planos narrativos o dos discursos superpuestos: uno, el histórico-real, es el microcosmos rural liderado por el Capitán Vidal sobre el cual ha desplegado toda su potencia tanatopolítica, con el objetivo de desarticular los últimos vestigios de resistencia republicana que persisten en el monte (una resistencia empeñada

en seguir la lucha contra el fascismo y alentada por el nueva coyuntura internacional); el otro, el plano ficticio, es el submundo imaginario de Ofelia que toma cuerpo al regresar una noche al laberinto y entrar allí en contacto con el fauno, una criatura mitológica que le descubre que su verdadera identidad es la princesa Moana de su reino mágico y que, significativamente, se auto-identifica con el “monte” y con el “bosque.” Es decir, se identifica implícitamente con los maquis, con esos personajes del monte que, como él, son seres cuasi-mitológicos que sobreviven en la naturaleza, y que siempre aparecen de forma cuasi-mágica, presentándose en escena sin que nunca se les vea venir o llegar. De esta manera, el reino sobrenatural/mágico de Ofelia se erige en representación simbólica del ideario político republicano, de los maquis y de su verdadero padre asesinado, y por esta razón, la imaginación, su mundo de fantasía, se presenta como una forma singular de resistencia, su método de conservar una identidad prohibida por el régimen, la manera de hacer frente al ambiente de opresión y de oscuridad que ha instaurado el franquismo.¹³⁶

Dos planos dimensionales –ficción y realidad –que, como vemos, en ningún caso se perciben como separados, sino que, al contrario, están profundamente entrelazados por cuanto que uno de ellos es una creación imaginaria en la que se proyecta lo que Ofelia ve a su alrededor, la atmósfera represiva impuesta por el Capitán, así como su memoria y su trayectoria vital. Es decir, el mundo fantástico del fauno refleja oblicuamente la realidad

¹³⁶ No obstante, la relación entre fantasía/historia que plantea la película es deliberadamente ambigua y, por consiguiente, el mundo fantástico de Ofelia también podría leerse como una realidad paralela que existe más allá de la imaginación de la niña, entendiendo que la fantasía forma parte de la realidad. De hecho, determinadas escenas de la película podrían favorecer esta interpretación, como por ejemplo, la incursión de Ofelia en la habitación del Capitán (donde se encuentra su hermano), adonde no podría acceder sin la tiza mágica, o la combustión de la mandrágora que desencadena la muerte de la madre. En este sentido, la lectura que hace Jane Hanley del filme resalta esta ambigüedad entre realidad/ficción, y la relaciona con el proceso progresivo de agenciamiento de poder que, según argumenta esta crítica, caracteriza a Ofelia: “Del Toro’s refusal to fix a clear narrative interpretation of the fantastic events in *El laberinto* is what gives Ofelia’s world meaning and her decisions power” (En Thomas Deveny, "Once upon a time in Spain in 1944: The morphology of el laberinto del fauno" Journal of Interdisciplinary Studies on Film in Spanish/Revista de Estudios Interdisciplinarios Sobre Cine en Español 1.1 (2008): 40.)

histórica y personal de la niña, incorporando tanto el horror de lo que sucede en el exterior como el recuerdo de su pasado familiar. A lo largo de las tres pruebas asignadas por el fauno –de los tres requisitos que tiene que superar para así regresar a su pasado – puede verse claramente esta interacción entre lo imaginario y lo histórico-personal: lo vemos en la primera prueba, en la que la protagonista debe insertar tres bolas mágicas en la boca de un grotesco sapo (¿Capitán =Franco?) para devolverle la energía vital al árbol moribundo (¿árbol =España?) que dicho sapo ha secado y en cuyas entrañas habita (desde otra perspectiva, podría pensarse aquí en un paralelismo entre el abatido árbol y la madre mortalmente enferma, embarazada de un futuro hermano, a quienes ella pretende salvar; también se ve en la segunda prueba, en la que su meta consiste en rescatar una daga que ha sido guardada en una caja por el monstruoso “Hombre Pálido,” lo cual es, en realidad, una proyección imaginaria de los comensales sentados a la mesa del Capitán; este ogro, que devora niños y hadas, evoca al “Saturno devorando a su hijo” de Goya, así como los cuadros bélicos colgados de las paredes parecen ser también reminiscentes de su pintura (esta vez de su ciclo “Los desastres de la guerra”), o las montañas de zapatos que muestra la cámara nos remiten simbólicamente a la tragedia bélica. Estas reminiscencias a Goya, integradas inteligentemente por Guillermo del Toro, además de referir metafóricamente los propios horrores de la contienda, expresan la devastación y destrucción “antropófaga” que el propio Franco –representado por el Capitán – impuso sobre su propio país y sobre sus propios ciudadanos; finalmente, en la tercera prueba, en la que Ofelia finalmente se reúne con sus padres, la ficción asimismo contiene la marca de lo histórico en la medida en que ese mundo mágico puede, en última instancia, identificarse con el la República o, quizás, con un futuro político mejor. Es decir, la película termina con la muerte de la

niña, pero ese final parece evocar también una salida a la barbarie fascista, tanto hacia el pasado o hacia un posible futuro democrático y libre. Por último, Paul Julian Smith observa en su reseña del filme algunos paralelismos puntuales que igualmente conectan lo fantástico y lo real, y que vuelven a demostrar la imbricación existente entre las dos esferas narrativas; entre estos paralelismos estarían, según este crítico, la llave mágica que Ofelia rescata del sapo y la llave real del granero que custodia Mercedes, el banquete ofrecido por el Capitán que se corresponde con los alimentos expuestos en la mesa del Hombre Pálido, la mancha de sangre en el libro mágico que se produce análoga a la hemorragia de su madre, etc.(8).

Dentro de la dimensión histórico-real de la película, el microcosmos rural donde se suceden los acontecimientos puede leerse como una parábola de la España de Franco y, desde esta perspectiva, el Capitán Vidal es un personaje que adquiere una dimensión simbólica para personificar al Estado franquista.¹³⁷ En este sentido, pueden vislumbrarse fácilmente, a través de sus intervenciones, tanto la dinámica tanatopolítica/palingenésica del régimen como el proceso de biopolitización puesto en marcha por sus dispositivos fascistas/nacional-católicos. Así, durante el discurso que pronuncia durante el banquete en el que invita a las autoridades competentes del lugar (al que, por supuesto, no faltan los líderes falangistas, los representantes religiosos ni los terratenientes locales) descubre abiertamente el programa de exterminio puesto en marcha por el Estado franquista, cuya

¹³⁷ En su calidad de personaje-símbolo que encarna al Estado franquista, El Capitán Vidal es un personaje caricaturesco e hiperbólico, cuyo perfil se asemeja al malvado característico de los cuentos de hadas (en este sentido, también es un personaje que forma parte del mundo mitológico de Ofelia). Esto, sin embargo, no excluye que también sea una figura históricamente reconocible, cuyas acciones de absoluta crueldad y de sadismo, llevadas a cabo con total impunidad, sean perfectamente verosímiles (la violenta tortura de los prisioneros republicanos, las represalias dirigidas a cualquier sospechoso de ayudar a la guerrilla como le ocurre al pastor falsamente acusado, el asesinato del Doctor Ferreiro, etc.).

intencionalidad última era construir una comunidad nacional *nueva, libre* de aquellos que debían ser exterminados:

Yo estoy aquí porque quiero que mi hijo nazca en una España limpia y nueva, porque esta gente parte de una idea equivocada, que somos todos iguales, pero hay una gran diferencia, que la guerra terminó, y ganamos nosotros. Y si para que nos enteremos todos hay que matar a esos hijos de puta, pues los matamos, y ya está.

De acuerdo a sus palabras, como vemos, la purificación de España, la eliminación de esos “que no son iguales” y que perdieron la guerra, responde al deseo de educar a su hijo en un mundo “limpio” y “nuevo,” y por consiguiente, ese hijo, que se presenta como la estrategia para perpetuarse, para diseminar su ideología y para construir una sociedad, constituye simbólicamente la base biopolítica del franquismo. En este respecto, como se puede observar a lo largo de la película, ese bebé será, junto a la persecución implacable de la guerrilla, la preocupación fundamental del Capitán, y en cambio, no parece que su nueva esposa le importe lo más mínimo, y mucho menos su hijastra. Porque en ese bebé que espera, sustancia biopolitizable a la que podrá modular, reside el futuro mismo de lo que el Capitán representa. Resulta significativo que, además, deje claro en numerosas ocasiones que quiere un varón y no una niña, poniendo de manifiesto así la política de género misógina y sexista que fue característica de las ideologías fascista y nacional-católica.

Así pues, desde la perspectiva del Capitán, tenemos un escenario escindido entre quienes están adentro y quienes se hallan afuera de su esfera soberana, entre quienes han perdido la guerra y quienes pueden ser incluidos en el nuevo orden político. Esta división, de algún modo, queda metafóricamente reflejada en la configuración de los espacios: los lugares interiores (el campamento, el caserón, el molino) son los espacios controlados por

el Capitán, mientras que los exteriores (bosque y montes donde viven los maquis) son los espacios abiertos de quienes no han podido, y por otra parte tampoco han querido, ser incorporados al Estado fascista. Dicho esto, hay personajes como Mercedes o el Doctor Ferreiro que habitualmente transitan desde unos espacios a otros, transgrediendo los límites entre ellos, y también se perciben territorios domésticos, aquellos que en la película están dominados por las mujeres (como se aprecia en la cocina), que no han sido del todo conquistados y en donde la libertad aún es posible. Pero en líneas generales, será en los lugares abiertos del monte y del bosque donde se puedan abrir los nuevos campos de lo posible y oportunidades de otros modelos de vida alternativos: no en vano, es allí donde principalmente Ofelia sitúa su mundo imaginario.

En su calidad de hijastra de un militar fascista, cabría pensar que Ofelia tiene la oportunidad de integrarse a la nueva sociedad fascista, pero únicamente podría hacerlo, en todo caso, a condición de someterse a las nuevas reglas establecidas y de borrar de la memoria a su verdadero padre republicano. En este sentido, incluso su madre parece empujarla a tal sumisión, instándola a que acepte las nuevas condiciones: la reprende por leer cuentos y libros, la viste con un traje-uniforme que recuerda a la estética usada en organizaciones como la Sección Femenina, le recuerda en varias ocasiones que la magia no existe, le pide, en definitiva, que se transforme: “Ofelia, tienes que escuchar a tu padre, tienes que cambiar” y, en otra ocasión: “a veces pienso que nunca aprenderás a comportarte.” Sin embargo, ella, Ofelia, no está dispuesta a subyugarse a un sistema de control que la anula por completo, ni tampoco a renunciar al legado familiar de su padre y, por eso, asume una clara postura de rebeldía (se despreocupa de su vestimenta, ignora en todo momento las órdenes de su madre y del Capitán, se vincula sentimentalmente a

aquellos personajes como Mercedes que ayudan a la guerrilla, etc.) y, por encima de todo, se refugia en la ficción y en la fabulación como instrumentos con los que salvaguardar su verdadera identidad y articular su propio lugar en el mundo. De ahí que su actitud y su aventura imaginada no sólo entrañen una ruptura con el nuevo ordenamiento, una manera de escaparse de él, sino, además, una forma de expresar una memoria prohibida, así como una manifestación creativa de su propia personalidad. Así pues, en este sentido, la actitud de Ofelia constituye una desidentificación con el mundo del Capitán –una forma de negar su mundo –pero, además de eso, es una forma propia de subjetivación. Su mundo mágico, su peculiar gesto de rebeldía, no significa sólo rechazo y evasión del panorama autoritario fascista sino, también, una manera alternativa de constituirse como persona.

En consonancia con lo anterior, parece adecuado localizar aquí las “tecnologías del yo” de Foucault, es decir, aquellas prácticas usadas por el sujeto para modelar por sí mismo su propia existencia y su propia subjetividad.¹³⁸ Frente al horizonte absolutamente represivo impuesto sobre Ofelia, en un contexto social reducido a la mansedumbre y al sometimiento, la fantasía se erige en su único medio tangible para realizarse de un modo individual. Bajo este prisma, entonces, El laberinto del fauno puede pensarse como una reflexión a favor del pensamiento libre e independiente, es decir, como una defensa de la subjetivación autónoma y de la capacidad del ser humano para ser uno mismo (además de reivindicar la imaginación como estrategia de evasión). En el caso de la protagonista, esto se aprecia, como se ha visto, en la actitud de rechazo hacia el Capitán y en la creación del mundo fantástico que la define, pero también, dentro de ese mundo, lo podemos ver en la relación que establece con las criaturas de su mundo mitológico. Así, por ejemplo, en la segunda prueba Ofelia escoge la caja que le dicta su propia intuición, no la que le indican

¹³⁸ Véanse las páginas 7-8 de este capítulo para una explicación de las técnicas de sí en Foucault.

las hadas, y a continuación, incumpliendo las órdenes expresas del fauno de no tocar los alimentos, come las uvas prohibidas, lo cual, desde mi punto de vista, puede interpretarse como una acción subversiva que nos remite al banquete real –el que está teniendo lugar en el comedor de la casa –siendo de algún modo un asalto simbólico al Capitán y a los víveres que guarda bajo llave en el granero. Pero significativamente, la acción de infringir la autoridad del fauno y la de haber elegido por cuenta propia no tienen consecuencias negativas en modo alguno: por una parte, su elección es al final la correcta (elige por sí misma la caja que contiene la daga) y, por la otra, romper las reglas solamente parece ser un acto legítimo de rebeldía y una forma de mostrar su compromiso con el bando que encarna su padre (razón por la cual, naturalmente, es perdonada).¹³⁹ Finalmente, en la última prueba, después de aceptar las órdenes impuestas por el fauno (“¿Prometéis obedecerme? ¿Haréis todo lo que yo os diga? ¿Sin cuestionarlo?”), lo desobedecerá de nuevo y precisamente gracias a su desobediencia, al no entregarle a su hermano recién nacido y evitar derramar la “sangre de un inocente” –escena simbólica que parece servir de contrapunto al genocidio franquista –en última instancia podrá acceder y reintegrarse al reino subterráneo de sus padres.

Pero la libertad de pensamiento no es una cualidad exclusiva de Ofelia, sino que también está presente en otros personajes como el doctor Ferreiro y como Mercedes. En una de las escenas más emotivas de la película, el médico republicano, guiado por su conciencia ética, incumple las órdenes de Vidal y facilita un final digno a un guerrillero

¹³⁹ En este motivo del perdón, por parte de un padre con reminiscencias divinas/religiosas (encarnado por el fauno) que exige, perdona, y sólo así capta a la niña en su paraíso, puede apreciarse una cierta remembranza cristiana. Igualmente, otra circunstancia con tintes cristianos es la resurrección final de la niña-protagonista, cuando se reúne espiritualmente con sus padres para así disfrutar de la inmortalidad. Desde otra óptica, sin embargo, ese paraíso alternativo, en el que su padre domina, parece desafiar a la visión cristiana del paraíso celestial al estar ubicado bajo tierra, contrastando por eso con la imaginería católica dominante en el mundo fascista de la realidad.

republicano que acaba de ser brutalmente torturado. Poco después, aún sabiendo que así está firmando su propia sentencia de muerte, el doctor, al ser interrogado por su decisión, contesta que “es que, obedecer por obedecer, así, sin pensarlo, eso sólo lo hacen gentes como usted, Capitán.” En contraste radical con la imposición de la obediencia ciega y de la disciplina fascistas, sus últimas palabras suponen la defensa de la libertad y de la vida, una reivindicación de ser uno mismo. Lo que está haciendo aquí, además de conservar la integridad moral en circunstancias tan adversas como éstas, es, en definitiva, un ejercicio de autoafirmación y de impugnación al fascismo.

Por su parte, al igual que el doctor, Mercedes ha podido sobrevivir en la nueva España de Franco por medio de la ocultación de su verdadera identidad. Pero en ese acto de ocultarse y de ser invisible está precisamente su manera de resistir y de ser ella misma, ya que aprovecha su condición de mujer para pasar desapercibida, poder moverse en un mundo absolutamente masculinizado y, así, poder ayudar a la guerrilla en la que se encuentra su hermano (suministrándoles medicamentos y alimentos, información sobre las operaciones militares, llevándoles al médico, etc.). Así, aunque en la vida pública trabaja para el Capitán, acatando sus órdenes, Mercedes, en verdad, no es ni mucho menos un sujeto sometido, sino, antes bien, una mujer que resiste silenciosamente, manteniéndose fiel a sus valores ideológicos y no doblegándose ante las circunstancias. Desde esta perspectiva, este personaje (al igual que el doctor), se erige en arquetipo de todos aquellos individuos que durante los años de la posguerra se solidarizaron con los grupos guerrilleros, jugándose la vida como enlaces o simplemente auxiliándoles como podían.

Finalmente, El laberinto del fauno reivindica también la figura del maquis en su versión de luchador antifranquista (a pesar de que no desarrolla un discurso ideológico) pues, lejos de ser presentado como un sujeto sin capacidad de insurgencia, sin estrategia política, o reducido a la vida desnuda por los mecanismos represivos del franquismo, se constituye aquí como un revolucionario irreductible a los aparatos del poder, decidido a seguir luchando contra la dictadura pese a las dificultades. Bien es cierto, como ya dije al principio, que estamos en el preciso momento en que la escena internacional despertó las esperanzas en los huidos republicanos (según se demuestra en la escena de la cueva en la que vemos a uno de sus miembros leyendo las noticias que llegan de Normandía) y que, además, la trama de la película tiene lugar durante los prolegómenos de las invasiones pirenaicas (según se refleja en la conversación de un maquis con el Doctor Ferreiro). Así pues, la guerrilla aparece como una fuerza colectiva y revolucionaria que se enfrenta al dominio del Capitán Vidal, una potencia que, a mi entender, puede ser conceptualizada como una máquina de guerra en los términos de Deleuze y de Guattari, a saber: “siempre que se produce una acción contra el Estado, indisciplina, sublevación, guerrilla o revolución como acto, diríase que una máquina de guerra resucita, que un nuevo poder nomádico surge” (Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia. 390). Una máquina de guerra, por tanto, con una base histórica y real, puesto que estos fueron los años en los que cientos de huidos, la multitud heterogénea de huidos que había estado diseminada y luchando por sobrevivir en los montes de España, se reorganizaron colectivamente para lanzar una ofensiva contra el régimen. Dicho esto, si bien Guillermo del Toro reivindica la dimensión política y revolucionaria del maquis, que fue efectivamente histórica en este contexto de 1944, podría pensarse, empero, que también plantea la realidad de la guerrilla

antifascista en un marco de fantasía, ya que, como ha observado Jane Hanley: “The Republicans are in the grip of their own kind of magical thinking, as their effective defeat on a broad escale is balanced against the tenuous hope of external intervention by the Allies” (38). Es decir, también los maquis parecen dejarse llevar por la pura fantasía en la medida en que, a la postre, el espectador sabe que la ayuda internacional nunca llegó y que el destino final de los maquis fue la muerte o el exilio, indefectiblemente.

En definitiva, tanto Ofelia (a través de la imaginación) como los otros personajes republicanos de la película (por medio de la actividad revolucionaria o del no-abandono del referente político-moral) se oponen a las reglas impuestas por el Estado franquista y son capaces de articular sus propios dominios de vida. De esta manera, la vida como tal, el lugar donde se aplican las técnicas tanatopolíticas/biopolíticas, se muestra aquí como aquello que resiste las capturas del poder y que es capaz de inventar otras alternativas, incluso en un contexto de total invasión de la vida como fue el régimen de posguerra. Se desarrollan, pues, diversas formas de resistencia, articuladas en aquellos espacios todavía no completamente conquistados por los mandos franquistas: los de la imaginación, los tradicionalmente femeninos, los de la naturaleza poco accesible. Ni que decir tiene que la acción resistente conlleva en El laberinto del fauno un altísimo precio para Ofelia y para los maquis –puesto que ella es asesinada y ellos, andando el tiempo, serán igualmente destruidos por la represión –pero en ningún caso son mostrados como figuras trágicas ni como perdedores absolutos. Por el contrario, la película culmina en ambos casos con un guiño hacia la esperanza y hacia el futuro: Ofelia, después de rescatar a su hermano, y de decidir en última instancia no entregárselo al Fauno, se reúne finalmente con sus padres en su reino imaginario; por su parte, los maquis, tras atacar el destacamento militar y

salvar a Mercedes, recuperan al bebé de las garras del Capitán Vidal, y alcanzan así, de alguna manera, una pequeña victoria dentro de la derrota general. Resulta significativo que dicho bebé “ni siquiera conocerá el nombre de su padre,” ya que ese niño, como ya lo expuse, era la apuesta de expansión biopolítica del franquismo encarnado por el Capitán Vidal, aquí simbólicamente negada. Final ambiguo, por tanto, ya que la vida de la niña y el futuro histórico de la guerrilla (que conoce el espectador contemporáneo) terminan con su muerte y desaparición, mientras el reencuentro imaginado con sus padres y la pequeña batalla ganada al franquismo por los maquis son motivos que se abren hacia el porvenir, sugiriendo, más allá de la incuestionable verdad histórica de una dictadura consolidada durante décadas, que la libertad no dejó de articularse incluso en los años más difíciles, señalando por tanto la persistencia de contrapoderes y de contramemorias (memorias reprimidas y silenciadas) por debajo de los aparatos represivos franquistas y a través del tiempo.

Formas de resistencia bajo en La larga marcha de Rafael Chirbes: de la posguerra a los años del tardofranquismo

Rafael Chirbes ha sido uno de los escritores contemporáneos cuya narrativa se ha ocupado de recuperar las experiencias de los oprimidos bajo el poder franquista y rescatar las luchas de los resistentes antifascistas, reivindicando para ellos un lugar en la memoria colectiva y reflexionando sobre su devenir histórico.¹⁴⁰ Distintos textos literarios suyos han plasmado varios momentos de la dictadura o de la transición, pero tal y como sugiere

¹⁴⁰ Además de la novela que nos ocupa, otras narraciones de Rafael Chirbes que tratan el tema de la memoria histórica son La buena letra (1992), Los disparos del cazador (1994) (ambas sobre la posguerra), La caída de Madrid (2000) o Crematorio (2008) (sobre el tardofranquismo y la transición).

su título, La larga marcha (1996) es, acaso, la propuesta más ambiciosa en este sentido, la novela que brinda al lector una mirada panorámica y totalizadora de la existencia bajo la opresión franquista, abarcando desde mediada la posguerra hasta el umbral de los setenta, incluyendo a dos generaciones históricas y reuniendo a una variada galería de personajes que cubren todo el espectro sociológico (vencedores/vencidos, burgueses/desposeídos, intelectuales/iletrados, campo/ciudad, etcétera).¹⁴¹ Ubicada en la tradición literaria del realismo social, se narran las pequeñas historias cotidianas de una serie de personajes antiheroicos que así se distancian, de nuevo, de la tendencia mediático-espectacular de buena parte de la cultura de la memoria histórica (sentimental, épica, heroica, etc.). Estructuralmente, la narración está constituida por dos partes diferenciadas que ocupan, en total, cincuenta secuencias en la vida de dichos personajes. La primera, titulada “El ejército del Ebro,” se centra en la generación de padres que tratan de sobreponerse a las condiciones miserables de la posguerra. La segunda, titulada “La joven guardia,” cuenta las vivencias de sus hijos en la década del sesenta, cubriendo desde su educación en las escuelas y en los internados del régimen hasta el despertar de su conciencia política y su ulterior militancia en las organizaciones clandestinas.

Como parábola de la resistencia política, la novela chirbeana postula un recorrido que va desde su ausencia en los tiempos de la posguerra (aquí sólo aparecen personajes maniatados por la represión y por las carencias) hasta su reconstitución en los sesenta de la mano de los jóvenes universitario. Es decir, mientras la resistencia política parece ser

¹⁴¹ En un artículo publicado en el diario El País el nueve de octubre de 1996, en contestación a una reseña negativa publicada por el crítico Ignacio Echeverría, el novelista Antonio Muñoz Molina argumenta que se trata de “la culminación del progreso de un novelista, ese libro en el que se resumen y estallan en plenitud todos los libros anteriores, todas las historias y los personajes que uno ha ido inventando a lo largo de su vida, todas las voces que ha escuchado, dentro y fuera de sí mismo.” Puede leerse online en: http://www.escolar.net/MT/archives/2004/12/el_caso_echevar.html.

una quimera para los padres, para los hijos, que han sido paradójicamente sometidos a los mecanismos de adoctrinamiento del franquismo desde su infancia (escuelas, internados), el activismo político-revolucionario se convierte progresivamente en el motor de sus vidas. Dicho esto, ni las pautas de vida en los miembros de la primera generación se derivan realmente de las estructuras ideológicas impuestas por el poder, desarrollándose ajenas a la racionalidad franquista y al empeño de construir un imaginario colectivo unitario, ni las peripecias de los universitarios comprometidos con la izquierda, liberadas de la pesadilla económica autárquica y del miedo traumático, así como emancipadas social y políticamente al calor de las nuevas corrientes contraculturales y del nuevo contexto universitario, pueden desligarse de los aparatos del franquismo: estos universitarios volverán a ser, al igual que sus padres, víctimas de la política represiva de un sistema cuya singularidad, en el fondo, no había variado. De esta manera, el final de la novela, con los estudiantes detenidos y torturados en los sótanos de la Dirección General de Seguridad, reviviendo los fantasmas de la posguerra, supone una visión políticamente pesimista por parte de su autor.

Comencemos, pues, con la parte centrada en los años de la posguerra, analizando a unos personajes que se constituyen a sí mismos desde la adversidad, desde su relación íntima con un período histórico de miseria e injusticia, y por supuesto, sin espacios para desacuerdos de ningún tipo. Lo que realmente marca la personalidad de los protagonistas no parecen ser las políticas de subjetivación franquistas, sino la lucha diaria para sobreponerse a la pobreza, a la opresión, a la humillación, a la desnutrición. Por tanto, no son individuos forjados por los saberes hegemónicos y por la manipulación biopolítica, sino, antes al contrario, sujetos con identidades propias, sin duda supeditadas al objetivo

primordial de la supervivencia, pero, al fin y al cabo, definidas por sí mismos a través de estrategias propias. En este sentido, frente al estado de dominación política y/o económica absoluta, los personajes de Chirbes parecen conservar una cierta soberanía individual, muchos de ellos llevando a cabo, incluso, pequeñas subversiones por debajo del miedo y del control franquista. En esencia, La larga marcha recrea la vida cotidiana de aquella España de posguerra sirviéndose, justamente, de las cartografías subjetivas de estos sujetos, de sus negociaciones íntimas con el momento histórico adverso, en suma, de sus singularidades haciéndole frente al sufrimiento y a la represión.

En líneas generales, los protagonistas de la primera parte comparten la condición de ser víctimas de la opresión franquista, independientemente del bando ideológico al que hayan estado vinculados (todos han estado en el frente de Aragón, de ahí el título). Desde esta perspectiva, a excepción de Gloria Seseña –personaje miembro de la alta burguesía madrileña –Chirbes se concentra en los oprimidos que padecieron el régimen dictatorial, lógicamente en los vencidos que fueron violentamente reprimidos y, asimismo, en una serie de supuestos vencedores igualmente menoscabados por la injusticia y la crueldad circundantes. Ahora bien, en ningún momento se trata de una posición ideológica que borre las diferencias entre los dos bandos, o que demande que todos han sido igualmente perdedores, sin culpables ni inocentes, sino que, simplemente, es un intento de mostrar una realidad en la cual, dentro de la gran masa de marginados y perdedores de la guerra civil, hubo también individuos, provenientes de las clases subalternas, que lucharon engañados u obligados en el ejército nacional y que luego igualmente sufrieron las consecuencias del franquismo. A modo de metáfora de todos ellos, de todos los humillados por el fascismo, cabe resaltar el breve capítulo con que concluye la primera

parte, protagonizado por un perro herido y acuciado por el hambre, que huye trágicamente a lo largo de una carretera después de haber sido atacado por otro perro mayor, alegorizando esas vidas angustiadas, dolorosas, desesperadas.¹⁴² En general, al reivindicar y al tratar de rescatar todos esos pasados vencidos, en cierto sentido, la visión literaria de Chirbes se alinea con la crítica benjaminiana de la historia. Esto es, la crítica que exige examinar lo histórico desde una mirada que pase el cepillo a contrapelo sobre el pasado, volviendo la vista atrás hacia las clases históricamente explotadas, hacia las múltiples vidas marginadas a la estela del progreso, a las cuales Benjamin engloba, en oposición a la temporalidad homogénea y vacía de la historiografía positivista, en una “single catastrophe which keeps piling wreckage upon wreckage” (“Theses on the Philosophy of History” 257).

Dentro de la percepción del franquismo que propone Chirbes, dicha catástrofe se hace visible, en primer término, en los protagonistas doblegados a causa de su ideología republicana. Entre ellos, se encuentran el médico-cirujano Vicente Tabarca y el empleado ferroviario, antiguo miembro de la U.G.T, Raúl Vidal: dos personajes caídos en desgracia que, en efecto, conocieron las cárceles franquistas y fueron ambos depurados/rebajados laboralmente, para seguir viviendo después bajo los sentimientos dominantes del miedo y/o de la desolación. Pero el enfoque de Rafael Chirbes, como decía, no contextualiza la exclusión exclusivamente en el bando derrotado, sino que también se percibe entre parte de los ganadores, ya que, para ser incorporados a la España nacional, y para prosperar en ella, no bastaba tan sólo con no haber sido declarado desafecto al régimen y con estar en posesión de las necesarias credenciales patriótico-ideológicas, sino que, adicionalmente,

¹⁴² “Estaba asustado y trotaba a pesar del agotamiento, con la lengua fuera y las heridas ardiéndole. Huía de los colmillos cuya misión lo había cegado durante un instante, de un peligro indefinido, del hambre que lo atenazaba, o del dolor de su grupa que lo seguía a todas partes” (175).

hacían falta todo tipo otros privilegios que no estaban al alcance de sujetos que procedían de capas bajas de la sociedad. Inversamente, también pudo darse el caso, como vemos en la novela, de antiguos personajes republicanos que supieron adaptarse sin escrúpulos a un nuevo contexto sociopolítico dominado por la crueldad y por el egoísmo. Así, en la obra de Chirbes encontraremos a un republicano vendido al fascismo y a ex-falangistas que despiertan la empatía y la conmiseración del lector: por un lado, sujetos como Pedro del Moral o Luis Coronado, sujetos denigrados aunque provengan del bando vencedor y, por otro lado, el caso de un ex-militante socialista, hermano de Raúl Vidal, que se une al franquismo y que se enriquece a costa de renunciar a su pasado, abandonando incluso a esa familia que le ayudó sin reservas durante su estancia en la cárcel. Desde esta perspectiva, como dice el crítico Pedro Alonso en su análisis de la novela, la dicotomía vencedores-vencidos puede dirimirse, asimismo, a partir de la conducta individual o personalidad de los personajes, ya que además de las circunstancias políticas, “*La larga marcha* establece la separación desde la subjetividad del personaje, y más concretamente, desde los sentimientos y la integridad moral” (18).

Desde la perspectiva de Chirbes, el sistema político surgido de la guerra protege los intereses de las élites pero, además, ha instaurado un escenario regido por el abuso y por la corrupción, en el que impera la ley del más fuerte, favoreciendo así la desigualdad extrema y el aumento de las desigualdades económicas. Para unos pocos (las oligarquías de siempre y los beneficiarios inmediatos del nuevo estado de cosas), esta etapa histórica se convirtió en una coyuntura propicia para el enriquecimiento o acumulación capitalista, y en cambio, para la mayoría, fue un tiempo de desesperanza y opresión, dominado por el miedo y por la miseria. De ahí que en esta España depauperada y deshumanizada se

hiciera muy difícil el desarrollo de formas de resistencia contra la opresión (al margen de la guerrilla antifascista), aún cuando, en virtud precisamente de estas circunstancias, y de la persistencia soterrada de las ideologías republicanas, las vidas reales se desplegaran de espaldas a los discursos nacional-sindicalistas y nacional-católicos ruidosamente activos en estos primeros años, sin encajar con la imagen del nuevo sujeto/nuevo país difundidos oficialmente.

En el cosmos de la posguerra encontramos, en primer lugar, a Manuel Amado, un campesino gallego cuya subjetividad está íntimamente ligada al arraigo con la tierra, a las costumbres generacionalmente heredadas y a la simbiosis familiar: “la familia era el río por el que corría la vida y era solo uno que se perdía hacia atrás en el humo del pasado, y hacia delante en la bruma de lo que fuera a venir” (19). De este modo, incluso aunque fue llamado a filas para luchar a favor de Franco, por haber caído su aldea en zona nacional, la vida de este campesino, así como la de los otros miembros de su familia, se muestra en principio desligada del tamiz ideológico franquista, transcurriendo como prolongación de un modo de vida tradicional/arcaica.¹⁴³ Sin embargo, el acontecimiento histórico hace acto de presencia cíclicamente en su vida, siempre de manera negativa, primero para llevarse a su hermano Carmelo a la guerra de Marruecos, más adelante para reclutarlo a él mismo en el ejército nacional y, por último, ya definitivamente, para edificar un pantano que sepultará bajo el agua el núcleo/hogar familiar y la aldea, truncando la estabilidad de la vida doméstica y la seguridad asociada a la tierra, así como la propia subjetividad:

“Con la casa, los prados, la huerta y los animales condenados a desaparecer, Manuel se

¹⁴³ Aunque no esté directamente implicado con la ideología franquista, por otra parte este modo de vida era sistemáticamente utilizado por la propaganda franquista como paradigma de las virtudes de lo español (el conservadurismo y la abnegación, los valores religiosos, el modelo patriarcal familiar, etc.). Dista mucho, por lo tanto, de las experiencias emancipadoras y colectivistas que habían tenido lugar en el ámbito rural a lo largo de la guerra.

sentía convertido en una triste sombra de sí mismo” (169). Así, en la última secuencia de la primera parte, veremos a Manuel en un camión de mudanzas, abandonando ese pasado mítico-rural para inaugurar una nueva etapa vital marcada por el desarraigo, la pérdida y la precariedad existencial en un barrio de Madrid. Significativamente, además, se cruzará con ese perro alegórico que deambula hambriento y desesperado por la carretera, como si así entrelazaran también sus destinos. A partir de aquí, este personaje puede interpretarse como víctima de la dictadura, expulsado de su espacio natural (casa, aldea) y obligado a recomponer su existencia en unas circunstancias adversas. Y, por lo tanto, es ahí mismo donde se inaugura un proceso de reconstitución subjetiva, de pugna entre la memoria y el nuevo presente, en suma, de resistencia frente a la amenaza de una sociedad degradada y de apertura hacia otra forma de estar en el mundo.

Igualmente campesino es uno de los personajes más trágicos de la novela, José Pulido, un jornalero extremeño que sobrevive gracias al pequeño contrabando y al hurto de bellotas, con una esposa y cinco hijos que alimentar, uno de los cuales, Gregorio (al que veremos en la segunda parte sumándose a los movimientos obreristas) trabaja con él, burlando la vigilancia de la guardia civil para así facilitar la actividad delictiva del padre. Este jornalero, José Pulido, que arrastra una existencia extremadamente dura, en la que tiene que robar y en la que su esposa se prostituye como vía para poder alimentarse, es el vivo reflejo de la atrocidad de la posguerra, de las penurias y calamidades, de la miseria y de la lucha extrema por salir adelante, de la represión y de la vejación permanente a las que fueron sometidas las clases más desfavorecidas.

Por su condición de republicanos y de vencidos en el ámbito de lo político, Raúl Vidal y Vicente Tabarca son los personajes que más han sufrido los aparatos represivos

fascistas. Como sabemos, el universo instaurado por el orden franquista premia a quienes han demostrado su adhesión y castiga a los vencidos según el “delito” cometido. En el caso de Raúl Vidal, obrero ferroviario de profesión, dicho delito es haberse afiliado a la U.G.T, haber servido en el ejército republicano, y ser familiar de un conocido militante de las Juventudes Socialistas Unificadas. Por estos motivos, “desde que acabó la guerra, había tenido que conformarse con continuar como peón de Vías y Obras, viendo cómo ascendían rápidamente los que llegaban de fuera avalados por recomendaciones que siempre destacaban su conducta patriótica en el bando nacional” (27). Sin embargo, no siempre se cumple el esquema general, y aquí es donde Chirbes postula la existencia de una zona intermedia en los procesos de inclusión y de exclusión, puesto que su hermano Antonio, tras tres años de cárcel y con una pena de muerte conmutada, se casa con una burguesa y consigue integrarse en el orden franquista. Obviamente, no se trata de una incorporación ideológica sincera, sino de la maniobra de un oportunista sin escrúpulos, que abdica de toda lealtad y renuncia a su pasado político y familiar (a la familia que le había ayudado mientras estuvo encarcelado), poniendo de relieve que los sujetos son quienes en última instancia se gobiernan a sí mismos y pueden modelar su subjetividad ética (Foucault). Mientras Antonio irremisiblemente pierde la dignidad, relacionándose “con quienes lo habían delatado y mantenido encerrado” (27), ascendiendo socialmente a cambio de traicionar sus ideales, Raúl, degradado por el orden constituido, mantiene la integridad en lo moral, no sólo por no haber abandonado ni a su hermano ni sus ideales, sino porque, como él mismo piensa: “el miedo o el rencor y la venganza nunca deben traspasar ciertos límites, porque, si los traspasan, degradan al hombre y lo convierten en un pelele” (28).

Entre todos los protagonistas de la primera parte, don Vicente Tabarca, intelectual republicano represaliado, depurado y fichado por los aparatos policiales, se constituye en el personaje a través del cual se articula principalmente la reflexión histórica y política: la añoranza del período prebélico, la experiencia de la represión, la oscura España resultante de la guerra, la desertización cultural, etcétera. Cuando sale de prisión después de cinco años, gracias a la intercesión de un primo comandante del ejército nacional, don Vicente Tabarca, el antaño brillante cirujano de gran proyección internacional, se ve obligado a tener que vivir aislado en una angustiosa existencia (en la que apenas puede practicar su profesión), amordazado entre la grisura de un país ahora hundido en la ignorancia y en la intransigencia:

A Vicente Tabarca lo ahoga, más que nada, esa mediocridad, la miseria en la que lo ha encerrado la nueva situación. Esa supervivencia que le ha llegado después de la vida, y que no, no es precisamente la vida. (93)

Truncado su proyecto vital y encerrado en su casa, la existencia de este médico se convierte en paradigma de las vidas humilladas y exiliadas interiormente que abundaron durante la posguerra, las de cientos de miles de vencidos republicanos para los que toda la península se había convertido en una inmensa prisión (para aquellos que conocieron las cárceles reales, como Vicente Tabarca, la experiencia carcelaria se prolongaba más allá del encierro real). En estas circunstancias, muerto civilmente, mortificado por el miedo y, por consiguiente, incapacitado para rearticularse políticamente, su gran preocupación es la de no perder la propia identidad, la de no dejar de ser uno mismo, ya que “mutilado de su pasado, un hombre no era nada: una miserable bestia” (95) y, para evitarlo, lo que hace es mantener la memoria permanentemente viva: “no olvidar el que uno mismo fue antes de que le rompieran la columna vertebral y lo convirtieran en un pelele” (99). Como él lo

explica, usando significativamente el léxico médico que igualmente era utilizado por las autoridades franquistas, sigue contagiado irremisiblemente “por una forma de pensar que los vencedores calificaron de epidemia y que extirparon con cruel y efectivo instrumental durante tres años de trincheras y cuya cura prosiguieron en paredones y celdas” (46). Por lo tanto, para un personaje que se define como un hombre que “piensa, recuerda y tiene miedo” (44), la memoria y el pensamiento se convierten en su estrategia fundamental de resistencia. Así pues, además de reflexionar sobre España, sobre lo que pudo haber sido y lo que es,¹⁴⁴ don Vicente Tabarca rememora su época dorada y escucha Radio Pirenaica durante las noches de insomnio, sigue leyendo su antigua colección de libros (los que se salvaron de la purga que por miedo hizo su esposa), o escoge los nombres de sus hijas (Alicia y Helena) con una intención política, poniendo en ellas la esperanza de la continuidad y esperando que también se contagien ideológicamente. De esta manera, Vicente Tabarca, inevitablemente convertido en un fantasma encerrado en su propia casa, condenado a la marginalidad y paralizado por el miedo a que alguien venga a buscarlo para encarcelarlo de nuevo, puede autoafirmarse a despecho de la derrota, mantener su yo intelectual/ideológico aún cuando ha sido degradado hasta casi la indignidad, y expresar así una mínima forma de rebeldía (seguir cometiendo el mismo delito de pensamiento que la cárcel no ha podido borrar) aunque se halle ya, sin salida, imposibilitado para el ejercicio de toda resistencia política activa.

¹⁴⁴ Merece la pena transcribir la siguiente descripción de la España que ahoga a Vicente Tabarca: “Un eterno país nocturno e intransigente, cainita, en donde siempre la mitad ocupa por la fuerza el todo y lo pone a su servicio, un miserable país que grita “Vivan las caenas,” y saca bajo palio a los tiranos, y usa el nombre de Dios como una pistola con la que disparar sobre el prójimo, y en el que un esperpento sangriento llamado Millán Astray apunta su arma contra Unamuno al grito de “Muera la inteligencia,” y donde los obispos bendicen los paredones desportillados por los impactos de las balas y manchados de sangre” (47).

Dos personajes que comparten la categoría de vencedores, y sin embargo, pueden contarse también entre los derrotados, son Pedro del Moral, camisa vieja y emigrado del campo a Salamanca para trabajar de limpiabotas, y Luis Coronado, madrileño que luchó también con el bando nacional y sin embargo sobrevive vendiendo por el día la picadura de colillas “recogidas durante la noche por toda la familia y trabajadas con esmero por su mujer y por su hermana” (53). Construidos con suma ternura por su autor, a pesar de su condición teórica de vencedores, ambos simbolizan el violento y crudo desajuste entre la verdadera posguerra que les condena a una vida cercana a la mendicidad, y aquella otra, previamente imaginada por ellos, que “iba a ser hermosa” y “de quienes habían servido a la bandera española contra las hordas de la república” y que “prometían los altos mandos que visitaban las trincheras [...] o los que pronunciaban discursos por la radio” (34). Por haber combatido en el ejército vencedor, Pedro del Moral y Luis Coronado no sufren el despiadado ajuste de cuentas que se estaba llevando a cabo pero, debido a su pertenencia a un extracto social bajo, padecerán, al igual que los demás personajes, el auténtico clima de una cotidianidad dominada por la explotación, la corrupción, la injusticia, el doble rasero para todo. Es decir, también para estos dos sujetos “ganadores,” la realidad no era el mundo glorificado y falso del país que mostraban los medios oficiales, sino una en la que abundaban las enfermedades, el hambre, los abusos, la delincuencia, la prostitución, la explotación, etc. En mi opinión, en la medida en que se trata de ex-soldados nacionales convertidos en sujetos marginados que sufren las consecuencias del franquismo (pasan hambre, viven en casas miserables, roban para sobrevivir o incluso recurren al aborto cuando no pueden dar de comer a sus hijos, etc.), deconstruyen, de alguna manera, la mitología del nuevo sujeto normativo que difundía la propaganda oficial (patriótico,

católico, guerrero). En un plano general, la falsedad intrínseca al discurso hegemónico está encarnada por la preocupación que tiene Luis Coronado por el aspecto externo y por su apariencia para ejercer su oficio (“apariencias, nada más que apariencias. Era la lección que Luis Coronado se había traído de la guerra” (52)), como si fuera una personificación de la ideología de la que él mismo es víctima, aunque, en otro sentido, esa es precisamente también su estrategia para evitar la pérdida de su dignidad, una vía legítima de salvar su integridad ante la humillación y la degradación. En definitiva, son dos personajes oprimidos y mutilados (Pedro del Moral, postrado en una silla de ruedas después de ser arrollado por un ferrocarril, constituye la viva metáfora de la amputación de aquellos sueños y aquellas esperanzas) que deben aprender a sobrevivir y a redefinir su propia identidad en un ambiente devastado que no tiene nada que ver con lo que ellos habían imaginado.

Finalmente, Gloria Seseña, representante de la alta burguesía, es un personaje que contrasta con la mayoría de la población que sobrevivía en una situación de total penuria. Representante de los antiguos propietarios, se ve arruinada durante la guerra por los actos de su hermano, pero para ella, al contrario de lo que sucede con el resto, siempre hay una segunda oportunidad, que llega cuando se casa con un antiguo empleado familiar, Ramón Giner, ahora falangista y nuevo rico gracias a los negocios del estraperlo, que la devuelve a su orden burgués natural. Para ella, la instauración del régimen supone una nueva etapa dorada que la devuelve a sus antiguos privilegios:

El país, y las mejores familias, hemos pasado nuestro largo invierno durante la guerra, y ahora vivimos una hermosa primavera, que se afianza poco a poco. ¿Hemos de avergonzarnos por eso? ¿Vamos a dejar, por eso, de constituir el viejo tronco de siempre? (126)

Sin embargo, pese a que se beneficia del régimen, a su manera Gloria se distancia de sus estructuras ideológicas, rechazando el ambiente mediocre que reinaba en las capas sociales aristocráticas y burguesas a las que pertenece, basado en el lujo banal, en la falsa religiosidad, en la superficialidad:

a ella le interesaban poco, aunque fingiera, las reuniones de caridad, las cofradías, las asociaciones religiosas, las obras benéficas [...] no eran soportes suficientes para mantenerla verosímilmente ocupada. Como no lo eran las tardes que pasaba compras con las Nuñez de Arco, con la de Beleta, las ñoñerías en torno a una taza de chocolate y a una ración de tortitas de nata en el Nacional o en los Vienenes. (151)

De alguna manera, Gloria se presenta como una mujer emancipada que quiere desprenderse, a pesar de su condición de vencedora, de las pautas de la moral franquista – particularmente represivas para la mujer – que sí han hecho mella entre sus amistades. Ahora bien, nunca deja de ser defensora del régimen político que la protege, poniendo así en clara contradicción sus ansias de independencia/libertad y su auto-identificación con el estado de cosas. En los últimos capítulos de la narración, la verá el lector enormemente angustiada al descubrir que su hogar ha acogido una reunión “subversiva” de estudiantes, entre los que está su hija, y más aún, por encima de eso, al saber que entre ellos se hallaba un obrero albañil emigrado de Extremadura, Gregorio el “Panaderino” (hijo de José Pulido) que le hace recordar a aquellos “energúmenos” que habían asaltado su casa durante la contienda.

Al contrario que sus progenitores, los jóvenes antifranquistas que protagonizan la segunda parte, cuyo nacimiento se produce durante la posguerra, han sido sometidos a la maquinaria franquista de producción de las subjetividades desde la infancia, creciendo, por tanto, dentro de los límites del régimen, en un mundo configurado con arreglo a su

ideario político. Así, a lo largo de los primeros capítulos, se cuentan las experiencias de estas nuevas generaciones en los centros educativos y disciplinarios de la dictadura. Sin embargo, no se produce ninguna modelización ideológica de sus identidades sino, antes al contrario, un proceso de desafección cada vez mayor, en muchos casos a través de las películas y de la literatura. Por otro lado, a mediados de los sesenta, cuando acceden a la universidad, ya no predomina en España el ambiente del miedo que había paralizado a la generación de sus padres, pero, en su lugar, el régimen ha logrado producir una sociedad despolitizada y conformista, fundamentalmente merced al desarrollo económico y a los efectos de la propaganda oficial. Empero, estos jóvenes estudiantes ponen de relieve que dicha pasividad coexistió con una notable movilización política: en efecto, primero en el ámbito universitario o en otros espacios intelectuales, y finalmente en las diversas organizaciones clandestinas, los protagonistas forman parte de una intensa actividad política en la que, paralelamente, encuentran otros modelos de subjetivación radicalmente diferentes a los oficiales (desmintiendo, por tanto, la idea una sociedad española en la que todo era pasividad y conformismo). Aunque la atención narrativa se centra principalmente en la militancia política durante los años de la universidad, asistimos a la metamorfosis de estos estudiantes en varias etapas de su vida, desde las escuelas hasta su despertar sentimental, intelectual y político. En suma, se verá que La larga marcha reflexiona, en este sentido, sobre la incubación y la formación de los movimientos antifranquistas de toda una época.

A través de la educación que reciben estos personajes en los internados o en las escuelas se muestran las interioridades del poder disciplinario instituido por la dictadura. Específicamente, la descripción del internado de León –en el cual coinciden los hijos del

limpiabotas salmantino, José Luis del Moral, y del ferroviario ugetista, Raúl Vidal hijo – descubre un espacio que cumple con todos los procedimientos propios de la disciplina fascista (vigilancia absoluta, castigos inmediatos, himnos patrióticos, adoctrinamiento, militarización, reglamentación de la vida, etc.).¹⁴⁵ En un principio, se produce un cierto acatamiento de la normalización y subjetivación del poder franquista, tal como se ve, por ejemplo, en José Luis del Moral (quien se ve falsamente atraído por el meticuloso orden y la seguridad que contrastaban con su anterior vida marcada por la miseria). Sin embargo, enseguida se produce el derrumbamiento de ese “espejismo” que “a él había empezado a cautivarlo” y que formaba “parte de la nueva personalidad que veía crecer en él y a la que se entregaba con energía” (183), para volver a ser él mismo y recuperar con orgullo la memoria de su padre limpiabotas, esto es, la conciencia de clase social marginada:

Durante un tiempo había jugado con ese orden aparente, se había adaptado a él, como se adaptaba, en los juegos, al papel de indio o de vaquero, y hablaba como los indios y los vaqueros de las películas, y engolaba la voz como ellos cuando el juego lo exigía. Pero el juego se había terminado, se habían encendido las luces de la sala, y él descubría que las prendas con las que se había disfrazado no eran suyas, ni él quería que los fuesen [...] Ahora había sonado el timbre y el recreo se había terminado y él volvía a ser José Luis. Lo decidió así. Que era él, y que quería volver a ser él y en la casa de él. (232)

¹⁴⁵ En el internado de León en el que estudian José Luis del Moral y Raúl Vidal, “los motivos de sanción en una cotidianeidad reglamentada casi hasta el infinito por una compleja casuística eran muy numerosos” y “siempre había un segundo de indisciplina o descuido que convertía al alumno en motivo de escarmiento para los demás.” Además, el “orden meticulosamente establecido presidía las voces o los silencios que hacía que los alumnos se dispersaran o agrupasen al sonido de la campana o del silbato.” O “aquellos cánticos que se ensayaban una y otra vez en la capilla y en el salón de actos,” el “número que se la adjudicaba a cada alumno el primer día y que aparecía marcado en todo cuanto usaba,” del correo que “se entregaba abierto a los alumnos y previamente leído por el jefe de estudios,” con unos monitores que “exigían que las filas fuesen completamente rectas y el silencio absoluto,” etcétera. Es decir, se cumplen todas las características del poder de las disciplinas en un contexto fascista, férreo y militarizado: castigo inmediato de cualquier desvío de su conducta, himnos patrióticos, filas y desfiles, adoctrinamiento, miedo, etcétera. Véase Rafael Chirbes, *La larga marcha* (Barcelona: Anagrama, 2003) 180-85.

Como le sucede a José Luis del Moral, en todos los personajes se irá produciendo un proceso de desidentificación hacia el mundo circundante, en ocasiones derivado de la ruptura con la generación anterior (aunque a veces heredan su legado ideológico), pero principalmente basado en la animadversión hacia el franquismo, articulada primero como otredad y desvinculación hacia al orden biopolítico reinante, y después, una vez que ingresan en el mundo universitario, derivada hacia los movimientos políticos colectivos. En buena medida, los cambios socioeconómicos que se produjeron en los años sesenta (la llegada de las modas culturales modernas, el aumento de la calidad de vida y del consumo) y, relacionado con ellos, el abandono de la lucha por la supervivencia y del miedo paralizante que ocuparon las vidas de los primeros tiempos, posibilitan una relativa modificación de las actitudes y de las relaciones sociales, lo cual puede interpretarse, en estos personajes, como antesala y paso previo para la movilización política que vendrá posteriormente.¹⁴⁶ Así pues, Gloria Giner, estudiante de origen burgués que ha viajado con sus padres a Italia, empapándose de las modas y de la nueva cultura posmoderna (las modas, las canciones, las películas), así como de ciertas lecturas y películas, parece ser claramente la pionera dentro de su generación, la primera que muestra síntomas de emancipación (aún no política). Por su parte, Helena Tabarca, amiga íntima de Gloria e hija de Vicente Tabarca, pese a que ha sido inevitablemente

¹⁴⁶ Resulta significativo, en este sentido, el conflicto generacional que se produce entre Helena Tabarca (hija) y Vicente Tabarca (padre). En el fondo, ambos coinciden en sus convicciones políticas, pero el médico republicano, aún atemorizado por la represión de la posguerra, intenta frenar la militancia marxista de su hija por el miedo a un sistema político “cuya maquinaria continuaba funcionando implacable” (275). Así lo reflexiona: “Él no la había salvado y alimentado y vestido y educado para que fuese el segundo capítulo de su derrota” (278). Como consecuencia, se produce en el médico un sentimiento contradictorio, a medio camino entre el orgullo ante una hija en la que descubre “restos de la ambición y la rebeldía que él tuvo en su juventud” (274) y el miedo traumático (la cárcel y el horror interiorizados) que, en última instancia, resultará ser mucho más poderoso, terminando por quemar, en un acto desesperado, los libros, panfletos y todo lo que encuentra en el cuarto de su hija (y, de esta forma, como él mismo lo expone, tenemos la idea de la extirpación del “tumor” vuelta trágicamente contra sí mismo (279).

socializada en las escuelas conservadoras del régimen, también experimenta esa metamorfosis ya que “se alejaba precipitadamente de sus compañeras de preuniversitario que se sabían de memoria las tontas canciones del verano y las cantaban a coro en el patio, como grillos de voces chillonas, y se pasaban el día vigilando a los chicos que les gustaban y pendientes de si las miraban o no” (218) y comienza por sí misma un proceso individual de autoaprendizaje, leyendo en primer lugar los libros que encuentra en la biblioteca de su padre y, después, las obras de autores extranjeros que le prestan sus amistades. Como le ocurría a José Luis del Moral, Carmelo Amado, hijo del campesino gallego emigrado a Madrid, se forma a sí mismo a través de la fascinación que le producen el cine, el arte y la literatura (214-5). Iniciado en la cultura urbana por su amigo Luis Coronado (hijo del vendedor ambulante de tabaco), abandona el sentimiento de alienación que inicialmente le había provocado la ciudad y comienza a deambular solo por sus calles, a visitar los museos/galerías y a frecuentar un cineclub universitario, desidentificándose del convencionalismo reinante entre la juventud y demostrando una enorme sensibilidad hacia los desheredados, a la par que realizándose por medio de la experiencia artística y de la escritura (213-5). También Raúl Vidal, al convertirse en el extraño protector de José Luis del Moral en el internado, lo que hace, a mi parecer, es reaccionar movido por una suerte de conciencia de clase derivada de su propia historia familiar (su padre era un ferroviario humillado por el franquismo, lo cual de alguna forma lo conecta con la condición de marginado del hijo del limpiabotas).

En síntesis, son jóvenes que rompen con la generación anterior y, particularmente, con el mundo del franquismo, buscándose a sí mismos de diversas maneras hasta confluir en el mundo universitario, incorporarse a varios dispositivos de resistencia y, finalmente,

organizarse políticamente en agrupaciones de signo marxista. Así pues, en primer lugar, la universidad, que desde la perspectiva del franquismo debería ser una etapa más en el proceso de socialización de la juventud, se convierte en el punto de inflexión para ellos, un novedoso lugar cuyo ambiente “contrastaba enormemente con el del colegio” (246): recitales, reuniones, actos culturales y políticos, asambleas, huelgas, etcétera. Allí, los protagonistas entrelazan sus vidas y pronto empiezan también a congregarse en otros espacios alternativos como las tertulias políticas/culturales que se organizan en *El laurel de Baco*, dando paso a una nueva etapa en sus vidas caracterizada por las nuevas ideas revolucionarias, el nacimiento de nuevas amistades y los deseos amorosos, y posteriormente por la participación conjunta en múltiples actividades clandestinas: reuniones, sindicatos, lecturas prohibidas (Marx, Marcuse, Freud, Gramsci, Miguel Hernández, Rafael Alberti, etc.). Asimismo, en estos años en los que “la gente se afiliaba con precipitación a las organizaciones políticas y también al amor” (227), estos jóvenes se sienten parte de un movimiento político transnacional, es decir, de la subversión anticapitalista/antiburguesa y de los movimientos contraculturales sesentayochistas, de esa “revolución que había empezado a crecer como una ola que se lo llevaría todo” (321):

Había otra gente como ellos al acecho en otros rincones de la tierra y las salpicaduras de esa ola ya había mojado las aceras del Boulevard Saint Germain, las piedras volcánicas de la Plaza de Tlatelolco, los puentes de Praga, y, desde el jardín de la Facultad de Filosofía, se escuchaba el rumor creciente de la marea que cubría al anochecer los arrozales del Mekong.
(321)

Finalmente, prácticamente todos ratifican su compromiso político incorporándose a Alternativa Comunista, una organización marxista-revolucionaria, actuando en células clandestinas, actuando bajo nombres de guerra, lanzando cócteles molotov, pegando

carteles, asistiendo a actos solidarios y a las manifestaciones y realizando huelgas (349-5) para terminar, finalmente, detenidos en los tristemente célebres sótanos de la Dirección General de Seguridad de la Puerta del Sol en Madrid. De esta manera, la evolución de estos jóvenes estudiantes ilustra la configuración de la disidencia antifranquista, desde sus resistencias autónomas que reaccionan al adoctrinamiento franquista –la capacidad afirmativa de la vida que se vuelve contra el poder –, hasta su inserción posterior en organizaciones colectivas de rebelión –la potencia del cuerpo colectivo como fuerza generativa y productiva –. Aunque el futuro político parece quedar abierto, el final de La larga marcha apunta al fracaso de dichas formas de lucha revolucionaria; en primer lugar, por factores externos, como por ejemplo, según indican A.López Bernashocchi y J.M. López de Abiada, por su “imposibilidad de conciliar el proletariado y los intelectuales, el mundo del trabajo y el mundo estudiantil” (204), plasmada mediante la relación que se establece entre Gregorio el “Panaderino” y los estudiantes, o también quizás por el conflicto entre una población políticamente anestesiada y una disidencia universitaria-intelectual incomprendida, lo cual se expresa a través de la relación de estos jóvenes con los padres y con el resto de la sociedad; en segundo término, y creo que de modo más determinante, por factores externos, por la actividad violenta de los aparatos represivos que aquí se traduce en los interrogatorios y en las torturas llevadas a cabo con absoluta impunidad en los centros de detención, bajo la lógica del estado de excepción periódicamente declarado en estos años.¹⁴⁷ Culmina la novela de igual modo a como lo había hecho la primera parte, con una escena alegórica protagonizada por unos perros desesperados que vagan por los aledaños de los calabozos en donde se hallan detenidos

¹⁴⁷ Y también, en esta novela, por la acción de grupos ultraderechistas que actuaban en conjunción con los cuerpos policiales: Ángel, el hermano exboxeador de José Luis del Moral, forma parte de uno de ellos (los “Guerrilleros de Cristo”).

los protagonistas. Estos perros, que “se disputaban detrás del ventanuco enrejado los desperdicios” (391), sugieren por tanto un entrelazamiento y una circularidad –una repetición de la historia –entre los destinos de las dos generaciones, la de los padres que vivieron la posguerra y la de los hijos que en la década del sesenta integraron la cultura de la resistencia antifranquista.

CONCLUSIÓN

Desde la muerte de Franco, ha habido en España dos visiones contrapuestas con respecto al tratamiento de la guerra y de la opresión franquista: *pasar página* o asumir la memoria traumática del pasado. En las primeras etapas de la democracia, el discurso del olvido y del silencio dominó claramente la política y la sociedad españolas debido a que fue estratégicamente pactado e impulsado por las principales fuerzas parlamentarias de la transición. Supuestamente por el miedo a que se desencadenara otro conflicto civil, ese silencio fue hegemónico (a excepción de determinadas minorías intelectuales y políticas) hasta muy recientemente, con el alto precio que ello ha supuesto para el país (de acuerdo al léxico de Gregorio Morán). Posteriormente, esta postura se ha mantenido arraigada entre buena parte de la población española, siendo particularmente popular entre los sectores conservadores, lo cual puede explicarse porque muchas personas todavía creen que es mejor no *reabrir las viejas heridas* o que *hay otras cosas más importantes*, por la vigencia de la desmemorización infligida en el subconsciente colectivo por el franquismo y por la transición o, simplemente, porque la derecha política ha preferido ocultar (o no enfrentarse a) su herencia o colaboración con la dictadura.¹⁴⁸ Ahora bien, a pesar de la fuerza social que sigue teniendo la lógica de la desmemoria, desde finales de los años

¹⁴⁸ Por supuesto, no toda la derecha conservadora opta por la estrategia del silencio, pues también ha habido un movimiento histórico revisionista que reivindica la memoria franquista. Apoyados por determinados grupos mediáticos del PP y de la Iglesia, sus máximos exponentes son Pío Moa, César Vidal o José María Marco.

noventa se ha producido en la sociedad española un verdadero vuelco hacia el pasado histórico. En efecto, tal vez por el hecho de que ha transcurrido tiempo suficiente para que se sienta que se puede hablar de ello sin peligro, o bien por un renovado interés público en el conocimiento de una historia largamente silenciada (particularmente por parte de las generaciones jóvenes), o acaso por el efecto del movimiento transnacional de la memoria o de unos medios de comunicación que ahora sí se han hecho eco del pasado, lo cierto es que durante los últimos quince años se ha producido en España un auténtico resurgimiento cultural/social de la guerra civil y del franquismo: proliferación de estudios históricos y de novelas en las librerías, artículos y noticias diarias en prensa, exposiciones en museos, reportajes en revistas, producción de documentales y de películas, etcétera.

Son muchas las razones esgrimidas en favor de la recuperación y preservación de la memoria histórica: conocer la historia es básico para no volver a repetir los errores del pasado; no se puede superar el pasado sin asumirlo con todas sus sombras; es primordial mirar hacia atrás para afianzar principios democráticos como la defensa de los derechos humanos (en tanto que los valores democráticos fueron precisamente los derrotados por el fascismo); olvidar no puede ser fundamento de la reconciliación (tal como lo predica la derecha política) en cuanto que supone una continuidad de la injusticia y la marginación impuesta sobre los vencidos y los oprimidos por el fascismo;¹⁴⁹ el pasado reciente no debe olvidarse porque es parte esencial de la identidad española; existe un imperativo

¹⁴⁹ En palabras de Vicenç Navarro: “La única razón por la que tal olvido podría justificarse moralmente sería el que los dos bandos del conflicto civil y de la dictadura hubieran tenido idéntica responsabilidad por lo ocurrido y hubieran perpetrado la misma cantidad de violaciones de los derechos humanos [...] La realidad histórica, sin embargo, no apoya tal postura. Un bando luchó para destruir la democracia y otro luchó para instaurarla [...] el bando vencedor llevó a cabo no sólo durante el conflicto civil sino incluso ya en tiempo de paz, la represión más brutal del siglo XX en la Europa occidental [...] tal represión fue metódica, sistemática y llevada a cabo como política de Estado, a diferencia de la represión durante la República, que fue en su mayoría espontánea, como respuesta popular al fascista militar.” Véase Vicenç Navarro, Bienestar insuficiente, democracia incompleta. Sobre lo que no habla en nuestro país. (Barcelona: Anagrama, 2002) 209.

cívico que exige sacar a la luz una verdad histórica (en concreto muchos aspectos relacionados con la represión) para no convivir con la mentira, etc. De acuerdo en lo básico con todas estas explicaciones, cabe pensar que la presente investigación se enmarca dentro de este contexto cultural de revisionismo histórico. Y, sin embargo, esta problemática no ha sido una cuestión de la que aquí me haya ocupado en profundidad, pues, más que centrada en la necesidad de recuperar la memoria, mi preocupación ha estado fundamentalmente localizada en la manera en la que esta recuperación se ha llevado a cabo dentro del marco contemporáneo de la postmodernidad y de la globalización.

Así pues, no obstante lo positivo de este resurgir de lo histórico, me ha parecido que es preciso cuestionarlo y tratarlo con cautela puesto que, en el fondo, ni mucho menos ha sido todo lo saludable que en un principio pudiera parecer. Por una parte, la avalancha de productos culturales acerca de la guerra y del período fascista, el “empacho de memoria” al que se refiriera Isaac Rosa, no se ha correspondido mayoritariamente con una buena calidad ni con una reflexión cuidadosa y crítica de los acontecimientos históricos. Para decirlo con las palabras del crítico José F. Colmeiro, este fenómeno ha sido, y sigue aún siendo, un “tiempo de inflación cuantitativa y devaluación cualitativa de la memoria,” durante el cual, más que memoria histórica auténtica, lo que ha habido es una suerte de obsesión memorialística y conmemorativa “que olvida la violencia, la culpabilidad colectiva e ideológicamente reviste de inocencia ahistórica el tiempo pasado” (19-24). En síntesis con esta idea, pues, la falta de calidad y de reflexión crítica, apreciable en gran cantidad de productos culturales en el mercado, se debe –como yo mismo lo he apuntado a lo largo de los tres capítulos que componen este trabajo –a la

tendencia postmoderna complaciente y sensacionalista que deja de lado los aspectos socio-políticos/ideológicos. Es decir, se trata de una memoria comodificada, ideológicamente desactivada, que forma parte de la industria del entretenimiento y que suele ser consumida con rapidez (novelas y películas dirigidas al gran público, dominadas por el índice de ventas o de las audiencias, también a través de *internet* y de los medios de comunicación de masas, etc.). Esta forma de memoria, a través de sus modos de representación (tramas sentimentales, románticas, nostálgicas, épicas, etc.), adicionalmente tiende a reflejar la dictadura como si fuera un episodio histórico cerrado y superado, sin descubrir así el vínculo profundo y oculto que la política fascista mantiene con la democracia que hoy nos determina. Es decir, no toma en consideración eso que Bauman ha dejado claro en Modernity and the Holocaust: que la barbarie fascista, en la medida en que estuvo íntimamente ligada al desarrollo de mecanismos racionales de la modernidad (burocracia, tecnología, ciencia, control) sigue latente entre nosotros (6-12).¹⁵⁰

Por otra parte, además de este exceso de una memoria banal y comercializada, me parece que paralelamente se ha visto una atención abusiva en las experiencias personales de las víctimas (tal vez una cierta sacralización de las mismas) que, si bien es totalmente necesaria para darles una justa restitución y un obligado reconocimiento (durante tanto tiempo negado), igualmente debería estar acompañada del desenmascaramiento de los mecanismos discursivos y de poder bajo los cuales se llevaron a cabo tales atrocidades, crímenes, abusos, etc. Desde esta perspectiva, la defensa de la memoria histórica exige,

¹⁵⁰ Esto podría verse incluso de forma más clara en el contexto de un país como España en el que, como dice Vicenç Navarro, el fascismo nunca fue derrotado (como sí ocurrió en el caso de Alemania o en Italia), sino que simplemente se adaptó a la nueva realidad democrática. Véase Navarro, Bienestar insuficiente, democracia incompleta. Sobre lo que no habla en nuestro país, 202.

junto a la recuperación de las historias silenciadas y oprimidas, un ejercicio crítico que permita, entre otras cuestiones, analizar el capital político que había por detrás de esas historias (terror sistémico del Estado, discursos ideológicos, estructuras de poder) y que pueda asimismo conectar críticamente ese pasado histórico violento con el presente.

Dentro de este marco de reflexión, algunos de los interrogantes elementales que han estructurado este estudio son: ¿Cuáles fueron las estructuras de poder que puso en marcha el franquismo? ¿Cuál era el verdadero pensamiento que subyacía a la política represiva? ¿Cuáles fueron sus aparatos ideológicos y cual era la funcionalidad de los mismos? ¿Cuál fue la función del Estado franquista en la construcción de las identidades? ¿Cuál fue entonces la verdadera naturaleza política del régimen? ¿Hasta qué punto hubo modos de resistencia que pudieran alterar ese estado de dominación?

Con el objetivo de responder a estas preguntas, esta tesis ha puesto sobre el tapete tres categorías básicas sobre las que han querido proyectar luz sus tres capítulos: el terror, la subjetivación, y la resistencia. En relación a la primera categoría, se ha visto a lo largo de este estudio que el franquismo fue un régimen esencialmente represivo, en palabras de Preston uno de los más violentos de la Europa del siglo XX, tanto que hasta el mismo Himmler quedó sorprendido de su crueldad extrema: cientos de miles de fusilados, torturados, exiliados, depurados, humillados, encarcelados, etc. Y esto no ocurrió sólo en la posguerra (como a veces se ha pensado), sino a lo largo de todas sus etapas históricas, con un particular recrudecimiento en la década de los sesenta y principios de los setenta, durante las cuales un alto número de obreros y estudiantes fueron detenidos, torturados y desaparecidos. Con respecto a la segunda categoría estudiada, el Estado franquista también fue un sistema constructivo/incluyente que, además de reprimir y matar, quiso

fabricar un nuevo sujeto y un nuevo cuerpo nacional. A base de inmiscuirse en los cuerpos y en las mentes de los españoles (encuadrándolos y adoctrinándolos, regulando sus vidas y sus costumbres, manipulando sus conciencias o más tarde despolitizándolos), el objetivo del franquismo era la construcción de una subjetividad homogénea, católica, fascista, etc. (en última instancia, una España unitaria, fascista, católica). En cuanto a la tercera categoría, la resistencia, ha servido para no dejar de lado el esfuerzo de tantos españoles por poner límites a dicho estado de dominación. Es decir, al interpretar la sociedad de la dictadura de Franco como reflejo de las estructuras de poder dominantes (represivo y productivo), no he querido soslayar que también hubo experiencia política y subjetiva por fuera del control del Estado franquista.

En general, esos tres conceptos clave han sido interpretados desde la perspectiva teórica de la biopolítica –desde sus diversas variaciones –y mediante el análisis textual de un conjunto de narrativas literarias y fílmicas que han reconstruido en sus páginas el pasado bélico y la dictadura franquista. Así pues, la noción de biopolítica ha funcionado en esta disertación como el aparato analítico y el instrumento metodológico –a mi modo de entender pertinente para el estudio del régimen fascista español –con el cual he tratado de interpretar su peculiaridad política y las tres categorías arriba especificadas. En primer lugar, la muerte y el terror, rasgos estructurales de la dictadura, fueron parte de su esencia biopolítica (tanatopolítica) en cuanto que fueron entendidos como un elemento básico de limpieza para proteger a la sociedad de los peligros asociados a los vencidos (y, por ende, como potenciación del *verdadero sujeto español*). Asimismo, ese mismo terror impidió la articulación de la disidencia a causa del miedo imperante en la sociedad (la disuasión a través del terror, es decir, un miedo disuasorio ante las posibles represalias que, en este

sentido, también fueron productivas para el régimen franquista). En segundo lugar, la producción y regulación de la vida y de las subjetividades constituyó el fundamento más inmediatamente biopolítico del Estado franquista: crear y administrar la vida conforme a sus principios ideológicos y por medio de la puesta en funcionamiento de múltiples tecnologías biopolíticas: disciplinas, biopoder, seguridad, etc. Finalmente, la producción de la vida, las políticas de la vida, han de verse no sólo en las estrategias del Estado, sino también en los procesos inmanentes de la misma vida: la vida como resistencia al poder puede ser también una biopolítica.

Las narraciones literarias y las películas examinadas –la base sobre la cual se han construido los argumentos teórico-políticos e históricos –han sido elegidas en función de sus posibilidades de representar y reflexionar sobre aquello que se quería discutir. Así, en los capítulos primero y tercero, al tratarse de una temática (represión y resistencia) acerca de la cual no se podía escribir en el espacio cerrado y censurado de la dictadura, son obras escritas o producidas durante el período democrático: Alberto Méndez, Julio Llamazares, Rafael Chirbes, Isaac Rosa y Guillermo del Toro. Sin embargo, en el marco del segundo capítulo, dedicado al dominio y a la producción de la vida por el franquismo, han sido incorporados dos textos publicados en la época de la dictadura, uno en la península y otro en el exilio mexicano: Miguel Delibes y Max Aub. Por otra parte, y en sintonía con la problematización de la producción cultural contemporánea antes señalada, otro criterio que he seguido a la hora de escoger las narrativas de ficción ha sido tratar de que fueran obras reflexivas, ideológicamente comprometidas, que no caigan en el sensacionalismo o en la banalidad (si bien desde perspectivas y desde proyectos

intelectuales muy diversos): Alberto Méndez, Antonio Muñoz Molina, Isaac Rosa, Rafael Chirbes, Guillermo del Toro, etcétera.

BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, Giorgio. Estado de excepción : Homo sacer, II. Valencia : Pre-Textos, 2004.
---. Homo Sacer : el poder soberano y la nuda vida I. Valencia : Pre-Textos, 1998.
- Aguilar, Paloma. "La evocación de la guerra y del franquismo en la política, la cultura y la sociedad españolas." Memoria de la Guerra y del franquismo Madrid: Taurus, 2006.
- Alonso, Pedro. "Contra el ruido y el silencio: los espacios narrativos de la memoria de la posguerra española." Ensayos sobre Rafael Chirbes. Madrid: Iberoamericana, 2006.
- Althusser, Louis. Lenin and philosophy: and other essays. London: New Left Books, 1971.
- Arendt, Hannah. The origins of totalitarianism. New York: Harcourt Brace Jovanovich 1973.
- Aróstegui, Julio. El último frente. La resistencia armada antifranquista en España 1939-1952. Madrid: Los libros de la catarata, 2008.
- Aub, Max. La gallina ciega. Diario español. Barcelona: Alba Editorial, 1995.
- Aznar Soler, Manuel. "Estudio introductorio y notas de Manuel Aznar Soler." La gallina ciega : diario español / Max Aub ; edición, estudio introductorio y notas de Manuel Aznar Soler. Barcelona: Alba Editoria, 1995.
- Badiou, Alain. La ética: ensayo sobre la conciencia del mal. México: Herde, 2004.
- Bauman, Zygmunt. Modernity and the Holocaust. Oxford, UK; Maldan, Mass: Blackwell, 1989.
- Benjamin, Walter. Para una crítica de la violencia y otros ensayos: iluminaciones IV. Madrid: Taurus, 1998.
---. "Theses on the Philosophy of History." Illuminations. New York: Schocken Books, 1988.
- Butler, Judith. Vida precaria: el poder del duelo y la violencia Buenos Aires: Paidós, 2006.
- Carr, Raymond y Fusi, Juan Pablo España, de la dictadura a la democracia. Barcelona: Planeta, 1979.
- Casanova, Julián. "La sombra del franquismo; ignorar la historia y huir del pasado." El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón. Madrid: Siglo XXI, 1992.
---. "Una dictadura de cuarenta años." Morir, matar, sobrevivir: la violencia en la dictadura de Franco Barcelona: Crítica, 2002.
- Cazorla, Antonio. Las políticas de la victoria: la consolidación del Nuevo Estado franquista, 1938-1953 Madrid: Marcial Pons, 2000.

- Cenarro, Ángela. La sonrisa de Falange. Auxilio social en la guerra civil y en la posguerra. Barcelona: Crítica, 2006.
- Cercas, Javier. Soldados de Salamina. Barcelona: Tusquets, 2001.
- Chacón, Dulce. La voz dormida. Madrid: Alfaguara, 2002.
- Chirbes, Rafael. La larga marcha. Barcelona: Anagrama, 2003.
- Colmeiro, José F. Memoria histórica e identidad cultural. De la postguerra a la postmodernidad. Barcelona: Anthropos, 2005.
- Cuñado, Isabel. "Despertar tras la amnesia: guerra civil y postmemoria en la novela española del siglo XXI." Dissidences. Hispanic Journal of Theory and Criticism, en www.dissidences.com, 2007. Vol. 3.
- Davies, Ann. "Who Is the Model Reader of Delibes's *Cinco Horas con Mario*?" Modern Language Review 94.4 (1999): 1000-08.
- Dean, Mitchell. Governmentality : power and rule in modern society. London: Thousand Oaks, Calif. : Sage Publications, 1999.
- Debord, Guy. The society of spectacle. New York: Zone books, 1994.
- Del Arco Blanco, Miguel Ángel. Hambre de siglos : mundo rural y apoyos sociales del franquismo en Andalucía oriental, 1936-1951 Granada Editorial Comares, 2007.
- del Toro, Guillermo. El laberinto del fauno (Pan's labyrinth). New Line Home Entertainment, Burbank, CA, 2007.
- Deleuze, Gilles. "La inmanencia: una vida..." Ensayos sobre biopolítica: excesos de vida. Buenos Aires: Paidós, 2007.
- . "Postscript on Control Societies." Negotiations. New York: Columbia University Press, 1995.
- Deleuze, Gilles; Guattari, Felix. Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia. Valencia: Pre-textos, 2006.
- . A thousand plateaux: capitalism and schizophrenia Minneapolis: University of Minnesota Press, 1987.
- Delibes, Miguel. Cinco horas con Mario. Barcelona: Destino, 1966.
- Derrida, Jacques. Espectros de Marx: el estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva Internacional Madrid : Trotta, 1995.
- . Fuerza de ley: el "Fundamento místico de la autoridad". Madrid: Tecnos, 1997.
- Deveny, Thomas. "Once upon a Time in Spain in 1944: The Morphology of *El laberinto del fauno* " Journal of Interdisciplinary Studies on Film in Spanish/Revista de Estudios Interdisciplinarios Sobre Cine en Español 1.1 (2008): 1-12.
- Dinverno, Melissa. "Dictating Fictions: Power, Resistance and the Construction of Identity in *Cinco horas con Mario*." Bulletin of Spanish Studies: Hispanic Studies and Researches on Spain, Portugal, and Latin America 81.1 (2004): 49-76.
- Eagleton, Terry. Ideología. Una introducción. Barcelona: Paidós, 2005.
- Echarri, Xavier. "Interrupciones en *Ardor guerrero* de Antonio Muñoz Molina: Globalización, posmodernidad y militarismo." Colorado Review of Hispanic Studies 1.1 (2003): 65-77.
- Echevarría, Ignacio. Trayecto, un recorrido crítico por la reciente narrativa española Madrid: Debate, 2005.
- Espinosa Maestre, Francisco. "Julio de 1936. Golpe militar y plan de exterminio." Morir, matar, sobrevivir: la violencia en la dictadura de Franco Barcelona: Crítica, 2002.
- Espósito, Roberto. Bíos: biopolítica y filosofía Buenos Aires : Amorrortu, 2007.

- . Immunitas: protección y negación de la vida Buenos Aires : Amorrortu, 2002.
- Faber, Sebastiaan. ""Entre el respeto y la crítica. Reflexiones sobre la memoria histórica en España."" Migraciones y exilios 4 (2004): 37-50.
- Foucault, Michel. "¿Es inútil sublevarse?" Estética, ética y hermenéutica. Barcelona: Paidós, 1994.
- . Hay que defender la sociedad. Madrid: Akal Ediciones, 2003.
- . "La ética del cuidado de sí como práctica de la libertad." Estética, ética y hermenéutica. Barcelona: Paidós, 1994.
- . La hermenéutica del sujeto. Madrid: Ediciones Akal, 2005.
- . "La verdad y las formas jurídicas." Estrategias de poder. Barcelona: Paidós, 1999.
- . La voluntad de saber. Historia de la sexualidad I. . México: Siglo Veintiuno Editores 1993.
- . "Michel Foucault, una entrevista." Estética, ética y hermenéutica. Barcelona: Paidós, 1994.
- . Nacimiento de la biopolítica. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007.
- . Seguridad, territorio, población. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007.
- . "Sexualidad y soledad." Estética, ética y hermenéutica. Barcelona: Paidós, 1994.
- . Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión. Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2002.
- Gil Casado, Pablo. "Dulce Chacón y la continuación de la novela criticosocial." Ojancano: Revista de Literatura Española vol. 28 (2005): pp. 81-97.
- Giorgi, Gabriel y Rodríguez, Fermín. Ensayos sobre biopolítica: Excesos de vida. Buenos Aires: Paidós, 2007.
- Gómez López-Quñones, Antonio. La guerra persistente: memoria, violencia y utopía : representaciones contemporáneas de la Guerra Civil Española Madrid: Iberoamericana 2006.
- . "La península ingrátida: Sobre la novela española contemporánea." Anales de la Literatura Española Contemporánea vol. 32.1 (2007): 37-93.
- González Duro, Enrique. El miedo en la posguerra. Madrid: Oberon, 2003.
- González Madrid, Damián. "Violencia política y dictadura franquista." Dissidences. Hispanic Journal of Theory and Criticism, en <http://www.dissidences.org/ViolenciaFranquista2.html>, 2007. Vol. 3.
- González Madrid, Damián A. El franquismo y la transición en España. Desmitificación y reconstrucción de la memoria de una época. Madrid: Los libros de la catarata, 2008.
- Goytisolo, Juan. "El regreso a Ítaca." Enfocarte.com: Revista de Arte y Cultura 2.13 (2001).
- Gracia, Jordi y Ruiz Carnicer, Miguel Ángel. La España de Franco (1939-1975). Cultura y vida cotidiana. Madrid: Síntesis, 2004.
- Gramsci, Antonio. Antología. México, D. F: Siglo XXI, 2005.
- Hanley, Jane. "The walls fall down: Fantasy and power in El laberinto del fauno." Studies in Hispanic Cinemas 4.1 (2008): 35-45.
- Hardt, Michael. "La sociedad mundial del control." Caosmosis, 1996.
- Hernández Sandoica, Elena. "Estudiantes en la universidad española (1956-1975): cambio generacional y movilización antifranquista." El franquismo y la transición en España. Desmitificación y reconstrucción de la memoria de una época. Madrid: Los libros de la catarata, 2008.

- Herzberger, David K. Narrating the past: Fiction and Historiography in Postwar Spain. Durham: Duke University Press, 1995.
- Highfill, Juli. "Reading at Variance: Icon, Index, and Symbol in Cinco horas con Mario." Anales de la Literatura Española Contemporánea 21.1-2 (1996): 59-83.
- Juliá, Santos. "De guerra contra el invasor a guerra fratricida." Víctimas de la Guerra Civil. Madrid: Temas de Hoy, 1999.
- . "Memoria, historia y política de un pasado de guerra y dictadura." Memoria de la Guerra y del franquismo Madrid: Taurus, 2006.
- Labanyi, Jo. "Historias de víctimas: La memoria histórica y el testimonio en la España contemporánea " Iberoamericana: América Latina-España-Portugal vol 6 (2006): 87-98.
- Laclau, Ernesto. "'Bare life or social indeterminacy?'" Giorgio Agamben: sovereignty and life Stanford, Calif.: Stanford University Press, 2007.
- Lazzarato, Maurizio. Por una política menor. Acontecimiento y política en las sociedades de control. Madrid: Traficantes de sueños, 2006.
- Llamazares, Julio. Luna de lobos. Barcelona: Seix Barral, 1985.
- López Bernasocchi, Augusta; López de Abiada, José Manuel. "Para una primera lectura de La larga marcha, de Rafael Chirbes" " Versants 41 (2002): 159-204.
- Luengo, Ana. "Dos lugares de la memoria alternativos para la resistencia antifranquista: Luna de lobos y El embrujo de Shanghai." Lugares de memoria de la Guerra Civil y el franquismo: Representaciones literarias y visuales. Madrid, Spain; Frankfurt, Germany: Iberoamericana; Vervuert., 2006.
- . La encrucijada de la memoria: La memoria colectiva de la Guerra Civil Española en la novela contemporánea. Berlin: Frey, 2004.
- Luz Long, María. La repercusión del conflicto del 36 en la obra de Miguel Delibes. Madrid: Editorial Pliegos, 2005.
- Mainer, José Carlos. "Para un mapa de lecturas de la Guerra Civil." Memoria de la Guerra y del franquismo Madrid: Taurus, 2006.
- Mangini González, Shirley. Rojos y rebeldes : la cultura de la disidencia durante el franquismo. Barcelona: Anthropos, 1987.
- Martín-Márquez, Susan L. "Vision, Power and Narrative in Luna de lobos: Julio Llamazares' Spanish Panopticon." Revista Canadiense de Estudios Hispánicos 19.2 (Winter 1995): 379-87.
- Martín, Juan Carlos. "Historia y ficción en "Soldados de Salamina"." Ojácانو: Revista de Literatura Española vol. 28 (2005): pp. 41-64.
- Méndez, Alberto. Los girasoles ciegos. Barcelona : Anagrama, 2005.
- Moliner, Carme. "Economía y sociedad durante el franquismo." Visiones y balances. Alicante: Publicaciones 1999.
- . La captación de las masas: Política social y propaganda en el régimen franquista. Madrid: Cátedra, 2006.
- . "¿Memoria de la represión o memoria del franquismo?" Memoria de la Guerra y del franquismo Madrid: Taurus, 2006.
- . Una inmensa prisión: los campos de concentración y las prisiones durante la guerra civil y el franquismo Barcelona: Crítica, 2003.
- Moliner, Carme, e Ysás, Pere. "Modernización económica e inmovilismo político, 1959-1975." Historia de España. Siglo XX, 1939-1996. Madrid: Cátedra, 1999.

- . Productores disciplinados y minorías subversivas : clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista. Madrid: Siglo XXI, 1998.
- Moradiellos, Enrique. La España de Franco (1939-1975). Política y sociedad. Madrid: Editorial Síntesis, 2003.
- Morales Lomas, Francisco. "La narrativa constructivista de Isaac Rosa". Papel literario. <http://www.papel-literario.com/PL158%5Cpg15806.htm>
- Morán, Fernando. Novela y semidesarrollo; una interpretación de la novela hispanoamericana. Madrid: Taurus, 1971.
- Morán, Gregorio. El maestro en el erial : Ortega y Gasset y la cultura del franquismo. Barcelona: Tusquets, 1998.
- Moreiras-Menor, Cristina. "España, raza y espíritu: razón mística y selección natural en el pensamiento reaccionario español." Res publica Vol. 6.13-14 (2004): pags. 263-74
- . "Historia a contrapelo: estado de excepción y temporalidad en la transición española." Quimera: Revista de literatura 279 (2007): 46-50.
- Moreno-Nuño, Carmen. Las huellas de la guerra civil : mito y trauma en la narrativa de la España democrática / Carmen Moreno-Nuño. Madrid : Libertarias, 2006.
- Moreno, Antonio. "La represión de la posguerra." Víctimas de la Guerra Civil Madrid: Temas de Hoy, 1999.
- Moreno, Francisco. "El maquis: obrerismo, republicanismo y resistencia." El último frente. La resistencia armada antifranquista en España 1939-1952. Madrid: Los libros de la catarata, 2008.
- Muñoz Molina, Antonio. Ardor guerrero. Madrid: Ediciones Alfaguara, 1995.
- Navarro, Vicenç. Bienestar insuficiente, democracia incompleta. Sobre lo que no habla en nuestro país. . Barcelona: Anagrama, 2002.
- . http://www.elpais.com/articulo/elpepiauautcat/20050922elpcat_6/Tes/
- Negri, Antonio. "El monstruo político. Vida desnuda y potencia." Ensayos sobre biopolítica: excesos de vida. Buenos Aires: Paidós, 2007.
- . La fábrica de porcelana: Una nueva gramática de la política. Barcelona: Paidós, 2006.
- . "Postmodernidad y libertad." Movimientos en el imperio. Pasajes y paisajes. Barcelona: Paidós, 2006.
- Negró Acedo, Luis. Discurso literario y discurso político del franquismo. Madrid: Foca Investigación, 2008.
- Otero, Agustín. "Luna de lobos de Julio Llamazares: La memoria popular en un espacio natural mítico." RLA: Romance Languages Annual 9 (1997): 641-44.
- Poulantzas, Nicos. Fascismo y Dictadura. La tercera internacional frente al fascismo. México, D. F: Siglo XXI, 2005.
- Preston, Paul. "Fascismo y militarismo en el régimen franquista." Fascismo y franquismo cara a cara. Madrid: Biblioteca Nueva, 2004.
- Ramblado-Minero, Cinta. "Novelas para la recuperación de la memoria histórica: Josefina Aldecoa, Angeles Caso y Dulce Chacón." Letras Peninsulares vol. 17.no. 2-3 (2004): pp. 361-79.
- Ranciere, Jacques. El desacuerdo. Política y filosofía. Buenos Aires: Nueva Visión, 2007.
- Reig Tapia, Alberto. Ideología e historia: sobre la represión franquista y la guerra civil Paracuellos (Madrid): Akal, 1984.

- Richards, Michael. A time of silence: civil war and the culture of repression in Franco's Spain, 1936-1945 Cambridge [England]; New York: Cambridge University Press, 1998.
- Rosa, Isaac. El vano ayer. Barcelona: Seix Barral, 2004.
- . "Empacho de memoria." El País 24 julio 2006.
- Saenz de Heredia, José Luís. Raza. 1942.
- Sartorius, Nicolás y Alfaya, Javier. La memoria insumisa: sobre la dictadura de Franco Madrid: Espasa Calpe, 1999.
- Saz, Ismael. España contra España: los nacionalismos franquistas Madrid: Marcial Pons, 2003.
- Schmitt, Carl. The concept of the political. Chicago University of Chicago Press, 2007.
- Senellart, Michel. "Situación de los cursos." Seguridad, territorio, población. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Serrano, Secundino. Maquis: historia de la guerrilla antifranquista Madrid: Temas de Hoy, 2001.
- Sevillano Calero, Francisco. Propaganda y medios de comunicación en el franquismo. Alicante: Universidad de Alicante, 2003.
- Silva, Emilio. Las fosas de Franco: los republicanos que el dictador dejó en las cunetas Madrid: Temas de Hoy, 2003.
- Smith, Paul Julian. "Pan's Labyrinth (El laberinto del fauno)." Film Quarterly 60.4 (2007): 4-9.
- Sobejano, Gonzalo.
- Cinco horas con Mario : (versión teatral) / Miguel Delibes ; estudio introductorio de Gonzalo Sobejano. -- Madrid: Espasa-Calpe, 1981.
- Soldevila Durante, Ignacio. "Nueva tragedia de Rip Van Winkle: La gallina ciega de Max Aub." Papeles de Son Armadans 77 (1975): 151-82.
- Sueiro, Daniel. Historia del franquismo Barcelona: Argos Vergara, 1985.
- Ugarte Pérez, Javier. La administración de la vida: estudios biopolíticos. Rubí : Anthropos Editorial, 2005.
- Vázquez Montalban, Manuel. Crónica sentimental de España. Madrid: Espasa-Calpe, 1986.
- Vilanova, Antonio. "Cinco horas con Mario" o el arte de entender las razones del otro." Miguel Delibes : el escritor, la obra y el lector : Actas del V Congreso de Literatura Española Contemporánea Málaga, 1992. 131-70.
- Vilarós, Teresa. "'Banalidad y Biopolítica: La transición española y el nuevo orden del mundo'" Desacuerdos 2. Barcelona: MACBA, 2005.
- Vinyes, Ricard. Irredentas. Madrid: Ediciones Temas de Hoy, 2002.
- Winter, Ulrich. "'Localizar a los muertos" y "reconocer al Otro": Lugares de memoria(s) en la cultura española contemporánea." Casa encantada: Lugares de memoria en la España constitucional, 1978-2004. Madrid: Iberoamericana 2005.
- Yarza, Alejandro. "The petrified tears of General Franco: Kitsch and fascism in José Luis Sáenz de Heredia's "Raza"." Journal of Spanish Cultural Studies Vol 5.No 1 (2004): 41-55.
- Ysás, Pere. Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975. Barcelona: Crítica, 2004.

Yushimito del Valle, Carlos. "Soldados de Salamina: Indagaciones sobre un héroe moderno." Espéculo: Revista de Estudios Literarios vol. 23, (2003).